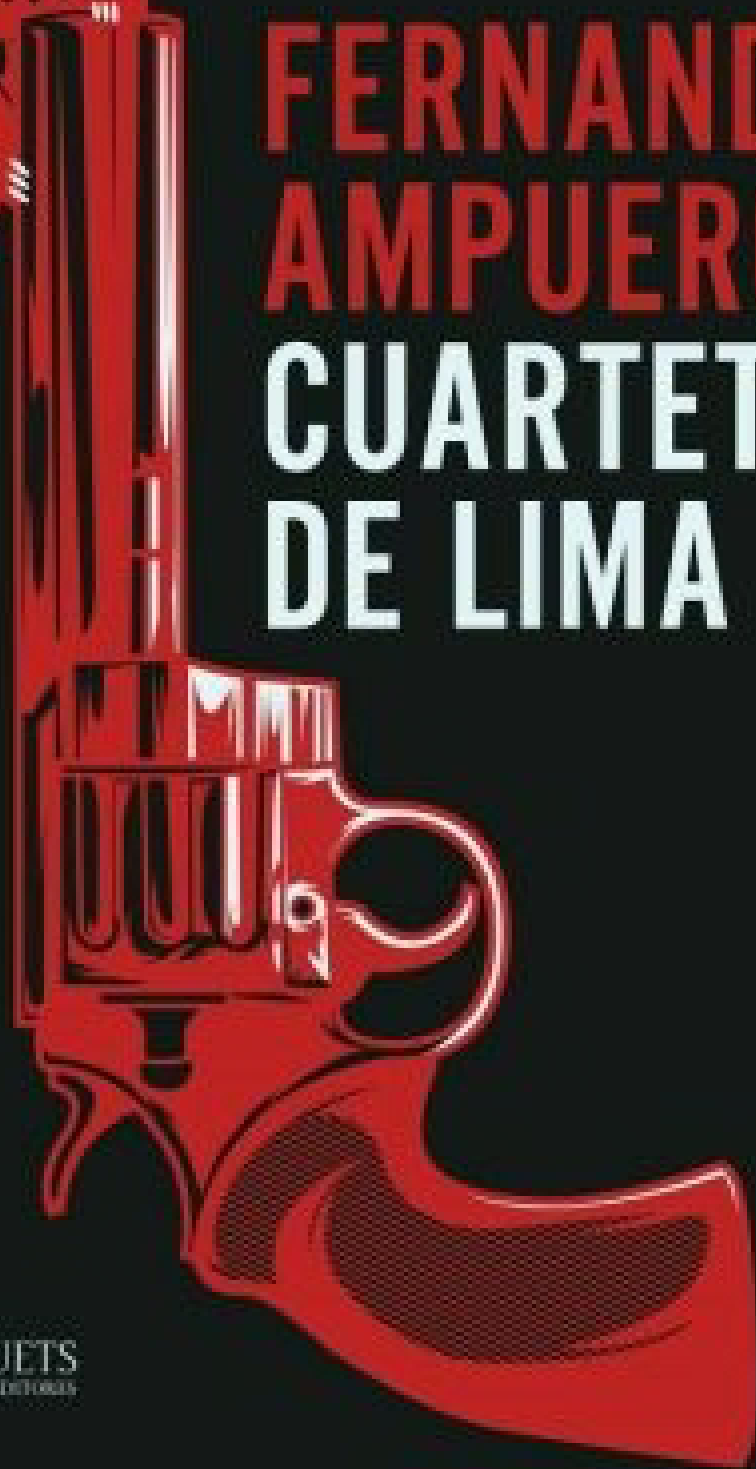




**FERNANDO
AMPUERO**
**CUARTETO
DE LIMA**

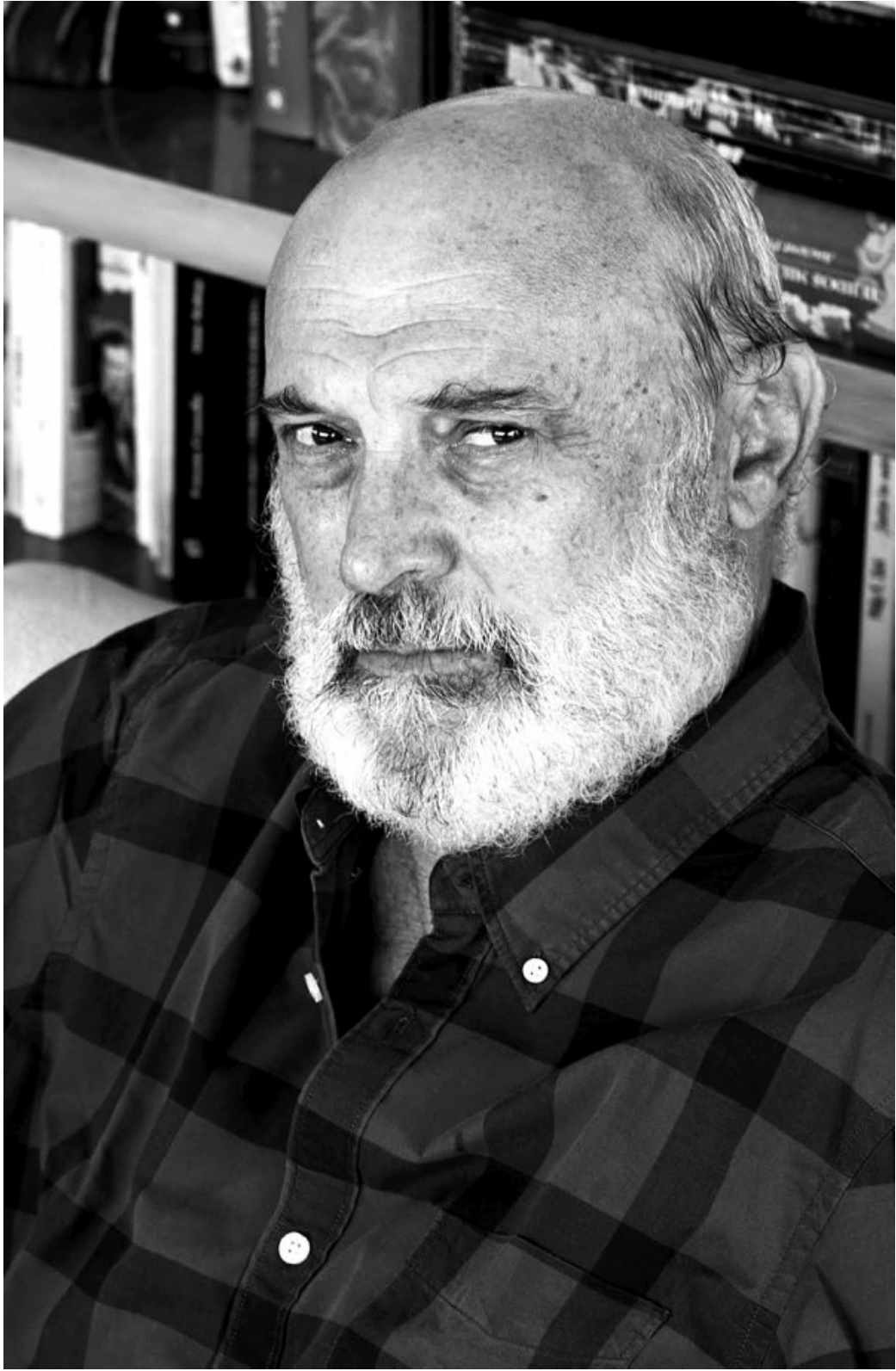


TUSQUETS
LECTURAS

D.J.57

**FERNANDO
AMPUERO
CUARTETO
DE LIMA**

TUSQUETS
EDITORES



De esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, no puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Cuarteto de Lima

©2019, Fernando Ampuero

© 2019, Editorial Planeta Perú S.A.

Bajo su Sello Editorial Tusquets Editores

Av. Juan de Aliaga 425, of. 704 - Magdalena del Mar. Lima-Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición digital: Junio 2019

ISBN: 978-612-4350-25-2

Libro electrónico disponible en www.libranda.com

ÍNDICE

Caramelo verde

Putita linda

Hasta que me orinen los perros

Loreto

Epílogo

¡Vamos, bastardo, levántese y vaya a buscar su pistola!

DASHIELLA HAMMETT

CAPÍTULO I

En esos días me echaron del trabajo y lo primero que hice fue pararme en una esquina. Elegí una esquina cualquiera, todavía rumiando la cólera por lo que me había pasado, y hasta imaginé que aquello sería mi futuro, quedarme en el aire, quizá por varias semanas o meses. Pero estaba equivocado. Allí, en plena calle, acechaba mi destino. Se cumplía otra vez el vaticinio que años atrás me hiciera una adivina. Esa vieja inmunda había dicho que yo vería pasar por mis manos muchísimo dinero. Lo he visto pasar durante cinco años, como cajero en una mutual; lo vi pasar después, cambiando dólares por intis. La adivina, eso sí, olvidó un detalle importante: nunca aclaró si algún día todo ese dinero —o siquiera una parte razonable— sería mío.

El hombre que me contrató se llamaba Pedro López. Era un tipo rechoncho y de pelo ensortijado, con una nariz ridícula, infantil, y un fruncido rostro de canalla donde sorprendían unos hermosos ojos grises. Me había visto llegar a la esquina de Ocoña y Camaná, contemplar un rato el movimiento, holgazanear.

—Llevas una hora parado aquí —me dijo.

—¿Perdón?

—Y no tienes pinta de tira —agregó mirando muy serio el tránsito de automóviles que hacían sonar estrepitosamente sus bocinas. Alguien se aproximó unos instantes a hablarle al oído, y de inmediato se marchó—. No,

no tienes esa pinta para nada. Te falta esa expresión fea en la boca, esa mueca de asco, como si estuvieras oliendo mierda todo el tiempo.

—¿Me estás hablando a mí?

—Sí, a ti —repuso López concentrado en los autos que se detenían unos minutos y reanudaban su camino—. ¿Qué te trae por acá?... ¿Curiosidad? No, no creo. Pero a lo mejor eres un espía, un pendejo que trabaja para la competencia... O un pendejo que quiere robarle sus dólares a alguien, ¿no? ¿Es eso? ¿Estás chequeando quién compra fuerte para seguirle la pista?

—No soy un pendejo —murmuré—. Pero puedo ser la persona que te rompa la cara.

López me miró por primera vez, sonriendo irónicamente.

—Te pones nervioso —dijo en un suspiro—. No es para tanto. Solo quiero saber quién eres.

—¿Por qué no me dices quién eres tú? —inquirí.

—¿Quién soy yo? No tengo inconveniente en decirlo... Yo soy, me parece... yo soy... una ventajosa solución. ¡Sí, eso es! Estás en la lona, ¿no es cierto?

López sabía que había dado en el clavo. Claro que yo aún no estaba en la lona, pero podía verme al borde del vahído si no conseguía colocarme en algo dentro de unas semanas. ¿Qué debía hacer? ¿Qué se hace ante un cretino que nos aborda? ¿Pegarle, mandarlo al diablo? Preferí darle a entender que estaba en lo cierto. La impertinencia de López resultaba prometedora, y la verdad es que no me decepcionó. Acto seguido, me invitó un café, y luego salimos a caminar y me contrató; y así empezó esta historia.

—¿Cómo te llamas?

—Carlos —dije formalmente—. Carlos Morales.

—No me dice nada tu nombre —comentó pensativo—. ¿Sabes? Eso es malo en otros sitios, pero por aquí es lo mejor que te puede pasar.

López, o bien (para sus conocidos) el gordo López, se dedicaba a financiar a un equipo de cambistas. Aparecía muy temprano en las mañanas, sonriente y nervioso, con un maletín lleno de billetes y flanqueado por dos sujetos corpulentos, armados con impresionantes pistolas HK, que lo custodiaban a horario completo. Por ese par de cuadras se movía mucha gente con casacas amenazadoramente abultadas. De manera que, si a alguien se le ocurría detener a aquella neurótica multitud para hacer una requisita de armas, lo más seguro es que se iba a encontrar con un verdadero arsenal.

Pidiendo a cada cambista que cuidara su dinero, López repartía a diario unos veinte fajos: nos daba una parte en dólares, otra en intis y luego regresaba al fin de la tarde para hacer las cuentas. De las operaciones del día, cada cambista, conforme a sus méritos, sacaba un porcentaje. Era un oficio rutinario. La única gracia, si se quiere, consistía en mantenerse alerta, pues la tasa de cambio podía dispararse en cosa de minutos. López exigía a sus empleados tres requisitos: una calculadora de mano, un duplicado de la libreta electoral y las señas exactas del domicilio. Me di cuenta de que era obsesivamente meticuloso y que desconfiaba hasta de su sombra.

Un buen día, tras una dura jornada, cayó en mi casa de sorpresa. Lo recibí intentando ser efusivo: abrí una bolsa de chizitos, bebimos unas cervezas. Hablamos largo rato sobre el trabajo, cosas sin importancia, empeñados los dos en disimular la verdadera razón de su visita. López quería verificar si realmente vivía donde le había dicho. La situación era un poco incómoda porque de hecho ambos estábamos al tanto de esa estúpida comedia.

Cuando estaba por irse, me abrazó como si fuéramos grandes amigos y permaneció unos instantes mirándome a los ojos.

—Cambia de barrio —me dijo—. Este es un mal sitio para vivir.

—¿Sí? ¿Qué tiene de malo?

—Todo. Pero lo peor es que estás muy lejos.

—Eso es cierto. Me toma casi una hora llegar al centro.

—Mira, yo sé de un departamento al alcance de tus ingresos. Y está más o menos amoblado. Con muebles antiguos, que son los mejores.

—Yo, la verdad...

—Me lo vas a agradecer —interrumpió López—. Lo veremos mañana.

Fue entonces cuando conocí el edificio rosado del jirón Camaná. Era uno de los tantos armatostes del Centro de Lima, una mole de cinco pisos y cuarenta metros de frente. Hacía esquina con la mismísima calle Ocoña, donde pululan los cambistas, y estaba a espaldas del hotel Bolívar. De inmediato advertí las ventajas de la nueva ubicación. Me beneficiaba en dos puntos capitales: podía dormir más y, dado que no requería movilizarme en micro, cancelaba mi habitual cuota de pisotones y apretaderas.

El departamento quedaba en el segundo piso; tenía dos cuartos grandes, cocina y baño. Los techos eran altos y los largos tablones del suelo se conservaban bastante bien. Por las ventanas que daban a la calle veía el hotel, las atestadas aulas de un centro de idiomas y un poco más allá las cúpulas coloniales de una iglesia. El sitio me gustó mucho. Además, la renta era relativamente barata. López me dijo que podía hospedarme unos días de prueba y comprendí que lo subarrendaba. Ni siquiera dejé pasar una semana para aceptar su oferta. Recuerdo cómo tomé esa decisión. Fue el día que la vi: salía del ascensor y pasó delante de mí con un aire de gran señora. Había en sus ojos un brillo despectivo. Eso me impresionó, y también las tensas formas de su cuerpo vibrando debajo de su vestido.

El portero del edificio, que pescó mi mirada al vuelo, se me acercó mostrando los dientes.

—Está buena para el castigo —susurró.

—¿La conoce?

—Claro. Vive en el quinto piso.

CAPÍTULO II

Al cabo de dos días, cerca de las once de la mañana, una llovizna endemoniada me complicaba la vida. Yo recorría la calle dando trotecitos. Mis pantalones chorreaban barro y ya me sentía harto de meter mi calculadora en las narices de los automovilistas. Y entonces apareció otra vez, abriéndose paso entre la multitud, suavemente, como si flotara. Venía por Camaná, cargando una liviana canasta de mimbre.

Simulando guarecerme de la lluvia, corrí hacia el edificio y crucé el portal; entré justo detrás de ella. Pude esta vez apreciarla mejor. Me fijé en que sus pies eran un poco anchos, pero sus nalgas me parecieron hermosas y, como todo lo demás, un temblor casi imperceptible las estremecía a cada paso. Algunas gotas humedecían su pelo oscuro y grueso, que le caía sobre los hombros. Erguida, sin mirarme, se detuvo a esperar el ascensor.

—Ayer no llevabas esa canasta —me atreví a decir.

Era un modo bastante insulso de empezar una conversación. Ella no se inmutó.

—Yo también vivo aquí —añadí—. Soy nuevo, ¿sabes?

—¿Por qué me hablas?

—¿No puedo?

—Sí, puedes. Pero quiero saber por qué lo haces.

—Bueno, ya te lo dije. No conozco a nadie en el edificio,
y como te vi ayer...

—No me viste ayer. Me viste dos días antes, pero no te has dado cuenta.

—¿Cómo?

—Es por el mandil —aseveró ella.

Reparé en que vestía como las empleadas domésticas. Un mandil celeste claro con finas rayitas blancas.

—¿Qué tiene que ver el mandil?

—Me hace invisible. Ayer me viste porque estaba con ropa de calle. Era mi día de salida.

Algo de eso, de hecho, explicaba su fastidio. Sus labios apretados en un gesto hostil y de repudio. Aunque a mi entender ella imaginaba las cosas al revés, pues el mandil, en el ambiente del Centro de Lima, la podía hacer más notable. En las calles de las zonas residenciales es bastante común ver un tropel de empleadas uniformadas paseando niños por los parques, yendo de compras o acompañando al perro en el asiento trasero de un auto, pero en el centro resulta insólito. Esta rareza, en todo caso, yo no la había advertido, porque ella camuflaba a medias su uniforme, que por alguna razón se lo exigiría su patrona, poniéndose encima una casaca tipo buzo.

Nos callamos de pronto ante la presencia de alguna gente que comenzó a llegar, y seguimos en silencio cuando todos entramos al ascensor. Unos instantes después, paramos en mi piso.

—Me quedo aquí. Mi nombre es Carlos.

—El mío es Mabel.

Ni ella ni yo teníamos prisa. Pero dejé precipitadamente el ascensor, acatando su ritmo implacable. Fue una cuestión de reflejo, un movimiento impuesto por la distracción o quizá por una inconsciente claustrofobia, y no por la muda y mecánica deferencia al resto de pasajeros. Luego, las puertas

del ascensor se cerraron en forma violenta. Ella en ningún momento modificó su expresión. Me quedé con las ganas de decirle que ahora vestía mandil y había podido verla a más de media cuadra de distancia.

Ese mismo día, en la noche, el meticuloso López me vino a buscar.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

Se estaba quejando. Quería que trabajara doce horas diarias y no cinco, como le habían chismado. No me quedó otra cosa que inventarme un malestar estomacal. En realidad, el mal se ubicaba un poco más abajo. Desde principios de la tarde sentía unos deseos locos de saltar encima de Mabel y acariciarle los senos, besarla, morderla, jalarle los pelos.

López indagó sobre las medicinas que tomaba.

—Té —le dije—. Eso estriñe.

—Lo mejor es no comer porquerías.

—Tienes razón. Pero no te preocupes. Mañana estaré en forma.

—No me falles, Carlos. Tendremos un buen día y debes salir a las siete.

Llega un *tour* de gringos al Bolívar.

—A las siete. Está bien.

Eché a andar hacia la puerta con una mirada torva, emitiendo un chistido. Comprendí que era su manera de enrostrarme que no se tragaba lo del malestar. Era como si dijera: «Tú te portas bien, y yo seré un amigo. De lo contrario, puedes buscarte otra forma de vivir».

Nos estrechamos las manos. Experimenté la sensación de coger un pescado. La mano de López, sudorosa en la palma, era desagradablemente fría y blanda.

A la mañana siguiente, tomé casi por asalto a un grupo de gringos que lucían vistosas camisas de algodón y se mostraban desconcertados. Estaban sorprendidos con la llovizna. En los folletos turísticos, cuando se trata de Lima, se limitan a destacar el centro histórico, el Museo de Oro y las espléndidas playas que ventilan la ciudad. Ninguno informa del asqueroso clima de agosto. Hasta en el avión, poco antes de aterrizar, les dicen que la temperatura es 15° y no les explican que el 98% de humedad puede arruinarles los bronquios. En cambio, de los cabrones —rateros, taxistas, policías, cambistas, terroristas, todos en el mismo saco— los previenen una barbaridad. Por suerte no todos se asustan. A tres gringos les compré sus dólares baratos y en cosa de un par de horas los vendí caros.

Un poco antes de las diez, me reuní en la esquina con Roberto, un mulato esmirriado y solícito. Me lo habían presentado como un veterano de Ocoña, y ciertamente uno se daba cuenta de que lo era por su modo de hablar, siempre en tono confidencial, típico de los años en que la tenencia de dólares estaba prohibida.

—El gordo López preguntó por ti —dijo Roberto ladeando la cabeza para escupir. Lanzaba finos escupitajos, como quien se limpia briznas de tabaco de los labios.

—¿Qué quería?

—Solo verte. Le jode que la gente se pierda.

—Anoche le di explicaciones.

—No lo vas a engañar —replicó, y escupió de nuevo—... ¿Ya te mudaste?

—Sí. Estoy al frente.

—Un buen departamento, ¿no?

—No está mal.

—Tienes suerte. A los demás nos colocó en cuartuchos.

—¿Los colocó? ¿Qué quieres decir?

—Que todos vivimos por la zona. Estamos a una o dos cuadras, en diferentes edificios.

—¿Y son cuartos suyos?

—Algunos figuran a su nombre, y otros a nombre de una empresa de transporte interprovincial, La Venturosa. Hay un amarre por ahí, me imagino. Se supone que los cuartos son para los choferes.

—Ya me parecía que no me estaba haciendo un favor. Nos quiere tener bajo control.

—Por supuesto.

—Se molesta demasiado —dije y me volví unos instantes hacia un individuo que se había detenido a encender un cigarrillo.

Me aproximé:

—¿Dólares, señor? Pago más que en la casa.

El individuo no se enteró de mi existencia. Siguió de largo, mirando en otra dirección. Cuando me volví, Roberto se hallaba nuevamente a mi lado.

—¿Quién le dijo al gordo que me había ido?

—Ni idea —sonrió Roberto—. Uno menos en la calle es siempre conveniente. Pero si quieres puedo sonsacárselo a alguien. ¿Te interesa?

—No. Si ayer fue uno, hoy será otro... No veo a López desde hace unas horas. ¿Dónde se mete?

Inclinó medio cuerpo para largar otro escupitajo:

—A media mañana entra ahí —dijo.

—¿A mi edificio?

—Va a ver a la vieja Sofía. Esa es la patrona. No creo que la hayas visto, porque la vieja no sale nunca.

El gordo estuvo feliz cuando inspeccionó mi cartilla de ventas. Le complacía mi eficiencia y, sobre todo, lo que él llamaba mi buen aspecto. Valoraba mucho que fuera de piel blanca y hablara bien. Me dijo que todo en mí, modales o palabras, aun cuando quisiera hacerme el avispado, le indicaban que venía de un hogar decente. No sé de dónde sacó eso. Dijo también, y su voz sonó bastante preocupada, que los otros cambistas, llegado el momento, no vacilarían en asestarle una puñalada por la espalda. Yo hubiera apostado mi alma a que muchos tenían esas intenciones.

—¿Sabes lo que digo, no?

—Sí. Ningún cholo da confianza.

Podría haber añadido que ningún blanco tampoco la da. Ni la daría un chino, un negro o un notentiendo cuando sus bolsillos están pelados. Pero López requería un cómplice. Él era blanco como un yogur y eso lo hacía sentirse superior. En adelante, él y yo nos entenderíamos. Quizá no sería su brazo derecho, pero me tendría en cuenta en las situaciones difíciles. Aquella noche lo dejé acompañarme a la entrada del edificio.

Encontré a Mabel en la calle dos veces más. La primera, ante los afiches obscenos de un cine de La Colmena, donde nos miramos unos segundos sin intercambiar palabras, y la segunda, en un quiosco de periódicos.

El quiosco era un verdadero imán de transeúntes. Por sus cuatro flancos se hallaba tapizado de primeras planas de diarios y revistas. Mabel, muy concentrada, leía las ofertas del semanario *Segunda mano*.

—Hola.

Dio un respingo antes de contestar:

—Hola.

—¿Qué lees?

—Nada —dijo mientras oprimía contra su pecho un diario recién comprado—. Espero el vuelto.

—No te veo hace días.

—...

—¿Cómo te va?

—Peor que a ti —dijo secamente.

—Aquí tiene, señorita —interrumpió el hombre del quiosco. Mabel alargó una mano para coger el vuelto y su mirada vagó por un instante. Advertí que, a mis espaldas, dos muchachas risueñas nos estaban observando.

—Tengo que irme —se inquietó Mabel.

—¿Puedo verte otro día?

Me miró en silencio. Sus compañeras le pasaron la voz y repentinamente se marchó.

A mitad de la segunda semana, yo ya abrigaba una serie de sospechas sobre mi trabajo. El gordo, para empezar, nos daba más dólares que intis, lo cual se me hacía muy extraño. Era extraño también que sus cambistas no se hicieran de un pequeño capital y se independizaran. De hecho, no lo hacían porque no les convenía. Ninguno de esos pobres diablitos era leal servidor de López ni de nadie. Sencillamente aprovechaban una circunstancia favorable: los dólares sobraban y se obtenían ganancias regulares. Parecía un negocio de lavado. Sin embargo, nos acometía el mismo ataque de ansiedad que sufría cualquier ciudadano víctima de la inflación: de vez en cuando acosábamos a los pocos turistas que visitaban el país, como si los intis nos quemaran en las manos.

Parado en una esquina, en una de tantas horas muertas, sepulté mis dudas. El mulato Roberto me aclaró las cosas.

—¡No puedo creerlo! —se asombró tomándome de un brazo—. ¿Recién lo sabes? Es obvio que blanqueamos a los narcos. López maneja el asunto y

la vieja Sofía es su proveedora.

—¿O sea que perseguir gringos es pura pantalla?

—Claro. Así todo parece normal.

—Ya lo veo... Pero eso quiere decir que nos están vigilando.

—Naturalmente. Todo el tiempo nos pastean.

—¿Son tiras?

—No. La policía recibe la suya.

—¿Quiénes, entonces?

—Eso ya es más complicado. En el negocio hay varios grupos de poder que se disputan los dividendos, y esto es mala nota, porque cuando ellos se pelean nosotros somos los que recibimos las patadas. Además, están los bravos de veras. Es gente del monte que no cree en huevadas.

Conversé con Roberto hasta que se hizo de noche. Me contó que, dos años atrás, el antecesor de López se quiso pasar de vivo y que su cadáver había aparecido mutilado, sin lengua ni orejas, en una acequia de Villa. La foto fue publicada en *La República*. El cuerpo estaba semihundido en el agua y solo asomaba el torso desnudo, manchado de lodo, aplastando la hierba alta de la orilla. Pensaba que la imagen se había hecho memorable porque el fotógrafo, tal vez buscando un encuadre diferente, registró en primer plano una garza blanca con una pata recogida en el extremo derecho.

También me explicó que generalmente los cambistas comunes y corrientes sacaban una bicoca, excepto en temporadas de rumores políticos. A nosotros, en cambio, nos tocaba siempre pura carnecita. Estábamos en el mismo nivel que buena parte de los especuladores que operaban en combinación con empleados bancarios. De un lado, se ganaba con el diferencial del pánico, y de otro, con el diferencial que establecía la brecha entre la selva del Huallaga y Lima.

Luego, Roberto me habló de Mabel.

—Los vi conversando hace un rato —me dijo.

—¿Qué sabes de ella?

—Es la empleada de la señora Sofía.

—¡Caramba! ¿También está en el equipo?

—No exactamente, pero por alguna razón, me imagino, tiene un sueldo bueno. Y le deben tener confianza. Ella está siempre en la casa y puede oír conversaciones de la señora. Eso es mucho riesgo, ¿me entiendes?

—Sí, claro.

—Hace un tiempo la afanaba el colorado que trabaja en la florería de la esquina. A lo mejor le ligó. No sé. Dicen que es un poco alzada.

—Hmm. Esa es la versión de los que resbalan.

—Por aquí son muchos... Lo que sí es un hecho es que le gusta la ropa.

—¿Y eso qué?

—Ropa fina —enfaticó Roberto—. Dos veces perdió la chamba porque la pescaron llevándose vestidos.

—¿Será cierto?

—Ramón lo asegura. Es el pata que compra los dólares rotos, el que va con su letrerito. ¡Tienes que haberlo visto! Su hermana trabajó con ella en una residencia de Monterrico. Mabel se dedicaba a la limpieza y la otra a la cocina.

Aquella misma noche, a eso de las ocho, López llegó para hacer las cuentas y enseguida se fue. Dijo que debía ir a Miraflores. Pronunció la palabra Miraflores como si el solo sonido de cada una de sus letras lo elevara sobre el resto del mundo.

Contando las ganancias del día, alegres y bulliciosos, varios cambistas del equipo entraron a un bar. Uno de ellos, con gesto amistoso, me arrastró a que los acompañara. Aunque nadie bajaba la guardia, reinaba un estado de

efervescencia, afianzado por la chacota y las mutuas bromas zahirientes. Todos eran muchachos recios, que veneraban la agudeza criolla y despreciaban los reflejos lentos, la debilidad, la cojudez. Algunos, con su *walkie-talkie* en la mano, adoptaban un aire importante (que muchas veces se justificaba), y otros, verdaderos atletas del cambio —ataviados para la ocasión con jeans y zapatillas de marca comprados en Polvos Azules, un mercadillo de contrabando a menos de seis cuadras de Ocoña—, imitaban más bien el estilo de los jóvenes de barrios elegantes. La convivencia se basaba en una fórmula simple: hablar de mujeres o de temas que nos incumbían, los dólares falsos, las compras masivas de empresas estatales o el mal aliento de López. Era cuestión de tener calle y sintonizar la onda. No tuve problemas. Bebí con ellos un par de cervezas y me despedí antes de las nueve.

Hacía un poco de frío y sentía hambre, pero no me apetecía comer en una fonda. Odiaba quedar impregnado del olor a frituras, y más aún masticar mis alimentos advirtiendo, en cada golpe de viento, la creciente pestilencia de las calles. Aquella era una hora nefasta. De muchos bares de la zona salía gente a vomitar o, en el mejor de los casos, a descargar los riñones en las veredas, formando a veces riachuelos de veinte metros o más que se entrecruzaban. Pero el asunto era que ya no había bodegas abiertas y no sabía si tenía algo en el departamento.

No tenía mucho, en realidad. En el refrigerador encontré la botella de agua, tres huevos, unas tajadas de queso, dos panes y una cacerola con arroz del día anterior. Busqué una sartén y decidí tostar los panes y hacerme una tortilla. Y en eso, fastidiado, me di cuenta de que se había acabado el aceite.

Entonces pensé en Mabel. ¿Me regalaría un poco de aceite? ¿Lo tomaría a mal? No era tan tarde e imaginé que podría estar viendo televisión o haciendo algo parecido. De manera que subí al quinto piso y de pronto me di con una

docena de puertas. ¿Cuál de todas sería la suya? No había pensado en eso, y cuando lo hice deseché la idea de ir tocando de puerta en puerta hasta dar con ella. Unos instantes estuve a punto de desistir, pero luego bajé a buscar al portero en la planta baja para averiguar su número. Al cabo de un rato, estaba tocando a su puerta. Ella me abrió.

—¡Estás loco! —exclamó con voz ahogada—. ¿Qué cosa quieres?

—Mabel...

—¿Cómo te has atrevido?

—Necesito un poco de aceite. Creí que tú...

Se oyó un ruido en el interior del departamento. Mabel se sobresaltó y se volvió visiblemente nerviosa.

—No vengas más aquí —murmuró entrecerrando la puerta.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué te pones así?

—Yo te bajaré el aceite. Espérame en tu casa.

—Pero...

—Sé dónde vives. Espérame.

Una luz húmeda brillaba en sus ojos y ese fue el único matiz amable de su rostro crispado. Me retiré.

No había terminado de lavar la sartén cuando apareció en mi puerta con una botellita de plástico. Estaba más tranquila, aunque seguía un poco tiesa. Le llamó la atención que mi departamento estuviese a oscuras.

—Hay luz en la cocina —dije.

—Eres ahorrativo.

—No en todo —sonreí con intención—. Contigo no lo sería.

Retrocedió unos pasos, asustada:

—Me voy —dijo.

—¿No quieres pasar?

Volvió a negarse y, en señal de despedida, me ofreció la botellita. De modo que, en el acto de recibirla, tomé su mano y de un solo jalón la metí adentro, cerrando de inmediato la puerta y rodeándola con mis brazos para reducir sus forcejeos. Mabel era bastante fuerte y procuraba hacerme perder el equilibrio. Me obligó a aplastar su cuerpo contra la pared. No veía su rostro, pero oía su respiración agitada, y quedamos así unos instantes: mi pecho presionando el suyo y una de mis rodillas bloqueando sus piernas. Y entonces sentí un temblor, una brusca sacudida en su vientre. Mis dos manos se aferraron a sus nalgas y empecé a besarle el cuello.

—¡Quítame el mandil! —dijo con voz casi inaudible—. ¡Quítamelo!

Saltaron varios botones del mandil al momento de sacárselo. Su lengua entró en mi boca como una culebra escapando de un incendio.

CAPÍTULO III

Dormí a pierna suelta hasta las ocho de la mañana y me desperté oyendo que echaban la puerta abajo. López había enviado por mí a uno de sus matones, un tal Anselmo. El tipo estaba muy excitado, cruzó la puerta a grandes trancos y se plantó ante una de las ventanas de la sala invitándome enseguida a contemplar el panorama. Bostezando, con una cara de sueño de los mil diablos, me aproximé. Eché un vistazo: en Ocoña y otras calles aledañas hormigueaba una centena de cambistas. Todos hablaban, gesticulaban y se congregaban en corrillos alborotados. Dada la hora, el movimiento no era normal, pero tampoco era la gran novedad. Ocurría cada vez que se disparaban las cotizaciones y ese día estaban bastante altas, en respuesta a las urgencias económicas que agobiaban al Gobierno. Mientras me duchaba y vestía, Anselmo me hizo un resumen de los rumores matinales. Salí del departamento sin desayunar. López me dio el encuentro y noté que no se sentía muy feliz de ganar más dinero. Algo le daba mala espina, temía oscuros efectos colaterales, le inquietaba el futuro.

—¿Qué está pasando?

—Arrancó el juego —gruñó el gordo—. Otra vez.

No entendí bien lo que había querido decir, pero preferí no ponerme en evidencia.

—¿Juego fuerte? —pregunté.

—Nunca se sabe. La vez pasada comenzó suavemente y luego cayó el directorio completo del Banco Central. Los pendejos salieron a vender como locos, para bajar la tasa, y solo consiguieron un hipo, un sube y baja de lo más estúpido. Quemaron casi todas las reservas.

—Anselmo ha oído varias bolas. Piensa que el Gobierno necesita cien millones.

—Es por la deuda con el Aladi —reveló López.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la señora Sofía. Esta mañana se lo confirmaron por teléfono dos diputados apristas.

—De acuerdo. Pero no agarro la cosa. ¿En qué nos afecta todo esto?

El gordo se quedó mirando un auto que acababa de detenerse a media calle. Súbitamente unos ocho o diez cambistas se apiñaron ante sus ventanillas.

—El ambiente se caldea —contestó—. Mira ahí nomás, ¿ves ese carro? Eso no es compra. Es entrega y también son verdes que vienen del monte. De Tocache.

—No conozco a los cambistas.

—¡Claro que no los conoces! Esta no es su zona, nos están invadiendo. Trabajan para el grupo de comerciantes del Mercado Central.

Comenzando a contar unos fajos de dólares que se disponía a entregarme, López me habló sobre el trasfondo del negocio. Pero lo hizo como si se tratara de una conversación más, como si fuera habitual que nos ocupáramos del asunto. Me explicó que había tres grupos: los chinos, los árabes y los del Mercado Central, y que ellos controlaban a unos siete mil cambistas organizados. Todos los demás, me dijo, eran oportunistas o gente desocupada. El grupo del Mercado Central podía mover hasta tres palos verdes por día y duplicar esa cifra en los días calientes. Y sabían utilizar su

poder con mano dura. Si se lo proponían, con solo aguantar el flujo de las remesas, levantaban la tasa, cosa que les permitía a sus amigos, los políticos, negociar juicios de funestos asociados en prisión o bien leyes y decretos que beneficiaban a sus inversiones legales. Era una tediosa historia, que cada día se volvía más previsible, pero el gordo estaba como loco porque yo pusiera una mirada inteligente. No lo defraudé.

—Comprendo —le dije—. Van a presionar más.

—De todos lados —ratificó, y se desplazó unos metros. La reacción de sus matones, ojos movedizos y animalidad rebosante, fue seguirlo de inmediato—. Empezarán a hacer ruido, se bajarán un par de avionetas en la selva o algo así, y luego subirán las coimas. La DEA y el Gobierno ajustan a la policía para darnos en las pelotas.

A lo lejos, haciéndonos señas con la mano que empuñaba su calculadora, Roberto cruzaba la calle en ese momento. Mostraba una expresión feliz y por tramos emprendía cortas y veloces carreritas, en actitud bromista, saludando a gente. Enderezó hacia nosotros, mirando ávidamente a López:

—Necesito mil —dijo—. Hay un tipo que me está esperando.

El gordo buscó unos billetes en un bolsillo interior de su saco y se los dio.

—¿Cómo está la cosa? —interrogué.

—Más o menos —dijo Roberto—. Los chinos están alquilando el dólar a tres intis, más uno por transacción.

—Es alto, pero no alcanzan nuestro nivel —terció el gordo, y de pronto, levantando la nariz y girando lentamente la cabeza como un gran cocinero que percibe un aroma conocido, dictaminó—: Ya se viene.

—¿Qué?

—¿No lo huelen?

—No, no huelo nada —dijo el mulato.

—Gas —aleccionó el gordo—. Gas lacrimógeno. Alguna bronca con huelguistas ocurre cerca —y dirigiéndose al matón que me despertó—: Anselmo, dile a Fermín que rastree por dónde se encuentran. Que use la radio.

Cuando Roberto se despidió, el gordo me entregó finalmente el fajo de dólares.

—Te estoy dando el doble —me dijo—. Véndelo a 36, y cuando se te acabe, búscame en la mezzanine del restaurante Koala.

La instrucción caducó pronto. A las diez de la mañana, un gentío, exasperado y ajeno al ritual del regateo, se volcó a arrancharse los dólares, determinando que el precio tuviera un ascenso de vértigo. A mediodía la cotización fue 38 y a fines de la tarde saltó hasta 42, cifra espectacular considerando que estábamos lejos del pago de quincenas. Yo tuve que ir a mirar la grasienta fórmica del Koala tres veces durante el día.

Fueron horas realmente tumultuosas, fatigantes, y en las que mis dedos se movieron con destreza de timbero para dar y recibir billetes. (Esa facilidad en las manos, capaces de armar y desarmar complicados juguetes, de componer relojes, de arreglarlo todo, me acompañaba desde mi más remota infancia). No paramos ni para comer, y solo hubo unos momentos de recreo —en los que dicho sea de paso corroboré el buen olfato del gordo— cuando una furibunda horda de huelguistas del Sutep irrumpió sorpresivamente por el jirón Moquegua y se encontró con una legión de guardias de asalto.

Separados treinta metros unos de otros, ambos grupos estuvieron midiéndose unos momentos. Este tiempo, como de costumbre, fue prestamente aprovechado por los ubicuos reporteros de televisión para filmar algunas de esas escenas que daban dramatismo a los disturbios. Aquella vez registraron el fuego de cinco neumáticos viejos, previamente rociados con

gasolina, los cuales levantaron altas llamaradas y densas columnas de humo negro.

La mayoría de cambistas, entretanto, rugía de entusiasmo ante la perspectiva de un enfrentamiento. Y no quedarían insatisfechos: la acción estalló de inmediato. Primero, los huelguistas arrojaron una lluvia de piedras, mientras los guardias, avanzando cubiertos con máscaras y escudos, contestaron con bombas de gas. Esta parte del combate estuvo bastante pareja, y como siempre la estrategia policial consistió en resistir hasta que arribaran los carros rompemanifestaciones (que no llegaron a tiempo) ahuyentando a la turba con sus potentísimos chorros de agua. Después, los huelguistas se avivaron y propiciaron el combate cuerpo a cuerpo. Admiramos un magnífico entrevero de humo, pancartas, gritos, brutalidad y cascos en el suelo.

Llorando a mares por el gas, arriesgándose a que les cayera una piedra o un palo, los muchachos del equipo, en estas ocasiones, se aproximaban al meollo de las peleas, estirando el cuello, balanceando el cuerpo y agachándose como rigurosos árbitros de box. El complemento de tan enorme diversión solían ser las apuestas. Ganaba el que calculaba el mayor número de cabezas rotas, fueran huelguistas o policías, prevaleciendo en el juego un criterio amplio respecto al puntaje: toda mancha de sangre en el pelo o el rostro era válida. Aquel día contamos catorce cabezas rotas y el flaco Ramón —famoso por conocer al dedillo los reclamos salariales y los lemas de marcha de cada grupo huelguista— se levantó una bolsa de cincuenta verdes. Los muchachos rieron, saltaron, se abrazaron unos a otros y el gordo también hizo lo mismo, pero a decir verdad nadie creyó en su alegría. El juego no le gustaba nada porque, en la confusión, detenían a veces a algún cambista y los guardias, indefectiblemente, le ponían una chompa en la cabeza a fin de

limpiarle los bolsillos. Este era el juego de los guardias, y con seguridad ellos también quedaban muy contentos.

¿Me divertí? Una barbaridad. Poca gente comprende lo bien que nos hace ver a una muchedumbre agarrándose a patadas. Desaparece la amargura, se esfuma esa viscosa mezcla de tristeza y rabia contenida. Hubo algo de esto, y además el dinero entró a manos llenas. Todo el mundo estuvo de acuerdo en que había sido un día redondo.

Pálido, ojeroso, un anticipo de lo que sería mi cadáver en los minutos iniciales de mi muerte. Así acabé la jornada. La noche había caído hace horas, tenía la garganta seca y me angustiaba el apremio por tomarme un trago. Llegué al Koala cuando ya cerraban la reja, pero conseguí que me atendieran. El dueño, un japonés llamado Toshío, estaba jugando a las cartas con unos amigos. Jugaban y fumaban como obsesos, sin importarles mucho los clientes rezagados. Yo, en la solitaria barra, era uno de esos clientes. Roberto, que se apareció de improviso, se convirtió en otro cliente. Me encontró mirando hipnóticamente mi vaso de ron. Se sentó a mi lado y pidió una cerveza.

—¡Trabajo de negro! —dijo resoplando.

Asentí dos veces con la cabeza y bebí un sorbo de mi trago. Roberto se sacó el zapato derecho, como si estuviera en su casa, y comenzó a frotarse el pie con ambas manos.

—¡Diablos, tengo los pies como camotes! —continuó con gesto desolado—. ¿No te duelen a ti?

Sabía lo que le pasaba, porque yo también lo estaba viviendo. Cuando uno ha estado horas con el ánimo arrebatado, sufre después un bajón: una especie de síndrome de abstinencia, en el que todos nuestros jugos exigen

más estímulos y exaltación. El remedio para esto es aventarse un trago, y eso era lo que estábamos haciendo.

—Me duelen —contesté—. Pero no es un día para lamentarse, ¿no?

—Tienes razón. Nos ha ido bien.

—Muy bien —insistí.

—Sí, verdaderamente bien —concordó—. Creo que habremos sacado más de lo que se hace en una semana —Roberto se sacó la media y comenzó a examinarse los dedos del pie—. ¡Si así fuera todo el tiempo, qué bueno sería!... Oye, ¿te gustaría gastar un poco? Conozco un hueco cerca, con timba buena y hembritas.

Terminé de beberme el ron:

—Tal vez otro día —le dije.

—Está apenas a cinco cuerdas. ¡Vamos, hombre!

—No, compadre —contesté levantándome.

—Ey, ¿qué haces? ¿Ya te vas?

—Estaba por irme. Me voy a dormir.

Sin soltar un instante su pie, Roberto me miró pestañeando:

—¿Todo bien?

—Por supuesto. Pero es probable que mañana sea otro día bravo, ¿no?

—Sí, puede ser.

—Necesito recuperar fuerzas.

Sonrió con un gesto que se esforzaba en ser comprensivo.

Y le devolví la sonrisa; pero de hecho estaba fingiendo. La noche anterior, tras la intimidad de las caricias, Mabel y yo habíamos derivado a nuestra primera conversación franca, natural, desinhibida. Hablamos sobre la vida secreta del barrio. Uno de los temas casuales que tratamos fue la existencia de Roberto, y lo que dijo Mabel respecto a él me había inquietado. Afirmó que el mulato era el más puntual soplón de López. Esto me puso a la defensiva.

¿A la defensiva de qué? No lo supe entonces, pero ciertamente lo estaba. Cuando Mabel se había referido a Roberto, derramaba bilis pura, y yo asumí que su hígado era un buen consejero.

—¿Te parezco gorda?

—¿Qué?

—Quiero saber cómo me ves. ¿Gorda o flaca?

—Hmm... te veo bien, muy bien.

—Eso significa gorda —concluyó Mabel en tono monocorde y completamente relajada.

Con el agua hasta la cintura, envueltos en una nube de vapor, ella apoyaba su espalda contra mi pecho y me hablaba despacio. Tenía los ojos adormilados, y abría y cerraba lentamente sus piernas formando espuma y olitas, mientras yo jugaba con el jabón, que siempre se escurría en mis manos, o refrescaba su cara con tibios chorritos de agua provenientes de una esponja que mojaba en la tina y luego exprimía encima de su cabeza. ¡Qué bien me sentía! Era el final de otro día frenético, en el que habíamos quemado muchos verdes, y aquel baño me estaba cayendo de maravillas.

—¿Por qué dices eso? —repliqué—. En ningún momento dije que estuvieras gorda.

—No me dices la verdad.

—¡Te la estoy diciendo! Pienso que tu cuerpo es perfecto, y lo más importante es que me encanta.

—¿De veras?

—Sí. No te mentiría.

—... Me he comprado un bikini... —Mabel se volvió a mirarme como si quisiera detectar en mi cara una reacción que delatara pensamientos adversos. Yo no moví un músculo, y entonces continuó, sonriendo—: Ya sé que falta

mucho para el verano, pero es que... no sabes... me gustó tanto. Es rojo, con lunares negros...

Le aseguré que ya me estaba sintiendo loco de celos de tan solo imaginarla con ese bikini en la playa y eso la colmó de felicidad por unos instantes, aunque no tardaría en exigirme una aclaración respecto a su contextura. No eres lógico, me dijo. Si no soy gorda, ¿qué soy?, ¿flaca? Mi respuesta tuvo cierta solemnidad. Eres más bien una flaca llenita, le dije, y enseguida, ahuecando las palmas, le tomé los pechos con ambas manos, como un experto que pretendía certificar si estos daban el peso correcto.

Las manos resultaron más convincentes que las palabras. Mabel resolvió cambiar de posición. Era fácil deslizarse y reacomodarse en esa tina enorme de casa antigua y, en un santiamén, la tenía frente a mí: sus muslos atenazando mis caderas y sus pies entrelazados a mis espaldas. Moviéndonos limpiamente, sin chapaleos, nuestros cuerpos enjabonados resbalaban en cada abrazo, aunque luego, como por arte de magia, hallaban un punto firme donde apoyarse y volvían a la postura original. Hicimos cuanto se nos ocurrió. Pasada una hora, tiritando de frío, salimos, nos envolvimos en unas toallas y estuvimos un buen rato acurrucados en el sofá de la sala. Entonces, poco a poco, todo se volvió diferente. Mabel se dio cuenta de que yo estaba enamorado de ella y, lo que era más perturbador, comprendió que ella estaba enamorada de mí. Y empezaron las peleas.

—¡No lo soporto, Carlos! —exclamó incorporándose del sofá—. ¡Es algo tan odioso!

Me quedé mirándola, extrañado.

—¿Te das cuenta de lo que haces?

—No —respondí con absoluta inocencia. Ella ya se paseaba de un extremo a otro de la habitación—. ¿Qué hago?

—Ya no lo haces. ¡Pero lo estabas haciendo!

—¿Qué?

—¡Me tocabas! Todo el tiempo me estás tocando, todo el tiempo. ¿Te gusta tanto mi piel? ¿Te vuelve loco? —Su voz de tonos agudos y quebrados denotaba una impaciencia creciente. Enmudecí de nuevo, aguardando una explicación. Ella, desafiante, se puso las manos en la cintura—... Quiero saber lo que piensas sobre la vejez.

—¿De qué hablas?

—No te hagas el tonto. Ahora dímelo: ¿a qué edad para ti una mujer es vieja?

—¿Cómo que a qué edad? Una mujer es vieja cuando está vieja.

—¿Sí? ¿Desde cuándo? ¿Veinticinco, treinta años? ¿Cuarenta?

—¡Qué carajo te pasa!

—¡Quiero saber cuánto tiempo me queda! —chilló cruzándose de brazos, muy tensa—. Ya tengo veinte y no sé si me quedan cinco o diez años.

—¿Pero eso en qué va a cambiar las cosas?

—En mucho. La edad es lo único bueno que tengo en mi vida... La edad, y ese bikini. ¿Te has fijado que en la playa todos podemos ser iguales? La gente te mira sin atreverse a encasillarte. A mí se me acercan algunos chicos, me dicen cosas. Yo siento que me hablan con naturalidad, como si hubiéramos vivido juntos en los mismos sitios... Una amiga mía se casó con un gringo, un norteamericano de California.

—¿Lo conoció en la playa?

—No. Pero se vieron ahí por primera vez... Se conocieron después en un baño turco. Ella era masajista y él se apareció a tomar un masaje. Quiero escribirle.

A estas alturas yo ya había identificado, con la certeza de un radiólogo, el mal que afligía a Mabel: se sentía terriblemente insegura. Alguna gente siente lo mismo (yo, por ejemplo) cuando no encuentra adonde aferrarse, sea una

casa o una bicicleta, cualquier cosa que sea propia. Ella no le encontraba asideros a su proyecto de vida. Se sabía a merced de sus sueños. Y estos eran unos sueños implacables y posesivos, con manos de gorila, que la habían tomado por el cuello y la estaban estrangulando en cámara lenta.

—¡Por favor, Mabel! —me reí—. No me digas que tú quieres casarte con un gringo.

—¡No seas idiota! —se volvió ofuscada. Aquel movimiento hizo que se le cayera la toalla y quedara desnuda. Tardó apenas unos instantes en cubrirse, pero pude ver en la penumbra su silueta recortada bellamente ante la luz tenue del marco de una de las ventanas—. Lo que quiero es salir de acá. ¡Y estudiar!

—¿Estudiar? ¿Hablas de una carrera?

—Hablo de hacer las cosas bien... Medianamente bien. Ni siquiera puedo... ¿Sabes que recién el año pasado terminé el quinto de secundaria?

—Lo importante es que lo terminaste.

—No —dijo con una expresión abatida—. No valía la pena.

—¿Por qué dices eso?

—Estudié en un colegio nocturno. Mi letra es igual a la de un retrasado mental. Esos colegios son un engaño —una lágrima rodó por una de sus mejillas y, tras barrerla inmediatamente con dos dedos veloces y enérgicos, tomó aliento, sobreponiéndose—. Necesito escribir con buena letra para que la gente me respete.

—Ya basta, Mabel. Eso es algo que puede arreglarse.

Un fulgor de encono relampagueó en su mirada:

—¡Sí, puede arreglarse! —exclamó—. ¡Pero la única que puede hacerlo soy yo! Y para eso tengo que dejar este trabajo de chola.

—Mabel, tú no eres una chola.

—¡Claro que soy una chola! ¿No te das cuenta? ¿No sabes lo que es ser empleada? ¡Es aceptar que alguien te mande a limpiar el wáter, es ponerte a buscar manchitas de caca!... Sí, me parece que tú lo comprendes muy bien. ¿Y sabes por qué? ¡Porque tú también eres un cholo! ¡Un cambista callejero! ¿O acaso piensas que eso es lo mejor del mundo?

—¿Qué quieres que haga? —arremetí sin perder la calma—. ¿Te gustaría que alquile un auto para hacer taxi? Ese es un negocio bueno y decente. ¿O a lo mejor prefieres que robe un banco y ponga una pizzería en Miraflores?

—¿Qué hacías antes? ¿Piensas seguir como estás toda tu vida?

—No lo sé. Yo trabajaba en una mutual. Era cajero de ventanilla. Puedo conseguir trabajo en otra mutual o en un banco. Esta es una situación pasajera.

—¿Por qué lo dejaste?

—Me botaron. Uno de los jefes se me había prendido, y me pescó en uno de esos días malos.

—¿Le pegaste?

—No. Solo le escupí en la cara, pero eso fue suficiente.

—Vas a seguir como ahora.

—Yo no lo veo así.

—Aun cuando te ligue otro empleo, no vas a ser más que un pelagatos.

Ese era todo un golpe bajo, quizá el más sucio de los que me había aplicado, pero consideré que si me mostraba ofendido le iba a dar una satisfacción que no se merecía.

—¿Y tú? —le espeté observando que se apoyaba en el alféizar de la ventana—. ¿Has hecho un trabajo distinto?

—Sí —contestó.

E inesperadamente algo ocurrió en su rostro. Bajó un momento la cabeza, despejó de su cara un mechón de cabello colocándolo detrás de una oreja.

Advertí que, aun a su pesar, su agresividad comenzaba a disiparse.

—Fui vendedora de Yanbal —dijo con una media sonrisa—. Cosméticos y cremas de belleza. Un tiempo me fue bien, pero después la cosa se puso imposible, vinieron las alzas de precios, los paquetazos, y la gente no tenía plata para nada. Volví a trabajar de doméstica... Luego, intenté salirme otra vez. Una vecina de una casa en la que trabajaba decía que yo tenía un cuerpo bonito y me recomendó a un pariente suyo, un empresario de cachascán. Me contrataron como chica de ring. ¿Te imaginas lo que era eso? Tenía que ponerme unos shortcitos muy apretados, zapatos de taco y pasear un cartel con los brazos levantados donde se anunciaban los números de *rounds*. Lo dejé cuando los fotógrafos de unos periódicos me propusieron que posara para unas primeras planas. Eso me hizo pensar. Yo no estaba buscando ser una de esas artistas. Además, si tu foto sale en un periódico, ya no hay salvación, ¿me entiendes?

—Sí, creo que sí.

—¿De verdad entiendes?

—Sí. Lo entiendo.

Mabel me sonrió con su mirada llorosa y retornó al sofá, sentándose otra vez a mi lado. Echó aliento en una de mis orejas y fue deslizado sus labios por mi pelo. Sus besos eran cálidos, tiernos. Olía al perfume del jabón con que nos habíamos bañado. Encogiendo las piernas, pegando su cara a la mía, volvió a observar la calle a través de la ventana. Desde esa posición, sentados en el sofá, solo alcanzábamos a ver algunas ventanas iluminadas del hotel Bolívar.

—¿Cómo serán los cuartos de ese hotel? —se preguntó—. Dicen que las alfombras son azules y los baños tienen caños de bronce. Debe ser lindo.

—Estoy seguro que sí.

—Es caro. Pero podríamos pasar una noche juntos ahí, ¿no crees? Aunque sea una noche.

—Es posible.

—¿Cuándo lo hacemos?

—No sé. Uno de estos días.

El malhumor de la vieja Sofía acabó dos semanas más tarde con la tranquilidad de nuestros encuentros. Una noche, a eso de las doce, oímos unos gritos destemplados y Mabel reconoció la voz de su patrona que, entre jadeos, se asomaba por el hueco de las escaleras gritándole a la oscuridad. Hecha un atado de nervios, recogió sus ropas y se vistió y salió en puntillas al pasillo. Me aproximé a la puerta aguzando el oído. El silencio de las noches convertía al edificio en una caja de resonancia: oí los pasos de Mabel subiendo las escaleras y luego, procedentes de tres pisos más arriba, las voces lejanas de ella y la vieja en un murmullo ininteligible. Después, sentí un ruido perentorio, como el que hace una puerta cuando la cierran bruscamente. Yo sentí que, de algún modo, ese portazo me lo daban a mí.

Así era. Por cinco días no nos vimos, y tuve que esperar hasta el domingo, que era su día libre y también el mío, para que saliéramos juntos. En esa ocasión acompañé a Mabel a Chorrillos, a casa de una tía, donde debía recoger una encomienda que le enviaba su madre desde Tumbes. Ropa interior comprada en Huaquillas y una caja de alfajores. Me contó en el camino que su padre había muerto cuando ella tenía quince años, y su madre, casada en segundas nupcias con un pescador, se pasaba la vida tejiendo redes en la playa de una pequeña caleta cercana a Puerto Pizarro. En esa caleta, limpiando pescados, Mabel permaneció durante varios meses, hasta que resolvió venir a Lima a trabajar.

También me dijo que, en los aspectos más detestables, la vieja Sofía se parecía a su madre. Era una persona dominante, machacona y con un maniático sentido del orden. Si algo no estaba en su sitio, reventaba el planeta. Y eso era precisamente lo que había ocurrido aquella noche de los gritos por las escaleras. Mabel había olvidado dejar sobre el velador las pastillas para la artritis, que sumían a la vieja en un sueño profundo, y esta a su vez había olvidado tomarlas y se despertó a medianoche con el camisón empapado de sudor. Fue al dormitorio de Mabel, no la encontró y se puso a berrear. Cuando después preguntó dónde estaba, Mabel le soltó una mentira del tamaño de un avión. Le dijo que ciertas noches, en las que no podía dormir, se ponía a subir y bajar las escaleras del edificio a fin de quemar energías. Por ratos tomaba descansos sentada en un escalón, y luego volvía a lo mismo. La vieja Sofía se había quedado con la boca abierta. Pero no dijo nada. Tal vez la extravagancia del embuste —dado que, por lo común, se piensa que nadie puede inventar algo tan absurdo— había contribuido a hacerlo verosímil. Tal vez la vieja aparentaba creerle. La conocía desde hace mucho, pero nunca sabía lo que pensaba. Lo que sí sabía es que, desde entonces, la veía tomar sus pastillas muy tarde, cuando ya Mabel daba señales de estar muerta de sueño y no parecía sentir el menor deseo de subir y bajar escaleras.

Dos días después de nuestra salida a Chorrillos, pretendí visitarla. Llegué hasta su puerta, alisté una sonrisa radiante y me dispuse a tocar, pero acabé, arrepentido y desazonado, regresando al departamento. Recién al tercer día, pasadas las dos de la tarde, hora en que circulaba menos gente por el edificio, pudimos por fin vernos. Angustiosamente, sintiéndonos estúpidamente culpables. La encontré en el ascensor. Me había visto enrumbar hacia el edificio por las ventanas de su piso y salió de inmediato diciéndole a la vieja que iba a recoger el correo. Llevaba en una mano algunas cartas y el recibo

de la luz. —Tenemos unos minutos —me dijo aplastando su boca contra la mía mientras se cerraban las puertas.

Oprimí el botón de parada y nuestros cuerpos se fundieron en un abrazo enloquecido que se desbordó en besos, arrullos y gemidos de una afiebrada intensidad que nos estremecían de pies a cabeza. Sin dejar de besarla, le bajé el calzón para sentir la humedad de su sexo. Y palpé su entrepierna. Pero no llegué a más. Repentinamente el suelo se movió. Con algún movimiento inconsciente habíamos tocado el tablero de mandos poniendo otra vez en marcha el ascensor. Al cabo de unos segundos, todavía sin haber terminado de arreglarnos las ropas, entraron varios pasajeros. No nos volvimos a ver hasta el domingo siguiente.

Mientras tanto, y esto de hecho fue un alivio, sobrevinieron unas jornadas bastante agotadoras. Las remesas de dólares comenzaron a llegar dos veces por semana, lo cual me tuvo a mí pateando las calles y mantuvo ocupada a Mabel durante las tardes y las noches, ya sea contando billetes en casa de la vieja Sofía, si se trataba de una remesa grande, o bien aplacando el hambre y la sed del gordo López y los emisarios de la gente que venía del monte.

El gordo, que estaba más paranoico que de costumbre, redobló la vigilancia en el edificio. Puso dos hombres fijos en la puerta de calle y dos en los pasillos. Su nerviosismo se explicaba porque, aparte de la gran afluencia de dinero, se había encontrado en esos días a un cambista agonizando a media cuadra de La Colmena. Se llamaba Jesús Martínez, era un independiente y un tipo que sabía cuidarse. López lo conocía de vista. Trabajaba en la plaza San Martín, y de vez en cuando se caía por la esquina de Ocoña y Camaná. La noticia solamente apareció en un diario, muy pequeña, pues aquella semana un comando terrorista había intentado atacar el Ministerio de Economía y los muy bestias acabaron volando un microbús en la avenida Abancay, matando e hiriendo a mucha gente. Todos los diarios y

los telenoticieros propalaron varios días las sangrientas imágenes del atentado. La gente estaba morbosamente colgada de cada nuevo detalle. En cambio, para nosotros, la muerte del cambista, a quien habían clavado una única y certera puñalada para arrancarle su bolsa canguro, representaba una tragedia mucho mayor. En la criminal lotería de los atentados todos podíamos salir sorteados, pero en los robos a cambistas, que según López ya se estaban convirtiendo en un deporte, nos sentíamos como expuestos en vitrina.

Cuando finalmente llegó el domingo, le propuse a Mabel irnos a comer un cebiche a uno de esos restaurantes de La Herradura. Le encantó la idea. Estaba preciosa, y se la veía feliz. Elegimos el Costa Azul, un local con buena vista al mar, donde comimos cebiches y yucas fritas, y de ahí nos fuimos a la playa, caminamos descalzos por la orilla y luego nos sentamos en el muro del malecón. Soplaban una brisa fresca, y yo la tenía todo el tiempo abrazada, disfrutando de su cálida cercanía y también de la sorprendente suavidad de su chompa, confeccionada con una lana (parecía una cosa viva) que acariciaba a la mano que la tocaba.

—¿Te gusta? —me preguntó.

—Es una chompa tan suave. No parece real.

Ella se rió echando la cabeza hacia atrás, más feliz que nunca.

—Es cachemira —reveló, y enseguida se dedicó unos minutos a mirar el mar, a ratos sonriente, a ratos ensimismada.

Antes del anochecer volvimos a mi departamento y, en la entrada del edificio, vimos llegar a dos sujetos. Uno de ellos, maletín en mano, saludó a Mabel. Era un muchacho rudo, bien plantado y con esa clase de mirada fría que proporciona la rutina de las dificultades. Advertí que los matones de López se preocupaban de la puerta principal y los pasillos, sin importarles una puerta lateral que comunicaba al garaje. Más tarde supe que, cuando ellos

aparecían, otro matón se apostaba en el garaje vigilando esa salida. Los sujetos tomaron el ascensor, y nosotros subimos por las escaleras.

—¿Es la gente de la plata?

—Sí —dijo Mabel—. ¿Cuánto crees que llevan?

—¿Cuánto? No sé. ¿Doscientos?

—Cargaban un maletín. No debe bajar de los 350 mil dólares.

Por ese tiempo comenzó el calor. Eran los primeros días de octubre, ya se hablaba de la primavera y los cambistas seguíamos en la calle cagados de frío. Pero el calor, agazapado, estaba por ahí. Se movía dentro de nosotros, lo sabíamos madurando en su inminencia. Hasta que una mañana, en que pesqué uno de esos resfríos que te duelen los huesos, salió el sol. Ese día comprendí que me sentía verdaderamente hastiado del trabajo que hacía.

CAPÍTULO IV

Voy a tener que decir una inevitable estupidez, de esas que suenan a proverbio barato. La vida es dura y uno en consecuencia se vuelve duro, pero hay cosas que siempre resultan chocantes. No sé bien a qué responde esto. Quizá tenga que ver con la educación que tuve o con alguna sensibilidad desarrollada en la infancia. Lo cierto es que yo, cuando alguien pronuncia ciertas palabras groseras, siento un fastidio de monja de convento. Y me obligo a superarlo siendo aún más desagradable.

Algo de eso me ocurrió cuando me enteré de que el mulato Roberto no era el único soplón en los alrededores de Camaná. Los matones de López me habían visto llegar del brazo de Mabel, y al día siguiente la bola rebotaba entre la gente del equipo. De ahí que, tan pronto nos encontramos en la calle, el gordo empequeñeciera los ojos y, dejándome sentir una vez más su aliento cargado, me preguntó si a Mabel le gustaba dar de alaridos cuando tenía la pinga adentro o si se limitaba a conservar ese aire de ruca altanera. Lo miré, y mi boca se llenó de saliva en un instante. Pero no escupí. Me limité a tragar mi avinagrada saliva y reí celebrando su ingenio. El gordo estaba en plan provocador, nuevamente hablaba sin dirigirme la mirada y todo indicaba que seguía un libreto destinado a sacarme de mis casillas.

—Te han visto los muchachos —continuó—. Y dicen que a Mabel y a ti se los veía muy amartelados; pero les parece que ella está caminando un poco

raro. ¿Le estás dando por el culo?

—Sí —sonreí—. Me la cacho con el mismo fervor con el que me agarró tu hermana.

—¿Mi hermana?

—Bueno, no sé si era tu hermana o tu madre. Pero lo cierto es que me dio una buena mamada.

El gordo se puso serio.

—No te hagas el pendejo.

—Lo mismo te digo.

Se hizo un silencio, y el gordo, metiendo las manos en los bolsillos, miró adustamente el suelo. A corta distancia, aunque sin alcanzar a oír nuestra conversación, sus matones bostezaban y se aburrían.

—De acuerdo, Carlos —dijo unos instantes después, levantando la mirada y aprobando conciliadoramente con la cabeza—. Veo que aprendes a mantener el control, y tampoco eres de los que se achican. Eso es importante. Pero este no es el punto.

—Ya lo sé.

—¿Ah, sí? ¿Qué es lo que sabes?

—¿Crees que hay que ser un genio para eso? ¡Por favor! Estás pensando que Mabel se puede ir de boca.

—Eso es lo de menos. Me preocupa lo que harías tú con esa información.

—Para tu tranquilidad, Mabel no habla nada del negocio.

—No te creo.

—Ella sabe para quién trabaja.

—¿Y tú lo sabes?

—Sé todo lo que tengo que saber.

—Ahí es donde te equivocas —repuso—. Prefiero que sepas más. O estás con nosotros o no lo estás... ¿Qué tal si te hacemos un ascenso?

—¿Qué quieres decir?

—Lo sabrás a su tiempo. Por ahora sigue con tu trabajo y cuida que no se te vengán ideas muy brillantes a la cabeza. Aquí hay que ser opaco. Puedes destacar, pero no al extremo de llamar mucho la atención. Me basta y sobra con que seas un pata que pasa piola. Y otra cosa: por mí no hay problema en que tengas algo con Mabel, si sabes cuál es tu lugar —el gordo miró mi fajo de billetes que sostenía en una mano y cambió de tema—. ¿Necesitas más?

—No. Está baja la compra.

—Bueno, te veo más tarde —dijo dándome una palmada—. Ya hablaremos.

Lo seguí con la mirada hasta que se perdió por La Colmena. Y no me quedé dándole vueltas al asunto. Las cosas estaban lo suficientemente claras como para cometer la tontería de sacar los pies del plato.

Más tarde, durante unos minutos, estuve contemplando detenidamente los ajetreos de la multitud. Era uno de esos días en que todos llevaban prisa, sudaban, tropezaban. Los cambistas se mezclaban con las vivanderas que, un tanto impacientes, avivaban el fuego de sus braseros con un abanico de paja. A veces el tránsito se atascaba; otras, los autos pasaban como bólidos. Y entonces, a escasos metros, fui testigo de una extraordinaria confusión. Muy pocas personas se percataron del incidente.

Sentada en una silla de ruedas, una mujer mayor avanzaba por la vereda. Un chico de unos diez años, su hijo, empujaba la silla.

Y de pronto, tras un bache, una de las ruedas pequeñas de la silla se zafó y salió rodando hasta chocar contra los pies de un individuo. Alarmado ante su madre que parecía a punto de caer al suelo, el niño pidió ayuda. Ni siquiera se fijó a quién se dirigía. Era un loco mugriento que, en esos momentos, buscaba molestísimo algo imaginario que se movía en el aire. La interrupción

del niño lo desconcertó, y se rascó unos segundos la nuca. Cuando la madre se dio cuenta de la situación, ya era tarde: el loco había recogido la rueda y se dedicaba a colocarla en su sitio. Lo hizo con sorprendente habilidad y rapidez, asegurándose de que los tornillos estuvieran bien ajustados. El niño aguardó en silencio a que terminara su trabajo y luego, mirándolo a la cara, le dijo:

—Muchas gracias, señor.

Lo mismo hizo la madre, aunque su agradecimiento sonó un tanto atolondrado, y pronto madre e hijo se marcharon. El loco permaneció un rato perplejo. Cuando se volvió, vi que tenía las mejillas arrasadas de lágrimas. Su rostro, sucio e inexpresivo, era un espectáculo desolador. ¿Qué lo había conmovido tanto? ¿El hecho de sentirse útil? ¿O acaso experimentar otra vez la sensación de ser tratado como una persona? ¿Cuánto tiempo había pasado sin que alguien le dijera señor o le diera las gracias por algo?

Tal vez me estoy poniendo sentimental. No lo sé. Pero estas son cosas que vienen con el trabajo. Son parte de la calle, y no hay manera de evitarlas. Se supone que deben enseñar algo, que se nos brinda la oportunidad de ser más abiertos ante el mundo. Eso es pura mierda. Quienes saben de lo que hablo no ignoran que la calle, a la vuelta de la esquina, ofrece también otras lecciones más contundentes.

Llegó con toda la brutalidad que puede concentrarse en un puño humano. Fue un golpe feroz e implacable, directo a la boca del estómago. Alguien había salido de las sombras de un portal y en un instante yo estaba doblado sobre mí mismo, sin aire, desorbitados los ojos y con la certeza de que no saldría bien parado de aquel trance. Pero logré salir. Y esa noche me dije que aquel ataque en Lima era, entre otras cosas, el peaje mínimo que solía pagar la poca gente confiada y desguarnecida que todavía se aventuraba a dar un paseo, que

pensaba como una persona normal y no como un aguerrido comando, que confundía penosamente la audacia irresponsable con el verdadero coraje. ¿Qué debía hacer? Lo que varias veces había considerado, merced a los consejos de muchos cambistas y del propio López, y también varias veces había postergado. Necesitaba comprar un arma.

Un mal sueño fue la causa de todo. Me había acostado temprano, fatigado por un día de poco movimiento, y se me apareció en sueños un individuo que, en medio de un parque desierto, me observaba enarcando una ceja. No era un tipo extraño, pero sí bastante peculiar. Tenía ojos de uva, papada doble y un pelo largo y lacio que le caía sobre los hombros, aunque acusaba, en la parte superior del cráneo, una calvicie incipiente. Yo sabía que su rostro me era conocido, pero no conseguía recordar cómo y dónde lo había visto. Entonces se abrió el saco y dejó al descubierto un fulgurante cinturón empedrado de amatistas que le sujetaba los pantalones. Esta imagen me aterró. Cegado por el resplandor de esas gemas, muerto de pánico, eché a correr y, al cabo de unos instantes, desperté.

Ya sé que el sueño es un poco ridículo, pero lo importante fue el desasosiego que me dejó. Beber un vaso de agua, a manera de conjuro, no dio resultados. Tampoco podía recurrir a la compañía de Mabel, que hubiera sido tan reconfortante, pues seguía bajo la marcación estricta de la vieja Sofía. Esto me llevó a consultar mi reloj pulsera, vi que recién eran las diez de la noche y decidí salir a tomar un poco de aire. En cosa de minutos me encontré en la calle y pronto arribé a la esquina de Camaná y la avenida Emancipación. La iniciativa de mi rumbo tenía un fondo pecaminoso. Me habían dicho que la calle Cailloma se atestaba de putas por las noches, y eso me animó a hacer un merodeo de inspección. Ya las calles se veían bastante oscuras. Algunas estaban completamente en tinieblas a causa del racionamiento eléctrico; otras se iban apagando poco a poco a medida que los

vendedores ambulantes, en franca retirada, desconectaban sus luces que pirateaban a los postes del alumbrado público.

Esquivando un río de transeúntes y carricoches cargados de mercadería, enfilé por Emancipación, camino a Tacna, y poco después estaba doblando por Cailloma en dirección a

La Colmena. Como muchas otras vías, con tramos oscuros y luminosos, no mostraba señales de vida. Y excepto un leve olor a desinfectante que flotaba en el aire, parecía una calle común y corriente, con paredes desconchadas y por ahí una ruma de trapos y bolsas con retazos de cartón que servirían de dormitorio a los niños abandonados de la cuadra. Pero no lo era. Pasados los primeros veinte metros, advertí que los postes de luz habían sido inutilizados a pedradas y, cuando llegué a la mitad de la cuadra, donde empezaba la más densa oscuridad, supe que la soledad de la calle era aparente. Comprendí en un instante la gran tontería que había cometido, y pensé en retroceder. No hubo tiempo. De las sombras del portal salió el salvaje puño que me arrojó a tierra y me mantuvo una eternidad encogido en el suelo, mientras alguien, que me movía y daba vueltas como se cambia de pañales a un bebé, comenzaba a revisar con absoluta calma el contenido de mis bolsillos.

Lo que más recuerdo, y se me aparecen vívidamente los colores violeta, rojo, azul caribe, verde esmeralda, son las blusas de las putas que acudieron en mi auxilio. Unas seis mujeres aparecieron furiosas, dos o tres de ellas con linternas, y la primera en llegar, que parecía la más joven, lo hizo empuñando un largo garrote de jebe. Mi atacante se esfumó en un tris, llevándose mi calculadora de mano y unos papeles sin importancia, guardados en un estuche que al tacto daba quizá la impresión de ser una billetera. El dinero, que no pasaba de cuarenta dólares —mi capital lo escondía en una tubería rota del departamento—, lo cargaba en una media.

Las putas me ayudaron a incorporarme, lanzando denuestos contra las gavillas de fumones y ladrones (que muchas veces eran la misma cosa), pues les espantaban la clientela. Luego, alumbrándome el camino, me hicieron pasar al zaguán de un hotelito. Era un lugar miserable, con el suelo de cemento sin pulir y que conducía a un auténtico laberinto en penumbra. De alguna parte, que no lograba ubicar, provenía un rumor de risas y melodías de lenta cadencia. Lo curioso es que, en el centro de ese patio interior, se erguía un árbol de floripondio que descolgaba bellas y aromáticas campanillas. Cuando poco después las putas convinieron que ya había recuperado el aliento, comenzaron a exhibir en afiatada coreografía, a la luz vacilante de las linternas, todas sus artes del coqueteo y la insinuación. Algunas, sobre todo las gordas y envejecidas, cuyos escotes profundos y maquillaje tupido no hacían otra cosa que acentuar su decadencia, tenían el semblante de la tipa bandida capaz de cualquier trastada. Pero yo no estaba para críticas. Me sentía agradecido y las reconocía como mis salvadoras.

Una negra espigada, vestida con minifalda, tacones altísimos y que todavía tenía todo en su sitio, optó por una táctica más estimulante. Se me acercó mordiéndose el labio inferior y de pronto, como quien atrapa a un animal que intenta huir, me agarró el sexo por encima del pantalón. Mantuvo ahí su mano unos segundos escrutando mis ojos con seriedad, indudablemente a la espera de un brillo que ella conocía bien y que, según me daba a entender, terminaría por zanjar aquel episodio de la noche.

En ningún momento, desde luego, se me pasó por la cabeza que las cosas podían tener semejante desenlace. El único ser que por entonces me interesaba plenamente era Mabel. Pero ciertos sentimientos del género humano suelen usar un radar independiente que capta los mensajes más remotos del corazón. De manera que fui yo el primer sorprendido cuando, tras exhalar un genuino bufido de semental, me encontré diciéndole:

—Quiero que me hagas las cosas que le has hecho al hombre que más has querido en tu vida.

La negra sonrió como un piano de cola:

—Te voy a ajustar todas las clavijas —susurró.

Fuera de todo ánimo de competencia, las demás putas se mostraron extrañamente complacidas. Como si pensaran que se había enmendado un entuerto o un accidente de trabajo, y que las cosas, el orden dentro del interminable chongo que eran sus vidas, retornaban al curso que les correspondía. Permanecí con la negra un par de horas, abrazándome a ella con la pasión del hombre que ha vuelto a vivir, y luego me despedí sin prisa, haciéndole bromas cariñosas y hasta pagando con generosidad. Naturalmente regresé al departamento tomando el máximo de precauciones.

El individuo que vislumbré en mi sueño, aquel tipo con ojos de uva y pelo largo, se me presentó otra vez, pero en esta oportunidad me hallaba muy despierto y en una calle de La Parada abigarrada de comercios, camiones repletos de carga agrícola y uno que otro borracho caído en el lodo.

Era una mañana soleada, y yo estaba caminando con Ramón, el cambista que se dedicaba a comprar los dólares rotos. Ramón se la pasaba saludando calurosamente a amigotes cada diez metros. Conocía el populoso barrio a la perfección, pues antes de enrolarse en el cambismo había trabajado varios años en la compraventa de repuestos robados de automóviles. Ramón actuaba como un ilustrado cicerone. Me indicaba, por ejemplo, que una puertecita insospechable era el acceso a una enorme fábrica clandestina de tejidos o que la alegre vendedora de frutas que lo detuvo, y que le regaló una manzana, constituía en realidad el contacto que conducía a las guaridas de los reducidos de antigüedades.

Lo que nosotros buscábamos, sin embargo, no pertenecía a ese submundo. Ramón y yo nos movíamos más bien dentro del área legal de los puestos al aire libre que, por increíble que parezca, incluía, junto a la venta de atuendos de guachimanes y enfermeras, uniformes de policías y militares de diversos rangos. En esos puestos también, lo que los transformaba en unas surtidas boutiques para toda clase de delincuentes, se vendían pistolas, revólveres y ametralladoras Uzi. Después de examinar varias armas, la mayoría con los números limados, elegí un revólver Colt calibre 38. Y entonces, al momento de pagar, sobrevino la imagen de mi sueño. El individuo de los ojos de uva, que se me hacía tan familiar, era nada menos que Benjamín Franklin, impasible en su retrato medallón y a quien veía pasar de mano en mano todos los días en los billetes de cien dólares.

El asunto me pareció gracioso. Pero no así lo concerniente a la transacción. Llevarme el arma, una caja de municiones, una sobaquera y una nueva calculadora de mano significó que me desprendiera de dos retratos de Franklin y uno de Lincoln.

—¡No seas amarrete! —me recriminó Ramón cuando nos regresábamos a Ocoña—. Has comprado un buen fierro.

—¿Estás seguro?

—Estoy más que seguro.

—¿No hubiera sido mejor una pistola?

—De ningún modo. Las pistolas buenas son muy caras. Y el revólver, si bien no es tan preciso, resulta más fiel. Más seguro... De cualquier forma, sea revólver o pistola, una cosa es clara.

—¿Qué?

—A partir de ahora vas a ser otra persona.

En ningún momento dudé de aquel profético comentario, pues por varios días me mantuve en un estado de excitación y envanecimiento. No sabía qué

hacer con el revólver. Me lo ponía sujeto al cinto o en la cartuchera debajo de la axila, sin decidir cuál era el lugar más apropiado, o bien lo limpiaba y lo cargaba y descargaba a cada momento.

El gordo López me dio algunos consejos. Me dijo que lo que estaba haciendo era lo que él siempre recomendaba. Que debía acostumbrarme a sentir el revólver en mi mano, a conocer su peso y las diversas temperaturas del metal. A sentirlo un objeto tan cotidiano como el llavero o la calculadora. Más adelante, a inicios de una tarde que presentíamos floja, me llevó al desierto vecino a las playas del sur donde, en una hondonada rodeada de dunas, hicimos prácticas de tiro disparándoles a cajas de cartón que el gordo lanzaba por el aire. Mi puntería no era muy buena, pero con seguridad le hacía dos agujeros a todo bulto en movimiento a menos de cinco metros.

Ciertamente el arma me convirtió pronto en otra persona. Y en Ocoña, de hecho, me afianzó sólidamente. Si bien yo no era mal visto, se veía a la legua que algo me faltaba. Eso cambió de sopetón, y lo confirmó en forma notable la actitud de los guardaespaldas de López. De un momento a otro empezaron a mirarme con cordial e igualitaria simpatía.

CAPÍTULO V

Ya muchos habrán pensado que no es gratuito que me dedique tanto tiempo a hablar de un miserable revólver. Están en lo correcto. La adquisición de aquella arma, en realidad, no solo trastornó algunos aspectos superficiales de mi vida, sino que determinó lamentablemente mi destino. En días casi sucesivos me dotó con los atributos de una persona respetable, un sujeto atractivo, un hombre peligroso y, finalmente, un tipo desgraciado.

Lo más desconcertante, en ese torbellino de cambios, fue la reacción inicial de Mabel. Yo no le había dicho nada sobre el revólver, y en una de sus noches libres, que la pasó conmigo en el departamento, se levantó silenciosamente cerca de la una de la madrugada. Llevaba puesto uno de mis polos viejos, a manera de pijama, y se abrazaba a sí misma temblando de frío. Inmóvil y mudo, a fin de no revelar que estaba despierto, la seguí con la mirada. Pude ver que entraba al baño y aparecía de inmediato una línea de luz en los bajos de la puerta cerrada, oí el chorro de su orina, constaté luego que la línea de luz desaparecía y, con el mismo sigilo, la vi retornar al dormitorio camino a la cama. Entonces, por alguna ignota razón, se detuvo unos instantes. Acto seguido, avanzó como una sonámbula hacia una de las cómodas, ubicada junto a la ventana y tocada en aquella noche por una claridad lunar que le confería una apariencia inusitada, casi sobrenatural,

atraída por un cajón semiabierto. Se acercó al cajón, lo abrió suavemente unos centímetros más y miró adentro.

Lo que miraba era el revólver, que yo había dejado sobre una pila de ropa interior recién lavada, aunque la palidez de su rostro y su manera de llevarse una mano a la boca trasmitían una intensa conmoción. Parecía más bien que había descubierto un alacrán. Durante uno o dos minutos, sin moverse del sitio, estuvo mirando el revólver. Después, volvió a la cama, empezó a besarme el pecho y, al cabo de un rato, se hallaba montada encima de mí, erguida y agitándose, como dominada por una fuerza irresistible, y haciendo unos sonidos raros que le salían del fondo de la garganta, una especie de rugido semejante al de alguien que no pudiera respirar. Me puse nervioso y le mordí un brazo. Pero ella siguió ahogándose, como si nada más existiera, como si estuviera rezándole a un dios desesperado.

A la mañana siguiente, me desperté oyendo el tintineo de una cucharita que golpeaba una taza. Me había traído el desayuno a la cama. Ya estaba vestida y, presurosamente, se alistaba para volver al trabajo.

—Anoche encontré un revólver en uno de los cajones —me dijo mientras se cepillaba el pelo—. ¿Es tuyo?

—Sí. Lo compré anteayer.

—Buena idea —comentó con indiferencia—. Las calles se están poniendo feas —y se despidió.

Por un momento no supe qué pensar. Era evidente que Mabel se comportaba de un modo distinto, pero aún no me era posible medir los alcances de esa mutación. La frialdad de su mirada, su seca manera de tomar distancia, me recordaba a la mujer aún desconocida, aquella que había visto hace mucho entrando al edificio cargando una canasta. Sin embargo, bastaba que se diera una vuelta y, repentinamente, volvía al presente, gracias a una

ligera sonrisa o a un efímero bizqueo al revisar la limpieza de sus uñas. Esta constante fluctuación me mareaba.

No quiero que se crea que yo estaba buscando en la mañana —ignorando olímpicamente el chapuzón de una ducha rápida y todo ese reacondicionamiento que hay que hacerle al cerebro antes de salir a trabajar — a la misma muchacha ardiente de la noche anterior. Claro que no. Pero tampoco me esperaba ese ánimo que pendulaba entre la vitalidad y la apatía y que signara los días siguientes. Mabel actuaba como si padeciera una ininterrumpida menstruación de veinte días. Todavía, en aquella mañana, yo no imaginaba la vigorosa ilusión que entrañaba cada uno de sus actos.

Fue en esa semana también cuando el mulato Roberto echó una nueva luz sobre su pasado. Una tarde, en que el mulato y yo estábamos en la calle, frente al instituto de idiomas y en un corrillo de público y cambistas que observaban a un pavo de mirada vidriosa quejándose de que lo habían estafado, divisé a lo lejos que Mabel se dirigía a La Colmena. La miré durante unos segundos, hasta que se extravió entre la multitud. Yo había reparado que Mabel salía vestida de calle una vez a la semana, por lo general los miércoles o jueves. Como conocía su aversión a los mandiles, aquel detalle no me llamó la atención. Además, si a veces yo solo la veía salir, dado que el trajín del cambio me movía a otras cuadras, o bien solo la veía entrar, nunca conseguí presenciar ambas cosas en un mismo día, lo que me impidió hacer un cálculo del tiempo que pasaba afuera. Ese tiempo aproximadamente era de cuatro horas. Así lo aseguraba Roberto que, en el colmo de lo entrometido, solía cronometrarle desde hacía un año esas salidas extraordinarias.

—¿Encargos para la vieja Sofía? —pregunté.

Roberto me miró como si fuera el último idiota ganador del concurso de los idiotas del mundo.

—¡Tú sí que eres un tipo volado, Carlos! —prorrumpió meneando la cabeza—. Nunca te enteras de nada. ¿Acaso no sabes que se va a Chorrillos?

—Ah, sí —sonreí recordando uno de nuestros paseos dominicales—. Va a lo de su tía...

—¿Su tía? ¡Se va a la cárcel de Chorrillos! Va a ver a su madre. La visita todas las semanas, y le lleva revistas y comida. ¿Nunca te ha hablado de eso? Su madre es una mujerona brava, famosa por guapa en su buena época y que le decían La Gata. Cayó hace dos años por vender pasta básica. Tenía uno de los huecos más visitados de Surquillo.

Decididamente los tipos como Roberto son asquerosos, pero necesarios. ¡Me irrita tanto reconocerlo! ¡Me irrita admitir que sus chismes me esclarecieron muchas cosas! Cosas fundamentales como, por ejemplo, que Mabel no era una mentirosa. Aquella historia de su madre languideciendo en una playa de Tumbes era lo más distante a una mentira. Ella simplemente había querido imaginarse que le tocaba vivir una infelicidad menos sórdida, que era posible suplantar una vida triste por otra menos triste. Yo sabía que hay cierto tipo de mujeres que no pueden vivir si no se ven bien ante el espejo. Y también hay otras, más melancólicas, que requieren que esa lozanía del cuerpo se refleje en el alma. ¿Estaba Mabel entre las últimas? ¿Era realmente todo lo que yo me figuraba?

No tardaría en saberlo. Pero antes, y con lujo de detalles, se me daría la oportunidad de conocer algunos desbordes de mi propio temperamento.

Aunque el gordo no volvió a mencionarme lo del ascenso, hizo algo que, en opinión de Mabel, se orientaba en esa dirección. Una noche, tras cerciorarse de que portaba el revólver, me pidió que lo acompañara a Miraflores.

—No me gusta moverme solo —masculló. Y poco después, mientras nos trasladábamos en taxi por la Vía Expresa, se refirió a la ausencia de sus matones en un intento de hacerme más clara la situación—. Los muchachos han sido llamados para ayudar en un trabajito. Son cosas de rutina.

Encerrado en su mutismo, sentado en el asiento al lado del chofer, López encendió la luz interior y se enfrascó en la revisión de unos papeles. Ponía en orden las cuentas de la lavandería. Así las llamaba él, y así se las conocía en el ambiente. Pero lo que no se conocía, y aquel misterio avivaba la imaginación de muchos, era adónde iba el gordo cuando salía hacia Miraflores. Únicamente se hablaba de una casa de cambios, cerca de la avenida Larco, y de una suntuosa y legendaria residencia frente al mar. La opulencia de quienes la llevan, vista desde el llano, siempre se exagera. Pero esta vez, al menos en lo que a mi entender significa todo aquello que pueda comprar el dinero, no se me ocurría qué otra cosa pudiera desear si yo fuera el propietario de lo que alcancé a ver esa noche.

Cuando el taxi se detuvo ante la residencia, el gordo me hizo saber que disfrutaba de un privilegio.

—Muy rara vez nos juntamos aquí —dijo en tono circunspecto. Yo me limité a chasquear la lengua. Pero a lo mejor él interpretó mi gesto como una muestra de admiración, pues enseguida se volvió inesperadamente locuaz—. A Santiago no le gusta... —prosiguió—. Bueno, a nadie le gusta llevar el trabajo a su casa. Él nos recibe por lo común en la casa de cambios, por la tardecita. Seguramente hoy algo lo ha demorado, y por eso cambió el lugar de la cita. Yo he venido aquí tan solo tres veces, y una vez, en el verano pasado, me pidió que fuera a su casa de playa en Punta Hermosa.

La fachada de la residencia no se veía desde la calle. Un alto muro, coronado de un extremo a otro por un cerco eléctrico, dejaba ver apenas algunos árboles que asomaban del jardín delantero y, de no ser por el macizo

portón de la entrada de autos, cualquiera que no tomara mucha atención habría pensado que se trataba de un terreno sin construir. El gordo tocó el timbre y pegó el oído al parlante del intercom.

—¿Quién es? —interrogó desde el interior una voz neutra y gangosa.

—Caramelo verde —repuso López.

El santo y seña me cogió de sorpresa. Era la primera vez que lo oía, y me sonó divertido. Y me sorprendí todavía más cuando la voz cobró súbitamente una festiva animación:

—¿Eres tú, gordo de mierda?

—Sí.

—Espera un rato. Voy a guardar a los perros.

—Apúrate —bramó el gordo, de buen talante, y luego me informó acerca de su interlocutor—. Es Benítez, el jefe de seguridad.

Estuvimos aguardando casi cinco minutos, lo que me pareció excesivo, pero sirvió para que López, contento ante la proximidad de codearse con los grandes, continuara aflojando otro tanto sus reservas. Me puso al corriente de que el dueño de casa se llamaba Santiago Hinojosa, y lo describió como un importante hombre de negocios, dedicado principalmente a la importación de computadoras y a una veintena de esas academias de informática que venden el sueño de una carrera corta y rentable. Este joven prodigio —López hizo hincapié en que era un muchacho y muy buen deportista— se había hecho solo o, si se quiere, se había «rehecho», pues procedía de una familia distinguida de Lima. Él había escuchado que su apellido se remontaba a los tiempos del Virreinato y que nació y creció llevando siempre un tren de vida acomodado, pero lo poco que tenían lo habían perdido durante el gobierno del general Velasco. Y eso constituyó el acicate que lo impulsó, de manera agresiva, a recuperar e incrementar su fortuna.

Debo decir que la historia de Santiago me sonaba a la clásica fantasía que oficia de tarjeta de presentación de los nuevos ricos que se esfuerzan en mejorar su pasado. Más tarde, no obstante, comprobé que todo era verdad. De cualquier modo, en aquellos momentos, mi interés por Santiago, no solo no era cuestionado en lo más mínimo, sino que, por el contrario, había llegado a su punto más alto cuando el gordo lo relacionó distraídamente a dos de sus negocios menores: una compañía de aerotaxis en Pucallpa, que contaba con cuatro Cessnas, y la modesta y cumplidora flota de ómnibus interprovinciales La Venturosa.

De inmediato empecé a atar cabos. Las empresas de transportes, los cuartos de los cambistas, las remesas. Se podía deducir vagamente la mecánica del negocio, pero de ahí no se pasaba. Entonces el gordo, que a esas alturas oía extasiado los lejanos ladridos de la jauría de perros que Benítez intentaba acallar, me proporcionó la pieza que faltaba en ese pequeño rompecabezas. Santiago también registraba entre sus bienes un aserradero en la selva de La Merced.

En alguna de esas altisonantes conversaciones de bar que los cambistas acostumbran convocar, alguien había aludido a los estrechos vínculos de la vieja Sofía con la gente del monte. Se dijo entonces que la vieja descendía de rubios y sonrosados inmigrantes alemanes afincados en Oxapampa, y que una de sus hijas, que era todo un bombón, estaba liada con el patrón de un aserradero. Dos más dos son cuatro, me dije, y chisté satisfecho creyendo que ya conocía a los dueños de la pelota. Conocía apenas un cuarenta por ciento. Eso era hallarse bastante cerca, en efecto, aunque solo más adelante pude entrever que aquello y unos cuantos detalles que daban una idea de todo lo que se movía por detrás sería lo más cerca a lo que podía llegar, dado lo complicadas que eran las cosas.

Benítez nos hizo pasar, no sin antes deslizar un par de inquietas miradas al exterior. Era un hombre corpulento y de gruesos bigotes, vestido con terno, y que tenía la pinta más perfecta del policía retirado del servicio. Nos recibió con una ametralladora en una mano y un *walkie-talkie* en la otra. Cruzamos en su compañía el jardín delantero, lleno de frondosos árboles y rumorosas fuentes de agua en piedra tallada, mientras a lo lejos se nos iba revelando, conforme avanzábamos, el iluminado frontis de una moderna casa provista de enormes ventanales y terrazas en distintos niveles. Cuando faltaban veinte metros para alcanzar la entrada, Benítez cambió el rumbo. Hicimos entonces un rodeo por el lado derecho de la casa y, en algún momento, pasamos delante de un corral alambrado donde, a fin de proteger a las visitas, se recluía a los perros. Conté ocho dóberman negros y babeantes, cuyos ojos relucían como aceitunas. Más que la ferocidad de minutos atrás, me impresionó el apacible silencio de su cautiverio. Hacían pensar en el lado salvaje de la quietud y el silencio humanos.

Tras andar unos minutos por un tramo en penumbra, cerca de un amplio garaje que albergaba dos automóviles último modelo, un convertible y un sedán, así como una de esas pesadas y ostentosas camionetas con múltiples antenas, lunas polarizadas y aros de magnesio, doblamos por fin hacia el jardín posterior, ingresando a una explanada cubierta con un césped prolijamente cortado y matizada con tres leves colinas artificiales. A uno y otro lado, desde distintos puntos, luces deslumbrantes destacaban la magnificencia del gimnasio, la espléndida piscina, la burbujeante pileta del jacuzzi, las parrillas, la cancha de frontón y la lejana glorieta. Todo estaba iluminado como si fueran a dar una fiesta. Sin embargo, era una noche normal, como muchas noches en aquella casa.

—Así es el gusto de Santiago —me secreteó López—. Le gusta la alegría de la luz.

Entramos luego a la cocina, un recinto amplio con un comedor de diario, vecino a una estancia abierta donde funcionaba un centro de vigilancia electrónica. Allí, frente a un panel con una docena de monitores, hallamos a tres sujetos armados, que no se molestaron en saludarnos cuando nos vieron entrar. Estaban mirando una pelea de box por televisión, y de vez en cuando uno de ellos contemplaba los monitores que reproducían diversos ángulos de la casa y los jardines.

—¿Qué quieren tomar? —preguntó Benítez—. Tenemos cervezas y gaseosas.

—Cervezas —dijo López. Yo asentí en señal de que tomaría lo mismo.

Y por casi dos horas estuvimos bebiendo. Pero en ese tiempo pasaron varias cosas. En primer lugar, el gordo comenzó a manifestar, cosa que nunca le había visto, un tic nervioso muy extraño. Hacía girar dos veces la cabeza sobre su propio eje y luego abría unos segundos los ojos y la boca como si se le hubiera presentado un vampiro mostrando los colmillos. Ni Benítez ni yo dijimos nada, pero ambos, para evitar la incomodidad, nos pusimos un rato a jugar a las cartas.

Luego, se produjo algo más interesante. Estábamos todos frente al televisor, mirando el noticiero, cuando se abrió violentamente la puerta de vaivén que comunicaba al comedor. Todos nos sobresaltamos —Benítez se levantó como un resorte de su asiento— y nos quedamos mirando la puerta, por donde nadie aparecía. Y en eso se oyó una risa como una cascada de trinos, verdaderamente musical y contagiosa, y enseguida se vio una mano de mujer de uñas larguísimas y pintadas.

—Benítez —cantó la voz.

Pasados unos instantes entró una muchacha de ensueño. Alta y esbelta como un junco, de largos cabellos rubios, con unos ojos de un azul purísimo y una radiante sonrisa de aviso publicitario. Calculé que no tendría más de

dieciocho años. Vestía un ceñido traje de noche negro y un collar de perlas de una sola vuelta.

—¿Dónde dejó el señor Santiago la bombonera? —preguntó con una deliciosa voz ronca, y se volvió hacia alguien que le aguardaba en el comedor—. Espérame un segundo... —y otra vez hablándole a Benítez—: ¿Sabes de lo que hablo? Quiero la bombonera.

Benítez, que estaba como congelado en el tiempo, hizo un gesto de no entender. La muchacha quiso dar unos pasos, pero se tambaleaba y tuvo que apoyarse en la pared.

—Tengo que salir a una fiesta —agregó la muchacha. Yo pensaba que había venido de una—. Es una bombonera rosada.

—¿Rosada?

—Rosada, con una bailarina en la tapa...

—¡Ah, claro que sí! —dijo entonces Benítez, como aliviado de caer en la cuenta—. Está en el cajón del bar, señorita. Déjeme ver —salió precipitadamente de la cocina.

La muchacha le siguió los pasos. López hizo el ademán de aspirar algo con la nariz y sonrió. Pero unos momentos después reanudó su tic nervioso y, no bien se sintió a salvo de que lo oyeran, se dirigió a uno de los ayudantes de Benítez.

—¿Quién es la chica? —indagó.

—Una amiga nueva —dijo el ayudante—. La conoció hace dos semanas y a veces se queda a dormir.

Cuento todas estas tonterías porque pienso que, en cierto modo, influyeron en mi conducta de las horas que siguieron. Los lujos de la casa, la bella muchacha y las otras beldades de Lima y provincias que el tal Santiago debía coleccionar, entre las que supuestamente se incluía la hija de la vieja Sofía,

me comenzaron a cargar. A todo eso, había que añadir la espera. Y también la sensación de que me estaba metiendo en honduras.

Una vez que la muchacha se marchó de la casa, sonó el teléfono y Benítez contestó. Era Santiago y nos mandaba a decir que no sabía cuánto tiempo iba a demorar. Pidió que por favor lo disculpásemos y que, si queríamos, pasásemos al bar de la sala a tomar los tragos que se nos antojaran, pues pensaba volver a la casa en cualquier momento y no quería dejar de vernos.

Como niños entusiastas y traviosos, cuatro personas entramos a la sala y nos instalamos en el bar, sentándonos en los bancos altos. La custodia de la casa había quedado a cargo de dos de los ayudantes de Benítez, y el tercero se vino con nosotros. Benítez estaba pletórico. Abrió de inmediato una botella de whisky etiqueta negra, llenó un balde de hielo y sacó de un estante unos pesados vasos de cristal. Toda esta operación la admiraba cuidadosamente el gordo López como si Benítez estuviera manipulando un cofre repleto de diamantes.

—Esto no se chupa todos los días —me dijo López.

De manera que arrancó una chupeta brava. Todo el whisky que no han bebido a lo largo del año, anunció Benítez, lo pueden beber ahora. Era un verdadero arreglo de cuentas. Y bastaron apenas dos horas para que el gordo se pusiera a pasear haciendo brindis y curiosas reverencias ante una gran ampliación fotográfica adosada a la pared.

—¡Por tus cojones y tu buena salud, Santiago! —se arrebató López, y levantó su vaso hacia la fotografía. En ella se veía a un individuo en ropa de baño trepado en una tabla hawaiana y remontando una impresionante ola. Parecía un tipo de contextura media, aunque muy musculoso, y su piel, teñida con un bronceado fantástico, chillaba a los cuatro vientos que aquello solo se obtenía con muchas horas de sol por día.

—¿Ese es Santiago? —pregunté yo.

—Sí —contestó Benítez, compartiendo el estado de ánimo de López.

Me bajé del banco y examiné la espectacular imagen durante unos segundos.

—Ya sé lo que no me convence —dije después—. ¿Se han dado cuenta? Santiago tiene cara de foca... Miren la forma de la nariz y la boca.

Mi apreciación no fue bien recibida.

—¿A qué te refieres? —interpeló López.

—A la nariz y la boca —repetí—. ¿No les parece?

Indudablemente no les parecía, pero seguimos tomando otros whiskys y a Benítez le apeteció poner música. Resonaron por media hora varios boleros maravillosos y que emocionaron al ayudante de Benítez, quien tarareaba las canciones con expresión arrobada. Yo aplaudía, y me reía mucho. Entonces el gordo frunció el entrecejo y preguntó:

—¿Qué hay de esa bombonera?

—Mejor la olvidas —dijo Benítez—. La chica se llevó todo.

Y así empezaron los problemas. Benítez se puso tristón y permaneció con la mirada fija en mis zapatos. Comprendí que estaba borracho como el demonio. Yo, en todo caso, no me sentía tan picado como él.

—Te has estado fijando en mis dientes —me dijo—. Nadie puede evitarlo. Todo el mundo se fija en mis dientes.

—¿Qué tienen tus dientes? —interrogué con gran curiosidad.

—Son postizos —replicó—. Por eso se ven tan blancos y parejos... ¡Me costaron un ojo de la cara!

La conversación era entre Benítez y yo, y López y el ayudante la seguían con expresión bovina como quienes ven un partido de tenis.

—¿Y qué pasó con los verdaderos?

—Los perdí en un accidente —ceceó Benítez—. Yo servía en la frontera de Arica y mis hombres habían detenido un camión de contrabandistas. Esto

sucedió hace mucho. Dos años, por lo menos. Nosotros éramos cinco y tuvimos que trabar pelea con veinte personas o más. Se armó un gran alboroto. Y de pronto salió la culata de un fusil que me rompió la boca... Pero esto tiene sus ventajas, ¿sabes? No te molestan más las caries.

Reflexioné un instante sobre lo que me había dicho. Y de inmediato, apoyando las manos sobre mis rodillas, lo miré con total desenfado:

—Voy a decirte la verdad. No estoy de acuerdo.

—¿No estás de acuerdo?

—Sí, no me parecen agradables tus dientes. Son demasiado hermosos. Uno se da cuenta enseguida de que son falsos.

López se tomó su whisky de un solo trago, y Benítez se incorporó lentamente de su asiento.

—¿Quién eres tú para decirme esto? —me increpó el tipo alzando la voz—. ¿Te crees dentista, concha tu madre?

—Me gustan los dentistas —contesté. La cabeza me daba vueltas, y Benítez lucía a cada momento más enojado—. Hay un refrán muy famoso que inventó uno de ellos. ¿Lo conoces? ¡Perro que ladra no muerde!

—¡Qué estupideces habla este cretino!

—No son estupideces.

—¡Oye, gordo! —gritó Benítez mirando a López—. ¿De dónde has sacado a este pobre infeliz?

Aquí se rompió el equilibrio. Sentí que me hervía la sangre y, sudando de furia, pegué un gran brinco hacia atrás. Entonces me di cuenta de que tenía el revólver en la mano y de que, con un temblor creciente, apuntaba a la cabeza de Benítez. El tipo alzó un pie, lo que me puso aún más nervioso, y en eso tropecé y se me escapó un tiro que le pegó a un jarrón chino.

Acto seguido, entraron los otros ayudantes que habían estado en el centro de vigilancia. Llevaban sus armas rastrilladas, y todos nos quedamos helados.

Y en ese trance, mirándonos unos a otros, volvió a repicar el teléfono. Lo dejamos sonar unas cuatro o cinco veces, sin movernos un milímetro, hasta que Benítez, armándose de valor, se decidió a contestar.

—Sí —dijo Benítez absolutamente ecuánime—. Todo normal... Sí... ¿En Miami?... Entiendo... No, no lo creo... Está bien, les diré que vengan el próximo martes. Chau.

—¿Era Santiago? —preguntó López.

—No vendrá —dijo Benítez—. Ha tenido que salir de viaje... Debes venir la próxima semana, gordo —y mirándome de reojo—: Ya pueden guardar sus armas, muchachos. Es hora de irse a dormir.

Los ayudantes de Benítez obedecieron la orden, y yo también hice lo mismo. Y pronto López me hizo una seña para que nos moviéramos. Salimos de la casa cuando despuntaba el alba, aturdidos, percibiendo un intenso olor marino en el aire. El regreso al centro lo hicimos en silencio. López me dio a entender que, en lo que concernía a mi trabajo, nada había cambiado. Pero las cosas, como ya dije, no iban a ser iguales nunca más. Unas horas después, en la noche de ese mismo día, la vieja Sofía aparecería muerta en el suelo de su casa y a mí me encontrarían desmayado, con sangre en las manos, a unos metros de su cadáver.

CAPÍTULO VI

Alguna vez he oído decir que la mala suerte es una enfermedad hereditaria. Como si las personas nacióramos con un gen perverso o una oscura predisposición del ánimo, que se trasmite de generación en generación, y que de pronto comienza a funcionar en un aciago momento de debilidad. Si fuera así, lo mío comenzó hace tanto tiempo que ahora resulta imposible recordarlo. Pero de lo más reciente, sin lugar a dudas, tengo alguna idea.

Tomemos la mañana del mismo día que regresamos al centro. Yo me había encontrado con Mabel en los pasillos del edificio, en uno de esos encuentros relámpago, y le conté en pocas palabras lo ocurrido en Miraflores. Ella se divirtió como loca.

—¿Y el gordo? —dijo convulsionada por la risa—. ¿Se moría de miedo?

—Todos teníamos miedo. Y a lo mejor yo era el que estaba más asustado. Pero lo cierto es que a todos se nos pasó la borrachera.

Continuamos charlando un rato, y luego Mabel cambió el tono y la manera de mirarme.

—Lo más probable es que te hayas hecho de un enemigo, Carlos. Y eso será un obstáculo.

—¿Un obstáculo? ¿Un obstáculo para qué?

—Para mejorar —dijo con desaliento—. Para salir de esta porquería de vida... ¿No quieres dejar esto?

La suerte me pasaba de lado, y yo ni me interesaba en mirarla. Aquella fue mi primera oportunidad desperdiciada. Y al mediodía, en que nos encontramos otra vez, desaproveché la segunda oportunidad.

—Carlos, necesito hablarte —me dijo entonces mirando con rabia hacia la calle—. Hace un rato te dije que todo esto era basura, ¿no?

—Sí, lo dijiste.

—Bueno, podemos hacer algo. ¡Larguémonos de aquí!

Entorné los ojos, pensando que era uno de esos días en que Mabel se ponía insoportablemente obsesiva.

—Hablares más tarde de esto —dije.

—No.

—¿Pero qué te pasa? Parece que quisieras irte hoy.

—Eso pienso.

—Estás loca.

—No —dijo—. Lo tengo planeado. Podemos irnos al norte unos días, y luego salir del país.

—¡Pero Mabel, por favor!

—Sé que tienes ahorros —argumentó con vehemencia—. Y yo también los tengo. Un amigo trabaja en una agencia que te puede sacar de aquí a México y de ahí meterte en Estados Unidos, todo por dos mil quinientos dólares.

—¿Tienes esa plata? —me sorprendí.

—Una buena parte. El resto lo puedo conseguir.

—Se necesita más dinero, mucho más. Hay que contar con un fondo que te permita establecerte y conseguir un trabajo... De todos modos, lo tenemos que pensar. Hablares más tarde.

No fui capaz de calibrar la importancia crucial de su turbación. Y no solo porque, de haberlo hecho, hubiera creído que dramatizaba en extremo las

cosas. Intervenía también una cuestión física. Yo lo oía y hablaba todo en un auténtico estado de ingravidez, pues casi no había dormido, a lo sumo un par de horas, y ya llevaba media mañana en correteaderas a lo largo de Camaná y Ocoña. Era otro de esos días remecidos por los rumores de compras masivas y, desde luego, complementado por los vaticinios en diarios y revistas sobre el inminente descalabro del inti.

Por tanto, a eso de las seis de la tarde, sentía que reventaba de cansancio. Y regresé a mi edificio. Fue entonces cuando noté al matón que vigilaba la puerta del garaje y deduje que la gente de las remesas se hallaba adentro. Esto me alegró. Pensé que Mabel, concentrada en atender a las visitas, no dedicaría tanto tiempo a sus angustias. Y yo podría dormir tranquilamente. Pero no bien entré al departamento comprendí que nada era como lo imaginaba. Había una nota en el suelo, escrita a mano: «Sube a verme. Ha ocurrido algo horrible. Es urgente. Mabel».

Con la nota en la mano, me dirigí rápidamente a su departamento, que estaba tres pisos más arriba, trepando las escaleras de dos en dos. Llegué casi sin aliento y, cuando me disponía a tocar, advertí que la puerta estaba abierta. Dudé un instante, pero luego la empujé cautelosamente y entré. Estaba muy oscuro, las sienes me palpitaban y percibí, en tanto me aproximaba hacia el medio de la habitación, una atmósfera sofocante. No había dado más de cinco o seis pasos cuando mis pies chocaron con algo. Y entonces oí la voz de Mabel, un intenso susurro mezcla de súplica y apremiante mandato, que brotó simultáneamente con la luz de una lamparita que ella acababa de encender.

—No tenemos mucho tiempo —dijo.

La miré fugazmente, columbrando que su sombra se proyectaba desmesuradamente sobre una pared, y luego permanecí anonadado observando que todo el suelo estaba cubierto de billetes.

—¿Me estás oyendo?

—Mabel... —dije sacudiendo la cabeza, confundido—. ¿Qué ha pasado?
Ella se me abalanzó como si hubiera estado a punto de caer a un abismo.

—¿Sabes cuánto hay ahí? —dijo tomándome de los brazos. No solo estaba alterada, sino vestida de una forma bastante inusual. Llevaba puesto un abrigo largo, que nunca le había visto, y un pañuelo de seda que le envolvía la cabeza y cuyas puntas anudaba debajo de la barbilla—. Toda la plata que necesitamos, ¿entiendes?... ¡Ayúdame a recogerla! ¡Apúrate! —y unos segundos antes de internarse en el departamento—. Vuelvo enseguida. Voy a traer una maleta.

¿Cuánto tiempo estuve aguardando que volviera? No lo sé. Apenas me viene a la memoria que mientras recogía incontables billetes de cincuenta y cien dólares con mi bien entrenada celeridad de ex cajero de mutual, ignoré las más obvias y elementales interrogantes respecto a las ausencias de la vieja y de la gente de las remesas. Ni siquiera me pregunté qué se proponía Mabel. Tan solo me veo, de rodillas sobre el suelo, apilando febrilmente los billetes en fajos y oyendo las trepidantes pisadas de Mabel que, sabe Dios por qué motivos, iba y venía de una habitación a otra. Todas las pisadas retumbaban con un ritmo desenfrenado, excepto las últimas que pude oír, muy cercanas a mí, a mis espaldas. Comenzaba a levantar la cabeza para ver qué pasaba, y en eso sentí que todo se volvía negro y que mi cuerpo se desvanecía, se desplomaba, se ablandaba infinitamente.

Cuando recuperé el conocimiento, me acometió un agudo dolor de cabeza, una especie de latido punzante que me atacaba la base del cráneo. Me hallaba tendido en el suelo, donde ya no se veía un solo billete, y no podía creer lo que me estaba pasando. Miraba mis manos manchadas de sangre, la sangre de una anciana de raza blanca, cuyo cadáver reposaba a unos palmos sobre el brazo de una butaca, con la cabeza y los grises cabellos pegajosos de sangre

pendiendo en el vacío. La anciana, vestida con camisón, mañanita de lana y unas chinelas a cuadros, mostraba una profunda herida en la frente.

Ante mí, escrutándome desde arriba, enrojecían de ira el gordo López y uno de sus matones. Este patético dúo era consultado por un rudo sujeto a quien desconocía, pero que supuse acertadamente debía ser uno de los responsables de las remesas. El sujeto se estaba informando. Durante un par de minutos pude oír, aliñado con toda suerte de lisuras y maldiciones, un resumen sumario de mis amoríos con Mabel, mi carácter irascible y mi frustrada tentativa en la noche anterior de mandar al otro barrio al tal Benítez.

El sujeto carraspeó, y de inmediato comenzó a darme una sucesión de pataditas en las costillas.

—¿Ya estás despierto, hijito? —preguntó después.

Intenté levantarme, pero uno de sus pies me aplastó con firmeza el pecho.

—Quédate como estás —ordenó—. Y habla. Esto lo hicieron tú y la muchacha, ¿no es así?

—¿A qué te refieres? —musité.

—¡Al dinero, estúpido! Mataron a Sofía para llevarse la remesa, pero luego tu amiga te traicionó. ¡Dime exactamente dónde se encuentra esa hija de puta!

A decir verdad, su razonamiento era impecable. Era tan transparente y lógico que, por un momento, me dieron ganas de levantarme y estrecharle la mano para felicitarlo. Por supuesto, no llegué a tanto. Pero conseguí liberarme de su pie y me incorporé, sentándome en el suelo, mientras con una de mis manos me masajeaba la nuca.

—¿Vas a hablar o no? —insistió el sujeto.

—Yo no sería tan tonto de hacer una cosa así —dije.

Me arrimó otros puntapiés, y uno de ellos me pasó rozando la cabeza. De nuevo caí al suelo.

—¡Eso que ves ahí es tu revólver! —enfureció señalando mi arma que, a duras penas, divisé sobre una mesita de centro. Tenía la cachea ensangrentada —. ¡Cuentas con un minuto antes de que empiece a masacrarte!

Hay una especie de lucidez desbocada, que se abre paso en la bruma, cuando uno atraviesa trances peliagudos. Mis pensamientos se atropellaban, martillaban ruidosamente en mi cerebro en tanto recapitulaba los hechos, conjeturas y posibles significados. La vieja estaba muerta y el dinero, al igual que Mabel, a quien consideraban mi cómplice, había desaparecido. Tampoco se encontraba la nota de Mabel. Pero se me hacía difícil creer que ella me hubiera tendido una trampa. De todos modos, no estaba seguro de si los pasos lentos que alcanzara a oír antes de ser golpeado eran de ella o de otra persona. ¿Podría Mabel haber estado en combinación con alguien? ¿Me esperaba esa persona oculta tras una puerta? Era posible. ¿Y de no ser así?

Digamos que nos pescaron con las manos en la masa, y se sintieron inspirados. Y ahora nos incriminaban. A ella la quitaron de en medio, se llevaron el dinero y a mí me cargaban el muerto. Ella y yo —amantes, vinculados al negocio y, al menos en mi caso, con antecedentes de empuñar un arma si algo me irritaba— estábamos hechos a la medida. Nadie tendría razones para creer que no éramos culpables. Y cualquiera de ellos, incluso el sujeto que tan brutalmente me interrogaba, podía ser el beneficiado. ¿Por qué no pensar que algunos de ellos estaban fingiendo?

Me imaginé entonces cómo podían haber sacado el dinero. Si se trataba de la gente de las remesas, en el mismo maletín que normalmente retornaba vacío. Y si eran el gordo y su gente, bastaba con esconderlo en algún lugar seguro del edificio. En cuanto a deshacerse de Mabel, era casi un juego de niños. El gordo la podía haber fondeado en uno de los inservibles tanques de agua de la azotea, como medida provisional, en tanto que de haber sido los otros la metían sencillamente en la maletera del auto. Más adelante, para los

dos casos, se ocuparían de que Mabel no apareciese nunca más y fin del cuento.

Claro que la conducta de Mabel resultaba aún más sospechosa. Cuando la encontré, estaba sola y, por si fuera poco, luciendo un pintoresco atuendo que evocaba a las amas de casa soviéticas o a las amantes clandestinas. Aunque esa ropa, entre tanta gente mal vestida del centro, no desentonaba del todo si se consideraba la cantidad de personas que entraban y salían del edificio, lo cual dicho sea de paso le habría facilitado escabullirse con la maleta llena de dólares, sin ser identificada.

Pero ni qué decir que tales presunciones no importaban un pepino. Respecto a lo acontecido ya primaba una versión oficial, el punto de vista de ellos, y según me daban a entender este era irrefutable. Su versión sostenía que la remesa había sido entregada, el dinero minuciosamente contado —con la habitual colaboración de la vieja Sofía y Mabel— y que, una vez firmados los recibos, los lavaderos se habían retirado. Pero no abandonaron el edificio, pues uno de ellos, encargado de recoger unos libros contables de un estudio de abogados, demoró la partida del grupo. Y así, quince minutos después, se dieron con la agitación de los matones de López —los primeros en presentarse en la escena del crimen—, quienes les informaron sobre la gravedad del suceso y de mi comprometida situación. En suma, el asunto olía a mierda, el mundo olía a mierda, mi vida olía a mierda.

CAPÍTULO VII

Y aún seguía tumbado en el suelo.

Indudablemente no guardaba la menor esperanza de salvarme de otra lluvia de golpes. La sabía inevitable. Como resulta inevitable un terremoto o una tormenta. Los cerebros de aquella gente no pesaban más de cuatro kilos, pero comandaban cientos de kilos de peludo músculo. Y sus pensamientos, si así se me permite llamarlos, solían refocilarse en las diferentes formas de romper huesos. Además, al cabo de un rato de babear contra el suelo, ya no me sentía inocente del todo. Me sentía resignadamente un idiota que había entrado en la vida de Mabel como quien se equivoca de puerta. Y ahora estaba pagando ese descuido.

Por eso me puso los pelos de punta que el sujeto rudo me tendiera una mano. Me ayudaba a levantarme. Comprendí que mis previsiones se habían quedado cortas. No iban a empezar dándome una buena zurra, sino que estaban preparándome un tratamiento especial.

—Nos vamos de aquí —farfulló, y luego me empujó hacia la puerta—. Ahora quiero que sonrías y que camines tranquilo, ¿está claro?

Asentí y todos dejamos el departamento. Éramos unas seis personas. Me indicaron que me pusiera al medio y así recorrimos varios pasillos y bajamos escaleras. Pero no se nos veía muy naturales. Ellos avanzaban con una impávida cara de palo, mientras que yo, acatando sus instrucciones, me

esmeraba en sonreír como uno de esos impertinentes mormones que se caen a vender la palabra de Dios.

—Voy a avisar a la policía —dijo López en algún momento.

—¿Llamarás a Cornejo? —indagó el sujeto rudo.

—Sí. Es el mejor para estas cosas.

—Está bien.

Yo seguía sonriendo. El sujeto rudo, emparejando mi paso y hablándome al oído, acotó:

—Pero tú no te hagas ilusiones. La policía no va a significar ningún alivio para ti. Ellos y nosotros somos de la misma familia. Somos socios, ¿me captas? No creas que vas a ir a parar a una comisaría o a salir en los periódicos. Nada de eso. Ni siquiera la pobre Sofía saldrá en los periódicos. Para quien le interese, ella murió de vieja y tenemos un médico que lo va a certificar. Pero de ti, si no hablas, todos sabrán que moriste cortado en pedacitos y con un palo en el culo. Así que mejor suelta la lengua.

Mi sonrisa, por entonces una mueca exacta, debía dar lástima. Pero nadie reparó en nosotros, excepto un limpiador de carros que, al momento que ingresábamos al garaje del edificio, me dispensó una mirada asombrada. Luego, me hicieron subir al asiento trasero del auto, ubicándome en el centro y obligándome a mirar el suelo durante todo el trayecto. El viaje duró alrededor de cuarenta minutos. Y cuando levanté la vista, advertí que me encontraba en una especie de hangar construido con latón y madera.

Llantas y restos de autos polvorientos se hallaban diseminados por diversos rincones. Al fondo se veían dos pequeñas puertas. Una de ellas daba a un cuarto sucio y húmedo, con un catre desvencijado y algunas sillas. Allí me ataron las manos con una soga y, no bien hicieron pasar el otro extremo de la cuerda por encima de una viga del techo, se inició el despegue. Empezaron a colgarme. Me desmayé en menos de cinco minutos, pero esa

gente no respetaba el sueño ajeno. Un baldazo de agua fría me devolvió poco después a la somnolienta miseria de seguir viviendo y a recordar, con un inoportuno sentido del humor, que unos días antes López me había ofrecido la posibilidad de un ascenso. Aquel recuerdo me hizo sonreír.

—Te crees muy macho, ¿no? —se sulfuró uno de los tipos de las remesas.

No contesté. López ya no me miraba con ira, sino como a un hijo que acaban de sentenciar a muerte. Sin embargo, continué en silencio. Y para la siguiente colgada, en la que arreciaron las preguntas sobre Mabel y el dinero, resistí casi diez minutos antes de perder el conocimiento.

Cuando desperté de esa segunda inconsciencia, oí que hablaban entre ellos.

—Este asunto no es broma —se lamentaba uno—. Se ha llevado más de medio palo.

—¡Pendejos! ¡Pero lo que no entiendo es por qué ella estaba tan metida!

—Era la empleada de la vieja —murmuró el gordo López, cuya voz reconocí fácilmente—. Bueno, una empleada muy particular. Me refiero a que era más bien una protegida.

—¿Por qué? ¿Algo las unía?

—No, no. Pero Sofía estaba bastante encariñada con ella. Mabel es una chica despierta, con quien se puede conversar, y la vieja necesitaba compañía.

—¡Este tipo cree que está en un hotel! —volvió a la carga repentinamente el sujeto rudo, a quien también reconocí—. ¡Ey, vamos ya, deja de dormir! —unas palmadas en la cara me forzaron a abrir los ojos—. Muy bien, muy bien. Así me gusta —y dirigiéndose un instante a los demás—: Ya lo tenemos de vuelta, muchachos. ¿Listo para hablar, compadre? ¿O quieres volar otra vez?

Terminaban de izar mis brazos cuando entraron dos hombres vestidos elegantemente. Entonces ocurrió una gran casualidad. Esas cosas que suelen pasar, y que solamente al momento de suceder se las admite como posibles.

Uno de los hombres dijo que me conocía. Era un individuo pelirrojo y pecoso, de mirada vivaz, penetrante, ataviado con un blazer azul, mocasines Florsheim y un pañuelo de seda al cuello. El tipo, que olía demasiado a loción de afeitar, se había quedado observándome con expresión atónita.

—Sí, no me cabe duda —dijo después, aproximándose a estudiar mis facciones—. Claro que lo conozco. Tú eres Morales, el bueno de Morales. Te decían El Mudo en el colegio, ¿no es cierto? —y aflautando un poco la voz—: ¿Me equivoco? ¿Alguien cree que me equivoco?

—No —intervino el gordo López, atarantado. Miraba al pelirrojo con mucha inquietud y no sabía qué hacer con sus manos—. Se llama Carlos Morales.

El sujeto rudo pegó un jalón a la sogá y otra vez quedé con los pies suspendidos en el aire. Sentí cómo crujían las inflamadas coyunturas de mis brazos en tanto que un intenso dolor me nublaba la mente.

El pelirrojo, ahora sonriente, se propinó con una mano un ligero golpecito en la frente.

—¡Qué increíble! —exclamó inflando el pecho de orgullo por su buena memoria—. Francamente lo recuerdo bastante bien. Me acuerdo que el apodo se lo pusieron porque era muy callado. Y creo además que se volvió así, silencioso, por algo especial... una tragedia... ¡Sí, ya lo tengo! Fue por la muerte de sus padres. Los dos murieron a la vez en un accidente de aviación... ¿Se acuerdan de ese avión que se cayó en Cusco, cerca de Urubamba? Murieron también unos políticos y una cantante famosa...

Me colgaron un metro sobre el suelo y de golpe me dejaron caer. Transpiraba, me sangraban las muñecas y, a causa de la última caída, las rodillas me ardían a morir.

—¿Te acuerdas de mí, Mudio? —susurró el pelirrojo. No sabía quién rayos podía ser aquel tipo, aunque ya no me cabía dudas de que, fuera quien

sea, disfrutaba enfermizamente viendo sufrir a sus congéneres—. Mírame bien. ¿No te acuerdas?

Lo miré, con la misma intensidad que él clavaba sus pupilas en mí y temiendo que todo fuera parte de una elaborada puesta en escena, montada exclusivamente para confundirme. Hasta que de pronto, como si me hubieran sacado del más oscuro y profundo fondo de un pozo, un chispazo relumbró en mi mente y, al instante siguiente, comencé a balbucear:

—¿Davis?

—No te oigo.

—¿Davis? —repetí.

—¡Mudito! —vibró de entusiasmo aquella cochina cucaracha—. Soy Davis, por supuesto.

—¿Eres Bill Davis?

—¡El mismo! —casi gritó Davis—. ¿Ya te acuerdas? Estuvimos juntos en el Santa María, pero tú te saliste a los once o doce años, ¿no? ¿Fue cuando estábamos en segundo de media? Aquí tienes que ayudarme... ¿Mudito?... Mudito, ¿me oyes?

La cucaracha era un archivo viviente. Me recordaba de puro memorioso. Yo, en cambio, podría haber dicho que tenía buenas razones para recordarlo. Él había sido un estupendo futbolista, alguien muy popular, una celebridad que incluso en segundo de media ya era primer suplente de la selección del colegio.

Un nudo de angustia atenazó mi garganta. Yo no quería evocar nada de aquellos días. Nunca me había sentido tan terriblemente solo, ni tan triste, ni tan vacío por dentro. Cuando mis padres murieron, se me habían venido encima en avalancha todas las escenas caóticas de nuestra vida en común. Y yo comencé a preguntarme si tenía motivos reales para sufrir. ¿No era que se gritaban y reprochaban cosas a toda hora? ¿Acaso no los odiaba? Eso creía.

Me enfermaba pensar que fueran dos personas que vivían juntas y que no se querían. No lo podía concebir.

Solo meses después se me ocurrió que ellos, de alguna manera, se debían amar. Porque siempre se reconciliaban y se reían y me llevaban a tomar helados. Y los extrañé. No existe sentimiento que se parezca (en emoción, en empecinamiento) a lo que experimenta un niño que extraña a sus padres. Mi tía Clara, la hermana solterona de mi madre, me dio cobijo y verdadero amor. Pero era muy poco lo que podía hacer. Viví en casa de mi tía hasta que falleció, a los pocos años. Y siempre le estuve agradecido. Jamás he olvidado la bondad de su sonrisa ni sus largas charlas por teléfono, en las que contaba a sus amigas que yo era hijo único, que mi colegio era muy caro y que estaba procurando gestionarme una beca, cosa que nunca pudo conseguir.

—¿Qué pasa que no contestas? —La cucaracha se acuclilló para mejorar su perspectiva. Veía borrosa su cara y me acometieron calambres en la barriga. Su crueldad, desde un punto de vista técnico, surtía efecto, pero yo todavía contaba con recursos—. ¡Mira, Morales, ya no eres un huerfanito, sino más bien un tremendo huevón! ¡Ahora debes hacer lo que te dicen! ¡Habla!

Una sensación de náuseas me obligó a incorporarme y apoyé un codo en el suelo. La cucaracha sonrió. Yo vomité. No tengo palabras para describir el enorme placer que me produjo ver que mi vómito salpicara su pantalón.

Horas después mis captores consintieron en darle un descanso a su sadismo. Y casi al instante se me cerraron los ojos. Concilié un sueño de mala calidad, con volteretas, ronquidos de congoja y sudores fríos. Me sentí pésimo. Pero tan pronto retorné a la vigilia, sacudido por la que creía otra de mis pesadillas, me sentí mucho peor. No había podido huir de mi sueño. La realidad y mi pesadilla eran la misma cosa. Mi situación era similar a la de un

lúgubre dibujo —no recordaba dónde ni cuándo lo había visto—, en el que los personajes abandonaban una habitación y luego subían varios tramos de escaleras para reaparecer en la misma habitación de la que habían salido. Yo me encontraba en un cuartucho inmundo y con un pie encadenado a un catre de metal, cuyas patas se hallaban enclavadas en el cemento. Las diferencias entre ambos estados —la realidad y el sueño— no eran más que detalles. Estando despierto me sentía más débil y con una sed de legionario extraviado en el desierto. Y estaba temblando.

No tardé en montar en cólera y me puse a agitar escandalosamente la cadena.

—¡Oigan, cabrones! —vociferé a todo pulmón—. ¿Qué mierda les pasa? ¿Creen que soy el conde de Montecristo? ¡Vengan a sacarme este grillete! ¡Vengan de una vez, si quieren que les cuente todo!...

Logré oír voces y ruidos de gente en movimiento al otro lado de la puerta.

—¿Qué dicen? —añadí—. ¿Vienen o no? ¿No les interesa saber dónde está el dinero de sus patrones?

Curiosamente nadie se tomó la molestia de acudir a mis llamados. Opté por reservar energías y permanecí un buen rato contemplando el advenimiento del amanecer que se filtraba en hilachas de luz por unas hendiduras del techo.

Poco después, mientras manipulaba con un alambrito el candado del grillete, percibí que llegaba hasta mí el reconfortante aroma de un café recién preparado.

—Bueno, no se preocupen, muchachos —dije entonces en tono lisonjero—. Me conformo con un desayuno liviano. Quisiera una omelette, café negro y tostadas. Nada de azúcar, eso sí, porque estoy cuidando la línea... ¿Qué dicen? ¿No se animan a venir, pequeñas ratas?... No, no quieren hacerlo. Y ya sé por qué —volví a agitar la cadena, nuevamente gritando a voz en cuello—.

¡Porque saben que ahora no estoy aquí, sino en París! ¡Estoy conduciendo un hermoso auto inglés por los Campos Elíseos y dentro de un rato iré a rascarme las pelotas frente a la Venus de Milo! ¿Qué les parece? ¿Alguno de ustedes ha conocido el museo del Louvre? ¡Es hermoso, muchachos! ¡Es tan hermoso como una teta desnuda! ¡Yo sé que me entienden!

Y a partir de ese momento todo cambió.

Las cosas empezaron a ocurrir una tras otra, de manera acelerada. Se abrió de golpe la puerta del cuartucho y entraron unas ocho o diez personas, fumando y bebiendo café, todas conversando entre ellas. Hablaban de sus cosas sin el menor recelo. Como si yo no existiera o, si se quiere, como si tuvieran la certeza de que pronto dejaría de existir. No los podía ver bien. La luz, que ahora entraba a chorros, me cegaba. Con intención de proteger mis ojos, me hice una visera con una mano.

Identifiqué a Benítez. Comentaba la muerte de la vieja Sofía, indicando con preocupación que, en las últimas horas, la competencia del Mercado Central se movía por todos lados. Circulaba el rumor de que iban a destapar la noticia del robo y el crimen, demandando batidas exhaustivas, gracias a los buenos oficios de algunos funcionarios de Gobierno que trabajaban a sus órdenes. Su propósito, como de costumbre, era adueñarse de buena parte del mercado. Pero el sujeto rudo le cortó el rollo a Benítez. Los diarios que realmente cuentan están aceitados, le dijo, y se han tomado las seguridades.

Y se pasó a otro tema. Alguien se empezó a quejar de un tal Fermín Zevallos que, al parecer, aguardaba que le enviaran a Uchiza un nuevo tractor para limpiar la maleza.

—Fermín es un conchudo —comentó acremente Bill Davis—. Ha roto dos motores en seis meses. Y solo ha hecho nueve pistas de aterrizaje.

—Me dijeron que ya tiene arreglados los puestos de control en la carretera —dijo otro sujeto.

—Juancho cuenta que está haciendo muy buen negocio con los traslados —recuperó la voz cantante el sujeto rudo—. Este mes debe cambiar el personal. Él es el que escoge. De sargento para arriba le van a pagar el doble.

Todas las cabezas se orientaban hacia un individuo cuyo rostro se difuminaba en la sombra. Estaba vestido de blanco, y no decía nada. Se limitaba a beber su café. Pero yo sabía que era el único que me miraba. Detrás del denso humo de los cigarrillos, al final de un callejón de hombres que le rendían pleitesía, su figura imponía respeto.

—¿Y bien? —dijo Davis—. ¿Qué piensas?

Parsimonioso, a paso seguro, el hombre de blanco fue saliendo de las sombras. Me costó reconocer al tablista bronceado de la foto en la residencia de Miraflores. Se lo veía un tanto avejentado.

—Santiago —dije—, Santiago Hinojosa.

El hombre dejó caer lentamente los párpados.

—Conocí a unos Hinojosa en La Punta —proseguí como si estuviéramos en un cóctel—. Tenían varias chacras en el norte chico dedicadas a cultivar naranjas. Gente muy simpática. Y había una chica de mi edad, Inés, que era un encanto. ¿Son parientes?

—Inés es mi prima hermana —dijo Santiago con una modulada voz nasal.

—No la veo hace mucho.

—Es un pendejo —terció Davis.

—Eso parece —convino Santiago, y nuevamente se dirigió a mí—. Solo quiero saber una cosa. ¿Te cagaste en nosotros?

—¿Cambiaría algo si digo no?

—No.

—Entonces presta atención. Te sugiero que le vayas diciendo adiós al dinero que perdiste.

Santiago se rascó el lóbulo de su oreja derecha, meditativo.

—Lo pensaré —repuso sin que su rostro demostrara la menor alteración—. Siempre he sabido que hay un dinero que dura y otro que no dura. Pero este no es ninguno de los dos. Este es un dinero que busca sangre —y se dio media vuelta.

No se iban a ganar un Óscar, pero la gran película de los modales afectados les estaba saliendo muy bien. Claro que a estas alturas yo me sentía bastante hartado. Se requería de un vuelco en los acontecimientos o bien de un método menos sórdido para jalarme la lengua. La incertidumbre los corroía por dentro. Disimulaban, desde luego, pero no sabían todavía cómo moverse. Por lo menos, me dije, podrían empezar por dejarme solo. Como si me leyeran el pensamiento, Santiago y su séquito abandonaron la habitación, y durante la siguiente hora volví a mi pertinaz manipuleo del candado con el alambrito. Pero luego me sorprendieron con novedades. Se decidieron a ponerse malos de veras.

Un camarero con chaquetilla blanca, pantalón negro y corbata michi se apareció cargando una bandeja de plata que contenía un humeante estofado de ternera. Instaló una mesilla frente a la cama, le puso un impecable mantel blanco, unos platos de loza inglesa, unos cubiertos de plata, una alta copa de cristal y una botella de vino tinto. Luego me sirvió la comida en el plato y me llenó la copa de vino. Y con sobria amabilidad, me preguntó:

—¿Desea algo más, señor?

—Agua y jabón —contesté acomodándome para rendir los honores al inesperado banquete—. Quisiera lavarme las manos.

—Enseguida, señor.

No se tardó ni un minuto en reaparecer con un lavatorio, una toalla pequeña y una pastilla de jabón. Me lavé las manos y cogí las armas. Comenzaba a degustar el primer bocado cuando un delicado y bellissimo

sonido fue invadiendo gradualmente todo el recinto. Era una voz de una pureza y dulzura incomparables, una música sublime, el dichoso gemido de un ángel retozando en las nubes.

—Bonita voz —comenté.

El camarero, que parecía aguardar una eventual orden mía, se adelantó unos pasos.

—Es María Callas —dijo—. Canta un fragmento de *La Traviata*, de Verdi. ¿Le gusta la ópera?

—No sabía que me gustara. Suena fantástica.

—Al señor Santiago le gusta mucho. Especialmente este fragmento, que es una famosa grabación de 1952. Dice a menudo que ni la tecnología del *compact disc* podría igualar la perfección de este registro.

Terminé mi plato, repetí y me bebí la botella de vino completa. Para los postres, me sirvieron un merengado de chirimoya que olía a recién hecho. Café, chokolatines y un dulce licor de naranjas. Me sentí realmente estupendo.

—¿Le gustó, señor?

—No sabe cuánto.

—Eso le complacerá al señor Santiago —sonrió comenzando a retirar el servicio—. Ah, y lo olvidaba... Tengo un encargo que darle. Me pidió que le dijera que usted parecía una persona bastante sensible. Que no debía olvidar que la vida es hermosa.

CAPÍTULO VIII

Dos días más tarde, cedió el maldito candado y me escapé. No lo podía creer. La cosa se me hizo demasiado fácil. Mi adolorido pie se libró del grillete, que se abrió como una flor, y ni siquiera tuve necesidad de forzar la puerta ni de cruzar algún espacio con vigías a la vista. Sin embargo, lo acepté a ojos cerrados, dado que aquel no era el momento más indicado para detenerse a reflexionar. Para salir tan solo me bastó empujar un par de tablones flojos de una pared de la habitación.

El hangar se hallaba en medio de un jardín cercado por una tapia colmada de buganvillas. Había dos autos estacionados y no se veía a nadie. Uno de ellos tenía las llaves puestas. Era el auto en el que me habían traído. Con el mayor cuidado, me subí y comencé a rebuscarlo como un ladronzuelo. Sobre la consola encontré varias monedas, el sencillo que se almacena para los cuidadores de autos, y en la guantera, cosa que por un instante percibí como una alucinación, mi propio revólver. Estaba cargado. Lo tomé y me lo puse al cinto, ocultándolo bajo los faldones de la camisa. También me guardé las monedas. Luego, con la mano en las llaves del contacto, consideré por unos segundos utilizar el auto para mi fuga, pero descarté la idea al imaginarme el ruido del motor. Entonces, a paso sigiloso, me dirigí hacia la tapia. De un brinco felino me encaramé, prendiéndome de las enredaderas, y salté al otro lado.

Afuera, el jardín se prolongaba, aunque mucho más salvaje, y poco a poco me fui dando cuenta de que estaba en los pantanos de Villa. Anduve un largo trecho, con la hierba hasta la cintura, espantando aves y hundiéndome a ratos en charcos de lodo. Y en cosa de veinte minutos divisé un serpenteante camino de tierra apisonada orillado de palmeras. Brillantes automóviles pasaban raudamente por el camino, levantando nubes de polvo. Un auto descapotable, conducido por una chica rubia con cola de caballo, me empolvó de pies a cabeza. Sus acompañantes, dos alegres niñas vestidas de blanco y que empuñaban raquetas de tenis, se rieron de aquel despreocupado accidente. La caravana de autos se dirigía al exclusivo club Villa, ubicado frente al mar. Yo tomé el rumbo opuesto.

A pesar del polvo y el agua, todo iba bien hasta ese momento. Pero cuando llegué a la carretera, empecé a dudar de mi buena fortuna. Y pensé que me seguían. Me dije incluso que mi fuga había resultado tan sencilla porque ellos me la habían permitido. Que su plan debía consistir en seguirme los pasos hasta que los llevara donde Mabel. La cosa tenía sentido, pero lo malo es que estaba solo en la carretera y no veía a nadie a un kilómetro a la redonda.

Un microbús, que se perfiló a lo lejos, me sacó de esas cavilaciones. En la medida de lo posible, arreglé mis ropas y mi aspecto. Cuando lo abordé, advertí que muchos de los pasajeros estaban borrachos. Las explicaciones, sin que yo las reclamara, me las dio el chofer del micro, pues el único sitio que encontré libre fue un asiento detrás de él.

—Tranca por doble motivo —dijo—. Por ser domingo y porque las chicas del vóleybol le ganaron con todo al equipo de China. En este momento están pasando la repetición en el canal 5.

Aquel banal comentario modificó nuevamente mis apreciaciones. Concluí que, a lo mejor, mi magnífica fuga se debía al carácter nacional. Al rasgo

genérico —aunque esta vez jugando a mi favor— de la más lamentable peruanidad. A la desidia, a la apatía, a la inveterada ineficiencia. ¿Mis captores se entretenían viendo el partido? No me convencí del todo. Y me prometí a mí mismo no bajar la guardia.

El microbús hizo su parada final en la plaza Grau y las monedas me alcanzaron para pagar el pasaje. Y hasta pude comprar dos palos de anticuchos en una carretilla. Pero quedé sin un centavo. Y esto, si pretendía llevar a cabo mis planes, debía corregirse. Necesitaba una buena cantidad de dinero para desaparecer por un tiempo. Yo tenía ese dinero —más de mil dólares escondidos en una tubería de mi departamento—, pero mi problema ahora era buscar la forma de entrar y sacarlo, sin que nadie me echara las manos encima.

Yo no ignoraba, por supuesto, lo arriesgado que era caminar por el centro. Nadie, absolutamente nadie, podía ser de fiar. Por eso mismo, a lo largo de una hora, mientras anochece, me la pasé merodeando los alrededores de Ocoña. Avanzaba unos tramos y me ocultaba en los portales, cuidándome de no tropezar con nadie conocido. Pero en una de esas, cuando me aventuré por la calle Quilca, me di de narices con el mulato Roberto. Este palideció como si acabara de ver a un fantasma. No obstante, se repuso enseguida. Y tras cerciorarse de que nadie nos veía, me dijo que lo siguiera.

¿Debía seguir a ese cabrón? ¿Qué se traía? ¿No me estaría llevando a las garras del gordo López y sus matones? Anduve pisándole los talones unos veinte metros hasta que se metió a un mugriento edificio de cuartos de alquiler.

—Estoy en la segunda planta —murmuró Roberto.

A juzgar por el ambiente me fui imaginando su cuarto como un infecto cuchitril, pero al entrar descubrí que estaba hecho un anís y hasta me pareció decorado con gusto.

—Hace media hora nos informaron que te habías escapado —Roberto se sentó en un cómodo sofá y me invitó a que lo imitara. Yo me mantuve de pie—. Que debíamos pasar la voz si te veíamos.

—Nadie me ha visto.

—Eso espero.

—¿Qué sabes de Mabel? —pregunté.

—Fueron a ver a su madre a la cárcel. Y también les cayeron a unas amigas que viven en Chorrillos. Todo fue inútil. Lo único que saben es que se ha hecho humo.

—Yo tengo que hacer lo mismo.

Roberto se frotó displicentemente la mandíbula y se hizo un silencio.

—No puedes quedarte aquí mucho tiempo —advirtió después—. Y no pienso ayudarte.

—Quizá creas que tuve que ver con la muerte de la vieja. ¿Te has hecho alguna idea?

—La idea que se hacen todos.

—¿Qué quieres decir?

—Que eres un imbécil.

—Puede ser —dije—. Pero yo no la maté.

—¿Y a quién le importa eso?

—¿No te interesa saber la verdad?

—No.

—De acuerdo. Tú no eres amigo de nadie ni te importa un cuerno nada, pero hay algo que nos conviene a ambos. Hablo de negocios.

—¿Negocios?

—Sí, buenos negocios. Quiero que me entregues ochocientos dólares. ¿Los tienes?

—Sabes que sí.

—Entonces te va a ir bien. Lo puedes recuperar en una hora en mi departamento. Solo tienes que pedirle la llave al portero y buscar una bolsa de plástico en una tubería rota debajo del lavatorio del baño. Te estarás ganando más de doscientos dólares sin hacer nada.

—¿Cómo sé que no me mientes?

Le mostré mi revólver embutido en el cinto de mi pantalón.

—Si quisiera robarte, ya lo habría hecho —argüí—. ¿Qué dices?

El mulato soltó una estruendosa carcajada. Así se cerró nuestro negocio y, en consecuencia, quedó garantizada su discreción.

Acto seguido, se encaminó a una esquina de la sala, levantó una loseta del suelo —nadie en aquellos días guardaba su plata en los bancos— y extrajo un fajo de dinero. Me entregó los ochocientos en billetes grandes y chicos, como se los pedí. Y luego, con una repentina impaciencia, me acompañó hasta la puerta dándome un apretón de manos y deseándome buena suerte. Sus últimas palabras fueron cálidas, pero su mirada, como en los bustos griegos, estaba vacía. Me alejé del edificio apresuradamente, sin mirar atrás.

No me tomaría más de un par de horas estar en condiciones de darme un buen baño, afeitarme y ponerme ropas nuevas. Conseguí instalarme en un hotelito frente a la iglesia de San Francisco. No era un gran sitio, pero tampoco estaba mal. Años atrás había sido uno de los lugares favoritos del turismo económico, los mochileros y los vagabundos, entre quienes no llamaba la atención la piel blanca, las ojeras largas y las ropas empolvadas. Más claro: era el lugar que más me convenía.

Me dieron una habitación amplia, con ventana a la calle. Y ahí, tumbado en una cama de dos plazas y viendo girar incesantemente un ventilador de paletas en el techo, intenté reordenar mis ideas. Estas no eran muchas. Ya no me cabían dudas de que Mabel se había esforzado en salir adelante a costa de

cualquier cosa. Yo había sido una de esas cosas. Y por primera vez, con toda la rabia y el desencanto acumulados, me persuadí de que Mabel era una perra ambiciosa capaz de todo por salirse con la suya. Y que nada, ni la más íntima de sus caricias, habían sido verdaderas.

Entonces, de un momento a otro, mi cabeza se convirtió en un hervidero. Y salté en la cama hecho una furia. Descargué sucesivamente veinte puñetazos sobre el colchón y maldije otras tantas veces el día en que la había conocido. Y estuve a un tris de levantarme y darle de patadas a una silla; pero me contuve. Temiendo que alguien pudiera creer que se trataba de una pelea, calmé mis ímpetus. Fui al baño, me mojé la cara y volví a la cama. No me sirvió de mucho. De hecho ya estaba envenenado y no atinaba a otra cosa que no fuera pensar en cómo se las habría ingeniado para salir del país. ¿Lo había conseguido? Esta era mi gran duda. Con todos los amarres aduaneros y policiales, con toda la red de Santiago al acecho, lo veía difícil. Sin embargo, ella contaba ahora con mucho dinero, y eso abría muchas puertas. Durante cinco días, por lo menos, no se le conocía el rastro. Este era el tiempo transcurrido desde la última vez que nos habíamos visto. ¿Qué sería de ella? ¿Estaría en Lima? ¿Cuál sería su plan?

Las respuestas no se encontraban en el techo, pero yo no podía apartar de ahí la vista. Y el ventilador de paletas seguía girando y girando, esparciendo un suave vientecillo.

CAPÍTULO IX

Unas palomas se posaron en la cornisa de mi ventana y me despertaron. Ya me había pasado otras veces. Sus monótonos murmullos, desde que tenía memoria, me sonaban a burla cruel, a ganas de joder. Me levanté, enervado. Y antes de las siete ya estaba bajo el chorro de la ducha frotándome la piel como si quisiera borrarle algún tatuaje. Era una suerte de rito de purificación, iniciado con el baño de la noche anterior, y que tenía por propósito enfriarme la cabeza. Pero no obtuve un buen resultado.

A la hora del desayuno, que lo tomé en la cafetería del hotel, me sentí nuevamente vulnerable. Claro que, en otro sentido, respecto al paradero de Mabel, me manejaba mucho mejor. Algunas ideas habían ido tomando forma durante el sueño, y pude vislumbrar el rumbo que debía elegir. Partir hacia el norte. Si Mabel seguía pensando en viajar a Estados Unidos, la brújula señalaba el norte. Y era por ahí, además, por donde salían los buses con potenciales espaldas mojadas. Su problema, de hallarse todavía en el país —y estimé por fin que debía hallarse, pues no iba a ser fácil para ella cruzar la frontera—, era dar con un refugio seguro. Guiado por algunos indicios, desprendidos de conversaciones que había sostenido con Mabel, inferí que podía ocultarse en una de las playas del norte. Y lo primero que se me ocurrió fue el solapado escenario de una de sus mentiras. Un lugar donde, atendiendo a urgentes deseos, me enfrentaría a la verdad. A mi verdad, o a la suya, daba

igual, pero teniendo a Mabel delante de mí. Lo que yo quería no solo era librarme de mis perseguidores, sino de una terca y asfixiante desolación que me revolvía el alma.

—¿Adónde quiere ir?

—A Tumbes —dije.

—¿Qué lugar?

—A Puerto Pizarro.

Llevaba una gorra calada, un mameluco grasiento y una bufanda de alpaca tapándole la boca. Y no se diferenciaba de otros griferos de la carretera, excepto por su cordialidad. Antes de contestar a mi pregunta, echó un vistazo de experto a la larga fila de camiones que hacían cola para aprovisionarse de gasolina.

—¿Ve esos tráilers amarillos? —el grifero me señaló unos lejanos vehículos de máscara cuadrada. Unos veinte choferes y sus jóvenes ayudantes se desplazaban por la ancha plataforma de aquel enorme servicentro, sitiado por la neblina y los fantasmas del desierto—. Algunos van a Tumbes y otros a Piura.

—¿Qué llevan?

—Ayuda para los damnificados de las lluvias. Mucha ropa, carpas, cajas de medicinas. A lo mejor encuentra alguna ropa que le interesa. Se la venderán a buen precio.

—No es mala idea.

—Lo mejor son las casacas —recomendó con jovial entusiasmo—. Una casaca siempre se necesita.

Tras agradecer al grifero, me aproximé en el acto a uno de los tráilers. E intenté negociar con un muchacho que estaba sentado en el estribo del conductor.

—Está prohibido llevar pasajeros —murmuró el muchacho. Su mirada no podía ser más desconfiada.

—Ya lo sé. Pero se puede arreglar, ¿no?

—A lo mejor. Tiene que hablar con mi padre.

Su padre apareció poco después con un termo gigante que acababa de llenar de café caliente. Tampoco parecía un tipo que simpatizara fácilmente con los desconocidos.

—¿Por qué no toma un ómnibus? —me preguntó.

—Me gusta viajar cómodo —respondí con mi gesto más convincente—. Y para eso no hay nada mejor que un camión. Uno puede estirar las piernas.

—En eso tiene razón —dijo como quien confirma una verdad sagrada, pero de hecho le molestaba no ubicarme en su lista de especies conocidas—. De todos modos, usted no tiene el tipo de los que piden una jalada. Quiero decir, no parece un desharrapado ni uno de esos gringos sucios... Tal vez sea un terruco. No estoy hablando de Sendero, claro. Su aspecto encaja más bien con los del MRTA.

El tipo sabía de los peligros del camino. Bandas de salteadores, terroristas, secuestradores en fuga, aunque a mí, al parecer, me clasificaba entre los peores, la escoria de los blancos pobres, una ralea que debía situar en el nivel más temible del resentimiento.

—Si no quiere llevarme, no hay problema —dije.

—No he dicho eso.

—¿Eso significa sí?

—Eso significa que estoy pensando.

—¿Podría pensar de paso en venderme alguna ropa de abrigo? Me dijo el grifero que también podía ayudarme en eso.

Los ojos del chofer se iluminaron un instante.

—Voy a correr el riesgo —sonrió comenzando a revisar la presión de las llantas del camión—. Mire, son quince intis hasta Tumbes. Lo de la ropa lo veremos después, en la primera parada —y detuvo unos momentos su cháchara, ocupado en ponerle saliva al pitón de una llanta, con lo cual comprobaba si no perdía aire—. Todavía falta mucho para oscurecer, ¿sabe?, y además dentro de unas horas el clima va a mejorar. El frío arranca de noche, cuando se cruzan los trancos más largos del desierto. Usted se tendrá que acomodar arriba, en el cajón. Le daré una manta.

Echándome la manta sobre los hombros, me senté sobre una ruma de carpas, a dos metros de la cabina del piloto, inmóvil y serio, con la dignidad de un inca partiendo hacia el exilio. La imagen puede resultar grandilocuente, pero no excesiva. No es más que el fruto de la fascinación que pronto ejercería sobre mí el itinerario. Arena, mar, casitas de techos chatos, arena, mar, arena, arena. Desde luego, no soy un caso aislado. Es frecuente que la gente de Lima, al entrar en contacto con aquel paisaje, acabe rendido ante su extraña belleza. La mica del desierto brillando en el lomo de las dunas, las caletas de pescadores, los acantilados, la extensión de las playas abiertas, el oleaje saltando en los arrecifes y las contadas franjas de sembríos que van a morir al mar, todo, en muy pocas horas, me transportaron a la más etérea galaxia de la consciencia. Es decir, en ningún momento temí que los cabrones de Santiago me atraparan.

Este estado de abstracción, de recogimiento casi místico, duró un par de días. Y fue interrumpido por lo menos una docena de veces. Para bajar a comer, por un atolladero de tránsito —a fin de darle paso a un tropel de camiones del ejército con soldados taciturnos que venían de la sierra—, para echar unas meaditas y ante cuatro puestos de control policiales. Mi conducta, respecto a los controles, fue siempre la misma: ocultarme bajo las carpas. Pero en uno de ellos un policía se puso pesado y quiso inspeccionar el cajón.

El chofer se lo impidió, con gran naturalidad, obsequiándole una bonita camisa de mangas largas.

Luego, una vez de vuelta al camino, expresó su descontento a cosa de ciento veinte kilómetros por hora. El ayudante dio los tres golpes al cajón, que habíamos convenido para comunicarnos, y me asomé por el lado de su ventanilla.

—¿Qué pasa ahora? —grité inclinando la cabeza hacia abajo y con el cabello enloquecido por el viento.

—¡Nos salvamos por un pelo! —gritó el chofer—. ¡Pero ese policía está fuera del trato! ¡La camisa la paga usted!

—¡De acuerdo! —contesté y, al volver a mi sitio, me tendí de cara al cielo.

Así admiré el principio del crepúsculo. Racimos de nubes rosadas, lilas, verdes, deslizándose por una inmensidad de resplandores celestes. Al incorporarme, ya con el sol a punto de hundirse en el confín del mar, redescubrí el mundo bañado por una luz dorada.

Y cuando cayó la noche, con toda su espesa y tersa oscuridad constelada de guiños, me abandoné a un sereno sueño de hamaca y de sombras acuáticas. Me perdí los paisajes de Trujillo y Chiclayo, pero dormí como un bendito. No sentí una pizca de frío.

Al amanecer del segundo día, con un sol que caía a plomo, me adueñé para siempre del desierto piurano. Y serían las cuatro de la tarde cuando el camión se detuvo por última vez y el ayudante golpeó el cajón como un tambor de guerra:

—¡Tumbes! —me informó—. Hemos llegado.

Hacía un calor africano. Y el chofer, mientras recibía el dinero que le pagaba —aparte del transporte y la camisa del policía, cancelaba también una

casaca ligera que le compré a último momento—, se reía de buena gana cada vez que me miraba.

—¿Qué es tan gracioso? —le pregunté.

—Su cara —dijo—. ¿Por qué no se ve en el espejo de la puerta? Está colorado como un camarón. El sol del norte hace bien su trabajo.

No solo ante el mulato Roberto, sino ante mí mismo, yo ya había aceptado que podía ser un imbécil. Pero no sabía que, para colmo, sería un imbécil redomado: lo que se dice un cretino con experiencia, pues terminé repitiendo varios de mis errores y, en cierto modo, los enriquecí con mi flamante capacidad para recelar de todo aquel que se fijara en mí, con o sin justificación, más de tres segundos.

Y no es que poner los pies en Tumbes haya sido una negligencia. Lo terrible fue cómo lo hice. Adquirí un sombrero de paja, anduve por calles principales y, tan pronto salí de la ciudad, me largué a recorrer playas desde Puerto Pizarro hasta casi la frontera, y desde allí de nuevo hacia el sur, dando las señas de Mabel aunque sin interrogar a la gente —tales eran mis pueriles cuidados— de manera directa. Y la cosa, por supuesto, funcionó. Al cabo de dos días, en Zorritos, un sosegado pueblo de pescadores con palmeras, niños descalzos y gallinas picoteando el polvo, un cargador de agua me señaló una cabaña, en el extremo más alejado de la playa, que había sido alquilada tres días atrás por una muchacha que parecía de Lima. Pero enseguida comenzaron las habladurías. Mucha gente, a lo largo de ochenta kilómetros, se asustó ante la peligrosa presencia de un misterioso forastero de sombrero alón que, según unos, deambulaba por las playas y, según otros, era un loco que buscaba a una mujer que nadie había visto. Lo cierto es que todo ese chismorreo puso en poco tiempo a mis perseguidores en la huella de mis pasos.

Antes de eso, sin embargo, transcurrieron veinticuatro horas que fueron de dudas, encono y desgarradora incomprensión.

Después de agradecer al aguatero, y tras un buen rato caminando a pleno sol por la playa, arribé a la cabaña. Era una rústica casa de madera tipo palafito, de no más de tres habitaciones, con terraza frente al mar, asentada sobre gruesos pilotes cubiertos de musgo. Aún se veía húmedo el musgo, por lo que deduje que la marea estaba bajando, pues cuando las olas reventaban en la orilla, apenas si alcanzaban a lamer las bases de los pilotes.

Me aproximé unos pasos y reparé en que una de las ventanas estaba abierta: la punta de una cortina asomó unos instantes ondeando al viento. Miré a mi alrededor y constaté que estaba solo. A unos metros resonaba el fragor pedregoso de la resaca, el chillido de las gaviotas. Y pensé que, en otras circunstancias, aquel hubiera sido un buen sitio para iniciar una nueva vida. El lugar era de fábula: la arena fina y blanca, el mar azul intenso. Subí unas escalerillas de tablones resacos y me detuve en el medio de la terraza. Entonces oí su voz.

—Te estaba esperando —me dijo.

La terraza daba vuelta a la esquina norte de la cabaña: de ahí había salido. Y no bien la miré, una rabia ácida me encrespó la sangre (me acometieron unas ganas locas de aplastar su cabeza contra el suelo, de golpearla hasta que me doliera la mano). Pero, inexplicablemente, me mantuve sereno.

Mabel vestía un holgado traje de hilo blanco, muy liviano y arrugado, y unas sandalias de cuero natural. Y de hecho no llevaba nada debajo. Su mirada me sonreía, sin que nada enturbiara su diáfana luz, pero sus labios estaban apretados y temblorosos. La veía más bella que nunca, la piel más morena, el cabello más sedoso.

—¿Me esperabas? —dije sin poder atenuar un sarcástico resquemor. De hecho, en ese momento, yo era el más perfecto de los simuladores. Refrenaba

un sentimiento de inquina, así como un inesperado apetito sexual (que naturalmente no se avenía a la situación), en la esperanza de oír una explicación que me apaciguara—. ¿Cómo es eso?

—Eres inteligente —dijo Mabel—. Yo te había hablado de Tumbes... De una playa de pescadores.

—¿Crees que eso me basta?

—No.

—¿Por qué no me hablaste de tus planes?

—Mis planes no te hubieran gustado. La gente necesita estar desesperada para atreverse a hacer las cosas. Y a ti yo te veía conforme. Ni siquiera te interesaba mucho la idea de abandonar tu trabajo de cambista. No tenía otra salida.

—¿No la tenías? —ahogué una risita nerviosa—. ¡Claro que la tenías! Por lo menos no me hubieras roto la cabeza.

—Traté de hacerte el menor daño posible —dijo Mabel avanzando unos pasos hacia mí—. Pero eso era lo mejor para los dos. Era mejor que estuvieras confuso unos días. Así ganaba yo más tiempo, ¿me entiendes? Ellos se pondrían a buscarme, pero también distraerían tiempo contigo.

Le mostré las costras de mis muñecas heridas:

—Esto fue parte de la distracción —dije.

—Yo también tengo algo que mostrarte —Mabel entró en la cabaña y salió de inmediato con una abultada mochila de lona, que colocó triunfalmente ante mis pies. Se agachó, la abrió y se quedó mirándome desde abajo—. ¿No quieres mirar lo que hay adentro?

Me estremeció el latido premonitorio de estar siendo otra vez engañado... Pero miré el amontonamiento de dólares en la mochila, todo un argumento de su parte, y luego la miré a ella. Ahora Mabel sonreía, aunque tenía los ojos

llenos de lágrimas. De todos modos, no aflojé. Tomé un fajo y pasé mis dedos por el canto de los billetes como si rasgara las cuerdas de un arpa.

—Creo que me mientes —dije.

Mabel se incorporó y torció la boca en un gesto de fastidio:

—No te miento, Carlos, ni tengo ahora nada que ocultar. Sé que te será difícil de creer, pero te quiero de veras... Te quiero y el dinero está ahí, míralo.

—¿Está todo? —pregunté.

Ella se desconcertó:

—Todo, sí.

—¿Cuánto?

—Son cuatrocientos mil.

—¿Cuatrocientos? —me extrañé—. Oí que pasaba del medio millón.

—¿Oíste realmente eso? —rió Mabel—. Quiere decir que yo no era la única que pensaba en ese dinero. Algunos de ellos se están aprovechando.

—¿La gente de la remesa?

—Es lo más probable. No necesitan más que cambiar el recibo original por uno con una cifra mayor y falsificar la firma de Sofía. La diferencia será para ellos. Es muy sencillo.

—No me gusta —resoplé—. No me gusta nada.

—¿Qué?

—Si algunos de ellos, como tú dices, han robado una parte, quiere decir que si nos agarran nos matarán. Buscarán cualquier pretexto, no van a exponerse.

—De todas maneras nos matarían, tonto.

Hablaba de la muerte como de una amiga de la familia a la que no se tenía que temer.

—Se te ve muy tranquila —dije.

Mabel suspiró:

—Porque estoy tranquila —repuso, y se acomodó el pelo sobre un solo hombro—. Y si no fuera por este calor, me sentiría mucho mejor... Carlos, ahora tú estás aquí. Y ya no necesito nada más. Faltan apenas unas cosas por hacer: todo lo tengo pensado. ¡No nos van a agarrar, te lo juro! Mañana, eso sí, nos tenemos que ir temprano.

Guardé el fajo en la mochila y me dirigí calmadamente a la baranda de la terraza. Apoyé mis manos, descargando en la baranda el peso del cuerpo, y contemplé la espléndida vista marina. Hacía verdaderos esfuerzos por controlar mis ganas de arrastrarla de los pelos por toda la playa.

—¿Sigues molesto conmigo?

—No puedo evitarlo.

—Lo entiendo —dijo levantando otra vez la mochila y metiéndola dentro de la cabaña. Cuando regresó, se cogía el pelo por detrás con ambas manos para refrescar su cuello—. Será mejor que botes lo que te amarga tanto —resolvió—. Hagamos una limpieza.

—Está bien —convine ansiosamente. Reparé en que comenzaba a recuperar mi identidad y a expresar fielmente lo que sentía—. ¿Qué pasaba si me mataban? ¿No pensaste que eso podía ocurrir?

—Era una posibilidad. Pero pensé que les servías más si estabas vivo.

—Hasta que te pescaran a ti.

—Eso es verdad.

—¡Eso es verdad! —la remedé haciendo una grotesca caricatura de su voz—. ¡Qué fácil es decirlo!

—Nada de esto es fácil —murmuró.

—¡Entonces no me digas tonterías! —le increpé exaltado—. Lo he analizado por todos los lados. Y no encuentro algo que te favorezca. ¿Acaso también estaba en tus planes que yo pudiera escapar?

—...

—¿Ah? ¿Qué dices a eso?

Se mantuvo en silencio unos segundos más, y su mirada volvió a empañarse. La escenita me estaba cansando.

—¡Escapé de pura suerte, Mabel! Escapé... ¡no sé cómo demonios logré escapar!

—¡Ya lo sé! —dijo mientras volvía la vista hacia el mar—. Pero eso ya pasó.

—¡Claro que pasó! —grité—. ¡Me lo vas a decir a mí! Por eso no soporto que hayas dicho que me esperabas.

—¡No podía aguantar más, Carlos! Tenía que hacerlo. Me iba a cortar las venas o algo peor.

Una ola enorme reventó a lo lejos, y ella se encogió como recorrida por un escalofrío.

—De acuerdo —mascullé. Mi voz sonó hueca, quizá porque venía de las oscuras cavernas del inconsciente—. Dime por lo menos que no eres un angelito, reconoce que eres una malvada, una mala persona.

Ella giró sobre sus talones totalmente fuera de sí:

—¡Ya te entiendo! —replicó—. Ahora sé lo que quieres. Y sé que no vas a estar tranquilo hasta que lo consigas. ¡Quieres castigarme! ¿No es eso? ¡Quieres castigarme, y no sabes cómo! ¿Por qué no me pegas? ¡Ven, ven aquí!

—¡Estúpida!

—No tanto como para no darme cuenta de lo que quieres.

—Aléjate, Mabel.

—¡No me voy a alejar! —chilló—. ¡Si quieres pegarme, hazlo! ¡Vamos! Pero necesito que después me vuelvas a querer. Quiero que me quieras como yo te quiero.

—Dame una parte del dinero, y me iré.

—¡No te vas a ir! —dijo, y se me prendió con todas las uñas haciéndome dar un traspié. Caí de espaldas al suelo de tablones resacos y ella cayó encima de mí, en medio de una andanada de golpes y arañazos, sentándose a horcajadas sobre mi pecho—. ¡Pégame, maldito! —gritaba—. ¡Pégame!

Un rápido bofetón le volteó la cara. Y empalmé otros tres bofetones, cada vez más violentos y sonoros, que la tumbaron sobre mi lado izquierdo con la mirada perdida y el cabello revuelto. Entonces fui yo quien se trepó encima. Mabel había dejado de atacarme y un hilillo de sangre le salía de la boca. Busqué sus ojos. Indefensa, con el pecho subiendo y bajando por la respiración agitada, me miró. Sentí como si me hubieran soltado a cinco mil pies de altura en un paracaídas. Un vértigo absoluto, una fuerza que me empujaba a sus labios hinchados. La besé. Me volví loco con sus labios y le bajé la parte superior del vestido. Ella respondía a mis besos con la misma excitación, sacudida por espasmos, moviendo suavemente su lengua dentro de mi boca. Y en ningún momento dejé de oír su voz, muy queda, diciendo mi nombre:

—Carlos.

Solo eso. Nunca había oído que lo dijera de esa deliciosa manera. Me apreté a sus senos y sus muslos. Me hundí profundamente en ella temblando de deseo.

Una hora después, en la playa frente a la cabaña, Mabel flotaba mecida por las olas y volvía a reír como en los tiempos en que se colaba por las noches en mi departamento de Ocoña y Camaná. Pero ahora no estábamos en el viejo centro. Y tenía puesto su bikini rojo de lunares negros. Y se sentía encantada.

Por un buen rato estuvimos nadando y jugando en la rompiente, dejándonos revolcar por la espuma entre risas y aullidos de alegría. Ella

nadaba muy bien. Y todo su cuerpo, al emerger del agua, refulgía maravillosamente a efectos del sol. Me gustaba verla bucear y pasar entre mis piernas, me enternecía su chapaleante ataque de nervios cuando se enredaba con una mata de algas.

Después, a eso de las dos de la tarde, salió corriendo del mar y me pidió que la ayudara. Retornamos a la cabaña, nos secamos y nos pusimos a cocinar. Ella comenzó a limpiar un pescado y conectó el balón de gas; yo pelé papas, corté limones y lavé algunas verduras. Cocinó un plato que fue de chuparse los dedos. Y luego de comer reanudamos nuestras caricias. Pero esa vez con mucha calma, sobre una cama mullida y sin permitir que ningún espacio de su piel dejara de ser tocado por mis labios.

A la caída del sol, instalados muy juntos en una poltrona, languidecimos por varios minutos mirando el mar, sin decirnos nada. Ella se abrazaba a mi pecho y de vez en cuando se rascaba la punta de la nariz frotándola contra la barba un tanto crecida de mi mentón.

—¿Qué sentiste? —le pregunté entonces. Ella no se movió. Sabía que me refería a un punto que no habíamos tratado hasta ese momento, pero que era imposible pasar por alto—. Mabel —insistí—, ¿por qué la mataste?

—No quiero hablar de eso.

—Va a ser mejor, Mabel. Es cosa de hablarlo una vez y nunca más.

Hablábamos casi en susurros.

—¿La golpeaste con mi revólver?

—Sí —dijo—. A ti te había golpeado con un tubo de metal. Pero al momento en que caías se te salió el revólver del cinto. Y lo tomé. Creo que me pareció más seguro, no lo recuerdo.

—Fue demasiado seguro.

—Yo no quise matarla —musitó—. Era una vieja histérica, pero le tenía afecto. No quise matarla.

—¿Qué sentiste?

—Apuro.

—¿Apuro?

—Sí, quería acabar rápido. La vieja estaba en su dormitorio cuando tú llegaste. Y después de golpearte a ti debía ir a golpearla a ella, pero entonces se presentó bostezando en la sala. La vieja no entendía lo que pasaba. Le dije que eras un ladrón y que te había golpeado. Impresionada, se sentó en una butaca. Y ahí le di en la cabeza... Todo lo que sentí fue apuro. Tenía que meter el dinero en una maleta. Y no sabía en cuánto tiempo tú podías despertar.

Me quedé pensando varios segundos.

—Lo hiciste bien. No desperté hasta que llegó la gente de López.

—No quiero hablar más de eso —dijo—. Tenemos que mirar adelante...
—y un minuto después, agregó:

—¿Te gustaría vivir en California?

—¿California? Nunca lo he pensado.

Habíamos dejado todo listo, ropa, mochila y la maleta de Mabel para salir sin demora a la mañana siguiente. Y nos acostamos antes de las nueve. Pero no llevaba más de tres horas durmiendo cuando sentí un ruido como el de una ventana que estaba mal cerrada. Me levanté de un salto, sintiéndome mareado. Mabel no estaba en la cama y el ambiente parecía enrarecido. Eso no me gustó nada, y de pronto todas las dudas que había tenido respecto a ella al principio del día, y en los días anteriores, volvieron a mí a borbotones. Comprendí que, en el fondo de mi corazón, no le tenía confianza. ¿Alguna persona sensata, puesta en mi lugar, la hubiera tenido?

Sin hacer ruido, moviéndome con suma cautela, me puse el pantalón y tomé mi revólver. Y revisé de una en una las ventanas: todo parecía en orden.

En la terraza, una luna creciente, blanca como una ambulancia, reflejaba destellos de plata. En la cabaña, en cambio, todo parecía a oscuras. Pero no era así. Había un lamparín de querosene encendido sobre una mesa en la cocina.

—Mabel —dije de súbito en un intenso estado de alerta.

Nadie contestó, ni hubo la menor señal de movimiento. Entonces un pensamiento cruzó mi mente. Y un instante después estaba saliendo precipitadamente a la terraza para ver lo que había imaginado. A cosa de cien metros, Mabel caminaba por la playa, en dirección al pueblo, llevando a sus espaldas la mochila.

De inmediato bajé las escalerillas y eché a correr velozmente por la playa. Ella no me advirtió. Y cuando presintió algo, ya una de mis manos la tomaba por la cintura y la hacía trastabillar. Asustada, resistiéndose al asedio de mis brazos, se volvió a mirarme:

—¡Diablos, eres tú! —dijo aliviada.

—¡Claro que soy yo! —gruñí—. ¿Qué te pensabas?

Ella se enderezó, aunque observándome como si le hubiera hablado en otro idioma. Pero enseguida reaccionó:

—Carlos, no me digas que crees...

—¡Te largabas otra vez! —la corté.

—No, por Dios.

—¿Qué hacías, entonces?

—No podía dormir, y preferí caminar un poco.

—¿Llevando la mochila?

—Llevaba la mochila porque... —Mabel se detuvo a mirar sus pies descalzos en la arena—. ¡No me gusta dejarla, caray! ¿Qué más te puedo decir?

Una fresca ventisca alborotó mis cabellos. Sin embargo, yo me sentía mucho más caliente que nunca, como si me hubiera detenido ante brasas ardientes.

—¿Piensas que te voy a creer eso? —pregunté.

—Puedes pensar lo que quieras.

—Eso precisamente estoy haciendo. ¡Pienso que todo lo nuestro es una gran mentira!

—¡No es así! —se desesperó—. Mañana nos iremos a Guayaquil. Tengo un buen amigo que nos ayudará...

—Me crees un niño, Mabel —dije meneando la cabeza—. Lo que me dices es tan falso como tu viejo cuento de subir y bajar escaleras.

—¡Qué es lo que quieres! —gritó.

—¡Que por una vez me digas la verdad!

Iba a contestar algo, pero en un abrir y cerrar de ojos el mundo se vino abajo. Un resplandor infernal, seguido de una seca y atronadora explosión, rompió el aire: la cabaña, de la cual había salido no hacía más de unos pocos minutos, quedó súbitamente envuelta en llamas. El mar se tiñó de violentos naranjas y blancos. Conmocionado, casi paralizado por el estupor, tomé a Mabel de un brazo. Aquel contacto físico me llenaría de rencor.

—¡Qué fue eso! —la remecí.

—¡No lo sé! —dijo aterrada—. ¡Ha debido estallar el balón de gas! No entiendo.

—¡Yo sí entiendo! —me enfurecí—. Te vas de la cabaña y a los cinco minutos revienta todo. ¿Ahora lo entiendes?

—¿Qué estás pensando? —retrocedió un paso procurando soltarse.

—¡Has querido acabar conmigo! —grité—. ¡Me ibas a matar!

Mabel se puso lívida y pude observar cómo su rostro se desencajaba. Fui consciente entonces de que, durante minutos eternos, había sostenido el

revólver en una mano. Luego, como en un sueño, vi esa mano, mi propia mano, elevándose en la noche, con mi dedo índice pulsando el gatillo, y apuntando hacia el pecho de Mabel.

—¡No lo hagas! —gimió—. Espera... déjame explicarte...

Disparé. Una, dos, tres veces. Mabel cayó de espaldas, dando un patético salto de marioneta, y con todos los miedos de su alma en la mirada. Luces y sombras, provenientes del incendio, la recortaron, inmóvil, en la arena de la orilla. Su muerte fue instantánea. Sin embargo, aturdido por la irrealidad de la sangre y las detonaciones, dudé de ella una última vez. La miré, creyendo haber oído un sollozo, pero eran solo los restos agónicos de una ola que llegaba a mojar sus cabellos. Y de pronto, al mirar hacia el pueblo, divisé miríadas de luces encendidas y las lejanas siluetas de alguna gente que se acercaba atraída por el estruendo y el fuego. No lo pensé dos veces. Cogí de inmediato la mochila y hui.

CAPÍTULO X

Media hora después, justo cuando se desató una lluvia torrencial que me empapó las ropas en segundos, logré subir a un destartado ómnibus local. La luna había desaparecido, y en todas las ventanillas la noche y la lluvia desdibujaban el camino. Pero a los veinte minutos escampó. El ómnibus atravesó un vasto territorio salpicado de pueblos fantasmas, refinerías de petróleo erizadas de chimeneas y campamentos de socorro para los damnificados de las inundaciones.

Entonces me preocupé. Mucha gente me había visto. Y muchos, también, sabían que había estado preguntando por una chica que se ajustaba a la descripción de Mabel. ¿Dónde ir? La frontera con Ecuador, como estaban las cosas, no era el sitio más recomendable. Ahí, pensé, me estarían esperando. Unos sujetos, con aspecto de comerciantes, habían subido al ómnibus en plena charla y los oí con atención. «Los tombos están buscando a un blancón», dijeron. «Ya llevan más de tres días jodiendo el negocio». Ese blancón debía de ser yo. Nadie tenía que convencerme de eso.

De manera que comencé a devanarme los sesos buscando una salida segura. No podía ir a la frontera más cercana y, de otro lado, hubiera sido una locura regresar a Lima. Las otras opciones para escapar del país eran Colombia y Brasil, aunque ello implicaba cruzar la selva amazónica. ¿Se podría salir por Leticia o Manaos? ¿Podría pasar clandestinamente? Decidí

por fin que enrumbar al monte era la única alternativa, sin prever los sobresaltos que me aguardaban. Allá, en los siguientes días, me volvería tan famoso como un artista de cine.

Cuando recalé en Pucallpa, mi retrato estaba en todas partes, en volantes impresos donde se ofrecía recompensa por mi captura, y en las primeras planas de varios periódicos sensacionalistas. Me buscaban como el cambista que asesinó a su novia. Del dinero robado no se decía una palabra. La gente de Santiago había cambiado de idea y terminaron por recurrir a la prensa: me querían atrapar a como dé lugar. Tuve la impresión de que habían roto una promesa.

También me vi fotografiado en la portada de la revista *Caretas*, pero ahí no salía en la foto del registro electoral, sino en instantáneas con compañeros de trabajo en la mutual y en otras más viejas sacadas tal vez de las memorias del colegio Santa María, jugando básquet y bailando en la fiesta de promoción. Recordé que, pese a no haber concluido mis estudios en aquel colegio, había sido invitado a la fiesta de graduación, y que mi tía Clara me había alquilado el traje de etiqueta. Me invadió una extraña sensación al ver a mi pareja de la fiesta, Isabel del Campo, una bonita chica de quince años, que aparecía luciendo una orquídea en el escote de su vaporoso vestido y una inocente sonrisa. Respecto a Mabel, solamente publicaban una mala fotografía: en shortcito y tacones altos, sobre un ring, anunciando el tercer *round*.

Lo demás no tenía mayor interés. Se decían cosas insulsas sobre mí. Que era un tipo de mal carácter, que procedía de una familia de clase media, que mi educación se arruinó por el deceso de mis padres y que mi padre había sido un conocido biólogo, aficionado a la pintura y la música clásica. Eran comentarios correctos, en efecto, pero que no decían nada esencial. Quizá porque nadie, si no es uno, puede decir algo que valga la pena sobre uno

mismo. No lo sé. A mí, en todo caso, no se me ocurrió entonces nada que decir.

Pero esto, indudablemente, no le sucedía a Mabel. Aun cuando estuviera muerta, ella tenía todavía un par de cosas importantes que decirme sobre mí y sobre nuestro amor. Cosas que, en definitiva, me tocaron en la médula.

La primera cosa me la dijo a la semana de salir de Tumbes. Soñé que la tenía entre mis brazos, mientras nos dábamos un baño de mar, y que le hacía el amor dentro del agua. Su mensaje fue muy claro. Me dejaba saber que mi deseo por ella le sobrevivía.

Afortunadamente no caí en una penosa depresión, pues tuve que salir pitando de Pucallpa, camino a Huancayo, luego de oír un nombre que antes había oído en el hangar donde me encadenaran. Se trataba del tal Fermín Zevallos, que en realidad era el coronel Fermín Zevallos, jefe de una guarnición del ejército y muy vinculado a Santiago Hinojosa. Con el pretexto del terrorismo y las pozas de macerado de coca, Zevallos estaba haciendo varias operaciones de rastrillaje por la zona, pero para un audaz locutor radial de la región —y eso fue lo que me alarmó— lo que le interesaba al coronel era dar con el cambista asesino. El locutor, que denunciaba constantemente estar amenazado, presumía que en el rastrillaje había un asunto oscuro, y yo a mi vez presumía que, si me echaban mano, me colgarían de nuevo pero esta vez con la sogá atada a los huevos.

En Huancayo permanecí unas pocas horas, y de ahí me interné en la selva central, siempre en busca de un lugar más seguro. Pero adonde fuera me perseguía la historia del cambista. Gasté bastante dinero para mantenerme a buen recaudo, y aun así estuve a punto de caer en manos de la policía. Escabulléndome, a salto de mata, continué por caminos increíbles, en camiones, en mulas y a pie, hasta que avizoré la selva de Mazamari. Fue

entonces cuando, en uno de tantos desplazamientos, abordé en el río Ene un endeble bote abarrotado de colonos, con fachas de gente del siglo XIX, y aconteció el accidente que agudizó mis problemas y que, a la postre, me enfrentaría a la segunda cosa importante que Mabel tenía que decirme.

El bote chocó con una piedra en un rápido del río y naufragó, y pronto todo el pasaje fue arrastrado por la corriente a lo largo de un kilómetro. Algunos tropezaron con troncos en la borrasca y no volvieron a salir a la superficie; otros, sangrando y angustiados por salvar sus bultos, se olvidaron de sus amigos y parientes. Me enteré después de que se hundió el ochenta por ciento de la carga y se ahogaron siete personas. Y yo también fui una víctima. La mochila se abrió y por aquellas inclementes aguas marrones se desperdigaron los fajos de billetes que, como por ensalmo, no se volvieron a ver más. Lo perdí todo, excepto la mochila, cuyas correas las tenía enredadas en una mano, y dos billetes de cien dólares que se quedaron pegados en el fondo de uno de los compartimentos. El revólver también desapareció. A partir de ese momento, mi desaliento y mi abrumadora soledad serían todo mi patrimonio.

Alguna gente pensará que, en este punto, mi relato debería detenerse un momento. Que el hecho de haber perdido una fortuna (perder dinero duele una barbaridad, tanto como un dolor de muelas) merece algo más que un par de reflexiones al vuelo. ¡Cojudeces! Aunque es posible que yo ahora piense así, porque quizá nunca me sentí verdaderamente dueño del contenido de aquella mochila, o bien porque las sangrantes heridas que me ocasionara el naufragio, heridas más impresionantes que graves —yo no lo sabía entonces—, hicieron que me concentrara más en la vida que se me podía ir que en el dinero que ya se me había ido.

Claro que, si no se quiere ser pesimista, el naufragio también me reportó beneficios. Abolí mi atormentado sueño de fuga por alguna frontera, que sin

dinero se tornaba inalcanzable, y, no bien el río me aventó sobre una de sus orillas, tuve la suerte de ser rescatado por un grupo de nativos asháninkas.

Los nativos no pasaban de una docena, cuatro ataviados con ropas occidentales y los demás con túnicas y colgajos de cuentas. Ellos me trasladaron a una especie de atalaya y, durante varios días, curaron mis heridas con hierbas y asquerosos menjunjes. La mitad del grupo hablaba fluidamente el castellano, y de ese modo me enteré de que también andaban huyendo. Pero ninguno de ellos, como era mi caso, había matado a nadie por venganza. Su pueblo había sido cruentamente destruido por las huestes maoístas de Sendero Luminoso, quienes pretendían reclutar a los hombres jóvenes de la tribu, para su guerra, y por eso se adentraban en el monte. El grueso de la gente, con mujeres y niños, iban varios días por delante, y ellos constituían la retaguardia de aquel éxodo. Esto lo entendí un día en que un centinela asháninka se apareció haciendo mudos aspavientos y todos los nativos, en serio y absorto ritual, comenzaron a pintar sus rostros con rayas horizontales de color rojo y negro. Una columna senderista avanzaba por un desfiladero. Pronto los nativos, tras ocultarse en la maleza, alistaron sus flechas untadas con curare. Y pensé que había llegado el fin. Pero los senderistas siguieron su marcha por un rumbo que no significaba ningún peligro, y nada pasó.

Después de esa destemplanza, el jefe del grupo estuvo un buen rato sonriente. E intempestivamente recogió un puñado de tierra, se lo llevó a la cara, lo olfateó y me lo arrojó a las piernas.

—Te tenemos que dejar —dijo.

Intuí que lo de la tierra era un modo de expresar su voluntad de protegerme contra los malos espíritus o algo parecido, pero yo no estaba dispuesto a aquella despedida.

—¿Por qué? —pregunté.

—¿No quieres ir a tu casa?

—Ya no tengo casa —respondí—. ¿No puedo ir con ustedes?

El nativo se ofuscó unos instantes, distraído por el revuelo multicolor de una bandada de aves, y luego me volvió a sonreír:

—¿Quieres venir con nosotros?

—Sí.

—Eres un regalo del río —dictaminó—. Y no te podemos rechazar...
Vámonos.

Llevando un monito sobre los hombros, que adoptara durante mi convalecencia, emprendí, en lo que me atañe, una ruta extenuante. Por dos semanas vadeamos cochas, ascendimos y descendimos por colinas enmarañadas, sorteamos el acecho de las bestias y las alimañas, y con dificultad —un nativo casi se despeña en un mal paso— bordeamos un deslumbrante paraje por lo alto de una colosal catarata. Allí nuestro grupo se reunió con la tribu, unas doscientas personas, y unos días después nos establecimos en un llano a orillas de un río. El jefe de la tribu, un maestro de escuela, ordenó edificar las chozas comunales y además una choza aparte donde lo primero que hizo fue colgar una pizarra y almacenar en un arcón, a salvo de los chubascos, seis cajas de libros, cuadernos y cientos de lapiceros.

Y aquí estoy. Los asháninkas se burlaban en un principio cuando me bañaba con ellos en el río, o cuando los acompañaba a cazar, o cuando me esforzaba en bailar sus danzas. Pero al cabo de unos meses se han acostumbrado a mí. Solo las mujeres y los niños me observan siempre como un bicho raro. No obstante, gracias a que enseñé en la escuela, son amables. Y debo decir que me complace enseñar. Aunque, en realidad, soy yo el que aprende de ellos todos los días.

Creo, en fin, que este lugar ha terminado ahora por gustarme. Y no importa ya que haya sido aquí donde Mabel, después de mucho tiempo,

volviera a hablarme de su amor. A causa de ello, el dolor y la nostalgia me entristecieron varios meses, pues su segundo mensaje, como el anterior, también sería muy claro. Un día que iba de caza se rompió la mochila, que utilizaba entre otras cosas para cargar mis presas, y en eso le descubrí un falso fondo. Y de ahí salió un sobre de plástico herméticamente cerrado. Lo abrí, sorprendido, y hallé adentro unos pasaportes, uno a nombre de Mabel y el otro a mi nombre: eran unos documentos todavía sin fotos, pero entre las hojas del que me correspondía había un papel con las siguientes anotaciones: «Francisco Luna, fotos, sellos y visas, telf. 477481, Lobitos. Esteban Quiroz, viaje en bote y enlaces, Roma 329, Tumbes»... ¡Qué mejores pruebas de que contaba conmigo! ¿Por qué no me las habría mencionado? ¿Acaso no le di tiempo?

Ella creía que lo tenía todo pensado, y calculó mal. Aparte del fatal accidente del balón de gas, que entonces tenía todas las trazas de un acto deliberado, su plan le falló por el lado que parecía más improbable, por el hombre que la amaba, por aquel que muchas veces se despierta bruscamente sintiendo sus besos, por mí.

La otra noche, una de esas noches de abismal silencio en que de pronto toda la selva se calla y yo me convierto, con mi sola respiración, en el único ruido, evoqué una de tantas escenas con Mabel en mi departamento de Camaná. Habíamos hecho el amor, y ella ya estaba por irse. Pero se detuvo unos momentos a leer en un diario las declaraciones de un político sobre las continuas alzas del dólar.

—Escucha esto —me dijo—: «El dólar es el animal más cobarde del mundo. Al menor movimiento huye despavorido». ¿No lo ves divertido?

—Tú eres la divertida —dije yo por decir algo.

—¿Sí? ¿Por qué? ¿Por reconocer a la gente que simula indiferencia al hablar de dinero, cuando en el fondo se vuelve loca por tenerlo a manos

llenas?

—Ese parece tu problema.

—No lo es —dijo dándome un beso rápido en la nariz—. Lo mío es más complicado. Yo estoy loca por los dólares y por ti.

No he tenido más noticias de la civilización, y no sé si el dólar sigue subiendo en Ocoña o si el gordo López ha sido el próximo en perecer degollado y gorgoteando en una sucia zanja de Lima. Pero me resulta difícil olvidar todo aquello. Porque cada mañana, cuando salgo a nadar en el río, veo pasar dos o tres remotas avionetas que surcan la aurora en vuelos de ida y vuelta. De ida se va la coca, me digo, y de vuelta vienen los dólares. Esos vuelos, para los asháninkas, son como las campanadas de un reloj en la torre de una iglesia: marcan el inicio de los quehaceres cotidianos. Es una manera como cualquier otra de orientarse en el tiempo, y la acato sin problemas, aunque hay mañanas en que el ronroneo de los motores se oye demasiado cerca, como el aleteo de los guacamayos, y yo siento infaliblemente dentro de mí una palpitación que me sobrecoge.

LIMA, OCTUBRE DE 1992

Señora, vos seáis la bien hallada.

GIOVANNI BOCCACCIO

*Muy frecuentemente las lágrimas
son la última sonrisa del amor.*

STENDHAL

*a Soledad,
que está a mi lado.*

CAPÍTULO I

—¿Estás pensando en putas?

—Sí —repuso Luis Alberto—. Pero pienso en putas lindas.

—Dame una razón.

—Una puta linda te da la ilusión de recompensa, ¿comprendes?... ¿Por qué trabajan los hombres? ¿Solo por dinero? Lo dudo. Yo diría que, para muchos, la mujer soñada es el premio mayor a todos sus esfuerzos. Ciertamente la ilusión que ofrece una puta no viene con hijos, casa propia, carro y televisor, lo que alguna gente idealiza como una vida plena y feliz, pero al menos es una especie de anticipo, un cuerpo tibio entre las sábanas.

Así, hace mucho, en mil novecientos noventa y dos, hablaban Luis Alberto y el chueco Tapia. Sentados en un cafetín del Centro de Lima, ambos, escritores inéditos y vendedores de enciclopedias con un ingreso que dependía de comisiones, exponían y discutían sobre personajes y argumentos literarios, afanados en determinar uno o varios temas sobre los que valía la pena escribir.

—No quiero contar nada sobre indios en la miseria —decía Luis Alberto—. Ya lo han hecho otros y bastante bien. Yo no podría hacerlo mejor. Tú y yo tenemos que escribir de otro asunto, de seres que estén más cercanos, cosas que podamos tocar.

—¡Ya me imagino lo que quieres tocar! —rió Tapia—. Pero no lo veo como el gran proyecto, ni tampoco me parece original. Hay un superávit de putas en la literatura.

—Lo sé —admitió Luis Alberto—. Pero igual me gusta la idea de la puta linda. Es el tipo de personaje que convoca expectativas. Siento que debo intentarlo.

Sin mayores estímulos, agobiado por las dudas, Luis Alberto, a sus diecinueve años, no las tenía todas consigo. No veía claro por dónde avanzar. «¿Me conviene escribir sobre eso o sobre esto otro?», gruñía. Y luego, poniéndose más radical, balbuceaba: «¿Me conviene escribir?».

Aún vivía con su madre y una hermana mayor, en la zona de Santa Cruz, el lado feo de Miraflores. Su hermana, Anita, que lo trataba con la punta del pie, estaba a punto de hacer un buen matrimonio. Sería una mujer de provecho. Pronto se iría de casa y residiría en el lado bonito del barrio. Él, en cambio, carecía de rumbo, no encarnaba un futuro promisorio. Quería ser escritor, es lo único que decía, escritor, novelista, palabras que todos sus tíos traducían como «muerto de hambre»; y, para colmo, dado que sus calificaciones del colegio no habían sido particularmente brillantes, no podía pensar en becas, ni en ganar concursos, ni en alternativas serias para agenciarse una adecuada formación.

—Estamos jodidos —opinaba el chueco Tapia, que padecía un trance similar. Aunque Tapia, por lo menos, estudiaba la preuniversitaria en el turno de noche—. Mira, tal vez con el tiempo consigamos escribir bien. Pero eso no será suficiente. Además, habrá que tener suerte, tener contactos, habrá que saber destacar sin que el resto de colegas nos odie.

—Y algo muy tranca —añadió Luis Alberto—. Habrá que tener arte.

—Arte, sí. Y eso no se aprende, hermanito. Eso solo se obtiene si un ángel nos besa.

—¡Entonces te equivocas, chueco! No solo estamos jodidos; estamos verdaderamente hasta las huevas.

Sin embargo, a pesar de las dificultades, Luis Alberto y Tapia lucían felices. Tenían a su favor el frenesí de la juventud, andaban excitados con sus propios sueños, eran de esos muchachos de la clase media empobrecida que, a fuerza de engrasar el espíritu, llegan a creerse ricos y capaces de todo.

A diferencia de Tapia, eso sí, Luis Alberto mostraba una impaciencia mucho mayor. Él ya dedicaba su tiempo a escribir, saltándose el peldaño de la universidad, un lujo que no estaba a su alcance, o bien a trabajar. Para la escritura, se imponía un mínimo de dos cuartillas diarias, todas las mañanas, en las que describía lo que sea, un gato comiendo un pescado o cualquier otra escena callejera. Deseaba escribir como Picasso dibujaba. Plasmar en un cuadro el mínimo de trazos que permitan a la gente identificar una figura.

La otra parte del tiempo la absorbían el trabajo y la lectura. Su trabajo, vender de puerta en puerta enciclopedias, oficiaba de gimnasia, lo mantenía en forma. Cada día caminaba muchas calles, visitando decenas de casas y oficinas. El trabajo le quitaba unas ocho horas, digamos, y la lectura unas cuatro o cinco. En la lectura, como en todos los placeres, dominaba el desorden, pues un libro apasionante hace que le robemos horas al sueño, si se trata de lecturas nocturnas, pero en las diurnas, por mera compulsión, Luis Alberto devoraba diariamente varias páginas de las enciclopedias (llevaba un tomo de muestra), en la combi o en las antesalas, los ratos muertos que aquí y allá puntuaban su jornada.

Claro que esos ratos muertos eran a su vez aprovechados para darle muchas vueltas en la cabeza a su proyecto literario. Su más reciente obsesión,

escribir sobre una puta linda, implicaba, a su entender, mirar la realidad cara a cara, tomarla de los pelos, sentarla en un banquillo e interrogarla, y, al cabo, tras desmontar y volver a armar cada una de sus piezas, sentirse apto para llenar páginas en blanco con un relato que sonara atractivo y verdadero.

«¡Una buena historia!», cavilaba, hirviendo de ansiedad. «¡Necesito contar lo que la gente de a pie vive todos los días! ¡Sus alegrías y sufrimientos, su genuina normalidad!».

Y por eso mismo, en un húmedo y nublado anochecer de junio, decidió irse de putas. Quería estar con una puta. No tirársela. Quería conversar con ella, intimar.

La puta («ese cálido refugio», como decía el tío Jano, ilustre calavera de su familia y oportuno mentor de su adolescencia) era y es, en el imaginario universal, el personaje más manoseado de la literatura. Manoseado por partida doble, sí, pues hemos crecido en la mitología de unas piernas que se abren y se cierran y nos atrapan en el intervalo.

Pero este handicap, de hecho, no suponía un obstáculo.

Luis Alberto aceptaba que el terreno elegido, lleno de tópicos desde el punto de vista narrativo, estaba minado. La ramplonería podía estallarle en la cara. Asimismo, asumía que su idea resultaba simplona y, a ojo de buen cubero, poco viable. Charlar con una puta, en aquellos tiempos o ahora, es una ocurrencia de mentecatos, y en cuanto a llegar a creer que un extraño pudiera establecer con esta una relativa amistad linda con la estupidez.

Mas la juventud es audaz y corre sus riesgos, y Luis Alberto no se amilanó.

«Me abro paso entre una jungla de fantasmas —decía—. Veo putas por todos lados. Un ballet de rameras que agitan sus velos y exhiben sus carnes: putas sagradas, como en la antigua Babilonia; putas arrepentidas, como María Magdalena; putas románticas, como Marguerite Gautier; putas con corazón

de celuloide, como Marlene Dietrich, Catherine Deneuve, Shirley McLaine y Jane Fonda; putas solapas (como medio mundo); putas codiciosas (como tanta profesional); putas lindas y enigmáticas, como Noemí».

A Noemí la conoció en un famoso burdel de la avenida Colonial, un antro con bar y varias hileras de cuartitos, uno al lado de otro, similar a un establo. La antigua propietaria, distinguida por su nom de guerre, La Nené (castellanización de Nanette), había eternizado su nombre como marca de calidad. A ella, y a su casa, las llamaban La Nené. Según los veteranos, La Nené, difunta hacía años, fue una judía de ojos claros y piel sonrosada que se vendía como francesa. Una ahijada suya le heredó el burdel. Cargada de maquillaje y anillos en los dedos, la nueva dueña era entonces una vieja de voz cascada. Fumaba a toda hora y charlaba en las mesas del bar, vigilando el lascivo ajetreo de su negocio.

Noemí, mujer esbelta y llenita (delgada, pero opulenta donde corresponde), llevaba cuatro años trabajando para La Nené y atravesaba un buen momento. Su mayor indicio de gloria saltaba a la vista cuando despedía a un cliente. Al instante, abierta la puerta de su cuartito, se armaba un tumulto de hombres rijosos que se volcaba a mirarla.

—¿Cuánto? —preguntaba alguno.

—Treinta —decía ella. Era la tarifa más cara, solo compartida por Marilyn y Sarita, otras dos luminarias del populoso establo. La mayoría oscilaba entre quince y veinte.

—¿Completo? —indagaba otro.

—Completo sale a cuarenta.

Muchos clientes se asustaban con el precio y meditaban sobre su golpeada economía casera, indecisión que algún derrochador aprovechaba para entrar precipitadamente.

Luego, la puerta se cerraba y la leyenda de Noemí seguía creciendo.

Esta breve aparición, ni que decir tiene, rendía sus frutos. En los pocos segundos que la puerta de Noemí permanecía abierta, el público, incluido Luis Alberto, se daba maña para reconocer sus encantos. «La tasaban», se decía en el argot de la época. Valoraban la belleza de la muchacha, pese al florón de luces rojas que sofocaba los cuartitos. Las luces, propias de una antecámara del infierno, teñían la piel, el baby doll y las sábanas de la cama.

Noemí, en fin, era endiabladamente guapa. Tenía los ojos negros como el pecado y la boca tan grande como la injusticia del mundo. Sus dientes, blancos y parejos, eran joyas ocultas. Rara vez sonreía o, si se quiere, sonreía solo con los ojos, burlona, en las penosas ocasiones en que alguien regateaba o contaba impudicamente su dinero delante de ella.

Dispuesto a postergar rivales, atropellador, Luis Alberto exclamó:

—¡Quiero servicio completo!

Asintiendo, Noemí lo hizo entrar. Y tan pronto cerró la puerta, tomó de la mano a su joven cliente y lo condujo hacia el baño, iluminado con una luz amarilla.

—Bájate el pantalón —dijo; el muchacho obedeció.

Ella cogió y sostuvo el pene de Luis Alberto, examinándolo. Y esbozó un leve gesto aprobatorio. Acto seguido, utilizando ambas manos, procedió a lavarlo con agua y jabón, como una prolija enfermera, pero al momento de secarlo le notificó:

—Se paga por adelantado.

Luis Alberto entregó los cuarenta soles convenidos. Noemí regresó al cuartito.

Luego, ella de pie y él sentado en la cama a su expreso pedido, sobrevino, a modo de preámbulo, una ceremonia que Luis Alberto interpretó como una

incitación al deseo. En baby doll y tacones altos, seria, mirándolo fijamente a los ojos y sin pronunciar palabra, la muchacha caminó en semicírculo por espacio de un minuto, yendo y viniendo, con lentas y silenciosas pisadas. Parecía una pantera acechando a su presa.

Inquieto, Luis Alberto preguntó:

—¿Te llamas Noemí?

La muchacha negó con la cabeza, sin dejar de caminar.

—¿Podrías decirme tu nombre?

Noemí hizo una segunda negativa, pero esta vez se detuvo frente a él. Y entonces, en un sensual ademán que traslucía mucha práctica, se llevó una mano a un hombro y jaló la tira de un lacito, consiguiendo que el baby doll cayera en picada sobre sus tacones.

El cuerpo joven y hermoso de una mujer desnuda suele despertar un arrobo místico, y Luis Alberto se irguió en un temblor, sintiendo que las sienes y el corazón aceleraban sus latidos. Pero en ningún momento olvidó la razón que lo había llevado al lenocinio.

—Tengo que hacerte una pregunta —dijo—. ¿Cuánto tiempo te toma cada cliente?

—Depende de sus ganas —Noemí rompió su silencio, imaginando quizá que el chico procuraba sacar el máximo rendimiento a su inversión—, aunque no pasa de veinte minutos.

—De acuerdo, entonces te tengo una propuesta: quiero que gastemos esos veinte minutos en conversar.

—¿En conversar? —se desconcertó ella.

—Sí.

—¿En conversar sobre qué?

—Quisiera que hablemos de ti, de tu vida.

—Oye, chiquillo, tú estás mal —Noemí arrugó la nariz—. ¿Qué te pasa? ¿No te gusto? Aquí los hombres vienen a estar con las mujeres, no a chismear.

—Soy escritor —explicó Luis Alberto—. Recopilo datos. No te ofendas. Me pareces muy bonita, pero lo que ahora a mí me interesa es saber por qué estás trabajando en esto.

Ella se llevó las manos a la cintura, echando una cadera hacia un lado.

—¿Eso es realmente lo que quieres?

—Sí.

—Bueno —se alzó de hombros—. Es tu plata —y en dos segundos, en tanto procesaba que el sexo rebusca muchas formas de expresarse (mirar, lamer, tirar, oler, morder, y, entre otras cosas, charlar), echó un vistazo a su reloj pulsera y añadió con grosería—: Ya está corriendo tu tiempo. Pregunta lo que quieras. A mí me da lo mismo mover el poto o la lengua.

Luis Alberto sacó lapicero y libreta de su casaca, mientras ella se sentaba en la cama, a su lado, recogiendo las piernas contra el pecho. El interrogatorio comenzó enseguida.

—¿Qué edad tienes?

Noemí sonrió:

—Veintidós.

«Los aparenta —pensó Luis Alberto—. Su rostro y su cuerpo son los de una chica de veintidós, aun cuando tenga la sonrisa de una mujer de cuarenta».

—¿Y desde cuándo haces esto?

—Arranqué a los quince, cuando escapé de mi casa.

—¿Eras virgen entonces?

—No, claro que no —chistó Noemí—. Dejé de ser virgen a los doce.

—¿Fuiste violada?

—No.

—¿Con quién lo hiciste esa primera vez?

Noemí no respondió.

—¿Qué pasa? —indagó el muchacho—. ¿Por qué no respondes?

Ella abrazó sus piernas flexionadas, hundiendo el mentón entre las rodillas.

—Eso no lo voy a contar.

—¿Por qué?

—Porque te voy a decir mentiras.

—¿Por qué me mentirías?

—Respóndete tú. ¿Para qué miente la gente?

El muchacho no la quiso presionar y cambió de tema. Pero intuyó que el desarraigo, el conflicto que la hiciera huir de casa, como habitualmente ocurre, tenía mucho que ver.

—¿Crees que las historias de todas ustedes son más o menos iguales?

—Así es, papito. Todas nos parecemos —Noemí, relajada, cambió de postura. Estiró el cuerpo cuan largo era y, echándose de lado, encogiendo ligeramente las piernas, hundió una mano en la entrepierna. Inevitablemente, Luis Alberto percibió una pulsión en el bajo vientre que lo estremeció de pies a cabeza—. Cada una vive como quiere o como puede. Las chicas de por aquí empezamos temprano, tiernas, recién salidas del cascarón, y por lo común acabamos temprano. Este es un trabajo que dura apenas unos pocos años, como el de los futbolistas. Yo estoy haciendo mis ahorros, y espero jubilarme a los treinta y tantos.

La mezcla de reserva y locuacidad de Noemí confundía a Luis Alberto.

—Dame ejemplos —pidió él—. ¿En qué se parecen unas a otras?

—¡En que nos pica la cuca! —bromeó ella.

Ambos rieron.

—¿Y en qué más?

—En que sabemos que no hay que hacérselo gratis a nadie.

—¿Por qué?

—Porque a la larga los hombres te van a abandonar cuando ya no les interesas. Mira nomás lo que pasa a tu alrededor.

—¿Tienes caficho?

—No.

—¿Y cómo te proteges?

—Mi hermano viene a recogerme todos los días. Tengo un hermano bien macuco, que se hace respetar. Ya les rompió el cacharro a dos atrevidos.

No sin cierta sorpresa, el muchacho continuó:

—¿Vives con tu hermano?

—Sí.

—¿Y él trabaja?

—Por supuesto. Cada uno gana su platita. Él es mecánico. Trabaja en un taller a cinco cuadras de aquí.

—¿Qué edad tiene?

—Mi misma edad. Somos mellizos.

Luis Alberto supuso que la vida de Noemí, fuera de ese curioso arreglo fraternal, era más o menos la historia previsible. Pero la subestimaba. La historia de Noemí, su iniciación y el desarrollo de sus mañas y atributos, un torbellino que le traía la sangre fermentada, con su inevitable desengaño y algún sombrío rencor, terminaría por encandilarlo.

CAPÍTULO II

A lo largo de dos meses, gastándose lo que no tenía, Luis Alberto visitó doce veces La Nené; es decir, más de una vez por semana, motivo por el cual los porteros llegaron a saludarlo con un guiño amistoso. De tales visitas, diez las consagró a la plática; las otras dos, humano al fin, no se aguantó y saltó sobre ella, cediendo a un deseo largamente reprimido.

—¡Al fin te echas un polvito! —festejó Noemí—. Creí que eras maricón.

Luis Alberto sintió que el coito volvía desenvuelta a su interlocutora, haciendo más fluida la comunicación, aunque ignoraba aún con quién estaba tratando. No lo sabría, en realidad, durante mucho tiempo, pero entonces eso no le preocupaba. Tras su segunda encamada, en la que ella le enseñara dos poses complejas pero efectivas, Noemí comentó:

—Esto es más rico que conversar, chiquillo. Yo no sé por qué gastas tanta plata en cosas que no puedes tocar.

—Puedo tocar lo que tú me cuentas —dijo él.

—¿Cómo?

—Con la imaginación.

—¿Ah, sí? ¡No sabía que la imaginación tenía pinga y manos! Pero, en fin, ese es tu problema. Tú sabrás lo que necesitas.

—Necesito oír las cosas que cuentas.

—¿Y cómo sabes que no miento?

—¿Me mientes?

Ella lo miró a los ojos:

—Sí —sonrió.

—¿Estás segura?

—Claro. Casi todo lo que te digo son mentiras.

—Mejor todavía —dijo el muchacho—. Me gustan tus mentiras.

Frotándose suavemente un muslo con una mano, Noemí permaneció pensativa. El muchacho no dejaba de sorprenderla. Aun cuando aseguraba que no era adinerado, o que debía trabajar para costearse el gusto de oírla o tirársela, o que le apasionaba «descubrir» su vida, parecía importarle un pepino si las sandeces que ella contaba eran ciertas o falsas.

«Hay todo tipo de tontos y de locos», discurría Noemí en esas ocasiones. Pero no solo pensaba eso. A veces, con agresiva sorna, se lo decía con la mirada, y él, cuya mirada era también bastante elocuente, le respondía: «¡Pero no, Noemí! Yo no soy el más loco, ni el más tonto en mi tipo. No sabes lo que es la literatura. Existen muchas personas, otros escritores, tanto vivos como muertos, que han sido y son el triple de tontos y locos que yo».

La última vez que cruzaron miradas, en todo caso, las cosas no rodaron bien.

—¡Eres muy raro, chiquillo! —le espetó ella—. ¡Eres un perverso! ¿No tienes enamorada?

—Por ahora no —contestó Luis Alberto, poniendo su mejor cara. La mesura, la palidez de su piel, subrayaban la inconsciente gentileza de sus modales—. Pero he tenido varias.

—¿No entiendo por qué te interesan mis mentiras!

—Porque forman parte de tu fantasía.

—¿Y eso qué valor tiene?

—Ninguno. Pero, no sé cómo decirlo..., me da una idea de tu forma de ser...

Esto le cayó pésimo a Noemí.

Levantándose bruscamente, se cubrió con una bata y miró al muchacho con el ceño fruncido. Luego, alisándose el pelo con un cepillo, recuperó la calma, aunque se sintió aturdida. Se sintió tan aturdida como la primera vez que alguien, una persona que no era su hermana o su madre, la había visto desnuda. Esa persona, se lo confesaría al muchacho, aunque en otro momento, fue también el primer hombre que la besó y la acarició.

A estas alturas Luis Alberto estaba cautivado con la historia de Noemí. Ella, visita tras visita, le contaba su vida con pelos y señales, que es exactamente lo que un escritor requiere para organizar su relato. Se detenía en los detalles, con morosa pulcritud, pero no descuidaba la visión de conjunto, ya que hablaba simultáneamente del árbol y del bosque, de la mórbida y solitaria existencia de una flor o del olor extendido de la tierra mojada.

—A mí me besaron de frente las tetas —refirió ella, por ejemplo, al evocar su primera experiencia sexual—. No me tocaron una mano, ni me dieron un piquito en la boca. Pasaron por alto el calentamiento. Pero me gustó, chiquillo; me gustó sentir mis pezones dentro de la boca de un hombre, quizás porque yo estaba pensando en huevadas. Y es que ni te imaginas lo que en esos días me hicieron creer. Me dejé hacer de todo, porque para mí era como un juego. Así de ingenuas o cojudazas éramos las chicas de provincia.

Noemí vivía entre el campo y la playa, lejos de la ciudad. Ella y su familia habitaban una casita de adobe con tres habitaciones, amplia terraza y corral para patos y gallinas. La carretera Panamericana cruzaba por ahí. Veían pasar infinidad de autos y camiones, pero el zumbido de los motores se oía menos que el ruido de las olas que reventaban en la orilla. Un quiosco de

cañabrava al borde de la carretera era el negocio familiar. Vendían frutas, jugos y gaseosas. La casita, pintada de blanco y techada con palmas, quedaba a cosa de cien metros del quiosco, sobre una lomita y a la sombra de unos algarrobos.

A los doce años Noemí pasaba todo el día en esos parajes. Desde los diez cumplidos había abandonado el colegio. Lo dejó, de sopetón, cuando sus compañeritas de clase comenzaron a mofarse de ella. «Tu mamá es puta», le dijo repentinamente una churre, como si quisiera hacerla sentir inferior, y luego la atacaron en mancha. «¡Putas, putas! ¡Hija de puta!». Ella, durante cinco días, se peleó con todas. Hasta que una tarde, en que la niña volvió a casa con un ojo negro, se lo contó a su madre, y esta, primero furiosa y luego riéndose, sin darle importancia al asunto, decidió que Noemí dejara de estudiar.

—Ya sabes leer y escribir, y mejor todavía, sabes muy bien sumar y restar —rezongó Rosaura, su madre—. Con eso te basta para vivir. Ahora quédate en la casa, prepara la comida y ayuda al Braulio en el quiosco, y no te olvides de cuidar a tus hermanos.

Braulio, un hombre joven y cojo, con la pierna derecha amputada a la altura de la rodilla, era el conviviente de su madre. Caminaba con muletas y necesitaba que lo ayudaran a recoger y trasladar la fruta hacia el quiosco. La fruta la conseguían en la verde campiña de los alrededores. Ambos solían recogerla y cargar el triciclo, pero solo Noemí estaba en condiciones de pedalear. Cuando ella estudiaba, hacía esa faena temprano, en las mañanas; pero luego contaría con más tiempo para atender el negocio y las labores de la casa.

En cuanto a sus hermanos, Jeremías, el mellizo, y Luzmila, su hermanastra, también requerían de atenciones. Su mellizo, quien un año antes

había plantado igualmente los estudios, trabajaba en la pesca desde los once y llegaba a casa solo a dormir. Luzmila, dos años mayor que Noemí, «retrasadita la pobre», se ocupaba de los animales y de lavar la ropa en el río. Ninguno de ellos era hijo de Braulio. El padre de Luzmila, a decir de su madre, podía haber sido cualquiera de sus primeros clientes, un «castigo de San Judas».

Noemí y Jeremías provenían de un italiano trotamundos, que arribó al norte en el apogeo de la harina de pescado y se fue con las mismas cuando la anchoveta desapareció.

Los mellizos habían sacado la gracia y el carácter de su madre, una mestiza caliente de Catacaos; y la alta estatura y la fisonomía del padre, de quien solo recordaban una risa estentórea y unas pocas expresiones italianas: andiamo, bambina y figlia di putana.

El día aquel que Noemí supo que no iría más al colegio, Rosaura le reveló algunos aspectos de su vida.

—Esas que te han rajado de mí hablaron por sus mamás, que están celosas.

—¿Celosas? ¿Por qué?

—Porque sus maridos me buscan.

—¿Y te buscan para qué?

—¡Para metérmela, pues! Esos hombres se arrechan conmigo y yo los recibo. Soy puta, sí; pensaba decírtelo algún día. En el colegio te dijeron la verdad. Soy puta y muevo el culo por plata. Escucha, Noemí, la vida no es fácil, una tiene que ganársela de alguna manera. Yo me la gano con las cochinas de los hombres, entre quienes están los maridos de esas mujeres celosas. Ellos se emborrachan los sábados y van a verme al chongo.

—¿Te dan su dinero?

—Sí.

—¿Son feas las mujeres celosas?

—Algunas.

—¿Son aburridas?

—Imagina que tengas que comer chanfainita todos los días.

—Ya te entiendo.

—¡Pero, bueno, además vale lo que una tiene! —rió con malicia su madre, contoneando el cuerpo y caminando ante ella rumbosamente—. No todas las mujeres son como tu mamita, Noemí. Tener el culo firme y las tetas grandes es una bendición del Señor de los cielos. Y si Dios me bendijo así, yo tengo que sacarle el jugo. La comida no se bota al suelo.

La niña, mirándola con admiración, comenzó en ese momento a aprenderle la caminadita. No se puso a imitarla ahí mismo. Lo hizo en su cuarto, sola, delante del espejo, con la actitud de esas artistas de circo que llegaban al pueblo. Erguía el talle, sacaba pecho, quebraba ligeramente la cintura, ponía paradito el trasero, bamboleaba las caderas.

CAPÍTULO III

Dos semanas después, en la campiña, Noemí remedó los contoneos de su madre ante unos camioneros que se detuvieron en el quiosco a tomarse un jugo. Estos la miraron y ella, halagada, conteniendo apenas una sonrisa, percibió el efecto que causaba su caminadita.

Braulio se detuvo también a mirarla.

—Esta niña ya tiene su cuerpazo —sentenció un camionero, relamiéndose.

El conviviente de su madre soltó una carcajada, pero, campechano, tolerante con el fin de no perder la clientela, convino para sí mismo que Noemí efectivamente había crecido y que tenía las nalgas redondas, duras y prominentes, así como las piernas fuertes. «Eso le está saliendo de tanto nadar, caminar en la arena y pedalear en el triciclo», pensó.

Y otro día, en que Noemí hizo un rápido desfile ante otra gente de paso, desapareció enseguida y se escondió tras el quiosco para aguardar y oír lo que decían de ella.

—¿La chiquilla es tu hija? —le preguntaron a Braulio.

—Mi hijastra —dijo este.

—¡Qué suerte, cojo! Ya casi está lista para la parrilla.

—¡Es una mocosa, hombre!

—¿Ya le llegó su regla?

—Sí, creo que sí.

—Entonces está lista, pues, hermano.

—¿Te parece?

—Mira, tiene su buen tamaño y en estas cosas lo que importa es el peso. Si pasa de cuarenta kilos, va derechita al catre. Claro que todavía podrías darle un tiempo más de maduración, hasta que le crezcan las tetas.

Noemí, apoyada contra la cañabrava del quiosco, se miró el pecho. Vestía un polo de tela blanca y percutida que, a la altura de los senos, perfilaba hacia adelante las puntas de sus pezones. Ella, desnuda, los comparaba con los tiernos cuernecillos de las terneras.

«Tengo el culo firme, aunque pocas tetas», pensó y recordó las jactanciosas palabras de Rosaura, su madre, sosteniéndose los senos con sus dos manos en bandeja.

Luis Alberto tomó sumo interés en este aspecto del crecimiento de Noemí. «Una etapa maravillosa de toda niña que se vuelve mujer —le diría al chueco Tapia—, la sensación de que sus pechos se abultan, la sorpresa de inquietar al macho, el impulso de querer gustar».

—¿Mentirá también en eso?

—Bueno, en este punto específico, el momento en que ella advierte que su cuerpo atrae las miradas, no tendría motivos. Es algo común, les pasa a todas.

—¿Y sobre lo otro, su niñez en la playa?

—Quién sabe.

—¿Te dijo dónde vivía?

—A diez kilómetros de un pueblito de Piura, un lugar con veranos eternos, no recuerdo el nombre. Lo tengo apuntado en una de mis libretas.

—A lo mejor te cuenta la vida de una vecina o de alguna compañera de puterío —dijo el chueco, rascándose el mentón.

—Podría ser. ¡Pero qué importa! Por ahora prefiero dejarlo así. Sea como fuere, si me está mintiendo, sus mentiras las veo demasiado elaboradas: abunda en pormenores.

—¡Que eso no te llame la atención, Luis Alberto! ¡Este es un país de cuenteras!

En La Nené el trasero y los pechos de Noemí arrancaban suspiros y piropos de grueso calibre. Ella se sentía complacida, orgullosa. Me costó lo mío, le dijo a Luis Alberto, no sin cierta nostalgia, una noche en que ella aceptó tirar y hablar al mismo tiempo, dos en uno, susurró, como el chicle, bautizando así el dupleteo de la visita. Y es que Luis Alberto, estimulado por el frío, mezcló esa vez, haciendo rima, arrechura y literatura.

—Solo por esta vez te lo acepto —le dijo Noemí.

—Gracias —repuso él—. Yo sabía que tú eras una puta linda.

—¿Putas lindas? Sí, a veces soy una puta linda.

Y un rato después, abrazada al muchacho que acababa de despeñarse en un ronco gemido de placer y satisfacción, agregó hablándole al oído:

—Sabes, el crecimiento de mis tetas también tiene su historia.

En un santiamén el muchacho fue todo oídos.

La preocupación de Noemí por el tamaño de sus senos marcó el fin de su infancia y el urgente salto a su adolescencia. Y ese salto, que acabó enlazando más saltos y piruetas en la blanca arena playera, ejercicios según ella para fortalecer el pecho, lo dio por enésima vez una tarde, a eso de las

tres, jugando con Chelita, una chusca negra. La perra se llamaba Chelita por la cerveza negra que le gustaba a Braulio, no porque fuera hembra.

La niña saltó unos veinte minutos, y lo mismo hizo Chelita, creyendo que jugaban con ella, y acto seguido se zambulló en el mar. No tenía ropa de baño, pero sí un polo y un shortcito con los que se bañaba. Ella nadaba y buceaba, sin alejarse mucho, y Chelita la miraba nerviosa desde la orilla, porque tenía terror a las olas. A decir de Jeremías, el mellizo de Noemí, cuando la perra era cachorra se había bañado un par de veces, pero al cabo una ola la revolcó malamente y desde entonces no quiso saber nada con el mar.

En la terraza, dejando las muletas junto al desvencijado sofá de mimbre en el que solía sentarse, Braulio miraba el océano azul y el vuelo de las gaviotas, y de vez en cuando contemplaba a la niña, que salía del agua, las ropas húmedas pegadas al cuerpo y el pelo castaño aclarado por la sal marina. Era la hora de más calor y el movimiento de la carretera disminuía casi a cero. Y en la casa, terminado el almuerzo, reinaba la calma. Nada, ni las moscas, se movía del sitio; el sol pegaba fuerte. Chelita venía entonces a despatarrarse a la sombra, a los pies de Braulio. Todo se detenía. Si por ahí aparecía un extraño sudoroso, Chelita ladraba, pero ladraba echada, sin siquiera levantar el hocico.

Rosaura, como todas las tardes, salía en un colectivo contratado por ella para ir al pueblo «a mostrar la mercadería», antes de trasladarse al chongo, donde trabajaba de cinco a una de la madrugada. Jeremías, bajo un toldo de lona, tejía redes a nueve kilómetros. El único ser viviente, si se quiere, era Luzmila, quien acudía a la campiña. Allí Luzmila se refrescaba en la acequia, jugando con los pescaditos, y lavaba la ropa de la familia. Solo Noemí y Braulio quedaban en la casita, callados, abanicándose en la terraza o leyendo

chistes y diarios pasados que dejaban los camioneros, o bien descabezando una siestita.

—¿Qué hacías allá? —le preguntó Braulio esa tarde.

—¿Qué hacía cuándo?

—Cuando brincabas en la playa.

—Ejercicios.

—¿Ah, sí? Se veía muy raro.

—Es que son ejercicios para sacar tetas —le confesó Noemí, mirándose un instante el talle silueteado por la ropa mojada—. Yo los he inventado.

Meneando lentamente la cabeza, Braulio sonrió. Su rostro curtido, de cejas gruesas y trazos angulosos, se suavizaba cuando sonreía.

—Ya te crecerán —dijo.

—Pero es que yo quiero que me crezcan como las de mi mamá.

—¿Grandes?

—Grandazas.

—Ah, pero eso es más difícil.

—¿Más difícil? ¿Por qué?

—Porque sí —repitió Braulio con aire misterioso—. Es más difícil.

Dos días más tarde, en la campiña, donde recogían fruta robada tras soltar siempre una pequeña coima a los peones del fundo, Noemí insistió en el asunto.

—He estado pensando —dijo en un resuello, entre ansiosa y fatigada, cargando las últimas papayas y naranjas en el triciclo—. La vez pasada tú dijiste que era difícil sacar tetas. Bueno, si me dices que es difícil, quiere decir que yo podría hacer algo para conseguirlo.

—Claro.

—¿Qué?

—Algo difícil, ya te dije.

—¿Pero por qué es tan difícil?

—Porque necesitas ayuda, Noemí —murmuró él, alistando sus muletas para volver a la casa, mientras que ella subía al triciclo—. Mejor no hablemos de eso. Traerá problemas.

Esas últimas palabras despertaron en la niña una febril curiosidad.

Durante la semana, a toda hora, ella interrogó a Braulio sobre la manera de desarrollar las tetas. Él, asustado, pedía que se callara: «Cállate, carajo, no deben oírte». «¿No deben oírme?», se intrigó ella. «No, ya lo sabes —replicaba él—. Esto trae problemas». Pero la niña, entercada como mula de altura, no lo dejaba en paz.

De manera que, en una de esas noches en que el calor lo botó de la casa, Braulio se dio por vencido y decidió ayudarla. Esa noche, noche de luna, pasadas las diez, vio a Noemí sentada en la orilla. Ambos estaban solos. Jeremías y Luzmila dormían, y Rosaura, con sus deberes de culo alegre, estaría como siempre en el chongo. Braulio, tan pronto se aproximó hacia la niña —Noemí admiraba la fosforescencia y la espuma de las olas—, clavó las muletas en la arena y se sentó a su lado. Ella no se dio por enterada.

—¿No puedes dormir? —preguntó Braulio.

—No puedo —dijo torciendo la boca.

—¿Estás molesta conmigo?

—Sí.

—¿Es porque no te ayudo con lo que quieres?

La niña asintió. Y entonces Braulio, agarrando un puñado de arena y dejándolo caer suavemente entre sus dedos, murmuró que ya no estuviera molesta, que la ayudaría.

—¿De veras? —dijo la niña volviéndose a mirarlo.

—Sí, pero no ahora.

—¿Cuándo?

—Mañana en la tarde, cuando estemos solos en la casa.

Y enseguida, una vez más, le advirtió que no debían oírla hablar de esto, pues tendría que ser un secreto entre ellos. «Nadie deberá saberlo, Noemí. Ni tus hermanos, ni tu mamá. Especialmente tu mamá —precisó—, pues podría ponerse rabiosa». «¿Rabiosa por qué?», preguntó ella. «Porque las mujeres se ponen rabiosas por estas cosas y luego lo malogran todo», contestó él. Y entonces Noemí, besando los dedos en cruz con un juramento, prometió que no se lo diría a nadie, que sería una tumba como decía Braulio, un total secreto.

—Y así fue que me besaron las tetas —le dijo Noemí a Luis Alberto—. Braulio me dijo que la boca de los hombres hacía que las tetas crecieran. No sé si me engañaba. Creo que él creía en eso. Alguien se lo había dicho en otros tiempos, en su vida de burdeles, cuando aún tenía la pierna completa. Me dijo que había pensado en algún momento decirle a un camionero amigo que fuera él quien lo hiciera, pero después se desanimó, porque le entró miedo de que un hombre que no me conocía fuera muy bruto conmigo.

—¿Y tú le creíste? —se asombró Luis Alberto.

—Le creí, claro. Y hoy, a veces, sigo creyéndole. Todavía no sé qué pensar.

—¿No hubo forcejeo?

—No —dijo—. Fue todo tranquilo.

—¿Pero te sentías rara?

—Solo al principio. Estábamos en mi cuarto, a las tres de la tarde, y me dijo que me quitara la ropa. «¿Se necesita eso?», pregunté entonces, sorprendida. Él pestañeó, mirándome en silencio. Obediente, me saqué la ropa. Luego Braulio se sentó en la cama y yo me quedé desnuda y de pie enfrente de él. Hacía bastante calor, pero creo que por un momento sentí un

poquito de frío. Me dio como un mareo estar desnuda delante de una persona que no era mi madre o mi hermana. Él me acarició el pelo, dijo que me calmara y, jalándome despacio con una mano, acercó sus labios a mi pecho. Fue entonces cuando sentí una cosquilla. Empecé a reírme, pero él me dijo que no me riera, que me aguantara. Me aguanté. Cerré los ojos para aguantarme mejor, pues Braulio ya tenía dentro de su boca uno de mis pezones que se había puesto durito, más durito que de costumbre, y a mí me parecía que su boca, su lengua y su saliva eran lo más tibio y lo más suave que había conocido.

—Dijiste antes que te gustó.

—Hmm, mira, no sé si me gustó en ese instante, pero sentí algo bonito. Más bien empezó a gustarme un poco después, cuando Braulio me dijo que debía hacer la prueba.

—¿La prueba de qué? —se extrañó Luis Alberto.

—De que mis tetas iban a empezar a crecer poco a poco.

—¿Y cómo era eso?

—Metió una de sus manos entre mis piernas. «Así se hace la prueba», me dijo. Fue al día siguiente. Esa tarde Braulio se desnudó al igual que yo y nos echamos juntos en la cama, pegaditos, y entonces me besó nuevamente el pecho, aunque esa vez lo hizo con las dos tetas, y luego, hablándome bajito al oído, me pidió que respirase tranquila porque me iba a hacer la prueba. «¿Cómo es la prueba, Braulio?», me preocupé. «Tiene que haber agüita», dijo él. No le entendí nada. Pero por si acaso otra vez cerré los ojos, para aguantarme la risa y los nervios, y de pronto sentí que su mano se deslizaba entre mis muslos y que luego uno de sus dedos rozaba apenas mi vagina como si quisiera sanarme una herida.

Luis Alberto llegó a la conclusión de que entre ella y él, la escritora era ella. Noemí, cuando se olvidaba de hablar groserías, sabía hablar con la

destreza con que puteaba. Le parecía un auténtico prodigio, ya que, pese a su escasa educación, conseguía expresar con propiedad mucho de lo que sentía, al punto de emocionarlo con sus vívidas descripciones.

—Estás mojadita, mira —le dijo.

—¿Y eso es bueno?

—Sí. Muy bueno. Quiere decir que ya te va a empezar a crecer todo.

—¿Todo?

—Todo —confirmó Braulio—. Casi tanto como me crece a mí esto —y le mostró su pene erecto, que ella observó con los ojos desmesuradamente abiertos—. ¿No lo habías visto? Esto también se hincha. Cuando recién nos metemos a la cama, está dormido, pero vas a ver que pasado un rato de estar besándonos se vuelve grande.

Noemí lo comprobó varias veces y se alegró.

Pero se alegró más otro día cuando él besó dulcemente su vientre y sus muslos, y le lamió la vagina por casi media hora. La niña se estremecía en ensueños y temblores cuando la lengua de Braulio la exploraba. Y pidiendo más de eso, empezó a florecer. Los colores de su piel se encendieron con un tono rojizo y dorado, que él atribuyó al sol y los besos, y se le desató un apetito voraz. Comía pescado y frutas como si fueran los chocolates que una vez al mes le traía Rosaura. Todos los días, por cierto, soñaba en que llegaran las tres de la tarde. Diez minutos antes, muerta de ganas, solía esperarlo desnuda en su tórrido cuarto. Y un día sintió que no cabía en su piel de tanto gozo cuando él le aseguró que sus tetas se habían hecho más grandes. «¿No te has fijado?». La niña saltó de la cama y se miró al espejo. «Sí —dijo radiante de entusiasmo—, es verdad. Están mucho más grandes y redondas».

Fue entonces cuando Braulio le dijo:

—Bueno, ahora vamos a hacer algo que te va a doler en tu abajito, pero solo por esta vez. Después te va a gustar mucho.

Y ahí Noemí perdió su virginidad. La perdió sin sentir el dolor que él le pronosticara, pero consciente de que una tiosa felicidad llenaba su cuerpo, la completaba. Tenía doce años, aunque ella aclaró luego que solo le faltaban dos meses para cumplir trece.

CAPÍTULO IV

—¡Carajo, qué tal historia! —estalló el chueco Tapia—. Es como demasiado, ¿no? Yo creo que esa tipa te está mentalizando, estilo sexo telefónico. Cuando tú decides no tirar y solo hablar, te saca al menos orgasmos cerebrales. Tal vez lo haga por vocación.

En su maletín Luis Alberto ya atesoraba tres libretas llenas de datos.

—Es una arrechona hasta para recordar las cosas, de acuerdo, pero a veces siento que se altera mucho al hablar. Cuenta las cosas como si estuviera soñando.

—Así son las cuenteras, pues. Eso es literatura oral y silvestre.

—Oye, no la desprecies. Yo creo que ella sabe contar, tiene su labia, sin importar que lo que diga sea verdadero o no.

—No la desprecio, Luis Alberto. Me has entendido mal. La estoy celebrando, aunque creo que debes ir con cuidado. De seguir las cosas así, aparte de quedar enchuchado, vas a ganarte una mala consciencia. ¿De quién serán los derechos de autor?

Luis Alberto rió, sacudiendo la cabeza.

—Míos, claro. Ella da el material, pero en este oficio basta con citar la fuente y darle crédito. Lo demás, sin duda, corre por mi cuenta. Yo soy el que sopesa la calidad del cuento y el que finalmente decide cómo escribir, que eso ya es otra chamba.

—¡Qué bien te defiendes! —exclamó Tapia—. Pero sigue, hombre, no estamos en un tribunal. ¿Qué más le pasó?

Los meses se sucedieron sin mayores cambios, excepto los del cuerpo de Noemí, que se veía cada día más lozano y apetecible, pues iba acentuando curvas voluptuosas. Braulio y Noemí se convirtieron en amantes insaciables, sin que el resto de la familia sospechara.

Hasta que al quinto mes de escarceos, una limpia mañana en que Rosaura les enseñaba a bailar cumbia a sus hijas con la radio a pilas, ocurrió un imponderable. Mientras Braulio esperaba el camión del agua, para llenar los barriles de la cocina y recargar de querosene los lamparines (ya que el aguatero también le traía combustible), un ruido ensordecedor remeció violentamente el suelo que pisaban. Un avión había pasado a vuelo rasante por encima de la casita y acabó estrellándose contra una loma a cosa de dos kilómetros.

En ese momento llegó el aguatero y conminó a Braulio a que lo acompañara.

—¡Vamos, cojo! —gritó muy excitado—. ¿Lo viste pasar? No era avión de la Fuerza Aérea, sino de pasajeros —y ambos partieron de inmediato al lugar del accidente.

Media hora después volvieron y le ratificaron a la familia:

—Era un avión de pasajeros. No hubo sobrevivientes.

Entre él y el aguatero metieron en la casa cuatro maletas enormes y una bolsa con seis billeteras, anillos, collares y relojes. Se repartieron las joyas y el dinero, que no sumaba una cifra considerable, así como la ropa de las maletas, y a Braulio le tocó un tercio más del botín, sobre todo ropa femenina, porque él se iba a ocupar de enterrar las maletas.

—Esto es todo lo que pudimos coger —dijo Braulio.

—¿Van a regresar? —Rosaura y Noemí se mostraban alborotadas. Luzmila, como siempre, andaba en la luna de Paita—. ¿Había más cosas?

—Montones —dijo el aguatero—, pero muchas estaban quemadas. Veías humo y llamas por todos lados. Salvamos lo que estaba cerca y nos fuimos, porque al ratito de que nosotros cargáramos esto en el camión se apareció una turba, que ya debe haber trincado todo lo que sirva para algo. Mejor será no volver por ahí, pronto vendrá la policía.

Tras subir y trasladar las maletas en el triciclo, toda la familia se dedicó a enterrarlas en el otro lado de la carretera, en un llano de la campiña, junto a unos arbustos, donde no se acercaban ni los zorros. Y luego, felices, empezaron a revisar todo con calma.

Algunas cosas, decidió Rosaura, las podrían vender y otras podían quedárselas las mujeres. Rosaura y Noemí se probaron varias blusas de última moda y unas minifaldas de lo más coquetas, que habrían pertenecido «a una muertita joven». Las dos se las probaban frente al espejo y, a su turno, cada cual le hacía una parada a Braulio y Luzmila.

Sin embargo, en algún momento, el rostro de la niña se ensombreció.

—¿Y no crees que las ánimas nos reclamen su ropa, mami? —preguntó Noemí.

—Dios no lo quiera —dijo Rosaura—. Pero por eso hay que poner velas en el lugar donde se han matado, por lo menos una vez al mes durante lo que queda del año.

Braulio, igualmente, buscó y encontró ropa a su medida: tres vistosas camisas sport, dos blancas de cuello y un par de pantalones. Todos en la casa, sin descontar a Luzmila, a quien le dieron un vestido con brillos, se lavaron las caras y lucieron la ropa nueva.

Solo Jeremías faltaba en la repartija; pero Rosaura, que pensaba en todo, le separó varias camisas, chompas y zapatos. «Que él escoja lo que quiera —

dijo—. Y en cuanto a los relojes y anillos, me los llevaré yo. Tengo a alguien que nos lo puede vender bien».

Vistiendo una camisa blanquísima, que realzaba su piel tostada, Braulio dispuso abrir unas cervezas para festejar y almorzar en la terraza. Así se hizo.

—Apolonio trajo pescado fresco —anunció. Apolonio, un viejo pescador de la zona, los proveía a menudo—. Le di una papaya a cambio.

Se sentaron de cara al mar y sirvieron el pescado, arroz con caracoles y abundante ensalada de palta echando mano a los únicos lujos de la casita: unos antiguos ceramios mochicas en forma de fuentes, todos perfectamente conservados, a los que la familia otorgaba función utilitaria. Braulio los había huaqueado dos años antes, cerca de Chiclayo, cuando todavía tenía los bríos para escarbar la herencia de los antepasados.

Tanto ánimo de fiesta, no obstante, duró poco. En muy pocos días la tragedia del avión se llevó de encuentro la paz de la casa. «Fue como otro vuelo rasante que nos llegó de un momento a otro —pensaría Braulio—. Indudablemente ese botín estaba maldito».

El botín, principalmente los vestidos y zapatos, hizo que al día siguiente de la tragedia Luzmila rompiera su rutina de lavar en el río y jugar con los pescaditos de la acequia, regresándose a la casa más temprano. Quería ver y probarse los vestidos. Quería jugar a mirarse en el espejo de su dormitorio, que era también el de Noemí.

A las tres y media de la tarde entró a su cuarto y se encontró con las grupas de Noemí en pleno desenfreno. Su hermanita, encaramada sobre Braulio, el pene encajado en su vagina, convulsionaba como si montara un chúcaro de chacra, el pelo tapándole la cara y un asomo de sonrisa al filo del abismo. A la niña le encantaba estar arriba, sentada a horcajadas y apretando con sus largos muslos la cintura de su maestro en crecimientos.

La mandíbula y la baba de Luzmila se descolgaron unos centímetros por la extrañeza y se les acercó riendo y cloqueando como las gallinas ponedoras del corral.

—¿Qué hacen? —quiso saber.

—Estamos jugando —dijo la niña, fastidiada por su inesperada presencia.

—¿A qué?

—A los caballitos.

—Yo también quiero.

Braulio avizó que aquella interrupción era el inicio de los problemas que temía.

—Está bien —dijo Noemí, resignada—. Pero solo un ratito.

La niña y Braulio intercambiaron miradas en las que estaba claro que ambos se habían puesto de acuerdo para apaciguar a Luzmila y seguirle la cuerda.

Luzmila imitó a su hermana en todo, primero quedó en cueros como ella y enseguida trepó a la altura del vientre de Braulio, comenzando a dar respinguitos y a frotarse. Y un minuto después sintió que toda su piel se erizaba y descubrió que lo que más le agradaba era el continuo rozamiento con esa cosa dura que su padrastro tenía entre las piernas.

—¡Qué rico! —gemía Luzmila—. ¡Qué rico juego, Noemí!

Noemí los miraba, sentadita al otro lado de la cama. Y dejó que Luzmila jugara al caballito hasta que lanzó un grito desgarrador y cayó agotada sobre Braulio.

—Ya se acabó, Luzmila. Ahora sal del cuarto y déjame jugar a mí.

Y Luzmila se fue. Pero en menos de una hora retornó tímidamente y preguntó:

—¿Puedo jugar más?

—Mañana —dijo Braulio—. Mañana jugamos. Pero siempre y cuando no les hables de nuestros jueguitos a tu mamá ni a Jeremías. No puedes contarlos, ¿entiendes, Luzmila?

—Sí, ¿pero por qué sigues jugando con Noemí?

—Porque a ella todavía le falta un poco más de juego.

—A mí también.

—Mañana jugará contigo —la calmó Noemí.

Luzmila hizo un puchero, compungida.

Así que esa noche Braulio empezó a hacer sus maletas. «En cualquier momento las cosas pueden salirse de control

—pensó—, y mejor será que me largue cuanto antes». A las tres de la mañana, cuando Rosaura llegó del chongo, encontró a Braulio dormido y con la maleta hecha. «¿Y esto?», interrogó. Él, despertándose algo asustado, replicó: «Tengo que ir a ver a mi madre que está enferma. Parece que tiene infección en el estómago. Me voy por unos días mañana en la mañanita». No pensaba volver más, en realidad.

Rosaura, cansada de sus trajines, bostezó por todo comentario y se recostó en la cama, mirando el techo de barro y palmas. Un rato después, ambos dormían. Pero en algún momento de la noche, mientras él roncaba, ella despertó al oír un chistido y un llanto contenido en la terraza. Se levantó sin hacer ruido, echándose una bata encima, y salió a mirar. Su hija mayor, Luzmila, lloriqueaba en la oscuridad de la terraza, mientras acariciaba las orejas de Chelita, que seguramente la miraba con sus perrunos ojos de desamparo.

—¿Qué te pasa, Luzmila? —se acercó a consolarla, susurrante.

—Quiero jugar —lloró quedito su hija.

—¿Jugar a qué?

—A los caballitos —contestó, y le contó entre balbuceos y babas que se le caían al suelo el juego que ella y Noemí habían estado jugando aquel día con Braulio, pero diciéndole que este prefería jugar más con su hermanita que con ella.

Bruscamente los susurros de Rosaura se trocaron rugidos y, tan pronto entró a su dormitorio, despertó a Braulio de un silletazo, el primer objeto que tuvo a la mano. Toda la casa despertó con el estrépito. Jeremías y Noemí salieron aterrados. Su madre aullaba como una sirena de policía, de esas que a veces ululaban por la carretera, y asediaba a Braulio con ojos de asesina enloquecida. Este, sin pensarlo dos veces, en calzoncillos, hizo un bulto de pantalón, camisa y zapatos, poniéndolo bajo un brazo, y, apoyándose en sus muletas, abandonó rapidísimo el cuarto y la casita a grandes zancadas.

—¡Conchatumadre! —vociferaba Rosaura—. ¡Abusador de mierda! —y corrió con los pelos revueltos hacia la cocina en busca de una botella vacía de cerveza, la cual rompió al sacudirla contra la piedra del batán. Luego, de nuevo en la terraza, empuñando la botella rota por el pico, clamó por su marido para desfigurarlo—. ¡Dónde estás, conchatumadre!

Braulio ya estaba lejos, huyendo por la oscuridad.

Ocultándose un tramo entre los arbustos, poniéndose a buen recaudo, no cesaba de caminar. Y al volver a la carretera, avanzó con cautela. «En alguna curva del camino —se dijo—, detendré a un camión para borrarame». Sabía que tenía que irse lejos, bastante lejos, al sur, que era su terruño, quizá volver a Chiclayo, donde buscaría otra forma de vida. No sabía qué podría hacer. Desde que había perdido la pierna, por culpa de Rosaura o, mejor dicho, por la salvaje pelea que provocó Rosaura, no tenía oficio ni beneficio. «Y pensar que yo salí a defenderla en el burdel», recordaba, en tanto se lamentaba de no haber podido llevar consigo su maleta. «La defendí de esos cabrones petroleros que me abalearon la pierna». No pensaba en Noemí, aun cuando

creía que la amaba. Pensaba solamente en que la vida era injusta y que él siempre había sido un imbécil. Pensaba que de nuevo estaba solo y triste. «¡Ese botín del accidente estaba maldito, carajo! Yo lo sabía. Como sabía también que hacerles caso a las niñas trae problemas. No sé por qué lo hice, a pesar de que lo sabía».

—¿Cómo supiste que Braulio pensaba esas cosas? —interpeló Luis Alberto a su puta linda, sin dejar de anotar datos en una flamante libreta—. ¿Cómo supiste que él creía que ese botín estaba maldito? ¿Eran suposiciones?

—Eran sus palabras —dijo Noemí—. Él me escribió.

—¿Un mensaje de despedida?

—No, cartas largas, seis cartas largas.

—¿Se había enamorado de ti?

—Pienso que sí.

—¿Y tú?

—No lo sé. Pero sí sé que lo extrañaba, lo extrañaba muchísimo.

—¿Tu mamá supo de esto?

—Nunca. Yo escondía las cartas.

—¿Y cómo las recibías?

—Un camionero de ruta, amigo suyo, me las daba personalmente.

—¿Te contó ahí sobre la causa de su cojera?

—Eso yo lo sabía desde antes, desde los días en que mi madre dijo que era puta. Ella siempre lo contaba. Braulio, uno de sus buenos clientes, a quien conoció en el chongo, la había defendido en una pelea donde querían marcarla y por eso le dispararon a la pierna. Luego vino la mala curación, la gangrena y le cortaron la pata. Mi madre lo trajo a vivir con nosotros, porque él no sabía qué hacer de su vida.

Noemí, que esa vez vestía un baby doll celeste, paseaba inquieta. No estaba en buenos tratos con la mami de La Nené porque a veces ella se

ausentaba por tres o cuatro días, sin darle motivos, y en represalia la mami la fastidiaba midiéndole el tiempo con cada cliente.

—Ya casi se terminan tus veinte minutos —le dijo al muchacho.

—Unas preguntitas más —suplicó Luis Alberto—. Volvamos a la noche en que Braulio escapó. ¿Cómo fue la pelea con tu madre?

—Brava. Quería comerme viva. Me chilló, me cacheteó duro y hasta me jaló el pelo cada vez que recordaba o imaginaba algo, diciendo que yo era tan estúpida como Luzmila. Pero mi hermano luego la paró. Se le puso enfrente para que no siguiera pegándome.

—¿Jeremías te protegió?

—Jeremías siempre me ha protegido.

—¿Y pudo calmarla?

—No, pero por lo menos dejó de pegarme.

—¿Qué la fastidiaba más?

—El asunto del crecimiento de las tetas. Me insultaba por eso. Yo le decía que lo había hecho porque quería ser como ella, tener las tetas grandes.

—¿Te perdonó?

—Ni un poquito. Más bien comenzó a vengarse de mí. Me obligaba a que hiciera los trabajos más pesados de la casa. Tenía que limpiar, preparar la comida, atender el quiosco. Me trataba como a su sirvienta.

—¿No te quejaste? Tú podías decirle que eras la víctima, que te engañaron.

—Ella sabía que me engañaron, sí, pero no en todo.

—¿Qué quieres decir?

—Sabía que me había gustado tirar con Braulio y sobre todo que a él le había gustado hacerlo conmigo. Tenía los sentimientos revueltos — reflexionó Noemí—. Y entre esa bola de sentimientos había uno que se

parecía a los celos. «Tú jamás vas a ser como yo —me chillaba—. Jamás tendrás tetas como las mías». Me estaba odiando.

—¿Y por eso te fuiste?

—¿Qué?

—Te pregunto si esa fue la causa de que huyeras de tu casa.

—No, chiquillo. Ya te dije el otro día que eso fue a los quince, y yo entonces recién estaba por cumplir trece... Pero vete ya. Se acabó tu tiempo.

CAPÍTULO V

La vida en su casa se volvió un infierno. En las pocas horas que estaba allí, Rosaura se las pasaba renegando por cualquier cosa. Noemí la soportaba, callada. Aunque a ratos, echándose a llorar, la entendía. Rosaura tenía buenos motivos para andar con ese malhumor de perros. Luzmila, desde que conociera el sexo, se había convertido en un dolor de cabeza. Se lanzaba a los brazos de cada hombre que aparecía por el quiosco o la casa, les pedía jugar al caballito. Todo el tiempo tenían que estar siguiéndole los pasos.

Varias veces Noemí la descubrió tirando con unos camioneros. Luzmila no era nada fea, aunque era tonta. Tenía limitaciones para sostener una conversación inteligente, pero a los camioneros no les importaba la filosofía. Noemí, en suma, se resignó a contarle a su madre lo que ocurría con su hermana, y Rosaura estalló de súbito en improperios, como poseída por el demonio, enfrentando a su hija tonta con la mirada llameante e impartándole en ese preciso momento una lección de vida de la que Noemí, testigo de la escena y una esponja de lo que razonaba su progenitora, iría también a sacar beneficio.

—¡Gratis no! —tronaba Rosaura—. ¡Nunca se cacha gratis! ¡Si eres tan idiota como para hacerlo gratis, mañana mismo te llevo al chongo! ¡Voy a hablar con la Socotroco!

La Socotroco, prostituta retirada a quien atribuían la invención de una estrafalaria pose conocida como «Patada a la luna» (piernas al hombro con un violento tirabuzón de salida), era la mami del chongo donde Rosaura vendía sus favores. Ambas se pondrían de acuerdo para que los irresistibles apetitos de Luzmila rindieran dividendos.

Luzmila fue inmediatamente hermoseedada y vestida con tentadores corpiños, y llevada a trabajar en un cubículo vecino al de su madre. Pronto los clientes se la disputaban, porque la chica nunca se cansaba y gozaba de veras cuando lo hacía, y en el pueblo, tan afecto a las novedades, se puso de moda ir a tirar con ella, luego de que Luzmila se ganara el atractivo apodo de «La batidora», en alusión a su ondulante e interminable movimiento de caderas cuando se montaba encima de los clientes, que era la única pose que dominaba.

—Maravilloso —suspiró Luis Alberto, estirando el brazo, porque sentía la mano un poco adormecida de tanto estar tomando notas—. Me has dado un cuento excelente.

—¿Hablas en serio?

—Sí. Lo tuyo es una gran historia.

—Gracias —sonrió ella—. Me alegro que te guste, pero no te olvides de lo que hablamos.

—Que no me olvide de qué.

—De lo que ya te he dicho. Todo esto es mentira.

Luis Alberto la miró a los ojos y por primera vez le dio un beso tierno en los labios.

—No me importa.

—¿Estás seguro?

—Sí. Porque a lo mejor también me mientes cuando me dices que mientes.

Y en ese momento Noemí hizo algo sumamente curioso.

—Ven, acércate —dijo abriéndose el baby doll—. Bésame las tetas. Quiero sentir que tú también me ayudas a que mis tetas se pongan grandes.

Estas últimas partes de su relato Noemí se las contó a Luis Alberto una noche en que ella estaba contenta. Al parecer, estaba ganando mucho dinero y se lo dijo al muchacho. «¿Aquí, en el burdel?», se sorprendió este. «No, pues —contestó Noemí—. Aquí se gana, pero no tanto. Estoy haciendo unos buenos cachuelos por mi cuenta», y le reveló a Luis Alberto que, en los últimos meses, la habían reclutado en un grupo de putas para agasajar a «personalidades», esa fue la palabra que emplearon sus reclutadores. A ello se debían sus continuas ausencias en La Nené, motivo de sus pleitos. Todo había empezado, decía, cuando dos tenientes sin uniforme se aparecieron a buscar las hembras más bonitas de La Nené. La escogieron a ella y a una tal Marilyn, una chica del Callao, teñida de rubia, quien había sido la puta favorita del atrabiliario y talentoso pintor Víctor Humareda.

Los tenientes les ofrecieron ganar en una noche lo que ellas sacaban en dos meses. Así que aceptaron. Y al cabo se encontraron en una casa grande, con inmensos jardines y piscina, donde había otras chicas bonitas: tres de ellas, le aseguró Noemí, vedettes que salían en sintonizados programas cómicos de la tele. A todas les dieron vestidos finos, zapatos de tacones y collares de fantasía, y fueron peinadas por peluqueros. Luego llegarían «más chicas sexys», todas igualmente reclutadas en otros burdeles y hasta en el Emmanuel, un night club de moda de San Isidro, famoso entonces por sus bailarinas de barra.

—Estamos formando un regimiento estelar, un cuerpo de élite —le dijo uno de los jóvenes tenientes con su adusto lenguaje de milico, a fin de

animarla—. Tú, Noemí, debes tomar esto como un ascenso, estás subiendo de rango, ¿me captas?

Noemí asintió y se hizo asidua de tales fiestas. «Aquí está la plata grande», concluyó, evocando sin duda los quejumbrosos resquemores de su madre en los días de Piura.

—Una puta de provincias está jodida —Rosaura hablaba así en tanto miraba los moretones en sus piernas, condecoraciones de los clientes—. No saca plata grande, ni tiene futuro. Solo nos va bien cuando los petroleros de la plataforma bajan a tierra.

Su madre diseminaba esa letanía en los días de lluvia, como quien siembra al mismo tiempo tristezas y advertencias, y añadía, con fervor militante, que «la plata grande» estaba en Lima. «Allá se gana bien, hijitas. El puterío solo rinde en Lima. En la capital las buenas gentes como nosotras ganan lo que se merecen y ahorran. Una se puede retirar tranquila, sin miedo a la vejez. Si yo tuviera cinco años menos, me iría volando para allá».

Y otras veces, en sus divagaciones de borracha, sonaba a existencialista:

—Las putas son de todos y de nadie, hijitas. Solo se pertenecen a sí mismas... Una puta ha nacido para embrujar a los hombres y para ser el centro de la pachanga.

Noemí pasó varios años oyendo cosas como estas, algunas de las cuales le quedaron grabadas con tinta indeleble en la memoria: «En Lima está la plata grande».

Y Lima, sí, manaba dinero. Como caño abierto. «Pero solo si estás buena y tienes la bendición de San Judas», decía Noemí. Ella ya había tropezado con varias colegas bonitas, aunque eran bonitas pero sin suerte, o bonitas sin sesos, lo que a fin de cuentas venía a ser lo mismo.

Noemí no era de estas últimas: se sabía diferente. No tenía intenciones de ser una puta mortecina ni trágica, como tantas muchachas del burdel. Buena

parte de esas mujeres, fuera de La Nené, dejaban ver como único entretenimiento su propia angustia y desolación. Unas eran putas por despecho y abandono, otras porque sus maridos las metieron «al cuento», otras porque cayeron en manos de proxenetas que las golpeaban y explotaban, y muchas porque simplemente habían nacido en la miseria o, peor todavía, se habían vuelto adictas a la coca.

—Yo creo que siempre me vi a mí misma como una especie de empresaria —le diría años después Noemí a Luis Alberto—. Estaba capitalizándome y tenía un socio. Ese socio era mi hermano, Jeremías, quien se ocupaba de cuidarme, de ser bueno conmigo.

A los tres meses de frecuentar La Nené, Luis Alberto supo que Noemí ya no trabajaba allí, pero que había tenido la deferencia de dejarle un mensaje, cosa que lo emocionó.

«Búscame en Las Suites de Barranco —le escribió con letra de niña esforzada en un papel de cuaderno escolar—. Estoy siempre en el bar. Di que eres la persona que me hace los encarguitos. Yo dejaré dicho tu nombre en la puerta».

Quien entregara el mensaje, una amiga de Noemí y ex vecina de cuartito, le informó que su puta linda se había peleado con la mami por lo de sus frecuentes ausencias, y que tras una auténtica batahola con gritos destemplados Noemí se había mandado mudar.

—La piuranita pescó otra chamba —rió aquella chica ojerosa, no sin cierta envidia—. Ahora gana mejor y se está haciendo la elegante.

Las Suites de Barranco, para decirlo de una vez, no eran nada elegantes, pero sí bastante pretenciosas. Contaban con bar y cuartitos, así como con estacionamiento vehicular, y ciertamente el local lucía limpio y mejor puesto que La Nené. Pero quedaba en una zona de talleres de mecánica y tienditas de

repuestos, por donde circulaban combis humosas y gente en grasientos mamelucos. Un portón inverosímil, pintado de blanco y que emulaba un pórtico griego con columnatas y frisos, daba acceso a sus concurridas instalaciones.

Allí, en Las Suites, Noemí hacía su rutina de trabajo cuando no acudía a las fiestas de milicos, su ingreso más suculento. Sin embargo, en esas fiestas, no todos eran militares. También había congresistas de la República, gente del extranjero, jovenzuelos botarates y dudosos empresarios madereros de Pucallpa y Tingo María.

Noemí ahora le cobraba a Luis Alberto por charlar en el bar, aunque manteniendo la tarifa antigua, mas ya no tenían la oportunidad de un polvito ocasional. Su precio se había quintuplicado y el uso de cuartitos se hallaba muy controlado por la gente de Las Suites.

—Estos milicos me están parando —confesó Noemí a Luis Alberto—. El dinero llega a manos llenas y hasta tres veces por semana.

—¿Quiénes te invitan? ¿Militares de alto rango?

—Pienso que sí, pues, porque muchos son viejos y unos a otros se llaman «mi general» o «mi coronel».

—¿No sabes quiénes son?

—No. Parece que los milicos, como las putas, también ocultan su nombre. Todos se llaman por sus rangos o por sus apodos, que en su mayoría, sabes, son nombres de animales: Lince, Gato o Zorro. A mí el que me está dando es el Gato, un gordo mañoso.

—¿Nunca has oído su nombre?

—Jamás. Y todos son bien fastidiosos con eso. Fíjate que yo he ido a tres fiestas con orquesta, con esa orquesta buenaza de Joselito, y a la orquesta siempre la hacen tocar detrás de un telón para que los músicos no puedan ver a los invitados.

El Gato, un general panzón a quien todos le rendían pleitesía, según Noemí, se había encaprichado con ella y la reclamaba en todas las fiestas. Gracias a este milico, conoció un sinfín de casas en San Borja, el barrio limeño de la nueva gente acomodada de la ciudad. Y por ese general, a su vez, asistió a incontables fiestas privadas en el Pentagonito, el cuartel general de las Fuerzas Armadas. Allí, te juro, solo se puede entrar bien tarde de noche y en autos con ventanillas polarizadas. Noemí y otras pocas eran las reinas de esas fiestas.

—¿Son fiestas solo para juerguear o festejan algo?

—Por las dos cosas —repuso Noemí—. Las últimas, por ejemplo, han sido por la captura del Abimael. Ya van tres semanas que están celebrando.

Uno de los que celebraban, y a quien asimismo trataban con reverencias, aseguró Noemí, era un individuo calvo y con anteojos, vestido con ropa nueva y relojazos de oro. «A este no lo llamaban como a animal —decía Noemí—, sino como a médico. Le decían el Doc, y era una persona tranquilita, tal vez demasiado callada. Al Doc le gustaba mirar cuando los demás tiraban. Se sentaba como quien se pone a ver la tele —Noemí lo remedaba para Luis Alberto, que la oía boquiabierto—, se sentaba comiendo papitas fritas y bebiendo limonadas, cruzando una pierna sobre otra. A mí, aparte de las fiestas, me contrataba para sesiones de él solito, pagándome con fajos de dólares, si es que yo le aceptaba hacerlo a la vez con dos cadetitos aventajados».

—¿Y lo hacías?

—Claro, chiquillo. ¡Qué te crees! Chamba es chamba.

Naturalmente, con tantos ingresos y «bonificaciones especiales» (así decían los milicos), su tren de vida tuvo un cambio radical. A tal punto que, pasados dos años, Noemí se pudo comprar un cómodo y flamante departamento en San Borja y hasta un amplio terreno en las inmediaciones de

la populosa avenida Tomás Marsano, lugar donde Jeremías, ahora su socio con papeles en regla, inauguró más adelante un taller propio de mecánica.

—¿Y no te da por las drogas? —interrogó Luis Alberto.

—Solo por la hierba, de vez en cuando.

—¿Y la cocaína?

—No es mi fuerte. A veces, si estoy cansada, jalo mi coquita, claro. Pero nunca seguido, porque después el corazón se me pone a saltar como perico y siento que me falta el aire, no puedo respirar. Me asusto, siento como si estuviera muriéndome.

«Precavida —pensó Luis Alberto—. Puta linda sin el diablo en contra».

Al fugar Braulio de la casita e iniciarse Luzmila en el puterío, Noemí debía pasar muchas horas sola y aburrida. A la familia completa apenas la veía en las mañanas, ya que todos se iban al trabajo. Jeremías partía a las siete, y Luzmila y Rosaura salían después del almuerzo, listas para mostrar la mercadería en el pueblo, de camino al chongo, donde trabajaban hasta la una de la madrugada. Jeremías regresaba a comer de noche, a eso de las ocho, y su madre y Luzmila a las dos de la madrugada, por lo cual entre dos de la tarde y ocho de la noche solamente la muda Chelita y uno que otro camionero que frenaba en el quiosco a tomarse un juguito constituían toda la compañía con la que Noemí contaba.

Por esos días, para colmo, comenzó a llover. Llovía dos o tres veces al día, haciéndose un lodazal en la carretera, y luego se puso a llover más fuerte. Al principio, cuando la lluvia arreciaba, Noemí se divirtió. Se desnudaba en las noches y corría por la playa, dándose un baño de lluvia. «Al fin tenemos ducha», pensaba. Pero luego, cuando las lluvias siguieron y siguieron y no querían parar, la acometió una mezcla de miedo y aburrimiento.

La carretera se interrumpió por los huaicos en dos tramos, pero ello no afectó la ruta de Jeremías ni la de su hermana y su madre; la campiña reverdeció, adoptando el color de las esmeraldas; las lomas de arcilla se venían abajo, arrastradas por los desbordes de los ríos; e incluso, en la arena de la playa, creció vegetación. «¡El mundo se está deshaciendo! —refunfuñaba Apolonio, el viejo pescador que algunas mañanas hacía trueque de pescado por fruta—. ¡La tierra y los pueblos han sido heridos por las aguas marrones que manda el Señor!».

Un atardecer con cielo espléndido, desgarrado entre celestes divinos y nubes de un rojo sangriento, apareció alguien con una noticia desconcertante. Era un camionero de treinta años, el mismo que le trajera las cartas de Braulio. Se llamaba Rubén y solía transportar hacia Lima toneladas de plátanos y arroz a bordo de un Volvo F5 de doble eje, en una media de tres veces por mes.

—El desierto se llena de agua —dijo inquieto, mientras bebía su jugo—. A cincuenta kilómetros de aquí se está formando una laguna. Lo veo y no lo creo.

—¿Y eso qué significa? —preguntó la niña.

—No lo sé —repuso—. Voy a preguntar y la próxima vez que venga te digo.

Cuando Jeremías llegó a la casa, Noemí le sirvió la comida y comentó la noticia que le diera el camionero. También le repitió lo que Apolonio refunfuñaba.

—De repente el mundo se está acabando —opinó Jeremías.

—¿Tú crees?

Jeremías se alzó de hombros, masticando un trozo de camote dulce.

—¿Lo crees o no?

—Puede ser.

—¿Y qué haremos?

—Nada.

—¿Por qué?

—No hay adónde ir. Por allá igual se está acabando.

—¿Por allá es dónde?

—Por la sierra y por Lima, pues. Los pescadores chalacos que vienen a trabajar en la bolichera dicen que hay muchas matanzas en la sierra, y que en Lima todo es apagones y coches bomba.

—Pero habrá otros lugares donde no ocurre eso, ¿no?

—Claro. Pero será bravo encontrarlo.

—Entonces tengo que apurarme, Jeremías.

—¿Apurarte?

—Apurarme en ser mujer. Quiero estar buena para largarme a otra parte.

Jeremías volvió a alzarse de hombros.

Pero otra noche, de vuelta del trabajo y a dos semanas de esa conversación, Noemí lo hizo atragantarse. Presa de una urgencia que le desconocía, ella habló a bocajarro: «Quiero pedirte un favor, Jerita. Ayúdame como Braulio me ayudaba. No en todo, pues. Tú eres mi hermano y San Judas nos podría castigar. Ayúdame solo con las tetas».

—¿Que te ayude cómo?

—Bésamelas para que crezcan.

—¿Estás loca?

—¡Estoy loca por irme! —se exaltó Noemí, dando un leve puntapié al sofá de mimbre de la terraza—. He hablado otra vez con Rubén, que estuvo en Lima hace unos días, y las cosas no son como tú dices. Él me jura que allá los terrucos joden, pero no tanto. Es casi como acá, no se sienten. También dice que por allá la gente se sigue dando la gran vida y que, si llego a Lima

de noche, la primera vez me va a gustar, porque los cerros están llenos de lucecitas como si estuvieran repletos de luciérnagas.

—¿Y eso qué tiene que ver con tus tetas?

—Voy a vivir de mi cuerpo, Jeremías.

—¿Quieres ser como mamá y Luzmila?

—No. Quiero ser mucho mejor.

—¿Mejor puta?

—Sí, una puta de Lima. Tengo que irme para allá. Deberíamos irnos juntos.

—¡Idiota! ¿Por qué crees que te irá bien?

—Toda la gente que pasa por aquí me dice que yo soy la más joven y la más bonita.

Repentinamente Jeremías se encrespó tanto como ella.

—¡Estás loca! ¡Y además hablas huevadas! Ahora solo juegas a ser mayor, porque es el juego cochino que el Braulio te ha pegado a la piel.

—Braulio fue bueno y me ayudó.

—No te ayudó, solo destapó el hormiguero. Todo lo que Braulio ha hecho por ti es sembrarte la picazón de las ganas.

Noemí no le contestó. Serenándose de golpe, paseó casi un minuto en silencio y luego, hablando con un dejo de ternura, contempló a su hermano con ojos suplicantes.

—Jerita, no quiero que me ayuden los camioneros. El Braulio decía que les gusta ser brutos. Y es verdad. A Luzmila, que estuvo con ellos, le dieron sus mordiscos.

—No —gruñó su hermano, deteniéndose delante de ella. Estaban frente a frente y, como ambos eran altos y físicamente parecidos, parecían una pareja de danza clásica.

—Piénsalo. Solo será un rato cada día.

—No, Noemí.

—Te daré de regalo unas revistas de mecánica.

Al margen de zurcir las redes, Jeremías era aprendiz de mecánico y trabajaba en tierra reparando motores, tanto de camionetas como de botes.

—¿Tienes revistas de mecánica?

Aquella era una eficaz carnada, que Noemí guardaba dentro de la manga.

—Tengo dos revistas, pero me pueden traer más.

—Quiero verlas.

—Te las traigo ahorita —dijo la niña y salió corriendo hacia el quiosco. Regresó en un santiamén con el cabello desordenado y la respiración agitada.

—Aquí están —le mostró las revistas.

—Dámelas.

—No —dijo ella—. Primero dame tú lo que quiero —y se sacó el polo.

Jeremías miró los senos de su hermana, cuyo volumen había aumentado notablemente en los últimos meses. Ella se aproximó hacia él.

—Siéntate —le dijo.

Su hermano se sentó en el sofá de mimbre y Noemí, de pie, acercó sus pezones a los labios de Jeremías. Este no se decidía. Pero de improviso, y sin la menor vacilación, ella embutió un pezón en la boca de su hermano.

Jeremías cerró los ojos y empezó a chuparlo y luego a besar la piel de la teta, despacito. Ella, con idéntica suavidad, le abrazaba la cabeza.

—También hazlo con la otra —indicaba—. Si no, me van a crecer disparejas.

Por varios minutos estuvo besándole las tetas a su hermana, pasando de una a otra y lamiendo la sal de su piel, pero al cabo detectó un escalofrío recorriendo su cuerpo. Se despegó de ella como si se hubiera quemado con el vidrio caliente del lamparín.

—Me siento raro —dijo.

—Gracias —repuso ella, cogiendo su polo—. Mañana seguimos. Aquí están tus revistas.

Jeremías, nervioso, se fue a leerlas a la luz del lamparín de su cuarto.

CAPÍTULO VI

Observar la lluvia que caía inclemente y besar los senos de su hermana establecieron dos rutinas que Jeremías asumió a lo largo de un mes. Cada noche, eso sí, besaba a Noemí con más aplicación, abrazándola por la cintura o las nalgas. Se sentía liviano, o se sentía ingrávido, como pelusa que flota, solazado en mover la lengua en el pezón de manera diferente, a veces como si lamiera un helado, otras como si quisiera tragárselo.

—¿Te está gustando, no? —se reía Noemí.

—Sí.

—Ya sabía. A mí también me gusta.

Jeremías, sin embargo, no lucía tan contento como Noemí. Y ella se preocupó.

—¿Qué te pasa Jerita?

—Esto —dijo, y le mostró el bulto grande que bullía entre sus piernas y que le levantaba el pantalón—. Mira cómo me pongo.

—Todo crece, pues. Así es la cosa.

—Ya lo sé, pero me duele.

—No sé qué podríamos hacer —se ofuscó su hermana—. No me lo puedes meter en mi abajito porque San Judas nos mandaría al infierno... Pero... pero tal vez....

—¿Tal vez qué?

—No sé. Tal vez lo pueda tranquilizar con mi mano —dijo y de inmediato le abrió la bragueta y empezó acariciarle el miembro.

En menos de un minuto, debido a las ganas atrasadas que albergaba, Jeremías eyaculó en la mano de su hermana, recostándose rendido en el sofá.

—¿Ya no te duele? —indagó Noemí.

—No, ya no —suspiró Jeremías, agotado y sonriente—. Ahora me siento bien.

Rubén, el camionero del Volvo y fiel cliente del quiosco, se había convertido en el puntual proveedor de Mecánica Popular, revista usada que él compraba en las veredas del Mercado Mayorista. Costaba un par de soles el ejemplar. Y él se las daba a Noemí porque esta le había contado que su hermano quería ser mecánico. Pero un día, una tarde de nubes grises en que Rubén cayó llevándole dos ejemplares, con algunas cervezas en el buche, casi arremete contra el quiosco. Pegó una frenada chirriante, espantando a las gaviotas del entorno. Noemí le notó de inmediato la mirada turbia y una extraña sonrisita.

—Estás borracho, Rubén.

—Entonado —dijo—. Voy a descansar un rato por aquí. ¿Tienes hamaca?

—Sí, la tengo puesta dentro del quiosco —y lo hizo pasar.

Fue entonces cuando Rubén, mientras se repantigaba en la hamaca, le explicó que las lluvias del norte se debían a un asunto que llamaban el fenómeno de El Niño, que producía otros cambios climáticos en el mundo, y agregó, burlón, que algunos predicadores evangelistas, a causa de ello, aseguraban que el Apocalipsis era inminente. «Yo —dijo Rubén—, no les creo, claro. Pero de todos modos me aprovecho del pánico. Estuve en el chongo donde trabaja tu mamá, y por ahí los borrachos, todos abrazados y lisurientos, cantan sobre eso». «¿Qué cantan?», se rió Noemí. Rubén replicó:

«Una cancioncita que dice: “¡Cachar, cachar, cachar, que el mundo se va a acabar!”». Aplaudiendo, Noemí esta vez reía a carcajadas.

Rubén también rió. Sin embargo, unos segundos después se puso serio. Balanceándose en la hamaca, recorrió el cuerpo de la muchacha con la mirada.

—¿Tú has tirado, Noemita? —dijo con timidez—. El Braulio te habrá enseñado, ¿no?

Ella sonrió.

—¿Qué edad tienes?

—Trece.

—¿Has tirado?

—Sí.

—¿Tirarías conmigo?

A la muchacha le vinieron los consejos de su madre como un relámpago.

—Solo si me pagas.

—¿Ah, sí? ¿Cuánto?

—Quince soles.

—¡Caray, eso es más caro que el chongo!

—Yo no soy vieja —alegó ella, haciendo valer su sentido común—. Soy joven.

—¿Y dónde lo haríamos?

—Aquí mismo. Yo me monto sobre ti en la hamaca.

—Se va a romper.

—No, es fuerte. Una vez nos hemos sentado hasta tres.

—Listo —dijo Rubén, comenzando a desatarse el cinturón.

—Espera —lo detuvo ella.

—¿Qué pasa?

—Dos cosas más. No seas bruto al tocarme y págame por adelantado.

Esto último también lo había aprendido de su madre, pues durante los días recientes se lo estuvo oyendo decir y repetir a Luzmila, quien algunas veces se olvidaba de cobrar.

—Hazme un descuentito por las revistas que te traigo.

—Está bien —concordó ella—. Te descuento un sol por cada una.

—Me cuestan dos soles —se quejó Rubén.

—Sí, pero tú ya las has leído, así que un sol por cada una está bien.

Rubén pagó, Noemí salió un rato a esconder la plata debajo de una piedra del exterior y al cabo regresó y se sacó el calzón. Un momento después arrancó a cabalgar, tal como lo hacía con Braulio, no sin antes endilgarle los preceptos de su maestro: «No me mojes por dentro con tu cosa porque no quiero hijitos. Tienes que salirte antes».

La palabra «hijitos» le quitó parte de la borrachera a Rubén, pero lo instó a actuar de modo responsable, resignándose al coito interruptus. No obstante, para las siguientes veces, preocupado por tan indeseada eventualidad, el camionero le trajo a la muchacha dos cajitas de píldoras anticonceptivas y la ilustró sobre su uso. «¡Ahora sí podré mojarte en tu abajito sin problemas!», dijo. Acto seguido, Rubén solicitó descuento sobre el costo de las píldoras, pero ella, considerando que ambos obtenían beneficios con su uso, estipuló que debían ir a medias en el gasto. El camionero, que estaba feliz con su chiquilla, no protestó. «Tú eres mi angelito —le decía, cariñoso—. Eres el hada niñita de la laguna del desierto».

Dos meses después de ese acuerdo, Noemí le contó a Jeremías de su enredo con Rubén, y este entendió el hecho de que ciertas noches su hermana no tuviera ganas de que él la ayudara con sus tetas. «¿Él te la mete?», preguntó Jeremías. «Sí —dijo ella—, pero paga. Ya llevo juntada un montón de plata, hermanito, para cuando nos vayamos de aquí».

—¡Oye, Luis Alberto, me la estás poniendo dura! —resopló el chueco Tapia—. No me sigas contando más sobre estas pendejadas.

—Así de rico cuenta sus cosas Noemí, ¿no es genial? Creo que la plata que estoy invirtiendo no tiene desperdicio. Aunque ahora, lamentablemente, no me la podría tirar si una noche me pongo carretón, porque los precios de ese puticlub de Barranco están por las nubes, chueco. Pero, en fin, hablo con ella en el bar; hablamos mucho.

—¿Como siempre?

—Veinte minutos clavados, y hay noches en que nos vamos a media hora.

Al buen Tapia, oyente sempiterno de su amigo, tanto en su casa como en los cafetines del centro donde solían charlar —el centro, para ellos, era su zona de trabajo: visitaban allí bancos o periódicos, buscando vender enciclopedias—, no dejaba de inquietarle el tema sobre el que Luis Alberto acopiaba datos con miras a escribir una novela. «El tema —le decía— es espinoso. Se presta a debates y tal vez a furibundas condenas, Luis Alberto. Vas a verte obligado a contar, como si tal cosa, una historia de pedofilia e incesto, que si bien es algo común en los sectores populares, a decir de los sociólogos, resulta poco edificante en términos de valores humanos. No es que impugne su lado políticamente incorrecto, no soy tan cojudo, sino más bien su oportunidad en estos tiempos de miseria y terrorismo».

Luis Alberto, un tanto azorado, respondía que la literatura no obedece a la oportunidad. «Es solo un relato que, con o sin oportunidad, se basta a sí mismo. Uno cuenta lo que realmente ha sucedido y fin del cuento. Los lectores han de tener el suficiente criterio para evaluar cómo es la vida y qué le ha tocado vivir a tal o cual persona. Aquí no se trata de un sermón, chueco. Los relatos son esencialmente pinturas del mundo, retratos de las personas, buceos en las aguas del alma y la consciencia, atisbos a la lotería de las circunstancias».

—Estás en lo cierto, Luis Alberto —consintió Tapia—, pero como decían en los tiempos de Leguía: «Usted tiene razón, pero va preso».

—¡Pueden irse a cagar!

—Me imagino, pero por si acaso te lo hago ver.

—Además, hay otra cosa —acotó Luis Alberto—. Un incentivo adicional. Este tema me interesa por algo que dice mi tío Jano y que atañe a la naturaleza de las mujeres.

—¿A qué te refieres?

—Mi tío Jano tiene un amigo. Ese amigo es ahora un hombre maduro, un director de teatro con gran experiencia, quien afirma categóricamente que todas sus actrices jóvenes y las de mediana edad quieren desempeñar en algún momento el papel de puta. Se lo piden siempre y, cuando lo hacen, les encanta. Al parecer, todas las actrices sienten que interpretando ese rol liberan impudicias y otros nudos internos de sí mismas.

Tapia discrepaba en este punto. «La liberación puede obtenerse también con el trabajo o con el psicoanálisis —pensó—, no solo con el puterío». Pero evitó expresarlo. No quería ponerse pesado ni distraerse de los dos factores que lo inquietaban: la pedofilia y el incesto.

—No negarás que son asuntos delicados.

—Claro que no —dijo Luis Alberto—. Yo no me tiraré a mi hermana. La detesto. Pero la gente no es toda igual. Hay jóvenes que despiertan rápido y de manera enrevesada. Y en cuanto a diferencia de edades, Edgar Allan Poe se casó con una niña de trece años, la edad de Julieta. Este poeta no fue ciertamente un caso aislado. Mis abuelos y probablemente los tuyos se casaban también con esposas jovencísimas, te puedo mostrar las fotografías.

—¿Crees que lo de Noemí ha devenido en un matrimonio de hermanos?

—No lo sé. Ella no se explaya por ese lado.

—Pero te habla de sus inicios sexuales involucrando a Jeremías.

—Sí, pero cuando le pregunto qué pasa a su actual edad en la relación con él, se come la lengua. Sonríe, no responde. Se limita a decir que Jerita es su protector y su socio.

—¿Se sentirá culpable?

—Tal vez sí, aunque eso no parece importarle. Ha debido pasar por cosas peores, ya tiene la piel dura. Yo diría que, a estas alturas, no le incomodan las culpas. Sobre su hermano, dice que ella está acostumbrada a quererlo y él a quererla igual, y que eso no puede ser malo. Un día me habló de San Judas y especuló que sus castigos por tirar con un hermano podían ser detenidos con los anticonceptivos. Que eso se lo había dicho Jerita.

—Entonces admite que Jeremías sí se la tira.

—No dice ni sí ni no —reiteró Luis Alberto—. Solo sonrío. Yo, en plan de que suelte la lengua, le he recordado que, aun cuando la civilización e incontables tribus del planeta repudian el incesto por anormal y pernicioso para la descendencia, los egipcios y los incas, cada cual con sus justificaciones, se casaban con sus hermanas.

—¿Y?

—Nada, chueco. Se queda muda. Sonríe, solo sonrío.

Cuando llegó el Día de Todos los Santos, o el Día de los Muertos como dicen en Perú, Rosaura acudió al cementerio a poner flores al abuelo de sus hijos, a quien los niños no habían conocido ni en pintura. Los estragos de las lluvias no cesaban —pueblos inundados, puentes caídos, gente y animales ahogados flotando en los ríos—, mientras por las noches la carretera zumbaba de luces y motores con el auxilio que llegaba para los damnificados.

El cementerio, levantado en una colina cercana al pueblo, había sido brutalmente golpeado por oleadas de barro. Más de la mitad de las tumbas estaban rotas y con los ataúdes al descubierto. La gente no sabía cómo sufrir

ni rezar. Pero por fortuna la tumba del padre de Rosaura se veía intacta. Allí, sobre la losa de granito de su padre, Rosaura pudo tender un petate y disponer viandas, jugos y cervezas. Le llevaba a su muerto lo que más le gustaba en vida, como de costumbre, aunque todo se lo comían los vivos. Noemí, Jeremías y Luzmila, felices con ese picnic, bebieron y comieron, y vieron una vez más cómo su madre lloraba y hablaba con el fantasma de su padre muerto, diciéndole cosas del tipo «Papito, te recuerdo cada día» o «Estos son mis tres hijos y ya todos trabajan».

A esas alturas Noemí y Jeremías lucían más guapos y unidos que nunca. Siempre se hacían bromas y reían como dos compinches. A todo ello, entre el desastre y las penurias, y habiendo pasado seis meses de mutua colaboración fraterna, Noemí no había perdido el tiempo. Dominó sus recelos y conoció otras ávidas manos, todas de camioneros que se pasaban la voz, y subió su tarifa, salvo la de Rubén, su promotor. Su creciente fama, en todo caso, era de circuito restringido. Rosaura se mantenía ignorante de sus movidas.

Jeremías, por su parte, estaba deslumbrado por la capacidad de seducción y asimilación de su melliza. Aprendía en tiempos acelerados todo aquello que daba placer. Y algunas de estas novedades ella las contaba con gran entusiasmo a su hermano, aunque debido a sus temores a San Judas no las ponía en práctica con él, haciéndolo languidecer de ansias.

—Mejor no me las cuentes —decía Jeremías.

—¿No te gusta?

—Sí, pero me dan ganas.

—Eres mi hermanito, Jerita, no puedes meterla en mi abajito.

Pero el desasosiego por tanta represión no los dejaba en paz. Laceraba el humor y los nervios de los hermanos, llenándolos con sudores de descontento.

Hasta que ese Día de Todos los Santos sucedió algo que habitualmente sucedía. Se cumplió un ritual fúnebre que ya Noemí conocía, pero que entonces, quizá por la desazón que ardía en su pecho, la iluminó. La muchacha tuvo una revelación. Le sobrevino la idea mientras observaba aquel ritual. Al momento mismo en que toda la familia se marchaba del cementerio, y tras dejar encendidas cinco velas en el florido altarcito de su difunto, Rosaura emprendió la retirada caminando en zigzag. Era una costumbre que le había contagiado su vecina serrana de difuntos. Esta mujer creía que si los deudos se alejaban de la tumba caminando en línea recta hacia la carretera el ánima del muerto podía seguirlos. De modo que, para confundirla y frenarle el paso, recomendaba retirarse caminando en zigzag.

Haciendo un aparte, Noemí le susurró a su hermano:

—No es que quiera confundir al santo, pero sí podríamos confundir a tu pinga, Jerita.

—¿Cómo es eso?

—Ya verás.

Y a la noche siguiente, cuando estuvieron solos tras volver él del trabajo, la muchacha propuso ir al cuarto. Y cuando se desnudaron y se tumbaron en la cama, le dijo:

—Vamos a hacer algo que me han enseñado hace poco y que te va a hacer sentir como si la estuvieras metiendo en mi abajito, pero sin faltarle el respeto al santo.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó él, ya con el pene tieso.

—La vas a meter dentro de mi boca —repuso—. Si yo muevo mi lengua y cierro la boca vas a sentir algo muy parecido —y de pronto, tras inclinarse devotamente ante la entrepierna de Jeremías, se metió todo el glande del pene dentro de la boca y se dispuso a chupar y chupar, hasta ir adquiriendo poco a poco una expresión infantil, casi seráfica.

Esas fervorosas mamadas deleitarían a Jeremías y gratificarían a Noemí, que cada día se esforzaba más en lamer y chupar con gran dedicación, sintiéndose de lo más entretenida.

CAPÍTULO VII

Noemí cumplió catorce años transformada en una amante experta y una hermana considerada, y once meses después, a dos semanas de cumplir quince, huyó finalmente de su casa. Huyó con una buena bolsa de ahorros, que les sirvió a ella y Jeremías para afincarse en Lima, pero se sintió apenada por una embarazosa situación. Su madre, que había regresado más temprano a casa porque Luzmila se sentía enferma, entró a la casa con silenciosos pasos de gata, a fin de asustar a sus hijos, y acabó siendo ella la sorprendida.

Al entreabrir sigilosamente la puerta del dormitorio de Noemí, encontró a su hija pegándole una tremenda mamada a su hermano. Semejante visión le arrancó un alarido.

—¡Corneta! —gritó Rosaura, escandalizada—. ¡Virgen santa, mi hija está corneteando a su hermano! ¡Largo de aquí, marranos! ¡Locos! ¡Largo de esta casa!

Los muchachos saltaron espantados de la cama y, recogiendo sus ropas del suelo, abandonaron de prisa la casa. Luzmila rompió a llorar, sin entender nada. Y Chelita, la perra, siguió por la playa a los expulsados, pero tan solo lo hizo por un rato. Pronto se cansó de aquellos merodeos y, tras soltar un bostezo, regresó a su querencia. Cariacontecida y en silencio, sentada en la terraza, Rosaura vio que de la negrura de la noche solo volvía la chusca, no sus hijos arrepentidos.

Sabiendo cómo eran las furias desaforadas de su madre, los hermanos prefirieron quedarse a dormir en la playa. Hacía un tiempo cálido, pero por precaución buscaron una lomita abrigada del viento. Al día siguiente, esperaron detrás de unos arbustos, sin impaciencia. Solo osaron regresar a la casa cuando no tuvieron dudas de que su madre y Luzmila habían partido al trabajo.

Entonces alistaron su fuga. Desenterraron dos de las maletas del avión siniestrado, que no se habían humedecido con las lluvias, y las atiborraron con ropas y efectos personales.

Luego, Noemí le escribió una nota a su madre, y la dejó sobre la mesa del comedor.

Y al momento justo de la partida, les brotó a ambos en los labios una palabra que solía pronunciar su padre trotamundos, de quien ya no recordaban la forma de su rostro.

—Andiamo —dijo ella.

—Andiamo —respondió Jeremías—, y la joven pareja enrumbó a la carretera, cargando sus maletas, esperanzados en que les dieran un aventón hacia el próximo pueblo grande del sur, donde ellos pudieran comer algo y comprar tiques de ómnibus que los llevaran a Lima.

Cuando esa noche Rosaura llegó de madrugada y leyó el escueto mensaje, desgranó una andanada de groserías durante media hora seguida e hizo volar por los aires a Chelita, dándole una feroz patada, pues esta no paraba de mover la cola haciéndole fiestas.

—¡Perra cojuda! —chilló frenética—. ¡Tú también puedes largarte!

Pero al día siguiente Rosaura era una zombi. Lucía como si la hubieran apaleado y no atinaba en absoluto a dilucidar su problema, acongojada por la pena.

En esa destemplanza, tan pronto llegó al chongo, cayó de rodillas ante la poltrona donde ceremoniosamente se sentaba la Socotroco y se arrojó a su regazo, llorando y contándole lo que había sucedido. Impasible, acariciándole el pelo, la mami la oyó.

—Los descubrí en el cuarto y hoy se fueron de la casa —gimió Rosaura—. Ella lo estaba corneteando. ¡Lo hacía con su hermano, Virgen santa! Me han dejado una carta. La escribe Noemí —y sacó el papelito en cuestión para leerlo—: «Chau, mamita. Perdónanos. Jeremías y yo te queremos mucho, pero nos vamos a buscar la vida a otra parte». ¡Me dejaron, Soquito! ¡Pasaré el resto de mi vida conversando con la idiota de Luzmila!

—¡Olvídalos, Rosaura! —aconsejó la Socotroco.

—¡Cómo podría hacerlo! ¡Son mis hijos!

—Olvídalos, mujer. Y no se te ocurra ir a buscarlos. Lima es tan grande que ya nadie encuentra a nadie.

—¿Y Jeremías? ¿No crees que él regrese?

—Ese menos. Él la sigue a ella.

—¿Por qué la sigue, Soquito?

Acantonada en su sapiencia de lupanar, sentenciosa y procaz, la Socotroco tomó aliento y respondió con modulación perentoria:

—¡Pelo de chucha jala más que tractor!

El chueco Tapia, todo un as para los números, comenzó a atar cabos y cifras, dándole una mano a Luis Alberto, que no lograba ordenar la información recopilada. «Si Noemí te está mintiendo —aseveró—, lo hace con una magnífica puntería, pues todo lo que cuenta, en lo que concierne a lo cronológico, coincide a la perfección. Empecemos por su edad. Ella te dice que tiene veintidós años, por lo cual debió de haber nacido en 1969 y, siendo así, contaba siete años en el 76. En esa época, entre el 75 y 76, desapareció la

anchoveta de la costa, escaseó el trabajo en la pesca y, en consecuencia, su padre se habría quitado del país, abandonándolos. Punto. Luego te cuenta sobre las inundaciones y las lluvias, las que sitúa más o menos en sus trece años, y en eso también coincide con los hechos: El Niño del 82 fue indudablemente el más fuerte de los últimos tiempos. Otro punto. Y por último, lo fresco, lo que te cuenta ahora».

Cuando Tapia decía «ahora», se refería a 1992, año en que Fujimori disolvió el Congreso de la República y dio el golpe, en contubernio con el doctor Vladimiro Montesinos, su asesor en la sombra, quien manejaba a su antojo la cúpula militar. Dicho año, además, fue el mismo en que capturaron a Abimael Guzmán, por lo que Tapia y su amigo no dudaban que milicos y policías podían andar de festejos en opíparas y putañeras francachelas.

—Estas fiestas de Noemí serán el inicio de su bonanza —vaticinó Luis Alberto.

—Podría ser, sí —concordó Tapia—. Estos milicos ya están diciendo que han venido al Gobierno para quedarse. Tu puta linda va a engrosar sus ganancias.

Años después tales presunciones se cumplieron a cabalidad. Noemí acumuló mucho dinero en cuentas bancarias nacionales y extranjeras, y, con buen ojo para las inversiones, adquirió propiedades y negocios que permitieron a los mellizos, a la edad de treinta años, vivir con holgura y seguridad.

—Rica y joven como en las telenovelas —dijo Luis Alberto—. He ahí el futuro de Noemí.

CAPÍTULO VIII

Pero todo esto, naturalmente, no fue un regalo. Se lo ganaron a pulso. Cuando Noemí y Jeremías llegaron a Lima, eran apenas unos chicos de quince años. Aparentaban más edad, gracias a su estatura y su mirada desafiante, pero no por ello dejaban de ser chiquillos bastante inexpertos, con lo justo para defenderse. Paseaban por las calles con la boca abierta. La ciudad que ellos comenzaban a descubrir, si bien era dura y áspera en esos días, les parecía alucinante. Con todo se asombraban: las autopistas, los pasos a desnivel, la avalancha de automóviles, el Parque de las Leyendas, la plaza San Martín y la Plaza de Armas, las avenidas y los malecones de Miraflores, los jardines bien cuidados y los altísimos edificios recubiertos de cristal, los balnearios, las tiendas enormes, los restaurantes y la gente elegante, un universo multitudinario que los fascinaba.

Las primeras dos semanas, tras arrendar un cuartito en el modesto distrito de San Martín de Porres, hicieron turismo y anduvieron por todas partes. Después, empezó la lucha.

Salieron juntos a fajarse, buscando cómo sobrevivir, y la suerte les sonrió.

Jeremías tenía el teléfono de un amigo chalaco de sus días en la pesca, y este lo colocó en un dos por tres con un pariente dueño de un taller de mecánica. Jeremías, aunque joven, ya era un buen mecánico. Lo mejor del

asunto, además, fue que su lugar de trabajo quedaba por las inmediaciones de la avenida Colonial, bastante cerca del cuartito donde él y su hermana vivían.

A Noemí, en cambio, le costó más hallar una ubicación. Por ser menor de edad no le daban pase en los burdeles legales de postín y tenía que arreglarse con los clandestinos. Un vecino de su cuartito, cubano de nacimiento y fugado de la isla, quien cada vez que la veía se disforzaba y la colmaba de lisonjas, le explicó cómo hacerlo. Él conocía una discreta casa de masajes en un barrio de clase media, Jesús María, que contaba con clientela decente.

—Tú, mi amolcito, debes sacale paltido a tu exotismo —sugería Serafín, el vecino, un chico que consagraba el día a la gimnasia, y que por la noche, disfrazado de mujer, ejercía el puterío callejero en un barrio rico. Su zona era el puente de la Vía Expresa y la avenida Javier Prado—. Estás muy bien puesta, plincesa, te lo digo yo. Pareces una estrella de cine. Mira, yo tengo una amiga que administra una casa de masajistas. Ándate pa' allí.

—¿Qué significa exotismo?

—Eso que tienes tú, mi niña. Una belleza rara.

—Ah, ya entiendo. Pero no sé si pueda, Serafín.

—¿Por qué?

—Yo no sé hacer masajes.

—Vamos, muchacha, eso lo aprendes en un ratito.

—¿No es difícil?

—No. Solo son unas sobaditas. Además el masaje es una pantalla del puterío.

—¿Y qué hago con mi edad?

—Mi amiga tiene recursos. Te va a cuidar.

La amiga de Serafín, una charapa avispada, le sacó la documentación necesaria con la mafia de falsificadores de la calle Azángaro: DNI con

dieciocho años y hasta una secundaria completa de yapa. Ella, a su vez, era kinesióloga titulada por la misma calle.

Y así empezó. Ganaba poco, pero se fogueaba y obtenía lo suficiente para pagar su comida y parte de la renta. Jeremías pagaba el resto. Su hermano, aunque parezca increíble, ganaba bastante más y fue por él que compraron a crédito un televisor y una licuadora.

El cubano Serafín, flor de zalamero, fungió de tutor de Noemí. La adiestró en comprar ropa y elegir aretes, le impartió clases de maquillaje y de cuchicheo amoroso, la entrenó en caminar con tacones altos, resaltando sus encantos y poniéndola en vereda. Y lo básico, dado que la gente ya se moría por donde más gozaba, la inició en el uso del condón.

—Aquí, en estos huecos, no puedes debutar sin hule —sentenció—. Yo sé que es más rico hacerlo peladito, mi niña. Pero eso guáldalo para tu novio. Con los demás, no corras riesgos y haz que se pongan el hule. Es cuestión de vida o muerte, ¿me entiendes?

La muchacha, transformada de pronto en una mujer que llamaba la atención por calles y plazas, caminó más segura. Y cuando Noemí y Serafín salían juntos, Jeremías, haciéndose el gracioso, afirmaba no saber cuál de las dos estaba más buena «pa' el revolcón».

—¿De veras? —se endulzó en una ocasión el travesti.

—Claro. Con sus minifaldas y politos apretados, las dos arrechan al mundo.

—Este Jerita piropea mejor que yo —Serafín se secreteaba con Noemí, evidenciando a punta de disfuerzos que quería atraer a Jeremías—. Y yo debo confesarte que a ti te ayudo por interés. Estoy enamorado de tu hermano. ¿Me lo prestas un ratico?

—Yo no soy su dueña. Pídeselo tú.

—Ya se lo pedí y me dijo que mariconadas nunca.

—Entonces estás jodido.

—No. En la vida hay que tener paciencia. Algún día me lo agarro borracho.

—Ja, ja —reía Noemí—. Jerita no chupa; no le gusta.

—¡O sea que además es un santo este hijo de la gran puta! —rabió Serafín.

Se llevaban tan bien Serafín y los hermanos que, cuando mejoraron las finanzas, se mudaron a departamentos contiguos, pero más grandes y mejor habilitados, para seguir siendo vecinos. Noemí se independizó en un año de la casa de masajes. Tres compañeras de trabajo, que se habían peleado con la charapa, montaron un local propio y la convencieron de irse con ellas. «Ganarás más», le dijeron. Y fue cierto. Pero a veces, carajo, aparecía la policía a cobrarles coimas y debían irse con la música a otra parte. Y no solo eso: tenían que cambiar además el tenor de los avisos del diario El Comercio, sus anzuelos en los clasificados, con el objeto de despistar a esos «cabrones policías chantajistas».

Noemí y sus compañeras, siguiendo directivas del travesti cubano, quien metía su cuchara en todo, continuaron sacándole partido al exotismo. Armaron un grupito, llamado Agencia VIP, con muchachas fachosas y para todos los gustos: una china, una selvática, una rubia («Escandinava y blanquita», decía el anuncio), una negra, una trigueña de ojos verdes, una china chola («Sabrosona y con sabor nacional») y, entre otras lúbricas ofertas, Noemí, cuyo aviso dominical la promocionaba como «Italianita, altita, espectacular, dieciocho añitos y conoce todos los secretos de la Roma imperial». Los textos los escribía Serafín.

Dos años trabajó allí la Italianita, pero al cabo de un tiempo la policía volvió a caerles y tuvieron que pagar y tirar gratis para no ir a la cárcel. Se sintieron

humilladas, robadas e impotentes. «Con los tombos la única defensa es pagar», explicaba Noemí a Jeremías, que quería darle una paliza a alguien. Ya él, en resguardo de su hermana, había puesto fuera de combate a un par de clientes que se emborracharon y no querían salir del cuartito de masajes de Noemí. «Eran karatecas y unas lacras —contó Noemí a Luis Alberto—. Se pusieron insolentes y nos pegaron. A mí, a la mami y a los dos porteros negros que la casa tenía contratados». Así que Noemí, desesperada, mandó llamar a su hermano. Grandote y echando chispas, Jeremías irrumpió con su mameluco grasiento y una llave inglesa en la mano. Los karatecas le rugieron con sus intimidantes gritos orientales, pero Jeremías, discípulo de estibadores chalacos, cerró aquel capítulo sin pronunciar palabra. Tan solo descargó sobre ellos su llave inglesa de pesado y reluciente metal. Los dos tipos acabaron sangrando, con los dientes y las costillas rotas, sin ningún deseo de regresar algún día por el vuelto.

—Aquel tiempo de masajista fue su jardín de infancia limeño, y luego, un año más tarde, al pasar a La Nené, sintió que entraba a la escuela —precisó Luis Alberto, conversando con el chueco Tapia—. Era su primer trabajo legal. Allí ingresó a los dieciocho años clavados y con documentación auténtica. Y allí le fue viento en popa. Se hizo famosa en un dos por tres y, debido a la afluencia de público y al acuerdo de tarifa libre, juntó un buen dinero.

—La escuela del billete y el puterío.

—Tú lo has dicho, chueco. Y en lo que concierne al resto de su educación, Noemí y Jerita fueron hijos de la tele. No olvides que la televisión era una novedad para ellos, que venían de vivir en una playa remota y sin luz eléctrica. La tele, la diversión más barata y amena, les proporcionó vocabulario, modelos de conducta, modos de percibir el mundo. Siempre que podían, veían juntos noticieros, novelas y películas, comentándolo todo. La

prensa amarilla de los noticiarios, por ejemplo, los encandilaba. Al igual que con la letra de los boleros, veían esas noticias como historias de amor y miseria contadas en tres minutos.

—Buena comparación —aprobó el chueco—. No hay mejor síntesis de una historia de amor que la que cantan los boleros. ¿Pero qué hicieron con su billete?

—Lo que hacían todos. Eran los tiempos de la hiperinflación y había que comprar dólares o adquirir todo lo que pudieras para proteger el valor de tu dinero. Estaban moscas.

—Pero también perdieron lo suyo, claro —continuó Luis Alberto—. Los estafaron en alguna compra (un terrenito de invasión), y caerían en una que otra triquiñuela, como le sucede hasta al limeño más pintado. Sin embargo, asumieron ese tributo ciudadano. Optaban por mostrar una buena actitud, quiero decir. No criaban complejos ni resentimientos como tanto migrante que anda por ahí. Ellos eran guerreros de sonrisa franca, encorajinados, y estaban saliendo adelante. Habían venido a Lima a pelearla. Desconfiaban de todo, por supuesto (ya que por acanga el que pestaña pierde, tú lo sabes, chueco), y buscaban su espacio, pero manteniendo el rumbo y evitando en lo posible las zancadillas del destino.

Y es que esas zancadillas, a veces, nadie las conjuraba. Ni el pobre Serafín, que se las sabía todas. Al travesti cubano lo mataron de veinte puñaladas, con un odio demencial, y así, destrozado y con un zapato de tacón quebrado, apareció fotografiado en los diarios. El crimen fue atribuido por la policía a una banda homofóbica que se hacía llamar Los Matabros — asesinos que ya se habían cargado a una docena de personas y hacían pintas en las paredes amenazando con exterminar a todos los travestis y homosexuales que anduvieran por las calles—, y ahí quedó la cosa: nunca se atrapó a sus asesinos.

Noemí y Jeremías quedaron muy afectados con esa muerte. Ella, sobre todo, no paró de llorar en semanas. A fuerza de telenovelas, intuía que las lágrimas sinceramente vertidas aplacaban las penas del corazón y terminaban por abrirnos la puerta del olvido.

—Haciendo un balance emocional, Luis Alberto —interrumpió el chueco—, ¿quiénes, según tú, se encuentran en el altar personal de Noemí? ¿Se lo has preguntado?

—No, pero lo deduzco.

—¿Cuál es tu ranking?

—No tengo un ranking, chueco, aunque se me ocurre que quienes pesan en su vida son aquellos que están de su lado, cuando Noemí los necesita, o bien cuando los recuerda. Y entre ellos, descontando a su madre y Luzmila, ocupa un primerísimo lugar Jeremías, a quien adora. Con Jerita conserva viva su propia imagen de niña desvalida; y luego, me parece, siguen Rubén y los camioneros de la ruta, que le enseñaron a ser mujer; y después viene Serafín, que le enseñó a ser femenina (él le confirmó que era bonita y que irradiaba una clase natural, pero que tales dones debía ponerlos en valor); y finalmente, aunque ella sienta vergüenza de aceptarlo, Braulio, el conviviente de su madre. Noemí me lo ha dicho varias veces: «Él fue bueno conmigo y yo le rogaba que me ayudara». Me ha dicho incluso que de vez en cuando piensa en él con añoranza, que recuerda sus besos y la ternura de su voz, y que en sus sueños lo ve caminando sin muletas, con sus piernas completas y vistiendo camisa blanca, tostado por el sol, riéndose y mirándola con deseo.

El chueco Tapia especuló que quizá en aquella lista podía haber ingresado también el propio Luis Alberto. Su amigo, rendido a ella, hacía las veces de sucesor de Serafín, no como confidente, sino como ese tipo de interlocutor que todos necesitamos para vernos mejor a nosotros mismos. Aunque el nexo

entre Noemí y Luis Alberto, polvitos aparte, dependía tal vez de ciertos lazos invisibles que aún no estaban del todo esclarecidos.

—¿Cómo imaginas que te ve Noemí?

—Como un cliente misterioso —fantaseó Luis Alberto—. Así, al menos, me habrá visto en un principio. Pero más adelante, con la confianza que nos ha dado la frecuencia de nuestras charlas, no tengo idea. Soy otro de sus hábitos, digamos. A veces, cuando dejo de ir a verla, me lo reprocha. «¿Dónde estabas, chiquillo?». «Juntando plata para verte», le digo. «Ah, muy bien», responde, porque nunca deja de cobrarme. «Para ti hablar y tirar es lo mismo —concluye con aires de hembra satisfecha—. Ya me di cuenta de que esa es tu pendejada». No obstante, le extraña que, con mi educación, me interese tanto por ella. «A pesar de haberlo tenido todo y vivir en Miraflores —me dice—, eres un chiquillo infeliz. El consuelo de las putas es solo para los hombres que no saben ser felices. Eso decía Serafín. ¿Qué haces tú conmigo?».

Casi sin transición, Tapia se sumó a ese interrogante.

—¿Y? —emplazó este a Luis Alberto—. ¿Qué le respondiste?

—Nada.

—¿Cómo nada?

—Mira, ese fue el momento en que a mí me tocó sonreír. No dije nada, tal como ella hace conmigo cuando intento inútilmente sonsacarle de Jeremías. No abrí la boca, aunque me moría de ganas de susurrar en su oído: «Estoy contigo, Noemí, porque me gustas. Tú eres mi puta linda». En suma, tan solo sonreí, chueco.

—¿Y no reaccionó?

—Bueno, sí. Ella también sonrió, pero desdeñosa. Ah, tendrías que haber visto su manera de fruncir los labios. Hasta el desdén en esa chica resulta estimulante.

CAPÍTULO IX

Casi a fines de mil novecientos noventa y dos Luis Alberto se enzarzó en líos domésticos. Su madre, que ya no gozaba de la compañía de su hija (casada y mudada recientemente), había concentrado en él, de súbito, toda su atención. Una mañana, al salir ella de compras y tropezar con Renato, amigo del padre de Luis Alberto y por quien este obtuviera el sencillo trabajo en la venta de enciclopedias, recibió calurosas felicitaciones por el desempeño de su hijo. «¡Qué bien trabaja Luchito, oye! Me está vendiendo más libros que mis otros vendedores». «A más ventas, sacaré más comisiones —rumió su madre—. Pero el muy tacaño, que ha de tener los bolsillos llenos, nunca se manifiesta».

—¡Luis Alberto, qué diablos haces con la plata! —ladró ella esa noche—. ¡A mí no me das un cuerno! ¡Y tú sabes que la pensión de tu padre no me alcanza!

—Tengo gastos, mamá —dijo el muchacho—. Preparo mi carrera.

—Nadie te niega que estudies, aunque decidas estudiar estupideces, pero debes colaborar con algo. Tienes que acostumbrarte a colaborar. ¿Juntas para la universidad?

—Sí —mintió.

—Muéstrame cuánto tienes.

—No tengo plata bajo el colchón, mamá.

—¿Ahorras en el banco?

—Así es.

—De acuerdo. Muéstrame tu libreta de ahorros.

—¡No! ¡Estoy harto de que me presiones! ¡Ya tengo mi dinero comprometido!

—¡Egoísta! ¡Desleal! ¡Has salido roñoso como tu padre!

—¡Basta ya, por Dios!

—¡Mal hijo! ¡Eso es lo que eres! ¡Solo piensas en ti!

Ese sería el detonante de la primera bronca, y también de las siguientes. En todas, en forma sistemática, lo trataron de miserable para abajo. Y cierta vez, hallándose su hermana de visita, los dardos le pasaron rozando. «Seguro te emborrachas —rugió Anita con tono despectivo—; te irás a tomar con los amigotes. A eso se dedican los pelagatos que sueñan con ser escritores: a chupar y mirarse el ombligo, a ser bohemios y buenos para nada».

—¿Me has visto alguna vez borracho? —protestó Luis Alberto.

—¡Entonces qué haces con la plata! ¿Te la juegas al póquer?

«Me la juego, sí —hubiera querido contestar él—. Gasto la plata en costear mi trabajo de campo, mi primera novela». Pero se calló. Esto habría supuesto ofrecer explicaciones y las cosas hubiesen empeorado. Ellas, de haberse puesto al corriente, no hubieran dudado en traducir: «Putas, derrochas el dinero en putas». Luis Alberto pensó que convenía más hacerse el ofendido y, portazo de por medio, huir de la casa por unas horas.

Así procedió. Luego, buscó una cabina telefónica y llamó al chueco Tapia.

—¿Qué pasa? —preguntó este.

—Otra bronca —dijo Luis Alberto—. Admito que mamá tiene razón en parte, pero yo, tú lo sabes, necesito reunir el material de la novela. Después, cuando lo tenga, no habrá mayores gastos y podré aportar a la casa. Cuando un escritor se pone a escribir, toda su inversión no son más que papeles y

tazas de café... Chueco, te he llamado para decirte que estoy yendo en este momento a Las Suites de Barranco. Quisiera que me acompañes.

—¡Ey, mi billetera agoniza!

—No te asustes. Pediremos un solo trago y luego amarramos. Gastaremos poco. Pero, chueco, escúchame, quiero presentarte a Noemí. Quiero que me digas si es que yo estoy loco o, por el contrario, la persona que vas a ver tiene una magia especial.

—¿Te parece buena idea? Conmigo presente, considerando que soy un extraño, no creo que ella hable mucho. Tal vez no diga ni mu. No podré apreciar esa magia.

—No importa. Mírala, entonces. Estudia su silencio, observa su cara y su cuerpo, haz un análisis morfológico, lo que sea. Por favor, chueco.

Tapia transó y quedaron en verse en media hora.

Los amigos llegaron puntuales, a las ocho de la noche. Las Suites de Barranco, aunque recién entraba en movimiento, cobijaba ya una docena de autos estacionados en el patio, en tanto que el bar, bullicioso, lucía su habitual penumbra constelada de lucecitas multicolores. Chicas de tenidas provocativas y clientes que bebían su primer trago charlaban sentados en la barra o en los apartados. Como era temprano, abundaban las chicas solas. Pero Noemí no figuraba en ese grupo. Un cliente con saco y corbata se la había reservado para sí en uno de los apartados. Ella y su cliente se dirigieron poco después a los cuartos del fondo.

Noemí saludó entonces a Luis Alberto.

—Espérame —dijo al pasar junto a la barra—. No tardaré mucho —y se siguió de largo llevando de la mano a su cliente.

—¿Es esa? —Tapia admiró de reojo la donosura felina de la mujer que había hablado con su amigo—. ¿Ella es Noemí?

—Sí —dijo Luis Alberto—. ¿Cómo la ves?

—Una real hembra, hermano. Tienes suerte.

—Pero tendrías que oírla contar su vida. Posee un don natural para contar las cosas.

—Eso está muy bien. Y aunque fuera muda, me parece de primera.

Luis Alberto sintió que le volvía el alma al cuerpo.

—Tu opinión me importa un montón, chueco.

Y los amigos, resignados, aguardaron ahí una media hora.

En ese ínterin, pasaron varias cosas. Una reyerta entre dos clientes y un matón del local, a causa del elevado monto de una cuenta, y el discreto arribo de la señora Sofía, doña Sofía, profesora de etiqueta y buenos modales, encargada de instruir a dos chicas (Noemí y una tal Carla), quienes recibían clases particulares, muy bien remuneradas por el teniente que las seleccionó y reclutó. El teniente, según contara Noemí a Luis Alberto, tenía órdenes de los altos mandos. «Noemí y Carla son diamantes en bruto —le habían dicho—. Ocúpese usted de pulirlas. Busque a alguien que les enseñe a comer y comportarse bien en público. Los coroneles y generales desean tener damas de compañía para sus fiestas y viajes al extranjero».

El muchacho conocía de vista a doña Sofía. Noemí se la había señalado un par de veces, hablándole del trabajo que esta realizaba con ella. «Me enseña a usar los cubiertos y las copas, a vestir con buen gusto, a conversar sin aspavientos. A doña Sofía le jode venir aquí, ya te imaginarás. Dice que este es un lugar poco recomendable. Pero, en fin, como apenas tiene tiempo, nos persigue por todas partes con sus instrucciones. Me visita aquí y en mi casa». «¿Y por qué tanto apuro?», preguntó Luis Alberto. «Porque en dos meses debo viajar al Caribe —repuso—. Los milicos quieren llevarnos de fiesta a Jamaica y Cancún».

Y luego acotó:

—Mira, todo lo que mi madre y Serafín me han enseñado, ella lo modera. Esa es su palabra favorita, chiquillo. Modérate por aquí y modérate por allá. Que esos colores son muy fuertes, que esos andares están muy exagerados. «Entiende, muchacha —me dice—, tú eres la obsesión de varios generalotes y estos no quieren que los hagas pasar vergüenzas. Lo más difícil para una mujer es combinar lo sexy y lo elegante. Lo sexy tiende a la vulgaridad, de modo que, en una primera instancia, modera tu animalidad, y en una segunda, envuélvela en papel celofán. Evita quebrar tanto la cintura. Sé más natural».

—La pintas como un sargento.

—Así la pinta ella. Pero le tiene simpatía. Y es que Noemí siente que está ingresando de veras a otro mundo.

Seria y sentada con actitud un tanto altiva, doña Sofía aguardaba en un apartado. Era una mujer de cincuenta años, bien vestida y con peinado de peluquería.

—¿Y qué sabes de ella?

—Muy poco —dijo Luis Alberto—. Según Noemí, nadie sabe quién es. No tienen idea de dónde ha salido o de qué burguesía ha caído. Podría ser una institutriz en desgracia, creo yo. Su modo de hablar, al parecer, revela una mezcla de acentos, argentino y español, que ella justifica diciendo que ha viajado mucho, pues dice ser peruana. Su negocio, en todo caso, son los buenos modales. Y aparte de Noemí y la tal Carla, sus alumnas privadas, dirige un instituto llamado Academia de Charm. Publica avisos en los diarios.

—¿Y surte efecto su cátedra?

—Sí. Ahora Noemí está mucho más moderada. Pero júzgala tú, chueco.

Noemí regresó al bar y, si bien no era Grace Kelly con vestido de tules vaporosos, ya no se le salía el sexo por las orejas como cuando Luis Alberto la conociera en La Nené.

—Hola, Lucho, cómo estás —saludó cordialmente a Luis Alberto. «Desde hace un buen tiempo no me dice “chiquillo”», pensó el muchacho.

—Hola, Noemí. Te presento a Jorge Tapia, mi mejor amigo.

Ella miró a los ojos al chueco y sonrió. Ambos se dieron las manos.

—Mucho gusto —dijo Noemí.

Y la charla se desarrolló armoniosamente, sin gruesas salidas de tono, como si estuvieran en el bar de La Rosa Náutica, no en el fatuo puticlub donde se hallaban. Todo discurrió «con la medida del cambio de aros de mi hermana», dijo luego Luis Alberto. El chueco Tapia, en suma, aunque disimulaba sus suspicacias, se llevó una muy buena impresión.

Años después, el principio de esta metamorfosis culminaría con los finos acabados que dan las sólidas convenciones y el hábito de la buena vida. Doña Sofía consiguió modelar a Noemí a su buen saber y entender. Conforme su alumna incrementaba sus ingresos, la instó a mudarse a un nuevo departamento, trasladándola a Chacarilla del Estanque, frente a un bonito parque, y acto seguido le cambió el mobiliario. La redecoración se ajustó a los más sofisticados diseños de revistas especializadas. E igual ocurrió con su ropero. Tras los viajes al Caribe, siguieron los frecuentes viajes a Europa, donde Noemí renovó su vestuario, y fue conociendo además, con teatros, museos y restaurantes incluidos, Londres, París, Roma, Florencia, Venecia, Madrid y Barcelona, las ciudades más refinadas del Viejo Continente.

—Tienes que vivir rodeada de buen gusto —la aleccionaba doña Sofía—. Así se te mete en la piel. El buen gusto ha de ser tan natural como la respiración.

Cada mueble, cada alfombra, cada cortina de su nueva vivienda lucía primorosa y, al ser reunidas en un salón, armonizaban sin escándalo. Y luego, algo difícil de entender para Noemí en un primer momento: el arte. «Obras

que no solo llenan las paredes, sino también el corazón y los sentidos». Cosas inútiles, según Noemí, pero que de algún modo te enriquecen, pues «ayudan a que la gente me vea mejor». «Compra pinturas de buenos artistas peruanos — le aconsejó doña Sofía—. Eso te dará distinción». Y Noemí, siguiendo sus consejos, compró obras de dos artistas que por esos días aparecían a menudo en diarios y revistas, Tola y Llona. Ambos le gustaban porque eran coloridos y misteriosos.

En los primeros meses de pulimento, sin embargo, Luis Alberto sintió que iba perdiendo a Noemí. Muchas cosas en su vida cambiaban vertiginosamente. Dejó de trabajar en Las Suites, con la misma tajante decisión con la que un año antes saliera de La Nené, y concentró todo su interés en las suntuosas fiestas de milicos y personalidades. Más claro: cada vez Luis Alberto la veía menos, y, cuando la veía, tenían que citarse en algún hotelito de Miraflores, donde conversaban y se amaban con el apremio de los amantes furtivos.

—Es la inercia del éxito —razonó el muchacho—. Ha pasado de ser puta democrática a puta exclusiva.

—Se veía venir —dijo el chueco.

—Lo sé. Y me alegro por ella. Aunque conserva todavía algo que me encanta.

—¿Qué?

—Los cuarenta soles —dijo Luis Alberto—. Mantiene conmigo la misma tarifa de siempre, ya sea por hablar o por tirar, pues me sigue cobrando por una cuestión de principios. Es gracioso, ¿no? Cuarenta lucas, todo lo que yo puedo pagar, ha de ser lo que en estos días dan de propina en los restaurantes de lujo las personalidades con las que ella acostumbra salir a cenar.

Y así, a fines de mil novecientos noventa y tres, en pleno despegue económico de Noemí, el cuentagotas de los encuentros alargó sus pausas. Luis Alberto la veía una vez al mes. Ella le había dejado un «secretísimo» número de teléfono para que la llamara. Allí, por cierto, rara vez la encontraba, pero al menos podía dejarle encargos y averiguar cuándo estaría disponible.

Los compromisos y los viajes de Noemí la mantenían a distancia. Lejos de sus manos ansiosas, lejos de sus oídos dispuestos a escuchar su voz y sus historias. Esto, sin duda, terminó por modificar el orden que ambos daban a sus encuentros. A partir de esos días, tan pronto se reencontraban, iban directo a la cama. Toda la elegancia y el disciplinado control de las emociones cedían su lugar a la salvaje efusión de las caricias. Pasaban una o dos horas comiéndose a besos, y solo entonces, apaciguados, reanudaban sus conversaciones.

—Te he extrañado —le decía Luis Alberto.

—Yo también —admitía ella.

—¿Crees que estoy enamorado de ti?

—De esas cosas no hablan las chicas como yo.

—¿Por qué?

—Porque malogran el negocio —Noemí lo despeinó con una mano—. No hay que mezclar las cuitas y el revolcón. Serafín me lo recordaba siempre. «Una puta nunca se enamora —decía—, jamás». Una puta nunca se enamora, a menos, claro... que se enamore.

Ambos rieron. Y por eso mismo, quizá, Luis Alberto insistió.

—¿Y no crees que hay algo especial entre tú y yo?

—Sí. Aire. El mismo aire que engaña a mis generales y a los clientes fijos.

—Te hablo de nosotros, Noemí.

—Ya lo sé.

—Creo que nosotros tenemos algo.

Alzando la mirada al cielorraso, Noemí se mordió el labio inferior. Y después dijo:

—Voy a responderte por esta única vez para que no me sigas preguntando más sobre estas cosas. Hay algo especial entre tú y yo, sí, pero no es tan especial.

—No te entiendo.

—Yo tampoco me entiendo —repuso—. Pero solo puedo decirte que si en algún momento siento tristeza por estarle siendo infiel a Jerita, todo se debe a ti.

El fantasma de Jeremías, rozagante, arrastraba sus cadenas.

Y Luis Alberto, dadas las mundanas elegancias que le imponía entonces doña Sofía a Noemí, tenía dificultades para imaginárselo. «¿Qué hace un mecánico en un departamento de lujo? —se preguntaba—. ¿Él también se ha vuelto un señorito?». «Oye, ya no hablamos de un mecánico común y corriente —intervenía Tapia—. Es el dueño del taller». «De acuerdo, chueco, es el dueño, pero la grasa es la grasa y eso no lo cambia una nariz alzada». «¿Por qué no, Luis Alberto? Yo conozco a varios dueños de talleres que son unos bacanazos».

—¿Cómo te lo imaginas?

—Limpio y bien vestido —dijo Tapia—. Hoy los que se engrasan las manos son sus empleados. Y él, si es que baja al llano, se pondrá un mameluco de corredor de autos.

—Puede ser —concedió Luis Alberto.

Pero en definitiva el muchacho no quedó satisfecho y tocaría ese punto la siguiente vez que se vio con ella. Habían pasado una hora en un hotelito y

Noemí estaba en el baño.

—¿También Jerita se vuelve elegante?

—¿Qué? —distráida, con el secador de pelo encendido, ella no había podido oír lo que le decían—. ¿Quién es elegante?

—Jerita, tu hermano.

—¡Ay, Lucho, otra vez!

—Perdona, pero me da curiosidad.

—Mira... Jerita... Jerita no existe. Solo existe en las historias que te cuento. Siempre fue una mentira, es otra de mis mentiras. Creo que podrías felicitarme por esa mentira. Es tan buena como esta de portarme como una dama de Lima. Yo vivo sola, Lucho. No tengo hermanos, tengo solo dos tías, dos tías viejas que son hermanas de mi madre, y lo único verdadero de todo lo que te he dicho es que nací y viví en una playa de Piura.

—¡No te creo! —estalló Luis Alberto, furioso, asestando un puño cerrado sobre la cama—. ¡No puede ser que hayas mentido tanto!

Noemí empezó a vestirse en silencio. No mostraba el menor signo de alteración. Y él, sentado en la cama y arrepintiéndose de su exabrupto, no podía articular palabra.

—Tú pediste que conversáramos —dijo ella después, tranquila—. De qué te quejas ahora —y acercándose a la puerta, lista para salir a la calle, agregó—: Me voy, Lucho. Llámame cuando quieras, pero hazlo dentro de dos semanas. Salgo mañana para Aruba.

CAPÍTULO X

Noemí, puta enigmática. Contaba una historia y luego se desdecía. Luis Alberto nunca sabía a qué atenerse. A la sombra de aquella respuesta, tras haberla oído negar todo su cuento en la que fuera la única pelea que sostuvieron, ella era bruscamente otra persona. Pero luego, en la siguiente visita, como si sufriera ataques de amnesia, regresaba la magia, volvía a ser la misma.

Y entonces, con nuevos arrestos, le diría más cosas que ensamblaban bien con lo que ya le había contado. Por ejemplo, que Jeremías no quería viajar en avión. Que tenía miedo a morir estrellado y a que la gente hurgara en sus restos, robándole la ropa de su maleta, «como les pasó a los de ese avión cuando éramos niños». Él no había estado durante el accidente, pero lo recordaba todo.

—Yo llegué a Lima vestida con la ropa de una muertita —reveló Noemí—. Aparecí en la plaza Dos de Mayo con bluyín, zapatillas y una blusa de bobos en el escote. Y él, Jerita, hizo igual. Vestía un saco nuevecito, un tipo de prenda que nunca había usado, pero no se sentía bien.

—¿Qué le ocurría?

—Cosas de niños. Tenía miedo de que el padre o el hermano del muertito pasaran a su lado y reconocieran lo que llevaba puesto. Tan pronto trabajó

aquí y ganó algo de plata, fue a La Parada a comprarse su propia ropa. Más tarde quemó la ropa del muertito.

Luis Alberto se resignó a seguir tomando apuntes. Ya no le importaba tanto que estos se contradijeran o no pudieran corroborarse. Alguna vez, eso sí, empeñado en jugar al detective, resolvió seguir a Noemí cuando ella se iba. Nunca le funcionó. Y no porque en la práctica fuera un mal detective, sino porque se sintió un traidor, una mala persona, desistiendo de su propósito.

Total, ya tenía suficiente material. Con los datos de sus libretas podía construir un buen personaje e inventarse el resto de lo que necesitara. Y en cuanto a su última fase, de la que era entonces un testigo privilegiado, no requería que se lo contaran: lo estaba viendo.

Entre las indicaciones de doña Sofía, por citar un aspecto crucial, destacaba aquella que su instructora denominaba «un buen tema de conversación». Una dama de hoy ya no es la boba de otros tiempos, la aleccionaba. Es alguien que sabe de noticias, va al cine y lee libros. Y esto, hablar de tales cosas, vivir más o menos enterada de lo que sucede en el mundo, si lo demuestras con prudencia y sin hacerte la sabihonda, agrada a los hombres.

—Imagino que te va bien con esto de la conversación.

—No hablo tanto como contigo, pero hablo —le aclaró Noemí a Luis Alberto, quien la oía como siempre, sediento de sus palabras—. Eso también me aconseja doña Sofía. «Habla, pero no tanto —me dice—; habla lo justo y de lo que no dudes. Después, quédate en silencio. El silencio te dará un barniz de misterio e incluso hará que luzcas como una persona culta».

—Pero cuando hablas, ¿qué pasa?

—Nada. Simplemente me dejo llevar, como en la cumbia, como si lo sintiera o lo entendiera todo. Claro que a veces me fastidia cuando todos

conversan sobre películas que yo no he visto, pero disimulo, me aguanto, y memorizo los títulos. Si tengo suerte, consigo esas películas en video, y, no bien se repite este tipo de conversaciones, que casi siempre se repiten, entonces digo ah, sí, esa la he visto, muy buena, lloré todo el tiempo. Pero además, si se me antoja, puedo dar una opinión más seria, como las que me exige doña Sofía.

—¿Cómo es una opinión seria?

—Mira, hay que poner cara de preocupación —replica ella con gravedad—. Pero no es tan complicado. He aprendido varias frases que sirven para todo. Según lo que ocurra en las películas, digo cosas como: «¿Cuál es el límite de la maldad humana?», o, en otras ocasiones, me quedo mirando por alguna ventana y les suelto pensamientos (así los llama doña Sofía), suelto pensamientos profundos: «La gente más inteligente nunca puede solucionar sus pequeños problemas». Normalmente todos se quedan callados.

—¿Y con los libros qué?

—Es más difícil que ver películas.

—¿Pero estás leyendo?

—Sí, aunque solo he leído dos.

—¿Cuáles?

—El principito, un cuento con dibujos. Me lo prestó doña Sofía, diciéndome que lo había escrito un aviador francés. Y luego leí El viejo y el mar, ese lo compré yo, siguiendo también sus recomendaciones. Este último lo ha escrito un norteamericano que luego se suicidó, según leí el otro día en un periódico. En las fiestas ya hablé dos veces de ellos.

—¿Y qué dijiste?

—Dije únicamente que los he leído y que me habían gustado. Lo dije como quien habla de cualquier cosa, sin sobradas, tal como pide que hable doña Sofía. Y es que, bueno, hay varios generales que no han tenido tiempo

de leerlos. Así me responden. El Doc, en cambio, sí los ha leído. Ese calvo pendejo ha leído bastante... ¿Tú los has leído, no?

—Sí.

—¿Y te gustaron?

—Son libros muy buenos, cada uno en su género. ¿Tú piensas lo mismo?

Noemí se rascó la nuca con una mano antes de contestar:

—Quiero serte sincera. Yo digo que me gustan, pero tengo mis preferencias. El primero, El principito, trata de un niño marciano un poco lorna, aunque con buen corazón, y que a ratos habla como se ponía a hablar Luzmila. Ese niño está jodido. No podría vivir mucho tiempo en Lima, ¿no crees?... El segundo libro me gustó más. Tal vez porque trata de un pescador con mala suerte, algo que yo conozco. Me hizo pensar en Apolonio, sabes, el pescador de mi infancia en Piura, pero, claro, el viejo del libro suena más interesante, sobre todo cuando se aburre en su bote y se pone a recordar, pensando en su juventud de marino en África. Hay un momento en que recuerda que está en la cubierta de un barco, mirando hacia la costa, y de pronto ve salir de la maleza a unos leones que luego pasean por la playa. ¿No es eso bonito? Unos leones que lo miran y pasean en la orilla de la playa.

—Sí —reconoció Luis Alberto—. No recordaba esa parte, pero es muy bonito.

Ahora bien, tan peculiares como estas conversaciones eran sus percepciones. Y al muchacho, que no le perdía el paso, le llamó mucho la atención la idea que Noemí se iba formando acerca de la gente rica. Gracias a sus viajes al Caribe, ella contaba ya con firmes conclusiones. Pero una de estas la tenía bastante desconcertada.

—¿Por qué, Noemí?

—Por la idea del relax —dijo ella—. El descanso de estar frente al mar. Te comentan cómo les gusta descansar en la playa.

—¿Y qué te sorprende tanto?

—Bueno, nunca pensé que las personas con dinero enloquecieran tanto por el calor y el mar. Adoran el agua salada y la arena. A cada rato te lo están diciendo. Dicen que se podrían pasar la vida felices, tumbados en la playa. Que esa es una de sus metas.

—No lo veo sorprendente. A casi todos nos agrada la playa.

—Lo sé —reconoce Noemí—. Pero fíjate que yo lo sabía antes, cuando vivía en la playa siendo niña, y ahora otra vez lo estoy volviendo a saber. Es tan raro todo.

Lo que sucedió después, en opinión del chueco Tapia, fue un lento remolino de dulce y artera cotidianeidad. Luis Alberto pudo dosificar sus gastos, dado que sus encuentros con Noemí se estandarizaron en un angustioso promedio de una cita mensual (o, en el peor de los casos, una cada mes y medio), por lo que pudo aportar a las cuentas de la casa para gran algarabía de su madre. Por esos días, ya a principios de mil novecientos noventa y cuatro, él cancelaba la boleta de la luz, el agua y el teléfono, y hasta le alcanzaba para traer sorpresitas gastronómicas, un chifita del Chifa Internacional o unas empanaditas de la pastelería El Buen Gusto. El resto se lo gastaba en comprar novelas y, obviamente, en sus reencuentros con Noemí.

Cada cita que tenía con ella era de hecho una fiesta, pero no ocasionaba un forado en su economía. Todos sus gastos se reducían a solventar el hotel, a un ocasional lonchecito y, desde luego, al puntual pago (aunque pago simbólico) a Noemí por sus servicios.

Ella, por su parte, traía sobre su rostro el viento de quienes se deslizan en una montaña rusa. Ya no hablaba tanto de sus adquisiciones, sino de sus asombros. Se estaba bebiendo el viento a grandes bocanadas y se lo contaba a Luis Alberto. Hablaba de los lugares que iba conociendo, o de los conciertos

a los que había asistido, o de los suntuosos yates en los que la divertía navegar, aunque el grueso del tiempo, para sorpresa del muchacho, ella lo dilapidaba en un mutuo comerse a besos y en unos novedosos deseos de «verme escrita».

Luis Alberto le dijo que él todavía no se atrevía a escribir la novela donde ella sería la protagonista porque le faltaba un mayor entrenamiento, tarea en la que se encontraba, pues en esos días escribía y publicaba cuentos en revistas literarias, revistas cuya existencia el mundo desconocía, pero que él atesoraba como todo autorcillo joven sabe hacerlo.

Sin embargo, algunos lunares oscurecían el panorama. El chueco Tapia, tan benevolente en un principio con el tangible proyecto «Putita linda» de Luis Alberto, reventaba ahora en carajos. De pronto ya no estaba de acuerdo. Se había hartado de tanto fervor putaño, así como de aquel infinito acopio de datos sobre Noemí, dejando de ser su cómplice.

Su actitud, en realidad, tenía dos motivaciones; primero, la politización del chueco, que por esos años ya era estudiante universitario (cursaba Estudios Generales), y segundo, la preocupante situación del país, regido por Alberto Fujimori, un tiranuelo libre de fiscalización y que hacía de toda acción de su gobierno (incluido el manejo económico) un secreto de Estado, cosa en la que involucraba tácitamente las fiestas de los milicos.

—Esa plata que esos sátrapas se gastan en Noemí es dinero del pueblo — increpaba Tapia a Luis Alberto—. Fujimori nunca da cuenta de nada. ¿Cuánta plata se estará robando esa ralea inescrupulosa? El chino y los milicos que lo secundan son peor que ratas. Los milicos siempre han gobernado para meter uña. Mira nomás lo que pasa con tu putita, que apenas representa un egreso menor. En poco más de dos años es propietaria de un BMW último modelo, de un departamento propio y, por si fuera poco, viaja por el mundo como loca y se compra lo que quiere. ¡Y estamos hablando de

una chica que es solo tres años mayor que tú!... Bueno, ahora mírame a mí y a ti. ¿Quiénes somos?

—Dos hombres de letras —dijo Luis Alberto con dignidad.

—¿Te estás burlando, hermanito? ¡No, hombre, somos unos pelagatos! ¡Así que no me jodas más con esa monserga de la puta linda y la puta enigmática! ¡Empieza a decirle puta de mierda, que esa es la única verdad! ¡Putas de mierda!

—No puedes hablar así.

—¿Por qué?

—Porque es ridículo, chueco.

Como de costumbre, esta charla de amigos acontecía en un oscuro cafetín del centro. Y dada la exaltación de Tapia, no faltó algún inquieto parroquiano que nos mirara.

—Tranquilízate, por favor —dijo Luis Alberto, procurando poner paños tibios—. La política no lo explica todo. Esas son huevadas. Los grandes cambios del mundo solo se han producido por los desastres naturales y el progreso tecnológico, no por la política. Somos más tecnificados, no más civilizados. ¿Por qué metes a Noemí en esto? Me estás hablando de ese hembrón que te presenté y que a ti te impresionó, no lo niegues, pero que no es más que una puta. ¿Cómo se juzga a una puta? Por su trabajo, no por su ideología, que es algo que no tiene. Se la juzga por cómo mueve el culo. La única ideología de una puta es su desesperación de ganar todo lo que pueda y mientras pueda, antes que le venga el huaico. ¿Noemí va a fiestas de milicos? Sí. ¿Me molesta? Sí. Con esto queda claro que coincido contigo, ya que no la justifico. Pero ella no ve las cosas como tú o como yo. Ni tampoco las ve diferentes un vendedor de autos u otro de hamburguesas que venden su producto, como ella vende el suyo a un milico. Los criterios morales no se supeditan al negocio que te da de comer. Y por último, dime tú, chuequito,

¿qué sabe una puta de moral? ¿Qué sabe del mal uso del poder político? Una puta es una puta, no hay más vueltas que darle.

—Ojalá que realmente estés diciendo lo que piensas.

—¿Y eso?

—Luis Alberto, ya es hora de que aceptes que para ti Noemí es más que una puta... Pero, en fin, dejemos este asunto... Háblame de tus cuentos. ¿Ya salió el último?

El muchacho asintió, sonriendo, en tanto la ardorosa discusión se diluyó como por ensalmo. Tapia observó que su amigo sacaba de su maletín una revista literaria de hechura artesanal, pero que mostraba una carátula colorida y bien impresa.

—Aquí tienes mi tercer cuento publicado —Luis Alberto le entregó el ejemplar—. Se titula «Habitantes de la noche». Léelo y dime qué te parece. Me clavarón por ahí dos erratas, para mantener la tradición, pero ya las he arreglado con lapicero.

CAPÍTULO XI

El inocente título de aquel cuento resultó una premonición. Luis Alberto pronto sería un habitante de la noche, de la noche más larga y terrible. Distráido y detenido en una esquina de la avenida La Mar, leyendo en un paradero de micro, quizá justamente leyendo uno de sus propios cuentos que corregía, sus sueños terminaron. Una combi que competía con otra en el recojo de pasajeros («combi asesina», solían llamarlas los diarios) hizo una violenta maniobra y montó sobre la acera, arrollando a tres personas. Tres seres desmadejados sobre el cemento: dos mujeres (una escolar y su madre), que salieron malheridas, y un muchacho, Luis Alberto, quien no tuvo la suerte de las primeras. La combi lo pescó de costado y lo empotró contra un poste de luz, ocasionándole una muerte instantánea.

El inesperado deceso de Luis Alberto fue un baldazo de agua fría para su familia y sus amigos, en especial para el chueco Tapia, quien fue llamado de urgencia a la universidad. Lo llamó el tío Jano, dándole la mala nueva. Luego, en tono pragmático, este pariente le solicitó que avisara a los amigos de Luis Alberto, de cuyos nombres y teléfonos la familia no estaba al tanto. El velorio, dijo, lo vamos a realizar en Miraflores, detrás de la iglesia de Fátima, frente al parque Domodossola, y el entierro, a las once de la mañana del día siguiente, en el cementerio de Lurín, a pocos kilómetros de Punta Hermosa.

El chueco Tapia, hecho una piltrafa, marcó los teléfonos de todos sus amigos en común y poco después se presentó en la casa de Luis Alberto para ayudar en lo que se necesitara. Se necesitaba esencialmente que él estuviera por ahí, dando vueltas; se necesitaba que él fuese el amigo mudo, tristísimo y desconsolado. Lo entendió tan pronto entró en la casa.

La madre y la hermana de Luis Alberto lloraban a gritos. Se callaban un rato para atender llamadas telefónicas, o bien para recibir visitas de algunos allegados, y otra vez volvían a derramar lágrimas. Y cuando veían al chueco, sentado en la sala o tomando un café en el pasillo, lloraban más. Esa fue la razón por la que Tapia, enrarecido por el llanto y la sensación de repentino vacío que ya invadía la casa, subió a la segunda planta.

Se dirigió hacia el dormitorio de Luis Alberto. Pero esta vez, a diferencia de otras ocasiones, no para oír música o conversar, sino para mirar las pertenencias de su amigo, todos los objetos que Luis Alberto abandonaba, todo aquello que ahora le sobrevivía y acaso le serviría para comunicarse con los vivos, en especial con la familia y los amigos, objetos que hablaban de la soledad y el absurdo, del dolor y el inhumano olvido.

—La muerte de un joven duele demasiado —había comentado en algún momento el tío Jano al chueco Tapia—. Es algo cruel e injusto, rompe el ciclo natural de la vida.

—La vida es solo tiempo que se interrumpe —dijo enseguida un pensador de la familia.

Tapia empujó la puerta y entró. El cuarto de Luis Alberto, fuera de la cama, un escritorio, una silla y un clóset (cuyas puertas cerraban mal), era bastante austero. Tras encender las lamparitas del escritorio y el velador, Tapia se sentó en la cama y, paseando la mirada por la habitación, llegó a la conclusión de que la personalidad que condensaba tan reducido espacio procedía de las paredes, donde su amigo había pegado dos afiches gigantes,

uno de Hemingway y otro de John Lennon, y en las que también colgara una veintena de fotografías enmarcadas. Todas las fotografías eran de escritores, los autores favoritos de su corta existencia. Allí, apiñados, convivían César Vallejo y Abraham Valdelomar, Truman Capote y Albert Camus, Chéjov y Tolstói, Stendhal y Guy de Maupassant, Giorgio Bassani e Italo Calvino, Joseph Conrad y Scott Fitzgerald, Borges y Cortázar. Todos parecían contemplarlo con pena desde la nada.

¿Desde la nada? No, enmendó Tapia; desde la gloria, desde esa luz que titila en la memoria de la humanidad. Quien está en la nada eres tú, Luis Alberto, con tus quimeras trucas, con tu muerte estúpida, con tu irrealidad de ya no vender más enciclopedias.

—¿Tienes hambre? —le preguntó la hermana de su amigo, ofreciéndole un sándwich en un pequeño azafate. La hermana vestía elegantísima, en su nueva tenuta de bien casada, y parecía la más trastornada de la familia. Mostraba los ojos enrojecidos por el llanto—. Son más de las tres de la tarde, Jorge, y creo que no has comido nada.

—Gracias, Anita. Pero no tengo ganas.

—Te lo dejo aquí, por si más tarde te provoca —repuso ella, borracha de abatimiento, y abandonó el sándwich sobre el escritorio.

Tapia asintió y volvió a quedarse solo en el cuarto de su amigo.

El afiche de Lennon, la imagen en blanco y negro del músico sentado ante un piano de cola, exhibía frases manuscritas de Luis Alberto: «John, te fuiste muy temprano. ¿Quién será el próximo? ¿Llegará el día en el que solo me queden dos Beatles?».

Tapia dedujo que, cuando su amigo escribió aquellas deshilachadas palabras, debía haber sentido que se estaba haciendo viejo, y que asimismo,

en tal trance (ironía del destino), habría considerado improbable que pudiera morir antes que George, Paul y Ringo.

Lo mismo se desprendía del blazer nuevo que asomaba por el clóset entreabierto. Aquel saco azul noche, en perfecto estado, tenía apenas unos cinco meses de comprado.

De tales divagaciones Tapia pasó luego al escritorio, donde se sentó un rato apoyando los codos en el tablero, y unos minutos después, husmeando en los cajones, encontró en el primero un cuento en borrador, lleno de anotaciones al margen, y en el segundo las famosas libretas de Luis Alberto: unas treinta libretas con datos y observaciones sobre Noemí.

Solo entonces, no bien empezó a hojear las libretas, reparó en que todas estaban numeradas y que en la última su amigo había consignado un número de teléfono, debajo del cual vería escrito en letras de imprenta: «Noemí, Encargos. Nombre de telefonista: Carmen».

El chueco presumió que ese debía de ser el teléfono por el que él y ella se comunicaban, y arrancó la hoja, guardándola en un bolsillo de su camisa. Y enseguida lo acometió el oscuro impulso de llamar a ese número y dejar un encargo. El recado más triste que él nunca pensó que algún día pudiera dar. «¿Debo llamar a esa mujer? —interrogó al aire—. ¡De ninguna manera! Sería una locura hacer algo así. ¿Qué le puede importar a una puta la muerte de uno de sus clientes? Las putas son seres de la vida oculta, no del mundo que da la cara».

Pero un rato más tarde, mientras guardaba las libretas en una bolsa para llevárselas, pues quería leer con detalle sobre tantas cosas que había departido con su amigo, Tapia se dijo que tal vez sí debía llamar a Noemí (quien probablemente no estaría en Lima), pues ella ya no era una puta, sino una mujer transmutada o enganchada al tren de quienes dan la cara.

Así se lo había dicho Luis Alberto. «Es una señora joven, chueco, una chica a quien se la ve muy en su sitio y que no chilla por donde vaya. Si la llevas a un salón del Hotel Country, es una socialité más entre esa fauna de mujeres bonitas y vestidas a la moda». «¿Tú lo has comprobado?» —le preguntó Tapia. «Por supuesto —aseguró Luis Alberto—, hemos tomado lonche dos veces en La Tiendecita Blanca y la trataron como a una dama».

—Tal vez debería llamar —dijo entonces—. Dejar el encargo y sanseacabó. A Luis Alberto le hubiera gustado que cometiera esa irreverencia. A él le gustaban ese tipo de cosas.

Levantándose repentinamente, Tapia se encaminó a la ventana, donde apoyó las manos en el alféizar y echó un vistazo a la calle. En ese momento, el marido de Anita, tras haber estacionado su auto, bajaba a la calzada con el ánimo que exigían las circunstancias.

La hermana de Luis Alberto salió corriendo de la casa y se lanzó a sus brazos. Como la ventana estaba abierta, Tapia pudo oír con claridad algo de lo que hablaban.

—¡Mi hermanito! —sollozó roncamente Anita—. ¡Mi hermanito querido! Él, reconfortándola, susurraba algo a su oído. Tapia conjeturó que de seguro la calmaba con las frases de aliento que todos decimos: «Ten fuerza, mi amor. Tienes que apoyar a tu madre. Piensa en eso. Tienes que mantenerte fuerte, ahora eres tú todo lo que le queda».

Minutos después llegaría el padre de Luis Alberto, totalmente desolado. Se abrazó con desesperación a su ex esposa, de quien hacía más de diez años estaba divorciado.

Cuando Tapia bajó con la bolsa llena de libretas, nadie le preguntó qué llevaba ahí y tan solo salió de la casa. El tío Jano hablaba por teléfono con la funeraria. El cuerpo del difunto, le acababan de decir, iba a ser llevado al velatorio en cosa de dos horas.

—Voy un rato a mi casa y luego nos vemos en el velorio —anunció Tapia.

Probablemente nadie lo oyó cuando dijo eso.

El velorio estuvo lleno de amigos del colegio y de los primos y tíos de Luis Alberto, que no podían creer lo que había pasado. Tapia llegó a las siete de la noche y se fue a las once y media, quedando con la familia en sumarse al día siguiente a la caravana de autos del cortejo que acompañaría el cuerpo de su amigo hasta un lejano cementerio de Lurín.

Ya era medianoche aproximadamente cuando el chueco levantó el teléfono de su casa y se decidió a llamar. Timbró tres veces antes de que contestaran.

—Aló —dijo—. ¿Hablo con Carmen?

—Sí —contestó una voz neutra.

—Soy un amigo de Luis Alberto —Tapia, incómodo, hacía denodados esfuerzos por hilvanar las palabras—. Tengo un... lamentable encargo... que darle a Noemí. Mi amigo, Luis Alberto, ha fallecido hoy y mañana lo entierran... Quería dejarle las señas.

Hubo un silencio al otro lado del hilo, pero luego se escuchó.

—¿Me está diciendo que Luis Alberto... ha muerto?

—Sí.

—Espere un momento, por favor.

—Solo quiero dejarle la hora y el lugar donde lo van a enterrar, por si Noemí se encuentra en la ciudad. Creo que Noemí ha sido muy amiga suya.

—Sí, pero espere un momento.

Y de pronto Tapia oyó un ruido extraño. Otra persona cogía el teléfono.

—¿Aló? —dijo una voz femenina—. ¿Quién es?

—Soy Tapia, Jorge Tapia, amigo de Luis Alberto.

—¿Tapia? ¿Nos conocimos en Las Suites de Barranco?

—¿Eres Noemí? —se sorprendió el chueco.

—Sí, soy yo.

—Noemí.

—¿Qué ha pasado?

Visiblemente nervioso Tapia prosiguió:

—Noemí, te llamo porque mi amigo me hablaba todo el tiempo de ti. Pienso que te quería mucho. Me pareció que debía llamarte... Es una pena que este sea el motivo de mi llamada.

Y entonces, lacónico, casi en tono notarial, el chueco describió el accidente de tránsito y la muerte absurda de Luis Alberto, rematando su relato con fríos datos relacionados con el entierro. Noemí, en todo ese tiempo, fue una respiración entrecortada. No gimió, no reveló su congoja. Apenas si balbuceó que ya había tomado nota del cementerio en el que lo iban a enterrar, cerrándose en un invencible silencio, como tanta gente hace cuando ya no desea seguir al teléfono. No aclaró si asistiría al entierro. Tapia pensó que tal vez no iría, y de antemano la comprendió. Poco después, al cortarse la comunicación, discurrió en su fuero interno que había hecho bien en llamar. «Debía ser yo —se dijo—, su pata del alma, quien le diera la mala noticia, evitándole así que se enterara por los diarios o alguna otra vía».

Al día siguiente, tras un inexplicable proceso mental, Tapia dio por hecho que ella no iría al entierro. Pero Noemí fue. Apareció justo en los momentos finales del responso.

CAPÍTULO XII

Eran mediados de junio y hacía frío. El cementerio, nuevo, con verdes jardines, quedaba en el largo trayecto hacia las playas del sur. Por la autopista, durante el típico y deprimente cortejo de autos con las luces encendidas, el mar mostraba un color gris metálico. No había gaviotas, pero sí pelícanos hambrientos rondando los barcos. Muchos pedestales de anuncios estaban desnudos, como esqueletos, cosa común en los húmedos meses fuera de temporada. El entierro de Luis Alberto congregó a unas ochenta personas.

Todos vestían de oscuro o de negro, como de costumbre, y Tapia, también como de costumbre, se entretuvo mirando las caras atractivas de las mujeres. La más atractiva era la de Anita, la hermana de su amigo, así como las de dos de sus primas, a quienes conocía desde sus tiempos escolares, aunque él no las veía a menudo. En todas ellas se insinuaba el sonrojo de la buena salud, pero también la tenue huella de la melancolía. Las demás caras, demudadas, eran simples caras de deudos. Caras tristes, como una garúa limeña.

—Despidamos ahora a nuestro hermano —dijo el cura con la impostada voz de los ritos fúnebres—. Luis Alberto ha pasado a mejor vida, pues el Señor lo recibirá en su reino.

Avistando el ataúd, suspendido ya sobre el hueco de la tumba, la mayoría de asistentes se persignó. La madre, el padre y la hermana de Luis Alberto ocupaban el lugar central, justo enfrente del cura, que en esos momentos lo rociaba todo con agua bendita. Los presentes, incluyendo ahora al trémulo y emocionado Tapia, intuían que la ceremonia pronto llegaría a su fin. Y fue ese el momento en que, desde lejos, muchos vieron llegar a Noemí.

A buen paso, aunque con levísimos desequilibrios por cruzar el césped con zapatos de tacones altos, Noemí se aproximaba al entierro. Vestía un sastre oscuro, un pañuelo de gasa en el cuello, y llevaba la cabeza alta y la expresión tímida, mientras su mirada se fijaba tenazmente en el ataúd. La madre, la hermana y varios familiares de Luis Alberto la miraron, unos de soslayo, otros abiertamente, y hasta se miraron entre sí. «¿Quién es?», se oyó un extrañado susurro. El cura opacó aquellos cuchicheos con un recitativo en latín.

Tapia se percató de su presencia solamente cuando Noemí estuvo a cinco metros del grupo de deudos. «Joder, esta hembra tiene la cara más atractiva», pensó. Sin embargo, enmendó de inmediato su apreciación. «Pero no solo la cara —rumió—, también el cuerpo, las caderas, la cintura, los senos, todo. Es una mujer hermosa, despampanante». Y en esas deliberaciones cayó en la cuenta. «Caray —masculló—, es Noemí, no la he reconocido. Luis Alberto, ¡esta sí que es una despedida en forma! ¡Es tu puta linda, está aquí, viene a verte!».

Los pocos minutos en que esa deslumbrante aparición se encontró frente al ataúd atrajo muchas miradas. Por las mejillas de Noemí corrían lágrimas. Sostenía un ramito de violetas frescas a la altura del vientre y no cesaba de escrutar el ataúd. Cuando este empezó a descender y todos los familiares cercanos le echaron flores encima, ella también arrojó su ramito de violetas. Fue la última persona en soltar flores sobre el ataúd. Tapia detectó que la

hermana de Luis Alberto, atónita, observaba insistentemente a la desconocida.

—¿Quién es? —se leía ya en los gestos de muchos, en especial los tíos del difunto.

La respuesta no les llegó, pues en menos de dos minutos Noemí retrocedió unos pasos y enseguida dio media vuelta, retirándose y dejando a todos en la incertidumbre. No se quedó para el intercambio de abrazos. El tío Jano, junto con Tapia y otros amigos, se volvieron por completo mientras Noemí partía. Ella, aunque siempre a buen paso, emprendió un rumbo errático, como si hubiera olvidado por dónde era el camino de salida. Primero enfiló sesgadamente hacia la derecha y luego se dirigió hacia la izquierda, mas de pronto, como si estuviera confundida, avanzó de nuevo hacia la derecha. Tan solo cuando ella osciló otra vez de derecha a izquierda, hasta alcanzar la salida a la autopista, Tapia recordó una vieja charla con Luis Alberto sobre Rosaura y sus hijos en el cementerio de su pueblo.

Noemí, como su madre, se apartaba de la tumba de Luis Alberto caminando en zigzag, con el objeto de que el muertito que tanto la había querido en vida no la siguiera. Doña Sofía, sin duda, había logrado pulir de maravillas aquel diamante. Pero las supersticiones tienen raíces profundas y asoman desde el fondo del alma, como fierros oxidados; no son fáciles de remover ni de limar.

Cuando Noemí desapareció para siempre, Anita se acercó al chueco Tapia.

—Jorgito —dijo, agarrándole un brazo—. ¿Tú conoces a esa chica?

El chueco miró la anhelante expresión de Anita y respondió:

—No, Anita. No la conozco.

Y un rato después imaginó que su amigo muerto le sonreía desde alguna parte.

Pasados los años, derrocado Fujimori por la indignación y la votación popular, Tapia releyó todas las libretas de Luis Alberto y buscó a Noemí. Le fue muy difícil encontrarla, consumió casi dos meses haciendo pesquisas, pero al final dio con ella. Se había mudado nuevamente (a un distrito más aburguesado, «en algún lugar de Lima»), y, por cierto, seguía siendo una mujer hermosa; la madurez le sentaba espléndidamente. Cuando Tapia la vio (ella pactó la cita en La Tiendecita Blanca), recordó de súbito el título de una pieza teatral de Luigi Pirandello, Seis personajes en busca de autor. El amigo de Luis Alberto, animoso, se dijo que Noemí era un personaje que andaba buscando autor.

—Quiero escribir sobre ti —le confesó Tapia, conmovido—. No puedo seguir viviendo si es que no escribo sobre ti.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Porque pienso que es algo que le debo a mi amigo. Él te quería en sus manos, aunque también te quería «escrita», ¿me entiendes? Necesito hablar contigo, unas pocas sesiones. Mira —vaciló—. No sé cómo salga de todo esto, ni sé si seré capaz de darte vida en un libro, pero creo que debo intentarlo.

—Está bien, Jorge —sonrió Noemí—. Pregúntame lo que quieras, pero te cobraré cuarenta soles cada vez que nos veamos.

MIRAFLORES, JUNIO DE 2006

*No esperes por el juicio final.
Se lleva a cabo cada día.*

ALBERTA CAMUS

*Lámalo una cuestión de valores.
Una cosa es ser un hijo de puta
y otra un conchasumadre.
(OÍDO EN UNA CALLE de LIMA)*

Todos imaginan lo que la gente como nosotros hace con su tiempo; todos pintan las cosas en trazos rápidos y directos. Las calles, las noches frías, las nubes de vapor que nos salen por la boca. Nos miran de reojo y creen saber quiénes somos y qué andamos buscando. Pero, en verdad, nadie sabe lo de nadie.

—Aquí nomás, maestro —me dice un pasajero.

—¿En esta esquina?

—Sí. Cóbrese.

Y suelta unas moneditas. Entonces ocurre algo por lo cual uno se cansa de que le vaya mal. O quizá deba decir, algo de pronto me obliga a que piense: «Yo quiero..., yo necesito... que me vaya bien».

CAPÍTULO I

Aquí, en esta ciudad, estamos hechos para odiar a la gente. Si alguien te adelanta con el auto, lo odias. Si alguien tiene trabajo, o más dinero que tú, o una mujer más linda, o peor todavía, si alguien tiene el descaro de hacerte ver que está más o menos contento en la vida, termina siendo odiado en cosa de instantes. Este odio, antes que un sentimiento, en el que muchos suelen mezclar la admiración y el desprecio, es una censura. Sin embargo, siempre se expresa como odio. Y vivir así, entre tanta inquina y reproches, no es fácil. Pero algunos limeños, en fin, tienen la piel dura y se las arreglan. Alberto, por ejemplo.

Anoche un fumón le puso un revólver en la cabeza y le robó el auto.

Naturalmente, el pobre odió su mala suerte, odió al mundo, odió la terca estupidez de creer que alguien está en condiciones de salir adelante a costa de trabajo y dedicación. Odió, sin límites, a cada miserable de Lima que permite que eso suceda. Y es que, a decir verdad, no solo se habían llevado su dinero y el auto, su herramienta de trabajo, sino sobre todo varios años de esfuerzos y ahorro, años de soñar que de veras existe un futuro.

Futuro. Qué palabreja. Cuando Alberto era un niño, se la repetían todo el tiempo sus padres y los profesores del colegio como si fuera una meta alcanzable. Ahora, ya sabiendo que el presente es lo único que importa, el futuro solo significa minimizar los riesgos.

Alberto es taxista, por la mala voluntad del capitalismo salvaje y no porque le agrade andar por ahí dando vueltas. Manejar es lindo si uno se va de paseo o sale con su chiquilla, pero pegarse un sentón de doce horas diarias oliendo el monóxido de las combis y esquivando a tanto analfabeto al que le dan un auto es distinto. Eso es mierda seca con pelos. Alberto acabó haciendo taxi porque le hicieron reingeniería. ¿Qué significa eso?, preguntó. Alguien, muerto de vergüenza, le dio explicaciones. Un moderno plan laboral para obtener el máximo de rendimiento con el mínimo de recursos. Con la reingeniería lo sacaron de carrera. Tú eres un recurso prescindible, hermano, chaucito.

Así que sigan sumando. Aquí también perdió años de esfuerzos, sin importar que en tres ocasiones hubiera sido ascendido y felicitado por su desempeño en la oficina, y hasta dejó de pensar con orgullo en esos otros años por los que, estudiando de noche y durmiendo mal, le entregaron su diploma de contador. ¿Qué pensaba ahora de ese cartón?

—Nada —le dijo Alberto a Rosa, su mujer—. No sirve de nada —y decidió invertir su indemnización en comprar un auto para trabajarlo de taxi. Quería un buen auto, que le durase, y por ello gastó también la reserva de su mujer, que no era mucho, pero ayudaba, aunque no alcanzó para el seguro.

Y ahora les robaban el auto. Alberto y Rosa, pues, estaban en la calle.

La pareja, en los últimos meses, iba de mal en peor. Vivían en las escarpadas lomas de un cerro, en uno de tantos barrios del cono norte, con pocas pistas asfaltadas y nubes de polvo, aunque contaba con luz, agua y desagüe. Antes habían vivido en Breña, un distrito modesto, ocupando la azotea de la casa del padre de Rosa. Allí estuvieron tres años. Breña, al menos, quedaba en plena ciudad. Luego, sin muchos miramientos, la familia les pidió que se fueran. Las hermanas mayores de Rosa parían niños cada

año, y ya la casa, perdónanos Rosita, nos está quedando muy chica. Ustedes son jóvenes y sin hijos.

Era cierto. Alberto y Rosa no tenían hijos. Ella había querido tenerlos, pero nunca quedaba preñada. Consultó a un médico y este le dijo que con un breve tratamiento lo conseguiría. Pero no insistió. Alberto, además, le proponía esperar por tiempos mejores.

En cuanto al auto, tras haber pasado cinco días a la deriva, asentando la inútil denuncia en la comisaría y buscándolo desesperadamente por las calles, lo dio pronto por perdido, siguiendo el consejo de un vecino que lo empujó a que se buscara otra cosa.

—¿Tu carro era Toyota Station? —preguntó.

—Sí —dijo Alberto.

—¿Color blanco?

—Blanco, sí.

—Bueno, viejo, de esos hay miles, incluso más que Ticos. De modo que empieza a olvidarlo. Ya ha de estar canibalizado y hasta vendido por partes, como repuestos.

Los tiempos mejores llegarían porque Alberto decidió aplicar una variante de la reingeniería a su desgracia. «El máximo de rendimiento con el mínimo de fatiga —se dijo—. Así también piensan los hombres de empresa». La decisión la tomó en un grifo, donde, al comenzar la jornada, él y otros taxistas acudían a revisar el auto, echar gasolina y comentar las novedades del día. Alberto ya no tenía auto para llenar el tanque. Pero sí un cerebro sediento de ideas. Y una idea, de pronto, lo invadió y le rebalsó el cráneo, justamente durante la noche en que oyó el rumor de un negocio rentable que podía estar al alcance de sus manos.

Alguien, leyendo un diario, habló entonces de borrachos dormidos, y otro sujeto, no recordaba quién, insinuó que Raimundo sabía de eso. Raimundo, un zambo que vestía camisas llamativas y a quien conocía de hola y chau, era un taxista de Los Olivos. Todos eran taxistas nocturnos, incluyéndose él mismo. Alberto había sopesado los pros y contras de su horario laboral. Lo bueno era que en las noches no se tragaba mucho tráfico y la máquina consumía menos combustible. Lo malo era que, si no estabas mosca, te cagaban la vida. Y eso, sin duda, lo sabía él. Nadie tenía que darle mayor detalle.

—Raimundo —dijo Alberto aquella noche, misterioso, tomando a su colega de un brazo y llevándolo hacia un aparte—. Necesito hablar contigo.

Raimundo era un tipo avisado, pero simpático y lleno de quimbas.

—¿Qué pasa, hermanito? ¿Te me vas a declarar?

—Enséñame.

—¿Qué?

—Quiero que me enseñes —le dijo Alberto.

—¿Que te enseñé qué?

—Lo de los borrachos.

Súbitamente sofocado y sacudiendo la cabeza, el taxista puso una exagerada cara de desconcierto y confusión.

—¿De qué me hablas, Alberto? No te entiendo.

—Tú me entiendes, negro. Necesito que me metas en tu chamba.

—¿En qué chamba?

—En la de los borrachos, pues.

—¡Oye, tú estás loco, carajo! ¿Qué has comido?

Mirándolo fijamente, Alberto insistió. Agitado, sin saber adónde fugar, el taxista asediado comenzó a fruncir el ceño.

—Tú sabes, hermano.

—...

—Sabes que estoy de malas. Dame una mano.

—Oye, viejito...

—Además, todos dicen que tú eres el mejor en el ramo... El más capo.

Fue entonces cuando Raimundo borró de su semblante el gesto de desentendido y esbozó dos breves sonrisas nerviosas. Alberto había tocado una fibra sensible.

Ganado por la vanidad, tan pronto se enteró de que mucha gente lo consideraba «el mejor en el ramo», Raimundo le dedicó una mirada analítica, como evaluando si acaso había tropezado con un soplón. Decidió que no. Hacía meses que veía a Alberto junto a sus amigos taxistas y, si bien casi nunca charlaba con él, le daba buena espina. Pero una cosa era tener una buena impresión, de puro intuitivo, y otra pegarse una calateada en plena calle.

Alberto, en efecto, se estaba refiriendo al secreto que Raimundo y otros de sus yuntas tenían bien guardadito. Ellos, de manera regular, solían buscar pasajeros lo suficientemente pasados de copas para que se les durmieran en el auto. Luego, desviándose del destino hacia donde debían dirigirse, los entregaban en dos o tres huecos, que eran guaridas de reducidos y ladrones de poca monta. Vendían borrachos. A veces, si tenían suerte, ganaban en una noche lo que otros taxistas sacaban en dos semanas.

—Este es un negocio para hombres —murmuró Raimundo.

Alberto lo miró fijamente a los ojos:

—Dime lo que tengo que hacer.

—No, hermano. Para esto hay que tener temple.

—Pruébame. No te voy a fallar.

—Hablemos otro día.

—¿Por qué otro día? Hablemos ahora.

Tomando aliento, Raimundo volvió a las quimbas, estirando las piernas y girando la cabeza, como si fuera un atleta calentando para correr una maratón. Finalmente, tras hacerse de rogar unos minutos, accedió a iniciarlo en el negocio.

—¡Putita que eres ladilla, Alberto! —rezongó—. Pero ya, caray, está bien, te voy a probar. Si te va mal, eso sí, tienes que mantener la boca cerrada. De lo contrario, te jodes con nosotros, ¿está claro? —Alberto asintió, escuchándolo con suma atención—. Primero te voy a adiestrar en las mañas. Esto es bien solapa, hermano. Te hablo de un secreto de secretos —y acto seguido le contó en rasgos generales la práctica de la venta de borrachos, desde el levantamiento de la víctima hasta el bolsiqueo previo y la comisión por venderlo.

Ambos se sentaron a la mesita de un quiosco y pidieron café.

—Se trata de robar y vender borrachos —continuó Raimundo, ya dispuesto a dictar cátedra—. Mira, tu chamba consiste en dar unas vueltas de más con el taxi y esperar a que el borracho se duerma. Para eso puedes usar música, boleros y algunas vainas clásicas. A mí me va muy bien con Chopin. Ese pata da sueño. Los casetes los venden a precio huevo en un mercadito del centro. Más fácil, imposible. Y una vez que el borracho baja la cabeza, lo cacheas, luego le limpias el billete y al final vendes el resto. Esta es una forma de sacarle partido a todo, sin mancharte las manos ni dejar pistas... Sería muy raro que el tipo pasado un tiempo se acuerde de ti, pero si tú te quedas con un encendedor de oro o un reloj fino podrías ganarte un canazo. De ahí que lo mejor sea vender al borracho.

—¿Y a quién lo vendes?

—A varios huecos de fumones y otras ratas, que están llenos de compradores. Te dan entre quince y veinte soles, según lo que ofrezcas. Un choborra vale por su ropa, sus zapatos, sus adornos personales y, sobre todo,

si se trata de alguien solvente, por sus tarjetas. Hoy encuentras hartos huevón con tarjetas de débito y crédito.

—Esa es la parte peligrosa —se inquietó Alberto.

—¿Cuál?

—La de los huecos.

—Más o menos —admitió Raimundo—, pero yo tengo gente segura. Son tipos bien maleados, claro; si no, no serían seguros. Pero no les juegues sucio... Por lo demás, ellos esperan sentados. No olvides que tú eres el proveedor.

—Hay algo que no entiendo —dijo Alberto—. Tú hablas de limpiar el bille. ¿Te llevas todo?

—¡Nooo, pues, hermano! —Raimundo desorbitó los ojos—. Solo la mitad. De la otra mitad, la gente del hueco te da una comisión. Generalmente pagan veinte mangos, el equivalente a cuatro carreritas. Pero si el choborra carga trescientos o más, cambia la cosa. Tú te habrás ganado una tajadaza y además la gente del hueco te soltará una comisión respetable. Por lo menos cincuenta mangos.

—¿Ellos no saben que tú ya los pelaste?

—No.

—¿Y eso no te preocupa?

—No estás llevándole un misio. Si te toca un pata con la billetera vacía, basta un par de cachetadas y se acabó el asunto. Lo obligas a bajar.

Alberto se rascó el mentón:

—¿Y qué pasa si el borracho despierta justo cuando lo pelas?

—¡Nada! —dijo Raimundo—. No olvides que él está borracho y que tú tienes una buena excusa. Bien puedes decir que buscabas un documento para averiguar su dirección. Podrías molestarte e incluso recriminarlo por dormirse, por hacerte perder el tiempo o por ensuciar los asientos... Ahora

bien, hay otras mañas más pendejas. Y con estas, por si acaso, es necesario tener cuidado.

—¿A qué te refieres?

—Encontrarás dos tipos de borrachos. Los que caen muy rápido, y los otros, que son como muñecos porfiados: viajan dormitando y luchan por mantener los ojos abiertos. Para estos últimos, tengo una vieja receta.

—¿Qué?

—Cloroformo.

—¡Putá madre!

—No te asustes —rió el maestro—. Es droga blanda.

—¿Y qué haces?

—Simple. Antes de pelar la billetera, le acercas el cloroformo en un pañuelo. Y cuando el tipo afloja, lo aprietas contra su nariz. Queda un rato adormecido.

—Habrás una dosis, me imagino.

—Depende del peso. Si el borracho es alto y gordo, echas más. Pero no puedes pasarte de tiempo: darle a oler mucho es peligroso. Tenemos un amigo asistente de anestesista, que trafica sedantes; él me asesora.

El zambo Raimundo las sabía todas. Llevaba un año en el negocio y, fuera de cuidar al milímetro los detalles del *modus operandi*, se obsesionaba con la seguridad. Nunca te juegues la vida, decía. Lo primero, hermano, es aprender a reconocer los bultos bajo la ropa, dado que como están los tiempos mucha gente lleva una pistola al cinto.

—¿Una pistola?

—Sí.

—¿Lo desarmas?

—¡Ni de vainas! —hizo un ademán precavido—. Algunos, sí, pelan la pistola y siguen p'adelante. Yo no. Yo prefiero salirme del borracho. Lo

despierto y le pido que se baje. Y si se pone bravo, lo llevo adonde quiera. Con las armas no se juega.

De la teoría, Alberto pasó a la práctica.

Tres días le tomó estar en condiciones, pues se le hizo difícil hacerse con un taxi. No conseguía carro prestado, ni menos carro de alquiler, sin dejar un depósito en garantía. Pero al cabo, consultando aquí y allá, encontró a un primo que tenía un amigo caído de fondos y que, para nivelarse, alquilaba su taxi por las noches. Consiguió un Nissan.

—Ven esta noche —lo animó entonces Raimundo.

—¿Adónde?

—A la avenida La Marina. Allá hay mucha juerga.

Y Alberto se presentó donde le dijeron. Así empezó todo.

¿Por qué lo hice?... Quién sabe. Pienso que en esas circunstancias me encontraba desalentado, o simplemente molesto, aunque luego reconocí que quizá también me sentía triste, aburrido, confuso, sin amigos, y además veía con preocupación que todas las puertas se me cerraban. De cualquier forma, una vez que empecé, seguí en esto, pero sacándole ganancia. Y después fue difícil parar.

«Solo se trata de un giro distinto en el trabajo», me dijo Raimundo cuando salimos a mirar cómo estaba la noche.

No lo discutí. Por el contrario, para darme fuerzas apelé a una fórmula particular que nunca falla: recordé mis peores momentos. Luego, a ojos cerrados, los confronté con la sonrisa de la persona que más quiero. Esto ayudó mucho.

CAPÍTULO II

La avenida La Marina era entonces la zona más comercial de Lima. En el día, al vaivén de excitadas multitudes, exhibía un efervescente conglomerado de bancos, tiendas, restaurantes y grandes almacenes. Pero de noche, desde muy temprano, estallaba en un esquizofrénico resplandor de multicolores luces de neón, por lo que el paisaje urbano, atiborrado de casinos, bares y discotecas, se debatía entre un modesto remedo de Las Vegas y las pretensiones de un pueblucho tex-mex norteamericano. La avenida La Marina, no obstante, quedaba en el Perú y sus nocturnos parroquianos andaban más que picaditos.

Por ahí, aplicados y celosos, los taxistas cortejaban pasajeros. Hacían rodar lentamente sus vehículos a lo largo de más de dos kilómetros, siguiendo por tramos a los peatones, o bien tocándoles bocina para ofrecer sus servicios. Instalado en primera fila, con paciencia de cazador, Raimundo le explicaba mientras tanto a su discípulo la diferencia entre un pata picadito y un borracho que se perfila como «candidato».

—Ese de ahí promete, Alberto —cachaciento, risueño, el maestro alzó una ceja en dirección a un sujeto de saco y corbata que salía de una disco—. Mira nomás. ¿Te das cuenta? Ya le cambió la cara. Ahorita nos baila «La batea» —y rimó su frase con el estribillo de aquella vieja canción—: *Cómo se menea... el agua en la batea...* ¿Sabes por qué?

Alberto aguzó la mirada, presumiendo el motivo.

—¿Por el aire? —preguntó.

—¡Bueeeena, hermano! —aflautó la voz Raimundo—. Te funciona bien el coco. Eso es exactamente lo que sucede: ¡el aire! Salió de un local cerrado y lo agarró el aire. De un momento a otro estará zampado... Fíjate, ya está mirando la calle.

Inflando el pecho, en su afán de evitar que lo vieran desmadejado, el borracho que estaba en la mira se mostró repentinamente erguido.

—Acércate —dijo Raimundo.

Alberto arrimó el auto a la acera y se dejó abordar. El borracho subió, farfullando una dirección en Monterrico. Y no bien transó la tarifa —ocho soles, debido a la distancia—, el taxi arrancó. Fueron cinco minutos de conducir y mirar por el espejo retrovisor, a la espera del primer ronquido, y luego, tal como los socios convinieran, paró cinco segundos en una esquina. Raimundo, que lo seguía en su taxi, le habló de ventanilla a ventanilla:

—¿Ya está?

—Sí —replicó Alberto.

—Bueno, ahora sígueme tú.

Enderezaron hacia La Victoria, barrio tenebroso, y, previo guiño de luces, los taxis estacionaron en una callejuela. El borracho tenía un sueño pesado. Luego, espulgados sus bolsillos, Alberto mostró sus pertenencias y sacó la mitad de su efectivo. Sesenta soles en billetes de veinte. Raimundo hilvanó una mueca de aprobación.

—Les va a gustar —dijo—. Tiene tarjetas y cadena de oro al cuello.

Acto seguido, hizo una llamada por su celular y, diez calles más adelante, al entregar al borracho, el maestro presentó a Alberto como un nuevo proveedor.

—Es un buen amigo —les dijo.

Los dos individuos del hueco, callados, vestidos de negro, eran la caricatura del hampa de mala catadura. Un cholo alto y corpulento, y un mulato cuadrado y con cicatrices en la frente. Sus miradas cortaban como navajas de afeitar. Examinaron al novato con desdén, y de inmediato, con dotes de prestidigitadores, revisaron a su presa.

Eran delincuentes con tarjeta. El más bajo de estatura, que era el jefe, pagó la comisión al novato y le entregó su tarjeta. Allí solo figuraba un número de celular.

—Llama cuando tengas carga.

Serio, quieto, inexpresivo, Alberto asintió. Antes de despedirse, mirando de lejos al novato, los compradores cuchichearon algo con Raimundo. Por eso, cuando los taxistas se reencontraron más tarde en la avenida La Marina, Alberto preguntó:

—¿Qué te dijeron?

—Me opinaron de tu aspecto.

—¿De mi aspecto?

—Sí. Dijeron que servías para el trabajo, pues tienes cara de huevón.

Alberto frunció el entrecejo. Con ese comentario, según Raimundo, ellos querían decir «inspiras confianza» o «no levantas sospechas». Mediana estatura, ni cholo ni blanco, o ambas cosas pero bien combinadas, y más o menos con buena cara. «Como yo, hermano, que soy un zambo alegre y sociable», acotó Raimundo con una espectacular sonrisa.

Y esa misma noche, pasadas las tres de la madrugada, Alberto acompañó dos veces a Raimundo a llevar borrachos a otros huecos, y, en el trayecto de regreso, tomando por un desolado rumbo, vieron a un hombre en bividí y calzoncillos durmiendo la mona en plena calle. «Mira ese calato, compadre —le dijo el maestro—. Cliente nuestro, seguro».

Todo marchó bien en las siguientes dos semanas, y en ese lapso, descontada la plata destinada al alquiler del taxi, Alberto pudo llevar al fin regular dinero a su casa, pero una noche, recogiendo a un borracho de mirada triste, le tocó el huachito premiado, una abultada billetera con la quincena completa. Se embolsó mil soles, y luego, por la comisión del hueco, otros cien más. Había cuajado un negocio redondo, en efecto, pero estuvo a un pelo de que le cortaran el cuello. La gente del hueco lo persiguió y lo cuadró.

—¿Cuál fue el problema? —se alarmó Raimundo.

—Les vendí un muerto —dijo Alberto, cabizbajo—. Al borracho que llevaba le dio un infarto y no me di cuenta. El tipo mancó. Ellos tampoco se dieron cuenta cuando lo saqueaban, pero después, me imagino, a los dos minutos de haberme ido, lo verían pálido y tieso. Cuando yo le pelé mi parte, en todo caso, todavía respiraba.

El momento fue de veras tenso. Una moto con dos sujetos lo cerró abruptamente y él enseguida reconoció a la gente del hueco.

—¡Baja, mierda! —tronó el mulato, asomándose a su ventanilla. Él no entendía nada. Gramputeado de lo lindo y sacudido de las solapas, lo bajaron del taxi con un vehemente jalón y le pusieron un cuchillo en la garganta, justo debajo de la barbilla.

Creían que les estaba enchufando un crimen o algo parecido.

—¡Tú nos quieres cagar!

—¿De qué hablan?

—¡Tu borracho está frío, imbécil!

Entonces Alberto se aterró. Se asustó tanto que en el acto empezó a gritarlos e insultarlos, temblando de furia. De hecho, sí, esa reacción lo salvó.

Mezclado a los insultos, conjuró equívocos y sacó argumentos a su favor.

—¡Qué tal concha, carajo! —increpó a todo tren—. ¡Ustedes tendrían que pagarme el doble de comisión! ¡Ese borracho no va a patalear, ni se

despertará cuando le quiten su ropa! ¿Acaso ustedes no pagan más cuando el borracho está privado? ¿De qué se quejan? ¡Con esta carga están boyantes! Han sacado mucha plata, ¿no?

Conteniendo su rabia, los tipos del hueco se desconcertaron. En ese trance, debido a la turbación y la sorpresa, podría haber pasado cualquier cosa, pero tras unos instantes de intervalo, que fueron vertiginosos segundos de reflexión, lo miraron con asco:

—¡Estás enfermo! —le dijo el jefe del hueco.

Alberto le sostuvo la mirada.

—¿Quieren que siga trabajando? —se limitó a preguntar.

Contestaron afirmativamente con un silencio, porque de inmediato lo soltaron y le dieron una palmada antes de subir a la moto y largarse.

—Fue duro, negro. Casi me chifan.

La cara de Raimundo equivalía a un orgasmo de júbilo. No solo se mostraba sumamente asombrado, sino que desbordaba aspavientos de entusiasmo.

—¡Has vendido tu primer fiambre! —exclamó—. ¡Eso no lo había hecho nadie, viejo! Ahora sí que te ganaste a esa gente. Y también nos hiciste ganar a nosotros. Ellos tienen que saber que nuestro gremio está en línea y no cree en huevadas. Se te murió el borracho, cosas que pasan, así es la vida. ¿Y qué?... Nada, pues. Aquí uno hace su chamba.

Raimundo difundió la noticia entre los otros taxistas del negocio, y todos, cuando se reunieron en el grifo, festejaron a Alberto. Su incidente afianzaba la seguridad del grupo.

Pero habría alguien más, fuera de la gavilla de taxistas, que se llevaría una sorpresa mayor. Rosa. Una muchacha dinámica, esbelta, ni fea ni bonita, aunque llena de vida, pero golpeada por la adversidad, ese monstruo cuyos colmillos son las penurias económicas.

A la mañana siguiente, cuando ella se ponía el uniforme para irse a trabajar, Alberto le entregó un fajo de dinero en billetes de cincuenta y cien. Su mujer lo recibió, tocando cada billete, mirándolos como embobada, y de pronto las lágrimas empezaron a correrle por las mejillas. No preguntó nada. Intuía que ese dinero no podía tener un origen honesto. Pero lo aceptó, como los desesperados admiten una caricia, como los náufragos se abrazan al madero para seguir a flote. No tenía alternativa. Alberto, de su lado, tampoco dijo nada. No habló sobre el incidente. «Tuve una buena noche», murmuró apenas. Y es que ambos, sin duda, sabían que esa plata serviría no solo para llenar la despensa y pagar sus deudas, sino también para arreglar muchas cosas: vivir mejor, pelearse menos, sonreír seguido.

—Si las cosas siguen así, pronto podré ahorrar una platita para comprar lo que hemos perdido —dijo Alberto—. Comprar carro nuevo.

Rosa se despidió dándole un rápido beso.

—Estoy justa con el tiempo —dijo poniéndose la casaca y la gorra de policía—. Hoy toca operativo de tránsito.

Alberto sintió que en ese momento ya no odiaba tanto al mundo.

Óyeme, Rosa, no te olvides de lo esencial. Cuando la gente nace, lo primero que necesita es aire. Comenzamos a vivir gracias al aire que respiramos; eso nos mantiene vivos. Sin aire, nadie viviría mucho tiempo; sin dinero, tampoco. El asunto se pone complicado cuando uno se pregunta: ¿Qué pasa si nos falta el aire? ¿Qué pasa si solamente nos dejan respirar de esta manera y no de otra?

CAPÍTULO III

Dos meses más tarde, la ciudad y sus gentes parecían diferentes. Todo seguía siendo igual, claro. Lima continuaba igual de sucia, hostil e insufrible, pero para los taxistas del negocio tales detalles casi no importaban. Ellos, en su calidad de sismógrafos del bolsillo y del espíritu de la población, notaban el cambio. No solo estaban ganando mejor que nunca. También veían que el país mejoraba. Y, bueno, no era que la pobreza hubiese desaparecido, pero de hecho esta disminuía en algunos sectores, ya que circulaba más plata, había menos sensación de agobio y reinaba un estado de ánimo entre optimista y exultante.

—¡Hay más borrachos que nunca! —le comentó Juancho a la gavilla de taxistas, en el grifo Los Olivos—. Yo creo que esto se debe a Toledo, y, claro, también a Alan, que ahora sigue los pasos del cholo, ¿no creen? En mi opinión, la economía mejora.

—¡Claro que mejora! —terció Carlos, haciendo alharaca—. ¡Y por eso todo el mundo está chupando como loco! ¡Cuanto más chupe la gente, mejor pa' nosotros!

Juancho y Carlos eran los otros taxistas de la partida. Juancho venía de la selva, de Iquitos, y Carlos, nacido en el Callao, era Carlo Tomassini, nieto de genoveses, pero todos le decían Carlos con s. Alberto los conocía del grifo,

aunque en un principio no tenía idea de que ellos participaban del negocio. Eran tipos que desconfiaban hasta de su sombra.

—Discretos y con cojones —los había definido Raimundo, días atrás, poco antes de comunicar al resto de taxistas que Alberto sería un nuevo socio—. Cada uno conoce bien su territorio, pero lo importante es la buena madera: son leales, derechos.

Los territorios, o cotos de caza, eran zonas de bares y diversión en distritos distantes unos de otros: La Marina, Barranco, Miraflores, Los Olivos. Y desde tales puntos todos se dirigían hacia los huecos, la mayoría situados en La Victoria, o en un barrio colindante y mejor puesto, Balconcillo, aunque con zonas tugurizadas. Alberto, que ya tenía una cierta influencia por su historia del fiambre, sugirió que los territorios debían turnarse.

—¿Por qué? —preguntó Juancho.

—Para no dejarnos ver —contestó Alberto—. Cuando haya problemas, que ojalá nunca ocurran, lo mejor es que nadie te recuerde, ¿no? Eso dice Raimundo.

Raimundo estudió la idea a regañadientes, ya que notó que ninguno quería soltar prenda sobre su zona. Juancho cargaba en Barranco, Carlos en Los Olivos y Raimundo en La Marina. Miraflores, donde todos habían trabajado tentativamente y por poco tiempo, era un coto de borrachos con buen billete, pero francamente difícil. Allí abundaban policías, serenazgos, guachimanes, y además había cámaras secretas de vigilancia. Muchos ojos estaban pendientes de lo que sucedía en la calle. Por eso, como novato, se la ofrecieron a Alberto. Los nuevos, para hacerse un sitio, deben comerse el toro grande. Su aprendizaje, de la mano de Raimundo, lo había hecho en La Marina. Pero este luego lo sacó del camino y le dijo: «Oye, viejo, tu zona es Miraflores. Trabaja por ahí y después me cuentas».

Cambiarían de opinión, ni que decir tiene, cuando llegaron los problemas. Aunque estos, curiosamente, no surgieron por la repartición de zonas, que parecía el flanco más vulnerable. Los problemas saltaron por otro lado, por uno de los huecos, y ello se debió a un flagrante descuido en la seguridad, algo de hecho estúpido y que también Alberto les hizo notar.

—Nosotros sabemos a qué fono llamar y cómo llegar a la gente de los huecos, ¿no es cierto? Y ustedes creen que, de presentarse problemas, estaremos protegidos, porque ellos ni siquiera saben nuestros nombres y que por eso no podrán llegar hasta nosotros. Bueno, yo creo que se equivocan. Ellos sí pueden encontrarnos.

—¿Cómo? —interpeló Carlos.

—Por las placas de los autos —dijo Alberto—. Algo elemental.

Varios taxistas pusieron cara de haber sido pescados en falta.

—¡Chucha, Alberto! —exclamó Raimundo—. Tienes razón.

—Pensamos en todo, y se nos ha pasado una cosa tan básica, tan cojuda —dijo Carlos.

—Esto hay que arreglarlo —terció Juancho.

—Solo hay una manera —razonó Alberto—. Deberíamos ir pensando en conseguir huecos nuevos. Existen muchas alternativas, miles de tugurios y callejones para escoger, donde habría que llegar con placas falsas. Estas se pueden poner y sacar en cosa de segundos. El cambio de placas lo haremos al limpiar al borracho.

Todos estuvieron de acuerdo en la propuesta y acordaron buscar huecos nuevos, pero los problemas, en aquel azaroso intervalo, les ganarían por puesta de mano.

En las calles del centro, mientras tanto, Rosa andaba ajetreada. Esa semana le había tocado la esquina de Roosevelt y Lampa, un cruceo a menudo

congestionado, colmado de autos, micros, ambulantes y transeúntes, cosa que ya la tenía mareada. Y aquel día, por si fuera poco, el semáforo estaba averiado y hasta se había incrementado la legión de los malabaristas y saltimbanquis. Estos, durante horas, pegaban saltos mortales y pasaban la gorra.

Fue entonces cuando un bonito auto hizo una maniobra temeraria y Rosa sopló su pito. Aproximándose a la ventanilla del piloto, vio que este no llevaba cinturón.

—Doble infracción, señor —dijo secamente—. Usted no debió cruzar de esa manera y además no tiene puesto el cinturón. Brevete y tarjeta, por favor.

El piloto, un hombre canoso y de mediana edad, alegó que el tráfico estaba imposible ese día y que llegaría tarde a todas partes.

—Perdone, jefa, pero llevo media ahora atracado —defendiéndose, el infractor sacó un portadocumentos de la guantera, donde guardaba su tarjeta de propiedad y la licencia de conducir, y enseguida puso por debajo un billete que asomaba sin mayor disimulo—. Y en cuanto al cinturón, le juro que lo llevaba puesto hace unos minutos, como siempre, pero bajé del auto porque otro carro casi me choca —enseñó sus documentos—. Aquí tiene.

—¿Aquí tengo qué? —se irritó la técnico Rosa Chávez—. ¡Cuidado con ese billete! ¿Quiere que lo acuse de soborno?

Comentaba la gente que las mujeres policías no eran coimeras, aunque ya se sabía de muchas que vendían sus rifitas, una forma encubierta de intimidar y sacar la suya. Rosa, de hecho, no era de esas. Y lo demostró rápidamente extendiendo una papeleta por las dos infracciones.

—Vaya, vaya nomás —lo largó pronto.

Pero sus ajetreos no se reducían a lo moral. También pesaba lo físico.

Aparte de tutelar el tránsito, que era trajín de cada día, ella llevaba entonces cursos institucionales, a fin de ingresar al Escuadrón Fénix. Ya

había completado su ciclo en la Esmopol, aprobando con buenas notas, y se aprestaba esa tarde a ejecutar otra prueba de manejo de moto, una pesada Harley-Davidson, con la que podría sumar horas en los reglamentarios meses de prácticas.

Rosa quería conducir moto, con el mismo ímpetu que otras muchachas anhelan ser actrices o surfistas. Le gustaba moverse a regular velocidad y sentir aire en la cara. Y a todo ello, le encantaba el uniforme. Casco, casaca de cuero, guantes, ceñidos pantalones de montar, botas altas.

Ese día, por órdenes del Comando, la prueba se postergó. El instructor recomendaba que las postulantes tuvieran dos semanas más de ejercicios en el patio del cuartel, y asimismo paseos de grupo por las calles, por lo cual Rosa regresó a su casa con el desasosiego de la frustración.

Llegó al anochecer. Sabía que Alberto estaría durmiendo o quizá haciendo compras para su lonchera de la noche. Ella le preparaba la lonchera. Dos sándwiches, una manzana y un termo con café. La pareja tenía horarios cruzados: ella trabajaba de día, desde las seis de la mañana; él, de noche. Ella arribaba a oscuras, y él al alba. Hasta en los días de franco, en los que hacía extras con seguridad ciudadana, Rosa veía a su marido en la noche, entre ocho y diez, o temprano en las mañanas, durante sus apurados desayunos.

No haber rendido la prueba de manejo la traía ansiosa. Y ese ánimo se agudizó tan pronto encontró a Alberto. Ambos se cruzaron en la entrada de la casa. Él aparcaba el taxi al lado de la vereda, justo cuando ella, a cosa de veinte metros, bajaba del micro. Por eso mismo, Rosa advirtió las miradas recelosas de las vecinas, mientras Alberto sacaba del asiento trasero un televisor de pantalla plana, entonces en oferta ante la arremetida de los nuevos aparatos con tecnología LCD. Eran miradas sesgadas. Incluso hubo una señora, de las que solían barrer la vereda a esa hora, que miró y profirió

desembozadamente un admirativo «¡Aaasu!». Rosa la oyó al pasar, sintiéndose incómoda. Ella sabía lo que había detrás de esa esmerada contemplación del vecindario: envidia, toneladas de envidia. Un reconcomio ajeno que acarrea calumnias.

La prosperidad de su hogar la ponía contenta, por supuesto, no lo podía negar, pero también le daba mala consciencia. Ya se lo había dicho a Alberto en tres ocasiones. Y esa noche, tras ayudarlo a conectar la tele en el dormitorio, se lo dijo por cuarta vez.

—Nunca he preguntado qué haces. Tampoco quiero saberlo. Pero haz lo que hazas, esto tiene que acabar en algún momento, ¿no?

—Sí —reconoció Alberto—. Pero ya te he dicho. Antes quiero asentarme.

—Solo pido que no lo olvides.

—No lo olvido.

—A veces... pareciera que sí —subrayó ella limpiando con una franela la pantalla de la tele.

—¿Por qué?

—No sé. Te veo tan feliz... Has comprado licuadora, batidora, ropa para ti y para mí... Yo también estoy feliz, claro. Todo me gusta. Pero me da miedo que te acostumbres.

—Vivir bien no hace daño —sonrió él—. Es el único vicio sano —y oprimiendo un botón del control remoto encendió la tele. Pasaban una estridente promoción. La primera imagen que vieron fue la de tres bataclanas con doradas tangas de lentejuelas bailándole a Magaly, la anfitriona de un sintonizado programa de chismes y farándula—. ¿Qué tal? Se ve de puta madre, ¿no? ¡Fíjate qué nítido! ¡Y mira los colores!

En la expresión de Rosa algo vibró. Era un chispazo de ternura. Y aunque ninguno de los dos supo identificar esa precipitada emoción, ella abrazó y besó a su marido.

—Todos nos merecemos un poco de alegría —susurró Alberto a su oído.

Ella volvió a besarlo y ambos cayeron en la cama. Con la tele encendida, y a medio desvestir, hicieron el amor lenta y suavemente, hasta que Alberto se durmió. Luego, sonó la campanita del reloj despertador. 10 p. m. titilaba en la pantalla luminosa. La tele ya estaba apagada. Él despertó solo en la cama y, tras dar un salto, corrió hacia el baño. Se lavó la cara, se secó y, por unos segundos, miró su pálido rostro en el espejo. En ese momento, como quien compone un retrato de pareja, apareció Rosa a su lado, sosteniendo la lonchera.

—Mañana es feriado —dijo él. Notificaba así que esa noche habría más trabajo.

—Ten cuidado —replicó Rosa, mirándolo detenidamente en el espejo, y enseguida, entregándole la lonchera, lo instigó para que se marchara de una vez.

Raimundo tuvo asimismo sus números premiados: varios huachitos que rindieron dividendos. Los borrachos con dinero caían en las garras de sus depredadores a un ritmo de dos por semana, botín nada desdeñable. Pero Raimundo, a propósito de ello, había ido desarrollando un afán de estar a la vanguardia. Petulante, esclavo de sus jactancias, aprovechaba cuanta oportunidad se presentaba para alardear ante sus compañeros.

—Miren, compadres —decía—, yo me cago en el promedio. Lo que importa es la calidad, no la cantidad. Y ustedes tienen que hacer exactamente como yo: buscar el número entero, no el huacho de consuelo. ¡Busquen el chancacón, que eso es lo que importa!

Así las cosas, una noche, justo la noche aquella en que los taxistas adoptaron la iniciativa planteada por Alberto de rotar sus cotos de caza —el asunto de los huecos nuevos y las placas requería de tiempo y estudio, por lo

que decidieron postergarlo para la semana entrante—, Raimundo se fue de boca y reveló que, unos días atrás, él había multiplicado en un viaje sus ingresos. Alberto y Raimundo estaban juntos, de pie, en el boulevard de Los Olivos (Carlos y Juancho, en esa primera rotación, ya andaban por Barranco).

El propio Raimundo, en plan de husmear, inició el diálogo:

—¿Estás sacando buen bille, no? —preguntó. Alberto lo miró de reojo.

Ambos, tomándose un café, teñidos por la luz de los neones resplandecientes de ese lado emergente de la ciudad, veían a los nuevos ricos, un vistoso gentío que nunca saldría fotografiado en las páginas de sociales o de finanzas de los diarios caros, pero que aparecían en aquellas discotecas con chicas minifalderas bien apretaditas y gastando a manos llenas.

—¿Por qué lo dices?

—No lo digo yo —bufó Raimundo—. Lo grita tu casaca.

—Ah, sí.

—¿Es nueva?

Bebiendo un sorbo, Alberto asintió.

—¿Te va bien entonces?

—Me defiendo —dijo—, aunque cada día hay más gastos... Pero ya estoy ahorrando...

—Yo también la he achuntado —Raimundo desplegó una sonrisa. A todas luces, se moría de ganas de fanfarronear—. Saqué un pez gordo. No sé si era el rey de Polvos Azules o qué, pero el tipo iba forradazo...

—¿Cuánto?

—Dos mil —reveló bajando la voz, pero de inmediato, con una seguidilla de gesticulaciones, agregó—: ¡Y en dólares! ¡Me pelé mil ochocientos!... ¡Con una cantidad así, el hueco pierde! ¡No es posible ir a medias, pues! Esto es un golpe de suerte y escapa a la regla, ¿me captas? De todas formas, les llevé más de lo que te da un huachito normal.

Y en eso, invadiendo la acera, un grupo bullicioso salió de un bar. Varios iban abrazados y lucían facha de «solventes». Antes de sentarse al volante de sus respectivos taxis, Raimundo hizo un diagnóstico resueltamente alentador:

—Ahí están, compadre, ¡serviditos en bandeja!

Pasados diez minutos, tiempo en que unos cogieron su propia movilidad y otros prolongaron las despedidas, cada taxista hizo su levante.

Alberto tuvo mal olfato. Cargó a una presa que parecía solitaria, pero no sería así. Venía con compañero. Dormir a dos borrachos no era aconsejable, de manera que aquel viaje solo reportó ganancias legales.

Raimundo, en cambio, ligó un angelito de destilería.

—¿Adónde va? —preguntó, volviéndose en el asiento.

—Jesús María —dijo el borracho—. Avenida General Garzón, 327.

—Son nueve soles.

—Eeee... tá bien —balbuceó sin regatear.

Y un par de minutos después, Raimundo indagó:

—¿Por dónde quiere que tome?

En vez de oír una respuesta, oyó un sonoro pedo.

El pasajero ya estaba en otro universo. Se hallaba completamente dormido y su hedionda ventosidad de borracho, larga y culebrera, resultó un buen augurio.

Más tarde, en la madrugada, mejoró la suerte de Alberto. Consiguió pelar a un borracho, que representó un ingreso mayor a dos jornadas corrientes. Lo vendió a la mancha del Chino Viejo, un hueco recomendado por Juancho. Su intención inicial había sido entregarlo a Carmelo, el reducidor con el que debutara en el negocio y a quien vendió el fiambre. Pero cuando llamó a su celular, Carmelo no contestó. Se extrañó un poco, sin pensar mucho en qué andaría este, y siguió con lo suyo. Al día siguiente, cuando ordenaba la

cronología de los hechos, los taxistas concluyeron que también esa misma noche le había caído la quinchita al hueco de Carmelo, por lo que, desde entonces, todo cambiaría para ellos.

Lo de Carmelo fue chiripa y mala suerte: una carambola de tres bandas, en la que al menos dos de las bolas entrechocaron con inusitada violencia y terminaron rodando por los suelos. La carambola tenía que ver con Raimundo. Y tenía que ver, además (para repetir las propias palabras de Raimundo), con un tipejo misterioso, «el gordo del maletín verde», uno de sus borrachos.

Con el dinero, como con el clima, mejor no confíes; nunca se sabe qué va a pasar. Eso enseñaba mi padre. Lo primero que nos produce el dinero es alivio. Alguna gente se ablanda con las comodidades y hasta empieza a creer que todo es fácil e incluso seguro. Por eso empiezan los problemas. Jamás hay que pensar así. Nada es seguro, ni fácil. El dinero nos tiende trampas. Hay que mirar a nuestro alrededor y estar alerta; vivir siempre alerta.

CAPÍTULO IV

La calle, previsiblemente, era oscura y nublada. En el aire flotaba un olor a harina de pescado, que sabe Dios de dónde vendría, pero que no se revelaba como buen augurio.

Contra un muro decorado con grafiti, donde destacaba la enorme pintura a espray de una rata con ojazos que miraban enfurecidos, comenzó un lento y cauteloso desfile de sombras. Cholos, zambos, chinos, negros. Era una pandilla de muchachos, mezcla de reguetoneros y barrabravas. Todos vestían largas poleras con capucha, trajinadas camisetas del Alianza Lima, bluyines o bermudas, zapatillas, gorras de beisbolistas. Todos, con miradas duras y brillosas, miraban el final de la calle. Por allí, con pasos decididos, venía hacia ellos otro muchacho de la pandilla, acompañado por un sujeto desconocido.

—Tranquilos —dijo el chico recién llegado, enfrentando al grupo—. Aquí, el men, es diplomado en Luri. Es amigo de mi viejo.

Luri era la abreviatura de Lurigancho, la prisión estatal. Algunos de la pandilla lo escrutaron, otros hicieron la finta de una venia.

—¿Qué busca?

—Pago porque me digan quién le robó a mi hermano —masculló el desconocido, cuyo timbre de voz metálico sonaba intimidante.

—¿Quién es tu hermano? —indagó uno de los chicos.

—Un borracho que dejaron calato en la calle.

—¿Por estas calles?

—A diez cuadras.

—¿Esta semana?

—Sí.

—¿Qué día?

—El viernes pasado.

Dos muchachos hablaron en voz baja entre sí, y enseguida consultaron con alguien ubicado por detrás. Al cabo, el que hacía las preguntas sonrió:

—¿Qué quieres saber, causita? ¿Quién lo vendió o quien lo remató?

—Las dos cosas.

—¿Y qué pasó con tu hermano?

—Está enfermo.

—¿Lo abollaron?

El sujeto negó con la cabeza.

—Pulmonía —dijo.

Los muchachos volvieron a consultar entre sí.

—Danos tres días y vuelve —dijeron después.

Sacando un manajo de «pacos» del bolsillo, el sujeto comenzó a repartirlos. Eran paquetitos apelmazados de clorhidrato de cocaína.

—Dejo esto como anticipo, pa' que se vacilen —dijo fríamente—. Cuando ustedes tengan lo que quiero, habrá más y también algo de plata.

Rugían los motores. En el patio del Escuadrón Fénix, en un tramo escondido entre la plaza Unión y el coliseo del puente del Ejército, trajinaba un contingente de muchachas que postulaba a la policía motorizada. Montadas en motos con uniforme de faena, ellas se sometían a dos nuevas pruebas de destreza: subir colinas y serpentear una serie de obstáculos, conos

anaranjados en fila india. El rugir de sus motores se diluía en un caos de ruidos, bocinazos y autos que zumbaban en direcciones opuestas, procedente de un vecino paso a desnivel.

Tres oficiales hacían la evaluación.

Oficiales y postulantes, pasando por alto la hora del rancho, llevaban ya casi cuatro horas en maniobras. Eran las dos y media de la tarde. Y a ratos, el cielo invernal, bajo y nublado como de costumbre, dejaba asomar chispazos de sol. Brillaban los cromos de las motos, reverberaba la luz en los cascos blancos.

Entre el conjunto de postulantes, Rosa era de las más eficientes y serenas. Sus pruebas de manejo habían obtenido buen puntaje. Claro que no todas tenían el mismo vuelo. Esa tarde, al cabo de tres meses de estudio y prácticas, diez de ellas habían sido descalificadas por los severos instructores, engrosando una cifra acumulada mucho mayor de agentes. Para cien vacantes al año, se admitía a competencia un promedio de mil postulantes.

Entristecidas, las chicas desaprobadas se olvidarían de la Esmopol, la escuela de motociclistas, así como de los sueños que hacia allí las habían conducido. No obstante, las seleccionadas, que aquel día eran apenas una docena de muchachas, aún no lo tenían todo seguro. Rosa detectó repentinamente la expresión de expectativa de Mercedes, una compañera a la que conociera durante los exámenes y con quien había simpatizado.

—Lo hiciste bien —le dio ánimos Rosa—, no te preocupes.

La muchacha sonrió, pero al instante oyó por un altavoz que uno de los evaluadores se dirigía a ella.

—Número cinco, pista de obstáculos.

—Soy yo —dijo Mercedes y empuñó el manubrio del acelerador.

Querían que repitiera la prueba. Mercedes avanzó hacia la pista. Los tres oficiales se aprestaron a hacer anotaciones en fichas adosadas a un tablerito.

—Fuerza, Meche —susurró Rosa como para sí misma—. Tú eres buena.

Concentrada, asintiendo varias veces con la cabeza, Mercedes aguardó la orden de partida. Luego, echó a rodar su moto e inició con suavidad aquel sinuoso trayecto en el que, haciendo sucesivas eses, debía eludir los quince conos en línea recta.

Cumplió la prueba en forma impecable. Y un oficial, serio, con la habitual cara de palo de los tombo, le indicó al cabo que podía colocarse entre las seleccionadas. Rosa se tuvo que contener para no abrazarla. En las miradas de las dos muchachas, de improviso, danzaba esa efímera lucecita de la felicidad. Rosa y Mercedes estaban casi adentro.

—Ahora solo nos queda esperar —dijo Rosa.

Más tarde, en los baños, mientras las seleccionadas se refrescaban o acicalaban, algunas comentaban las incidencias del día.

—¡Carajo, por poco resbalo en la segunda loma! —dijo alguien.

—¡Todas padecen en esa loma! —dijo otra—. ¡Es la parte más brava!

Rosa y Mercedes no hablaban, aunque de vez en cuando sonreían.

Tres horas más tarde, Rosa colgó la casaca policial en el perchero de su cuarto, y, trasladándose hacia la cocina, echó un vistazo por la ventana. Una agitación de vecinos inquietaba la calle. Mototaxis, mujeres cotorreando, niños jugando fulbito. Al lado de la tostadora, descubrió un mensaje de Alberto: «Estoy en Metro. Ya vuelvo». Arrugó y tiró el papel a un tacho, dispuesta a lavar los platos, pero mientras se remangaba la camisa vio que su marido ya los había lavado. Entonces, comiendo una manzana, se sentó a esperarlo.

Sobre la mesa de la cocina halló tres periódicos. Uno de un sol y dos de cincuenta centavos. Rosa leyó los titulares de todos y al cabo se detuvo en una noticia que hablaba de una banda de secuestradores, integrada por

policías retirados y dos en actividad. Comprar tres diarios al día era la nueva manía de Alberto. Antes, para enterarse de lo que sucedía, compraba a lo sumo *El Comercio* de los domingos y veía los noticieros. Pero desde que tenían tele nueva, extrañamente, leía más los diarios. Los revisaba temprano en la mañana, como si buscara algo, una noticia que debería salir pero que jamás salía.

—¿Qué buscas? —le preguntaba Rosa.

—Nada —decía él—. Tan solo me informo —y miraba en otra dirección.

Sin embargo, en algunas noches, cuando se reunía con sus amigos taxistas del grifo, su comentario sobre las noticias de los diarios era del todo diferente.

—Es increíble que nunca salga nada. Tengo tres meses en esta vaina y no hay ni siquiera un suelto que hable de borrachos asaltados.

—Una vez salió algo —dijo Carlos—. Una nota corta.

—Una vez, sí —recordó Alberto—. Pero luego nunca más.

—No son noticias importantes —decía Raimundo.

—Es mejor que eso —opinaba Juancho—. Ni siquiera se convierten en noticia. Mucha gente no hace denuncias. Piensan que el trámite de la denuncia es una pérdida de tiempo, pues así agarren a los ladrones los tombos no te devolverían nada.

Alberto reconoció que él y muchos más pensaban así.

—O a lo mejor les da vergüenza —especulaba Carlos.

—¿A los borrachos?

—Claro. Imaginan que sus amigos se reirán en su cara. ¡Oye, huevón, te dejaron en calzoncillos por mamado!

—En este país nadie sabe nada —consideró Raimundo—. Por ejemplo, ¿quién sabe cuántos robos hay por día? La ciudad tiene nueve millones, y el noventa por ciento de los robados no declara. Y es que todos tienen rabo de

paja. Lo mismo puede decirse de los muertos. ¿Cuántos mueren por día? Date nomás una vuelta por cualquiera de los cementerios clandestinos de los cerros. Verás entierros como cancha. ¿Murieron por enfermedad? ¿Murieron de un balazo? ¿Hay certificados médicos? No. No se oye, padre.

—Son muertes sin obituarios y nadie lleva la cuenta —concordó Alberto.

—Hace dos meses salió una noticia sobre taxistas violadores —remató Carlos—, pero ni una línea sobre robos. Más bien de vez en cuando matan a un taxista. Eso sí sale.

Toda esta animada charla, por supuesto, Rosa no la oía.

Alberto aún se abstenía de contar sus asuntos. Y ella, que seguía sin atreverse a preguntarle, se conformaba con las mentiras que él le endilgaba algunas noches, entre alborozado y culposo, cuando se le ocurría justificar el dinero que traía a casa.

—Me pagan por distintas cosas, chinita —decía—, pero nada peligroso. Hoy me contrataron para hacer cuatro viajecitos: mercadería de contrabando —el contrabando, como la piratería, eran delitos tan extendidos y rutinarios que, antepuestos al desempleo, mucha gente los toleraba y hasta les confería justificación social—. Pero, por favor, ya te he dicho que mejor no hablemos de mi faena. Tú sabes que yo me cuido, no soy tonto.

Cuando por fin Alberto llegó a la casa, Rosa se percató una vez más de cómo lo miraban las vecinas. Estas tenían el gesto atravesado. Alberto, mientras tanto, yendo y viniendo del auto, descargaba grandes bolsas de compras: los víveres de la semana y, en caja aparte, un juego de vajilla de colorido diseño tropical, que estaba en oferta.

—La cosa se está poniendo fea —dijo Rosa, acomodando primero lo perecible en la refrigeradora—, ¿lo notas, no? Esas chismosas de afuera no nos quieren.

—Ya lo sé —dijo él.

Y ahí quedó todo por el momento, pues Alberto cogió un periódico y se metió al baño. Pero al cabo de media hora, en tanto Rosa cocinaba, volvió el tema. Hablar de las vecinas, o aludir a ellas, se les venía seguido a la mente, con la persistencia de una mosca.

—Ven que ahora ganas bien —arguyó Rosa.

—Hay otros en el barrio que también hacen su platita.

—¡Pero no son taxistas, Alberto! Lima está llena de taxis. Es el mismo problema del negocio de celulares: ¡hasta los fruteros tienen celular y ya nadie alquila llamadas!

—Es cierto —admitió—. Hay mucho taxi.

Ella, que preparaba una salsa en la licuadora, comenzó a elevar ligeramente la voz ante el bufido del aparato.

—¿Y entonces?

—De acuerdo, Rosa. Voy a arreglar este asunto.

La licuadora entró a una segunda velocidad.

—Eso lo dijiste la semana pasada.

—¿Qué?

—¡Lo dijiste la semana pasada, caray! —dijo ella, crispada—. Han pasado dos meses que estás diciéndolo: ¡hay que arreglar este asunto y la única solución es irnos de aquí, mudarnos...! ¡Siempre dices lo mismo, pero no haces nada!

Alberto reflexionó unos segundos y Rosa apagó el aparato.

—He visto dos casas, aunque no me convencen —dijo él, aproximándose a un palmo de su mujer—. Mañana buscaré cerca de Los Olivos. Por ahí la cosa va mejor. Saldré a buscar, te lo juro... Necesitamos un sitio donde no nos conozcan, donde seamos nuevos... Donde podamos tener ciertas comodidades sin que nos miren mal...

Metiendo un dedo en el vaso de la licuadora, Rosa probó la salsa y permaneció pensativa. No sabía si le gustaba o no.

—A esto le falta algo —dijo.

Él tomó la mano de ella y probó el resto de salsa adherida a su dedo.

—¿Falta limón? —preguntó.

Rosa asintió y cogió un cuchillo. Luego, cortó un limón por la mitad.

Aquella noche, Alberto salió a trabajar a las diez y media. Estaba retrasado. Había olvidado programar el despertador, y Rosa, para colmo, se había quedado dormida a su lado. Calculando que no encontraría a sus socios en el grifo, partió de frente hacia Miraflores. Por rotación, le correspondía esa zona, ese hueso duro de roer. En la ruta conectó la radio y sintonizó Telestereo. Trasmítan un programa de jazz y bossa nova, que le gustaba.

Repentinamente la música hizo fluir los recuerdos. Su memoria, con la fidelidad de una película, reprodujo un pasaje de una reciente conversación con Rosa.

—Tu chamba me da nervios —le había increpado ella la tarde en que descubrió en la cómoda tres fajos de dólares. Como todo sombrío secreto, aquel dinero hacía crecer entre ambos una desazón pegajosa—. ¿Cuánto falta para comprarnos el auto?

—Un tiempo más —contestó Alberto, evasivo.

—¿Cuánto más?

—No sé. Quizá un mes y pico. He visto un Toyota bien parado, a cuatro mil verdes...

—Cuando recuperes el auto, tienes que dejar esto.

—Ya lo he pensado, pero por ahora necesito plata, debo acumular un fondo, como una especie de seguro... Después lo dejo.

Alberto pensó entonces que en algún momento tendría que contarle a su mujer sobre el negocio de los borrachos. El hecho de que ella no sepa en lo

que ando metido, se dijo, la angustia. No saber, no poder imaginarse una situación concreta, resulta de hecho más preocupante.

Llegando a la pileta de Miraflores, tomó por Diagonal y bajó hasta la concurrida Calle de las Pizzas. Las «rucas», las chiquillas emperifolladas de las barriadas que visitaban aquel barrio acomodado para enamorar a gringos, aumentaban en invierno. Alberto dio un par de vueltas por la zona y luego se estacionó en segunda fila, contemplando la fauna de la noche.

Nosotros trabajamos de noche, Rosa, y sabemos más o menos bien lo que está pasando. Esto es lo que debería decirte, pero no me atrevo. La noche, a la vuelta de la esquina, es un montón de basura. La noche te ensucia el alma de improviso. Mientras merodeo por las calles silenciosas, cuando casi toda la ciudad duerme, veo cosas asquerosas, terribles —gente comiendo desperdicios, pervertidos manoseando a niños, peleas salvajes— aunque lo peor, creo yo, es oír un llanto o un grito lejano. Alguien sufre por ahí, me digo. Alguien pide auxilio y nadie lo oye. Eso es la noche. ¿Entiendes por qué me callo, Rosa? ¿Cómo decirte que yo también soy parte de la noche y que vivimos de esto?

CAPÍTULO V

Los tres faroles de la calle habían sido rotos a pedradas. Solo había una luz, procedente de un callejón, el callejón de Carmelo, cuando este y su compinche oyeron el ruido de unos pasos apresurados que no les sonaron familiares. Entonces Carmelo apagó la luz. Pero aquella previsora acción y la violenta patada que abrió la puerta del cuchitril donde se encontraban fueron casi la misma cosa. Tres sombras irrumpieron, disparando.

Los fogonazos de los disparos desgarraron cinco veces la oscuridad y, en medio de esa pavorosa confusión, retumbó una voz desaforada.

—¡Quietos o los quemamos!

Uno de los intrusos encendió una linterna, mientras alguien, en el suelo, emitía un quejido. Sobre un charco de sangre y polvo, el compinche de Carmelo apretó con una mano su pierna izquierda herida; se arrastraba a duras penas.

Los intrusos estaban armados con mini-Uzis y, tan pronto dominaron la escena, cerraron la puerta. Acto seguido, a la luz de la linterna, uno de ellos le hizo un torniquete al herido, en tanto que el otro abrió un maletín y extrajo una larga cuerda de nailon. El tercero apuntaba su arma a la cabeza de Carmelo.

En el suelo había unos quetes de PBC. Los intrusos entendieron de inmediato que Carmelo y su compinche eran viciosos de quinta categoría.

Las manos de Carmelo fueron amarradas a su espalda. Y desde ahí, mediante la cuerda de nailon, lanzada con precisión por encima de una viga, comenzaron a jalar; pronto quedó colgado. Los intrusos lo organizaban todo como torturadores entrenados. Suspendían a Carmelo en el aire por treinta segundos, dándole otros veinte de descanso. No hablaban, no permitían que se oyeran los alaridos de Carmelo, pues previamente lo habían amordazado.

Tras su tercera colgada, en la que quizá constataran que las muecas de dolor y terror eran satisfactorias, Carmelo cayó a tierra como un fardo, mientras la luz de la linterna sobre su rostro amoratado dio un relieve de gusanos a las cicatrices de su frente.

—Ustedes se almorzaron un borracho —dijo el que parecía jefe de los intrusos—. Eso pasó el lunes. Queremos sus cosas y también el nombre del taxista que lo trajo.

Le bajaron la mordaza de la boca para que pudiera hablar.

—No sé de qué hablan —gimió Carmelo.

—¿No sabes?

—No.

—Bueno, ahorita vas a saberlo —y de nuevo le ajustaron la mordaza.

En las siguientes colgadas, que fueron esa vez de cuarenta segundos cada una, el adolorido Carmelo se quedó sin auditorio. Su compinche, aunque sangraba menos, terminó perdiendo la consciencia. Otro de los intrusos revolvía estantes y cajones.

—¡Habla! —ordenaron al reanudar el interrogatorio.

—¿Quiénes carajo son ustedes? —preguntó Carmelo con un hilo de voz.

—¡Los que mandamos! ¡Esto es algo que debías saber!

—Se están equivocando.

Justo en esas el intruso que revisaba el cuchitril apareció con un maletín verde, el mismo que, según confesara Raimundo horas después, pertenecía a su huachito premiado.

—¿Y esto qué es? —le acercaron el maletín a los ojos—. ¿Nos estamos equivocando, no? ¡Habla, imbécil!

Cuando volvieron a colgarlo, el rostro de Carmelo parecía a punto de estallar. Sus pupilas se dilataban y contraían como enloquecidas.

Tres horas después, en Circunvalación, la autopista estaba llena de luces. Todos los autos, de ida o de venida, pasaban como saetas. Era relativamente tarde, las tres de la madrugada, pero como era treinta de agosto, día de pago y feriado en conmemoración de los martirios y milagros de Santa Rosa de Lima, patrona de las Américas y de Filipinas, la gente había salido a divertirse en grande, ya fuera bailando o bebiendo litros de cerveza.

Junto a Circunvalación, en una calle lateral, dos matones corpulentos le propinaban una paliza a un sujeto, a vista y paciencia de varios testigos. La sangre humedecía la camisa del pobre tipo, que se retorció de dolor en el suelo, cada vez que era pateado, entre violentos resoplidos y feroces insultos.

Asustados, algunos transeúntes huían del lugar. Otros, petrificados en el sitio, simplemente miraban, como si aquello fuera algo inevitable.

—¡Para que no te equivoques la próxima vez, huevón! —gritó uno de los matones y le lanzó un escupitajo—. ¡La gente de tu hueco también ha cobrado lo suyo!

Antes de marcharse, los matones, portando bidones de gasolina, se dirigieron a un taxi estacionado a unos metros, que tenía la puerta del piloto abierta del todo, pues a este lo habían arrancado del asiento. Rociaron combustible por dentro y por fuera. Luego, cuando encendieron un fósforo y

el auto quedó envuelto en llamas, Raimundo, desde el suelo, volviendo con mucha dificultad la cabeza, lo vería consumirse en parte, inmóvil, impotente.

Algunas manos caritativas, temiendo una explosión, lo movieron del lugar.

A las doce del día siguiente, en el Metro de Los Olivos, las frutas lucían colores espléndidos. Las manzanas se veían rojas, como el esmalte brillante de uñas, y las tunas, grandes y limpias, más verdes que campos serranos en una tarde soleada. Alberto se hallaba allí en busca de frutas —el día anterior había olvidado comprar papaya y naranjas—, y, al hacer la cola en cajas rápidas, percibió detrás de él una presencia que lo turbaba. Cuando se volvió a ver de quién se trataba, descubrió a Juancho, mirándolo. Ese breve intercambio de miradas obró como un acuerdo tácito: tenemos que hablar, estamos afuera.

En el estacionamiento del supermercado, Juancho y Carlos lo esperaban recostados en su auto. La actitud de ambos le hizo pensar en que nada bueno se traían.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Malas noticias —confirmó Carlos—. El negro chocó con Chocano, no sabemos en realidad con quién, pero sí que son mafiosos o algo parecido. Está muy mal.

—¿Qué tan mal?

—Jodido. No puede caminar y le incendiaron el auto.

—¡Mierda! —exclamó Alberto.

Sus dos socios chasquearon la lengua. Alberto metió en el auto la bolsa de frutas y, enfrentando nuevamente a sus amigos, repitió:

—¡Mierda!

—Sabíamos que esto podía pasar —dijo Juancho—, y por eso tenemos reglas.

—¿A qué se refieren?

—Entre nosotros nos ayudamos —explicó Carlos—. Nosotros ya fuimos a ver a Raimundo. Hay que dejarle algo. Ahora te toca a ti, por eso te avisamos. Anda a verlo...

—¿Está en la posta?

—Ya estuvo ahí. Ahora descansa en su casa.

—Voy a ir, sí, pero esta noche quiero que nos reunamos nosotros en el grifo, a las nueve y media... Tenemos que pensar mejor en lo que pasa.

La cara magullada de Raimundo le hizo recordar algunas viejas fotografías de sobrevivientes de atentados terroristas. Hematomas, cortes, raspaduras. Raimundo vivía en una añeja casa del Rímac, un barrio tradicional y modesto, pero en zona patrullada. Cuando Alberto lo visitó, estaba en su dormitorio. En pijama, conectado a una botella de suero, mantenía en alto, sobre almohadones, una pierna enyesada. Encima de la cabecera de su cama resplandecía el foquito rojizo del socorrido Corazón de Jesús, un cuadro donde languidecía un rubio y pelilargo Jesucristo, ataviado con túnica impecable, mostrando un dedo en alto, a la altura de su propio pecho, junto a un ingrávido y descarnado corazón.

«El dedo en alto y la pierna en alto», pensó Alberto al entrar a verlo. Una niña delgada y de cara melancólica, hija de Raimundo, observaba desde la puerta. El visitante entregó al herido un fajito de billetes y este lo apretó en una mano.

—¿Puedes hablar?

Estirando su boca inflamada, dio a entender que sí, pero con algún esfuerzo.

—Me cagaron, hermano —balbuceó—. Me jodí de puro salao.

—Ha podido pasarle a cualquiera —dijo Alberto—. Mala suerte.

—Más que mala suerte, che' su madre... Me dejaron sin auto.

—Pero estás vivo. Alégrate de eso.

—Claro —ironizó Raimundo—. Cuando te vayas, me pondré a bailar.

—¿Qué hacías por Circunvalación?

—Visitaba a mi vieja... Mi madre está peleada con mi mujer, y por eso no vive con nosotros, sino con sus hermanas menores... Ahora pienso que Carmelo me pasteó y sabía por dónde me movía. Veo a mi vieja tres veces por semana.

—¿Te hablaron de Carmelo?

—No. Solo dijeron que venían de reventar un hueco.

—Pero crees que él te echó.

Raimundo entornó los ojos antes de contestar:

—Estoy seguro —dijo—. A él le vendí mi último huacho premiado, un gordo que estaba zampadazo —y fue entonces cuando dio detalles sobre aquel borracho, al que describiría como «el gordo del maletín verde»—. Además, fuera de que su celular está muerto, que ya es bastante sintomático, Carlos y Juancho han visitado todos los huecos, y Carmelo es el único no habido. Desapareció... No regreses por ahí.

—Descuida. No pienso hacerlo.

—El médico dice que necesito descanso... Dos semanas, por lo menos.

Alberto notó que la conversación fatigaba a su amigo.

—Volveré en unos días, negro.

—Cuídate —balbuceó el herido—. Y fíjate a quién llevas —luego, ante un leve gesto suyo, la niña se acercó a la cama. Raimundo le entregó el dinero.

—Dale a tu mamá —dijo.

La niña cogió el dinero y abandonó la habitación.

La camioneta de la mudanza cumplía su tercer y último viaje, transportando los muebles de Alberto y Rosa a su nueva casa. El alquiler era más caro, pero los vecinos no se veían hostiles. Tan solo se limitaban a saludar y luego volvían a sus propios asuntos.

Esta vez el barrio resultaba más agradable. Aunque pobre y ajeno a toda pompa, contaba con jardincitos en las bermas centrales de las avenidas y con vistosos parques arbolados. La veredas, anchas e iluminadas, eran nuevas y casi no había baches en las calles asfaltadas. Y en cuanto a las casas del vecindario, a diferencia de otros barrios emergentes, donde no acostumbran revocar las paredes y siempre asoman enhiestos los fierros oxidados de un segundo piso en proyecto, lucían aquí completas y con las fachadas pintadas.

—Esas mesitas de noche van al dormitorio principal —dijo Alberto a los curtidos cargadores, unos muchachos con pañuelos en la cabeza que metían los muebles.

La casita tenía sala-comedor, cocina, baño, patio de lavandería y dos pequeños dormitorios. No necesitaban más. En el interior, cuidando de que no ensuciasen las paredes recién pintadas, Rosa se ocupaba de ir acomodando el mobiliario que llegaba.

Cuando la camioneta se vació y Alberto les pagó en la calle a los muchachos, su mujer, franela en mano, salió a esperarlo en la puerta de la casa.

—¿Tienes hambre? —preguntó él.

—Hmm... Sí —asintió ella—. Ya son casi las tres.

Era día de franco para Rosa, y en su segundo empleo había pedido permiso para ausentarse.

—Oye, mejor no cocines —Alberto la besó ligeramente en los labios, quitándole la franela—. Almorcemos un chifita.

Ella sonrió feliz. Quince minutos después, con esa misma sonrisa, entraría al lado de su marido a un concurrido restaurante chino de Los Olivos.

El mesero, cosa habitual en los chifas, les llevó todo junto. Arroz chaufa, wantanes, nabo encurtido, chanchito con tamarindo y dos grandes vasos de Inca Kola. El chaufa y el chanchito humeaban. Cuando Alberto engulló su primer bocado, dijo:

—No me has contado de tu examen final. ¿Pasaste?

—Todavía no dan los resultados —contestó Rosa—. Están demorando.

Alberto se levantó como impulsado por un resorte y al instante se trajo el sillao de una cercana mesa vacía. Echó ese oscuro aderezo a su arroz.

—¿Tú quieres?

—No —dijo ella, distraída, mientras mezclaba con su arroz una buena cucharada de chanchito chorreando tamarindo—. ¿Y tú, qué novedades?

—¿De qué?

Ella lo miró:

—No sé. De algo.

Él tomó aire antes de beber un sorbo de Inca Kola.

—Nada —dijo—. Todo está bien.

Ella, saboreando su combinación, no reparó en que él le ocultaba algo. Él, inquieto, esbozó una media sonrisa.

La calle ahora parecía más oscura que nunca. Alberto y Juancho, encaramados en el techo de una casa ruinosa y abandonada, espiaban lo que sucedía en uno de sus huecos de compradores. Ese era el lugar más aparente. Así lo habían establecido la noche en que, tras visitar a Raimundo, los taxistas se reunieran en el grifo. Tenemos que saber bien de qué se trata lo

que hacemos, instruyó Alberto a Carlos y Juancho. Y estos concordaron plenamente con su razonamiento. Juancho y Carlos asumían cada vez más el juicio de Alberto.

—Ahí está —dijo Juancho viendo llegar el taxi de Carlos.

Agazapados en el techo, atentos a todo movimiento, Alberto y Juancho vieron salir tres sombras humanas de la puerta del hueco. Reconocieron al cojo Mora y a sus dos hijos, de veinte y veinticinco años. Carlos bajó de su auto y abrió la puerta del asiento trasero.

No oían lo que hablaban, pero ciertamente sabían de lo que hablaban. Mora metió medio cuerpo dentro del taxi de Carlos, en plan de revisar la carga, y luego asomó otra vez a la noche. Alberto lo vio asentir y pagar la comisión. Luego, cuando Mora y sus hijos sacaban al borracho del auto, sosteniéndolo en vilo e internándolo entre los tres en el hueco, Carlos volvió a su auto y se marchó. Entonces los espías, andando en puntas de pies y cruzando por techos polvorientos (previamente inspeccionados), se encaminaron al tragaluz republicano del hueco, desde donde podían mirar sin peligro hacia el interior.

El hueco, visto por dentro, era un amplio y atiborrado garaje donde supuestamente se parchaban llantas, ya que había gatas, herramientas y columnas de llantas viejas.

Allí, Alberto y Juancho vieron, y aprendieron, otra lección de amor al prójimo.

Allí, sigilosamente, observaron cómo los compradores despojaban a su víctima de anillos, reloj pulsera, cadena de oro y ropa, incluidos los zapatos, dejándola en ropa interior. Después, tras limpiarle el efectivo, los vieron examinar las tarjetas de crédito y débito. Alberto dedujo que Mora se cercioraba si estas seguían vigentes, o si la firma que aparecía por detrás era semejante a la de otros documentos, carné de trabajo y DNI.

Entonces comenzó el espectáculo. Tras ponerse oscuros pasamontañas, Mora y sus hijos iniciaron como primer número un recital de cachetadas. «Golpes suaves, que sin duda se proponen despertar al borracho», pensó Alberto. Como segundo número, y ya con el sujeto entreabriendo los ojos, subieron el tono: cachetadas brutales, aunque espaciadas con jalones de pelo y breves preguntas. Alberto y Juancho, quietos, silenciosos, no requerían haber llevado cursos de lectura de labios para entender lo que ocurría. Mora y sus hijos, presionando al borracho, pasaban delante de sus ojos las dos tarjetas bancarias.

—Piden su número de clave —dijo Juancho.

—Las tarjetas son las gallinas de los huevos de oro —dictaminó Alberto.

Pero el borracho, irresponsablemente terco dada su situación, se resistía y pateaba en el suelo. Fastidiado, el viejo Mora sacó un filoso cuchillo y decidió abreviar las cosas: lo hundió media pulgada en un brazo del tipo. El dolor y la sangre, una vez más, cumplieron su cometido. Aterrado, el borracho rompió en sollozos y, en ese trance, viendo que de nuevo le acercaban el cuchillo, soltó la lengua. Alberto y Juancho supieron que daba los datos que estaban pidiéndole, pues el hijo mayor de Mora tomó nota en una libreta.

—Comienza el segundo acto —dijo Alberto.

Y la acción, en efecto, se avivó. El viejo Mora, ayudado por el menor de sus hijos, vendó los ojos del borracho, al que también ató de manos, mientras el mayor, frente a un espejo, se lavó la cara, se peinó, se puso un saco limpio y subió a un automóvil viejo, pero presentable. Los primeros, quitándose los pasamontañas, se sentaron en llantas a fumar cigarrillos; el segundo, al volante del auto y con las tarjetas en el bolsillo, salió a la calle.

—Tú sigue al de las tarjetas y yo vigilo a los de aquí —dijo Alberto.

Juancho acató la orden y se descolgó por un muro. Ya en tierra, corrió a su taxi y, en menos de un minuto, pudo divisar el auto del mayor de los Mora, cuyo rumbo no tardó en figurarse. «Va hacia Lince —pensó—. Buscará avenidas concurridas». Entre Arenales y Arequipa abundaban los centros comerciales, con vida nocturna y cajeros automáticos.

Eran las once y media de la noche, hora ideal para limpiar efectivo, pues las tarjetas podían admitir en media hora dos retiros, el fin de un día y el principio del siguiente.

A prudente distancia, dentro de su auto, Juancho pensó que no habría sido mala idea traer un largavista, sobre todo para avistar de cerca la curiosa conducta del mayor de los Mora. Y es que este, tras embolsicarse el efectivo del primer retiro, completó sobre la marcha su metamorfosis: se anudó una corbata al cuello de la camisa, asumió una expresión serena, sacudió sus solapas, y de pronto, con paso elástico y campechano, irrumpió en uno de esos supermercados cuyos letreros luminosos anuncian «Abierto las veinticuatro horas».

Gracias a la pulcritud de su nuevo aspecto, y a haberse puesto saco y corbata, Juancho, riéndose para sus adentros, admitió que el mayor de los Mora parecía respetable. A nadie, al menos, llamó la atención.

El mayor de los Mora, señor decente, compró al crédito sin problemas, firmando el *voucher* con gran desenvoltura, y empujó el carrito de compras hacia la maletera de su auto. Y luego, una vez con las compras guardadas, vio en su reloj pulsera que eran más de las doce y retornó al cajero por el segundo retiro. Solamente entonces sacó su celular e hizo una llamada.

La llamada la respondió su padre, el viejo Mora, tal como lo pudo constatar Alberto, que seguía apostado en el tragaluz del hueco. Y el movimiento volvió al garaje.

—Tercer acto —murmuró Alberto.

Mora y su hijo menor subieron al borracho a otro auto y salieron a la calle.

Dejando el techo y volviendo a su taxi, Alberto se dispuso a seguirlos. En algún momento, en un semáforo, estuvo a punto de perderlos, y también en otros momentos, tres o cuatro veces, tuvo que tomar mayor distancia para evitar que lo vieran. El auto de Mora se alejó unas veinte cuadras del garaje y discurrió en un trayecto indefinido, dando varias vueltas absurdas, probablemente para confundir al pasajero, a quien mantenían vendado, y al cabo se detuvo en seco. Abandonaron al borracho a mitad de una calle solitaria. Al parecer, obligándolo a sentarse en la vereda, poco antes lo instruyeron que continuara quieto, en silencio y con la venda puesta, en tanto que sus captores se esfumaban.

En camiseta y calzoncillos, el pobre hombre, asustado, permaneció cinco minutos a ciegas en la vereda. Después, al sacarse la venda, no sabía dónde estaba ni adónde dirigirse.

Perdóname, Raimundo, pero no tengo más remedio que pisarte la cabeza. No, no creas que me aprovecho del estado de debilidad en el que te encuentras. Solo estoy dando los pasos que nos conviene dar. Es puro instinto de conservación.

Más claro: el tiempo pasa y las cosas cambian. Y, en fin, sucede simplemente que ni tú ni yo nos debemos nada. Me diste una mano en un momento muy complicado para mí, y te lo agradezco, pero ahora me toca a mí devolver el favor: mejoraré el negocio. Este es un momento de crisis. Sufrimos una crisis de crecimiento y tenemos que buscar la solución. Yo soy la solución. Ha llegado mi hora de tirar los dados.

CAPÍTULO VI

Las sólidas motos Harley-Davidson constituían la nueva caballería de las ciudades modernas. Fuertes y seguras, eran los vehículos ligeros de la policía peruana. Montada en uno de esos poderosos bólidos, un pie en el estribo y el otro en tierra, el semblante de Rosa resplandecía como nunca aquella mañana, no solo por ser ese el primer día en que ella saldría a trabajar como policía motorizada, sino además porque, mediante anuncio público del Comando, se había notificado a los miembros de turno del escuadrón que ella, Rosa Chávez, figuraba con el primer puesto de su promoción, tanto en pruebas teóricas como en prácticas.

—Por haber obtenido el primer puesto, la agente Chávez encabezará la fila para salir a la calle en esta jornada —dijo el oficial del destacamento.

Algunas compañeras la felicitaron sinceramente, y otras disimularon su sinsabor con las sonrisas más alegres, haciéndole un rápido saludo militar, mano a la cabeza, a la altura de la sien, el codo en ángulo recto y los dedos firmes rozando los bordes del blanco casco de la policía motorizada.

Media hora antes, en el vestuario de mujeres, ya se sabía de su alto puntaje. Pero en la diligencia del cambio de ropa no hablaron del asunto. El entusiasmo general, si se quiere, se concentraba entonces en algo más frívolo: el uniforme. Todas las muchachas bromeaban a diestra y siniestra, en un gran ambiente de compañerismo, sobre cómo le iba quedando a cada una el

pantalón de montar, que generalmente a todas les sentaba bien. Lanzaban grititos de chacota y adulación, dándose coba entre ellas. Naturalmente, las más llenitas y curvilíneas resultaban favorecidas. Estas últimas no se ponían el pantalón, sino que embutían dentro su cuerpo. Por chicas como ellas, de hecho, se fortalecía el consenso de la calle, que juzgaba aquel uniforme como vestimenta sexy.

—¡Ahora sí que estamos regias! —reía una robusta agente que se hacía la graciosa dando una paseadita de pasarela para lucir sus atributos.

—¡Oye, Marita, tú con ese potito vas a parar el tráfico!

Todas festejaban.

En el grupo había cuatro chicas de porte gallardo y cola levantada, como Rosa, pero también otras normales. Algunas, recurriendo a rellenos de estopa, mejoraban su línea.

Rosa se aproximó a Mercedes, su nueva amiga y también flamante motorizada.

—¿Dónde te toca? —preguntó.

—En Lince —contestó Mercedes, ya al corriente de su plan del día—. ¿Y a ti?

—En Miraflores.

—Por ahí es más tranquilo, ¿no?

—Eso dicen —repuso Rosa—, pero hoy me tocará abrir paso y dar escolta a un dignatario extranjero invitado por Palacio de Gobierno. Iré al hotel Miraflores Plaza.

Cuando Rosa encabezó por fin la salida, el destacamento lo integraban ocho motos con seis policías mujeres y dos hombres. Estos últimos eran los oficiales a cargo. Entre las elegidas, y eso no era casualidad, estaban las mejores, pero también las más guapas.

Tres semanas más tarde, sentado en la sala de su casa y vestido con ropa de calle, Raimundo reconoció desde lejos una bocina de auto. Era el Nissan de Alberto.

—Irma —llamó a su mujer—. Ayúdame a levantarme.

Alcanzándole las muletas, su mujer se inclinó para darle apoyo. Puesto de pie, la movilidad de Raimundo se haría más ágil y firme. En cosa de cinco zancadas llegó hasta la puerta y, cuando salió a la calle, encontró que Alberto y Carlos lo esperaban.

Era la primera salida de Raimundo a la calle desde la paliza.

—¿Cómo te sientes?

—Jodido, pero contento —contestó Raimundo, desenvuelto—. ¿Y Juancho?

—Nos espera allá —dijo Alberto.

—¿Dónde?

—Lo sabrás cuando llegemos. Es una sorpresa.

—¿De qué se trata, chiquillos? ¿Han descubierto la gran cebichería?

—¡Si te lo decimos, no será sorpresa, pues! —dijo Carlos, y Raimundo, con gesto divertido, reprimió su ansiedad y siguió el juego de sus amigos.

Montados en el taxi, Raimundo y Carlos se largaron a hablar de todo en el trayecto. El primero, a quien deferentemente instalaron solo en el asiento trasero, para que se estirara, dijo que en dos semanas le quitarían el yeso. Pero contó también que el encierro lo tenía loco: extrañaba la calle como si fuera un colegial de internado; el segundo, fiel a sus costumbres, hablaba de lo suyo: los borrachos. Al tratar ese tema, los dos curtidos taxistas se expresaban con la formalidad de la gente de negocios cuando dilucida sus avatares.

Alberto, en cambio, mantenía una expresión seria. Prendido del timón, aprobando una que otra vez alguna de las banalidades que decían sus

compañeros, solo quebró su silencio cuando el auto se embotelló en Paseo Colón. Una multitudinaria marcha del Sutep, en airado reclamo en contra de la evaluación de los maestros, obstruía las calles.

—Paciencia —dijo entonces Alberto, asentando suavemente las manos en el tablero del auto, imperturbable, mientras contemplaba por el parabrisas el tumultuoso desfile de rostros ofuscados e irascibles de los profesores del país.

Entrar de día a La Victoria no era habitual para ellos.

Las calles se veían colmadas de hostales baratos y chinganas, de letreros llamativos, de un burdo y variopinto hacinamiento de comercios. En las zonas asimiladas a los negocios formales, los tenderos y su clientela contaban con vigilancia policial y privada, pero fuera de ese radio, acercándose hacia el cerro San Cosme, todo cambiaba. Proliferaban las paraditas (con revendedores de autopartes robadas), las bandas de pirañas y fumones, y la prostitución callejera de chicas y chicos que se vendían por quince soles.

Alberto, tras haber dado muchas vueltas en días previos, había escogido una calle menos maleada y concurrida, relativamente cercana a la Vía Expresa. Y aunque no dejaba de ser un sitio peligroso al igual que todos los huecos, daba una cierta confianza.

La característica de la calle era que carecía de vecinos. Solo se veían largas paredes y galpones de fábricas medio abandonadas. El auto paró a mitad de calle, en uno de esos galpones, el más pequeño, y, no bien Alberto se aseguró de que no había transeúntes a la vista, se dirigió al portón y activó un artilugio de baterías. Abierto el portón, Raimundo compuso uno de sus exagerados gestos de asombro.

—¡Chucha, Alberto! —exclamó—. ¡Qué bacanes estamos! ¡Con portero automático y toda la cumbianga! —y luego añadió, extrañado—: ¿Qué es esto?

El portón se tragó el auto en un instante.

Adentro, en un amplio espacio vacío, pero que podría dar albergue holgadamente a cuatro vehículos, Juancho esperaba a sus compañeros con una cafetera humeante. Todos bajaron del auto y se pusieron a pasear y a examinar las telarañas. El recinto carecía de ventanas y requería de luz artificial. Con un único interruptor se encendían cuatro focos de luz blanca que pendían del techo. Dos estaban encendidos. Se hallaban en un depósito común, también usado como garaje, que apenas contaba con unos pequeños huecos enrejados para su ventilación y por donde no hubiera podido escabullirse ni un niño.

Los únicos trastos que oficiaban de muebles eran dos desvencijados asientos de ómnibus, con espuma aflorando por varias grietas del tapiz de cuerina, y una tosca mesa de palo, en la que reposaban la cafetera, unas cuerdas de nailon, un torno y dos largos libros negros.

Alberto invitó a Raimundo a sentarse en uno de los asientos de ómnibus.

—¡El sueño del hueco propio! —dijo dirigiéndose a su amigo—. ¿Qué te parece?

Este paseó la mirada a su alrededor.

—Aquí será nuestro hueco —continuó Alberto, en tanto Raimundo experimentaba un extraño cosquilleo en el estómago—. El hueco propio es la mejor seguridad que debemos adoptar de ahora en adelante. Lo que tú siempre andas diciendo, ¿no? Seguridad... Esta es la sorpresa que queríamos darte.

—¡Nos irá mejor! —dijo Carlos—. ¡Trabajaremos sin intermediarios!

—Más marmaja pa'repartir —intervino Juancho.

La idea de independizarse, barajada meses atrás por alguien del grupo en una de tantas conversaciones en el grifo de Los Olivos, y que Carlos y

Alberto habían acogido con reparos como un proyecto audaz y difícil aunque sensato, se imponía como un hecho.

Con esa noticia, Raimundo descubrió un cambio de aire. A ello, justamente, se debía el cosquilleo en su estómago. Tras la paliza, su posición de pionero en el negocio, en el que era «el mejor del ramo», había caído varias casillas, junto con su vanagloria.

Ciertamente los taxistas no reconocían jerarquías. Todos eran autónomos, jefes de sí mismos, y, como socios de una cooperativa, tomaban los acuerdos por consenso. A Raimundo lo apreciaban por «despierto» o por «aventado». No obstante, los muchachos valoraban también la astucia. Y Alberto, poco a poco —con ideas, con una lógica avasallante, con una imaginativa capacidad de improvisación—, les había demostrado que tenía un raciocinio claro y constructivo. Había saltado, en cosa de meses, de novato inseguro a planificador metódico. Y hasta revelaba una inesperada sangre fría. Ya Raimundo, cuando ocurrió lo de la venta del muertito, lo había vaticinado. Ahora lo confirmaba.

—Sabemos cómo trabaja la competencia —dijo Juancho.

—Hemos estudiado el asunto paso a paso —complementó Carlos.

—¿Y qué harán con los relojes caros? —se preocupó Raimundo.

—Nada —dijo Alberto—. Los guardamos. Estamos pensando en exportarlos a Bolivia y Ecuador, pues sería riesgoso dárselos a reducidos de aquí. Dejaríamos pistas... —enfaticó con la misma cantaleta que meses atrás Raimundo le había refregado a él cuando lo aleccionaba—. Pero no tenemos apuro con eso. Por ahora, en los primeros meses, solo nos dedicaremos al efectivo y a las tarjetas de débito y de crédito. Ahí está el negocio.

A pesar de exhibir un congelado gesto de inquietud, Raimundo comenzó a sonreír.

—¡No han perdido el tiempo, pendejos! —dijo de buen talante. Y luego, tras indagar algunos detalles sobre cómo exprimirían las tarjetas, volvió a mirar a su alrededor.

—¿Te gusta el lugar? —preguntó Carlos.

—Yo lo veo bien —dijo Raimundo—. Ni cerca ni lejos, y hasta cuenta con varias vías de acceso. Pero lo mejor de todo es que está en un barrio solapa.

—Nunca hay tránsito —Alberto se sentó a su lado. Le caía bien Raimundo y, dado que en su momento este lo había sacado de malas, quería ganarse su apoyo—. Tampoco curiosos. Los edificios del lado son depósitos vacíos y, un poco más allá, al inicio de la cuadra, hay dos pequeños talleres textiles que solamente trabajan de día.

—¿Talleres clandestinos?

—Exacto.

—Pero allí habrá guardianes.

—Claro que sí, aunque bien tapados. Se encierran en las noches y no se los vuelve a ver hasta que amanece. Las noches son nuestras —Alberto se sirvió una taza de café—. ¿Quieres una? —Raimundo negó con la cabeza—. Ah, y respecto al dueño, el que nos alquila esto, parece confiable. Es un comerciante mayorista. Este sitio ya está lejos de sus puntos de venta. Y como es un sitio en baja y no lo quiere malvender, lo alquila.

—¿Sabes cuánto cuesta? —intervino Carlos.

—¿Cuánto? —dijo Raimundo.

—Baratito nomás —repuso Juancho—. Doscientos mangos al mes.

La sonrisa de Raimundo se llenó de dientes.

—Además, en esta calle, si uno se cuida, nadie te ve llegar o salir —agregó Alberto—. Mira esto —y señaló un hueco contiguo al portón—: Por aquí, al momento de la salida, se puede sacar un espejito para ver si hay

moros en la costa. El secreto es fijarse que no haya gente circulando. Nada de testigos.

El entusiasmo de Raimundo ya no tenía freno. No estaba celoso, ni ofendido. Por el contrario, estaba agradecido. Sentía que pertenecía a un grupo leal, que lo había respaldado. Y en cuanto a Alberto, lo juzgaba un discípulo irreprochable: decía justamente lo que él, si hubiera estado en su lugar, habría dicho. Esa buena sintonía que transmitía Raimundo, Alberto la aprovechó para colocar con mucho estilo la cereza en el centro del pastel.

—Tengo estas vainas para todos —repartió unos pequeños artilugios rectangulares, que cada taxista, uno por uno, fue recibiendo—. Son sus porteros automáticos. Cuídenlos, porque en Las Malvinas cuestan veinte verdes cada uno, pero por si acaso dejaré aquí dos de repuesto —guardó el par de artilugios sobrantes en el cajón de la mesita de palo.

Carlos apuntó el suyo hacia el portón.

—Ábrete, Sésamo.

El portón se abrió enseguida y Alberto apretó el propio, cerrándolo.

—No juegues con esto, Carlos —dijo—. Seguridad ante todo.

Cada vez que Alberto repetía la palabra seguridad, Raimundo sacaba pecho y daba un respingo de absoluta conformidad.

—Ahora bien, lo que sigue son las novedades operativas, porque esto es nuevo para todos —continuó Alberto—. En estos días, hemos elaborado con los muchachos las reglas básicas —Raimundo se cruzó de brazos para escuchar. Carlos y Juancho se sirvieron café—. Habrá reglas mayores y menores. Solo dos son las reglas mayores, pero han de respetarse sí o sí para que todo funcione... Uno, cada taxista tiene derecho a quedarse con la mitad del efectivo de su borracho y a cobrar su comisión. En esto, como ven, nada va a cambiar. Dos, el dinero que rindan las tarjetas de débito y las compras que eventualmente puedan hacerse con las tarjetas de crédito se repartirán de

forma equitativa entre todos. Ese último ingreso, que de hecho será el fuerte, lo recibiremos los días quince y treinta de cada mes, como un sueldo, ¿entendido? —los taxistas asintieron al unísono—. Las otras reglas, que no por ser menores resultan menos importantes, nos ayudarán a que no haya confusiones ni malentendidos. Este negocio, como cualquier otro, requiere un mínimo de administración y por tanto tenemos que llevar las cuentas de ingresos y egresos —a esas alturas, tomó uno de los libros negros de la mesa y lo abrió—. Bueno, muchachos, ustedes saben qué significa esto, ¿no? Son dos columnas con el Debe y el Haber, libros de contabilidad. Yo he trabajado durante años en esto, y no es algo difícil. El secreto de esta chamba consiste en asentar diariamente las partidas y tener orden, mucho orden, así que nadie se asuste.

—¿Será de veras necesario? —dijo Carlos.

—Completamente necesario —contestó Alberto—. Se nos viene plata grande, y, a la hora de repartir los sueldos (que son cifras variables, pues depende de cuánto hayamos sacado entre todos a la quincena), pueden surgir problemas. Los libros ayudarán a evitar confusiones. Todos pueden hacer este trabajo, no solo yo, y todos pueden revisar cada día cómo se mueve el saldo total, pues cada día se harán subtotales, producto de las sucesivas cantidades que sumen y resten los incrementos y los descuentos por gastos corrientes.

Emocionado con tanta locuacidad, Juancho se dirigió a Raimundo.

—¡Cómo la ves, negro! —dijo, y se le salió el acento loretano que frecuentemente procuraba disimular—. ¡Este Alberto habla como un profe, carajo!

Raimundo le replicó con un seco comentario.

—En esa mesa falta algo —dijo.

—¿Qué? —preguntó Carlos.

—¡Una calculadora para llevar las cuentas! —estalló, jovial.

—¡Buena, hermanito! —rió Juancho, frotándose las manos—. ¡A este paso vamos a terminar como gerentes de bancos, capos en aritmética!

Alberto se levantó y sacó de pronto un pliego del cajón de la mesa. Era un mapa de las calles de Lima, que rápidamente desplegó y extendió en el suelo. La luz cenital caía a plomo sobre sus cabezas, y, como en una fogata, los taxistas rodearon el mapa.

Ese mapa, que más tarde pegarían con chinchas en una pared del depósito, mostraba aspas marcadas con plumones de colores en diferentes puntos.

—Estamos aquí, en esta aspa roja —Alberto puso el índice de su mano derecha en una calle marcada de La Victoria—. Fíjense qué bien ubicado está el hueco. Nos encontramos, de un lado, a seis o siete minutos de varias zonas de juerga, donde hay centros comerciales con varios cajeros automáticos y tiendas que están aquí marcadas —su índice se trasladó hacia cinco aspas verdes, desde Lince hasta el Cercado de Lima—, y de otro, si volvemos a este lado —su índice regresó a La Victoria—, tenemos también como diez zonas donde dejar tirados a los borrachos. Los puntos marcados con cruces azules son los lugares más seguros para botar borrachos, y las cruces verdes con puntos amarillos son las zonas convenientes de cajeros y tiendas, en las que será más fácil mezclarse entre la multitud.

—Veo un problema —dijo Raimundo.

—¿Qué? —indagó Carlos.

—Necesitamos más gente.

—Así es —coincidió Alberto, tragando saliva—. El negro tiene razón. De lo contrario, solo trabajarían dos taxis por noche, pues no podremos traer carga y además limpiarla. Es mucha chamba, y esto nos haría perder demasiado tiempo y plata. En suma, necesitamos más personal... Otro socio,

alguien que trabaje siempre con uno de nosotros. Este socio sería fijo en el hueco, mientras que nosotros podríamos hacer turnos.

Si bien Juancho y Carlos se sabían de memoria el rollo del mapa, pues lo habían trabajado con Alberto, no tenían idea de la propuesta de acrecentar el «personal».

—¿Otro socio? —preguntó Carlos.

—Tengo un pata conversao —informó Alberto—. Da el perfil que necesitamos.

La palabra «perfil» le sonó de lo más exótica a Juancho.

—¿Perfil?

—Hablo de un tipo con carácter, dispuesto a ajustar a la gente para que revele la clave de sus tarjetas. Un pata que masca vidrio.

—¡Como el primo de mi mujer! —profirió Raimundo, chismoso, entendiendo que aquel tema se imponía como insoslayable—. ¡Un conchasumadre! Irma me contó que su primo fue agente del SIN en la época de Montesinos, aunque ahora está fugado. Pero de seguro esa rata conocerá métodos para arrancar confesiones. Nos caería a pelo.

Carlos se irritó con Raimundo.

—No queremos mierda en este hueco —dijo.

—Tienes razón —sonrió Raimundo—. Con un tipo recio basta y sobra.

—¿Ven ese torno? —Alberto señaló la mesa con el pesado torno de hierro, junto a las cuerdas de nailon—. Ese es un aparato con el que se sujetan piezas de metal, pero también sirve para apretar dedos. Por eso está ahí. Él me sugirió conseguir un torno.

Los ojos asombrados de los taxistas miraron a Alberto. Fuera de la crueldad expresa que confería el torno, algunos temieron que se hubiese ido de boca.

—¿Le explicaste el negocio? —se alarmó Raimundo.

—¡No, pues! —Alberto apaciguó a todos—. ¡Cómo se les ocurre! Solo le pregunté si podía encargarse de suavizar gente. Y aceptó. Dijo que no tendría problemas.

—¿Pero quién es? —intervino Carlos—. ¿Quién lo recomienda?

—¿Quién los recomendó a ustedes? —replicó Alberto—. ¿Quién me recomendó a mí? Nadie... Así como tú andas bien —miró a Carlos—, pudiste haber andado mal.

—También se trata de un puesto de confianza —dijo Juancho.

—Ya lo sé. Por eso uno de nosotros siempre debe estar vigilante, haciendo turno en el hueco. No sé mucho de él, pero hemos conversado varios días. Es un tipo con los cojones en su sitio. Parece derecho y busca un trabajo más o menos decente. Me dijo que estuvo en Maranga, en el reformatorio, y que la está peleando como nosotros. En estos días chamea de checador de combis, donde saca muy poco.

—Puede ser un delincuente cualquiera.

—Espero que no.

—¿Sabe lo que necesitamos?

—Sí. Dar golpes.

—¿Cómo se llama?

—Le dicen Alí.

—Será por Mohamed Alí —bromeó Raimundo.

—No —replicó Alberto—. Por alicate. Le dicen Loco Alicate.

Un súbito escalofrío recorrió la piel de varios taxistas, sin lugar a dudas porque era fácil imaginarse el siniestro origen del apodo.

Por unos segundos, el grupo permaneció pensativo. Luego, Alberto los presionó.

—Y bien, ¿qué dicen? ¿Quieren conocerlo o no? Lo podría citar hoy, ya que estamos todos juntos, y luego, más tarde, decidiremos entre nosotros qué

hacer.

—Yo estoy de acuerdo —dijo Raimundo—; no se pierde nada. Hay que conocerlo, mirarlo a la cara. De todas maneras, necesitamos a alguien en ese puesto. Si no es él, tendrá que ser otro... Pero ya que tenemos un prospecto, veamos cómo es.

—Cítalo en algún lugar adonde nunca vayamos —propuso Carlos.

—Conozco una cantina en Surquillo —dijo Juancho—. El Triunfo, un local antiguo. Es un lugar tranquilo y tiene apartados.

—No está lejos de aquí. Lo buscaré.

Dos horas más tarde, los taxistas conocieron a Alí. El encuentro aconteció, como acordaran, en la cantina de Surquillo. Para decepción de Juancho y Carlos, apareció un sujeto blancón, flaco y de pequeña estatura. A primer golpe de vista, el prospecto de nuevo socio no lucía amenazante. La decepción, sin embargo, resultó efímera. Unos momentos después, al mirarlo con más atención, saltaron a la luz dos rasgos distintivos: Alí tenía una delgadez fibrosa, nervuda, y, sobre todo, una mirada fija y penetrante.

—Buenas —dijo mirando a todos.

Alberto hizo las presentaciones.

—Él es Alí —dijo—. Estos son los muchachos: Juancho, Carlos y Raimundo.

Nadie se dio la mano. Uno y otros, por todo saludo, se miraron entre sí con un sereno gesto parecido a la cortesía.

Hace un rato te mencioné los dados, Rosa, porque la vida es un juego. Cada acto nuestro se oculta en esos pequeños cubos de marfil. Las reglas son caprichosas, pero simples y claras. Al tirar los dados hay que marcar un número, y luego, en las siguientes tiradas, tratar de repetirlo. Siete gana, si te sale al primer tiro; siete pierde, si aparece cuando estás en el proceso de buscar el número marcado. Buscamos la correcta repetición.

La pasión de repetir también está en los juegos del amor y de la supervivencia. Es una pasión a veces enfermiza, aunque siempre vital y obsesiva, pero con ella se pueden esquivar las desgracias de la vida.

CAPÍTULO VII

Bajo la ducha, desnudo y enjabonado, Alberto ha sentido siempre que el agua renueva ilusiones. El diluvio, según la Biblia, fue una segunda oportunidad. La ducha, esa lluvia pagana, nos lava y nos deja aptos diariamente para enfrentar el mundo.

Alberto no se ducha de mañana, sino de noche, unas horas antes de salir al trabajo.

Aquella noche, tras ducharse y con una toalla anudada a la cintura, ingresó a su dormitorio y se tumbó en la cama. Nada le gustaba más que esos instantes de frescura y placidez, en los que se iba secando gradualmente mientras haraganeaba en la cama.

Se hallaba así, despatarrado sobre las sábanas, cuando oyó un ruidito. Desde el dormitorio, alzando la voz, Alberto interrogó:

—¿Rosa?

El ruidito parecía venir de la puerta de la calle.

—¿Rosa, eres tú?

Siguió un silencio. Entonces Alberto se incorporó e irrumpió en la sala. Por un par de minutos revisó cuidadosamente la casa y comprobó que no había nadie. Suspiró. Cambió luego la humedad de la toalla por una bata seca y volvió a recostarse en el dormitorio.

Al entrecerrar los ojos, empezó a dormitar. Y así, al cabo de algunos minutos, oyó, o sintió en sueños, unos pasos que pretendían pasar inadvertidos.

Esos pasos silenciosos, lo supo enseguida, eran producidos por unas botas, que él pudo entrever a través del ramaje nublado de sus pestañas. La mirada de Alberto se elevó desde el suelo, descubriendo que, en efecto, se trataba de su mujer, como era previsible, y de las altas y negras botas de su uniforme de motorizada, aunque vio algo diferente. Rosa estaba semidesnuda, vestía solamente botas y casaca de cuero, por lo cual destacaba la blancura atezada de sus muslos y sus nalgas. Luego, en un giro, avistó el perfil de un seno desnudo por la casaca entreabierta. Alberto despertó con una ávida lujuria.

Su visión era real, y por eso mismo se estremeció. Alberto y Rosa se miraron, sin hablar. Pero cuando ella se aproximó a la cama, él la detuvo.

—No —dijo—. Primero ponte el casco.

Ella retrocedió unos pasos y regresó con el casco puesto.

Al subirse a horcajadas sobre Alberto, como cuando se subía a la moto, Rosa le abrió la bata y se inclinó a besar su pecho. Él, otra vez, entrecerró los ojos. Y así, jugando de pronto a que la realidad se convertía en sueño, mientras él acariciaba sus senos, mientras palpaba la humedad de su sexo, mientras entraba y salía de ella con un rítmico golpe de caderas, ambos se enredaron en una espiral de gemidos e imágenes, o en esa agitada fantasía que les encantaba repetir, mixtura de todo lo que imaginaba sobre Rosa, especialmente las miradas lascivas de innumerables transeúntes que tasaban su apetecible cuerpo cuando iba en moto por la calle, y que ella, según contaba, fingía ignorar con total displicencia.

«Antes no me miraban así —decía Rosa—. Debe ser por el pantalón de montar. Ahora los hombres me miran como si quisieran violarme ahí

mismo». «¿Te gusta?». «Me gusta, sí, pero solo cuando me imagino que eres tú el que desesperadamente quiere metérmela».

Eso le había dicho Rosa la primera vez que hicieron el amor de esa manera, ella con botas, casaca y casco policial, montándolo, y él, desnudo, siendo su cabalgadura. Aunque en otras ocasiones, hinchado de ardores, el taxista desobedecía a la autoridad. Cambiando repentinamente de postura, Alberto se hincaba de rodillas y la cogía por detrás, aferrándose a su cintura y sus nalgas, y cometía infracciones, tirándosela incluso contra el tráfico.

—Alberto —dijo esa noche Rosa en un murmullo, y no habló más.

No halló las palabras. Pero ella sabía que en esas ganas locas, y en todo lo que no había podido decirle a su marido, anidaba aquello que los mantenía unidos.

En las noches siguientes el negocio del taxi tuvo sus altibajos. Borrachos que se despertaron (sucedió con Alberto y Juancho), o fallas mecánicas (el taxi de Carlos), y luego lo más grave: intentaron robarle el auto a este último. Paradójicamente, unos jaranistas, bastante bebidos, ayudaron a Carlos, impidiéndolo. Pero en cuanto a las alzas, nadie tuvo de qué quejarse. Les ligó una retahíla de tarjetas en dólares, que dejó a todos felices.

Por eso mismo, Alberto visitaba con regular frecuencia la avenida Arriola. Allí, una tarde, entró en una de esas tiendas de autos de segunda, importados de Tacna.

—Son japoneses y casi no han sido usados —le dijo un vendedor, quien asimismo informó que él traía manejando los coches desde el sur. Era un hombre de cuarenta años, con un blanco mechón de zorrillo a mitad de la cabeza. Se detuvieron ante un Toyota gris, modelo sedán, con cuatro años de antigüedad—. Este de aquí tiene apenas treinta mil kilómetros y el motor está como nuevo, mira nomás —las cabezas oscilaron por debajo del capó abierto

—, pero chequea también la lata, impecable, ni un choquecito... Igual está por dentro, el tapiz pito. ¿Por qué no lo pruebas dando una vuelta? ¡Verás qué suave!

Alberto aceptó y salió con el vendedor, conduciendo él.

—¿Cómo lo sientes? —le preguntó tres minutos después.

—Bacán —dijo Alberto.

Merodeaban por las calles aledañas de Balconcillo.

—¿Para qué lo quieres? ¿Uso particular o taxi?

—Las dos cosas.

—Si es así, este es tu auto. Y realmente está a precio de ganga.

El precio era lo que él quería gastar. No más de cuatro mil dólares.

Circulaban despacio por una concurrida calle de comercios cuando Alberto y el vendedor vieron algo que les llamó la atención: un hombre corría en ropa interior.

Si hubiera sido más tarde, Alberto habría pensado que aquel sujeto podía haber sido uno de los pasajeros que esquilmba con sus socios. Sin embargo, tuvo una impresión distinta. Creyó que era un amante sorprendido en pleno adulterio, fugando del marido. El tipo corría a gran velocidad y llevaba consigo un bulto de ropa. La gente, en la calle o en los restaurantes, lo miraba pasar y se reía. Alberto pensó que el hombre se iba a detener ante una patrulla policial, donde reclamaría ayuda, pero siguió de largo. Solo se detuvo cinco o seis segundos ante un loco calato y mugriento, cargado de bolsas. Con un gesto de asombro, el tipo y el loco se miraron y, al cabo, imitando a los transeúntes y comensales, el loco también rió. Reía de la adversidad, o reía de cómo los demás se estaban riendo.

El vendedor comentó:

—Otro pata jodido.

—Escapa de alguien, ¿no? —dijo Alberto—. Lo habrán pescado en algo.

—No creo. Parece más bien un asaltado.

Alberto sintió que se le paralizaba la sangre.

—¿Asaltado? —dijo.

—Sí. Por aquí pasa mucho esto.

—¿Y por qué corre? —preguntó Alberto.

—Porque eso hace la gente al sentir miedo —dijo el vendedor con el empaque de esos pedantes psicólogos de segunda que parlotean en la tele—. A ese tipo se le nota más, porque está sin ropa. Pero todos corren por la calle, o tienen prisa. La gente vestida y la calata. En estos tiempos todos viven con miedo, excepto ese loco de ahí, que no entiende nada.

El loco, tan pronto dejó de reír, se fijó en Alberto y meneó la cabeza.

Alberto sintió que lo había mirado como si lo reconociera, como si viese en él a un compañero de ruta.

De las risas, tan crudamente humanas, se pasó a las sonrisas, más razonables y pacíficas. Pasados unos días, todos sonreían. A pesar del frío y la llovizna, sonreían.

La primera sonrisa, ateniéndonos al orden de llegada, ocurrió al mediodía en el Hospital de Policía. En una sobria sala de espera, en Ginecología, seis mujeres leían revistas o miraban el suelo, aburridas. Casi todas se veían jóvenes. Unas, ataviadas de uniforme, eran sin lugar a dudas agentes en actividad, otras probablemente esposas o hijas de policías.

Rosa oyó que la recepcionista la llamaba por su rango.

—Técnico Rosa Chávez.

Ella se aproximó prestamente a un escritorio atiborrado de papeles.

—Soy yo —dijo.

—¿Su cita es con el doctor Tapia?

—Sí.

La recepcionista revisó una ficha y enseguida la hizo pasar. El doctor Tapia, un hombre de calvicie incipiente y gafas redondas, la recibió con una sonrisa. Rosa devolvió la sonrisa, como una respuesta natural, pero luego tendría verdaderos motivos para sonreír.

—Estimada Rosa, la felicito.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Está usted embarazada.

A Rosa se le llenaron los ojos de lágrimas, y su sonrisa fue tan hermosa como la súbita aparición de un rayo de sol en una tarde de lluvia.

Cinco horas después, y con sonrisas entusiastas, Juancho y Carlos saludaron a Alberto en plena calle al verlo llegar a una nueva zona de salsódromos donde habían convenido juntarse para inspeccionar el potencial de borrachos. El lugar, ahíto de parroquianos, paqueteros, putas y travestis, olía a dinero a leguas de distancia.

Las perspectivas del barrio arrancaron aquellas sonrisas, pero la gran sonrisa, en la que los taxistas medirían su éxito, la propició el nuevo auto que Alberto estrenaba.

—¡Chasa, tenemos taxi propio! —Juancho contempló con admiración el flamante Toyota de Alberto—. ¡Qué tal carrazo, hermano! ¡Esta es la prueba de que nos está yendo requetebién...! Mira, Alberto, yo también estoy pensando en comprarme un carrito nuevo, un Daewoo. ¡Acaban de traer un lote del sur, que está como el ajo!

Con una sonrisa nerviosa, semejante a una mueca obscena, Raimundo se sumó a la cadena. Trabajaba esa noche en el hueco y su rostro refulgía mientras contaba rumas de billetes. A eso de las once, Alí llegó de limpiar un cajero. Raimundo asentó con pulso firme la cifra exacta de aquel ingreso en el largo Haber del libro negro de contabilidad.

(Confinado al hueco por el yeso, Raimundo se había ocupado durante las últimas semanas de asistir a Alí en «maletear» borrachos, pero sobre todo en llevar las cuentas, que no cesaban de crecer y por lo cual él no dejaba de sonreír, aunque la suya era una sonrisa con su segunda, pues al día siguiente conseguiría lo que tanto esperaba: el médico le sacaría el yeso. Sonreía pues porque volvería al taxi, lo que le permitiría ganar más, y porque, a fin de cuentas, Raimundo, pese a todo, era un tipo buena onda y sonriente).

Con una sonrisa invisible, Alí agarraba a bofetadas a los borrachos. En ese trámite, tanto él como Raimundo tapaban sus rostros con pasamontañas. Alí, eso sí, evidenciaba un cierto placer perverso al momento de golpear e interrogar a los borrachos. Abundando sobre este punto en conversaciones privadas, Raimundo celebraba la aplicación de Alí, pese a que consideraba que él debía más bien pagar y no cobrar por hacer su chamba.

—¿Por qué lo dices, negro? —reía Alberto.

—Porque ese pata goza cuando pega —contestó—. Es un sádico.

Alí, quien pagaba entonces derecho de piso, no lucía la mar de contento. Le parecía injusto ganar menos que el resto, aunque todos le dieran un pequeño porcentaje de su tajada de efectivo. Alegaba que él también podía alquilar un taxi y rotar como los demás, y de esa forma ganar más. «No —le dijo Alberto—, tú estás aquí, en el negocio, porque te necesitamos en el hueco y en los cajeros. Fue para esto que te buscamos. Espérate un tiempito y luego veremos la forma... —iba a decir “de homologarte”, apelando a la jerga de sus tiempos de contador, pero prefirió ser más claro—... de nivelarte con el resto».

—Ganas bien y ni siquiera gastas en gasolina, ni en el mantenimiento de los carros.

—Dame un plazo —dijo Alí.

—Tres meses —repuso Alberto—. En ese tiempo podremos establecer un promedio de ingresos y egresos, y ahí sabremos con qué partida te nivelamos, ¿de acuerdo?

Alí le clavó su mirada fija y penetrante, pero aceptó.

Con una sonrisa esperanzada, Carlos llamó esa noche tres veces, pero en la tercera anunció en el hueco que, a juzgar por el efectivo, había ligado un huachito. Tenía toda la razón. Más tarde, de las tarjetas de su borracho pudieron sacar el tope permitido.

Con una sonrisa orgullosa, en fin, Alberto llegó a su casa al amanecer y despertó a Rosa, a quien trasladó hacia la ventana, tapándole los ojos por detrás con ambas manos.

Cuando se los destapó, ella vería a unos metros, en la calzada, el Toyota adquirido por Alberto. «¿Lo compraste?». «Sí —dijo él—. Lo compré. Es nuestro».

El nuevo auto de Alberto y Rosa hizo que recrudesciera, más temprano que tarde, la sensación de zozobra que a ella le impedía vivir tranquila.

La pareja se sumió en una agria discusión.

—¿Entonces para cuándo? —reclamó Rosa, sulfurada, en un momento en que fue directo al grano, en tanto caminaba de arriba abajo por la sala de la casa.

—¿Para cuándo qué?

—¡Por Dios, sabes de lo que hablo! —alzó la voz—. ¡Para cuándo vas a dejar lo que sea que estés haciendo...! Ya tenemos carro nuevo. ¡Bacán! Está lindo, es muchísimo mejor que el otro. ¿Ahora qué más deseas...? —y en un desaforado arrebató, agregó—: ¡Óyeme, Alberto, no quiero más misterios! ¡Necesito saber exactamente lo que haces!

—Ya te dije.

—No, no me has dicho. Tú sabes que no lo has dicho.

Ella, de hecho, ya no resistía ignorarlo todo.

—Rosa, por favor.

—Dímelo.

—¿Qué quieres que te diga?

—¿Cómo es que ganas tanta plata?

Alberto se vio acorralado. Por mucho tiempo había escapado de esa pregunta.

—¿Qué te pasa?

—No hagas que repita las cosas. ¿Cómo es que ganas tanto?

Fue entonces cuando se lo contó todo.

Sin dorarle la píldora, pero tampoco sin hacer más sórdido y terrible el negocio, contó con pelos y señales la sencilla mecánica de su trabajo, concluyendo:

—Me dedico a los borrachos, Rosa. Por eso nos va tan bien.

La cara de asombro de su mujer reflejó las sombras del asco y el abatimiento.

—¿Vendes borrachos?

—Bueno, ya no. Ahora nosotros mismos hacemos el circuito completo. Cargamos, limpiamos y cobramos.

Como un fantasma, Rosa condenó su conducta. Le recordó que ella era policía y que pretendía ser buena policía. Dijo además que, desde un inicio, había supuesto que él hacía algo incorrecto, pero nunca imaginó que se hubiera convertido en un vulgar ladrón.

—Estás robando —balbuceó.

Alberto calló. Alistaba su típica cara de aguantar el temporal.

—No lo veas así.

—¿Cómo quieres que lo vea entonces? —dijo ella, desconcertada.

—No sé —se fastidió Alberto—. Míralo como un impuesto.

—¿Como un impuesto?

—Sí. Un impuesto a los borrachos.

—¡Qué estupideces hablas! —se exaltó—. ¿Te estás volviendo loco?

Dejándose caer pesadamente en un sofá, él meneó la cabeza. Ella lo miró en silencio unos segundos y luego se sentó a su lado.

—Tienes que dejar este asunto, Alberto —suplicó—. Vamos a acabar pésimo.

—Lo dejaré pronto.

—No me estás entendiendo. Si tú sigues una semana más en esto, nos separamos.

—¡Son borrachos, Rosa! ¡Gente que bota la plata!

—¡Bota su plata, no la tuya...! Además, tarde o temprano los van a pescar. ¡La suerte no dura toda la vida!

Alberto conocía incontables ejemplos de lo contrario. Lacras con suerte eterna. Y no solo pensaba en especuladores de terrenos, empresarios del contrabando o en mineros con pasado de narcotraficantes, sino incluso en más de un gobernante reelegido.

—Necesito más tiempo —dijo—. Hay muchos taxis en Lima, Rosita. Esto ya no funciona... Necesito juntar una buena plata, un capital para poner un negocio de verdad. Si me roban el carro de nuevo, volveremos a lo de antes... ¿Sabes de lo que hablo, no? De vivir de préstamos. De prestarnos plata hasta que nadie nos dé un centavo. Hablo de sentir hambre. ¿Te acuerdas cuando no llegábamos a fin de mes? ¿Te acuerdas de esa semana en que entre los dos teníamos que comer una vez al día un plato de lentejas?

Para Alberto ese recuerdo quemaba. No lo mitigaba la juventud, ni los deseos de salir adelante, ni siquiera el placer de vivir en libertad. El hambre era una fiera. Y cuando esa fiera rugía se te iban las ganas de amar, de reír y

hasta de pensar. Él lo había sentido en sus tripas. Cambiaba todo en la piel de las personas, brotaba un sarpullido de cólera.

—No puedes seguir en este asunto —repitió ensimismada—. ¿Cuánto tiempo te falta?

—Un tiempo más. No sé cuánto tiempo.

—¡Tú no eras así!

—¡Tú tampoco! Los dos hemos cambiado.

—No, yo no he cambiado. Aquí lo que pasa es que tú buscas lo fácil... No soporto lo que haces. No soporto seguir así.

Él le cogió una mano entre las suyas.

—Sé cómo te sientes, mi amor, pero tienes que darme tiempo. Solo necesito un poco más de plata, pa' defenderme. Luego, paro. ¡Te lo juro!

Fatigada, recostando la cabeza en el sofá, Rosa miró a su marido. Quería creer en lo que él decía, en sus motivaciones, pero le faltaban fuerzas. Se movía, inevitablemente, al vaivén de profusos pensamientos que reñían entre sí. Ella tenía entonces una noticia que darle, y sabía que esa novedad, para llevarla a buen término, requería de dinero.

—Tengo algo que decirte —farfulló.

—Dime.

—Estoy embarazada.

Las palabras de Rosa quedaron flotando en el aire.

Por cuatro o cinco segundos, Alberto la observó boquiabierto. Luego, ingrávigo, emocionado, todo sonrisas, dejó atrás aquel intervalo pasivo, como una liviana cometa que agarra viento y súbitamente alza vuelo.

—¡Al fin, china! —dijo feliz—. ¡Al fin tendremos un hijo!

Rosa tardó en reaccionar. Pero enseguida, devolviéndole la sonrisa, reparó en que él tenía ganas de abrazarla, de arrullarla, de comérsela a besos.

¿Nunca te dije que mi padre murió de cáncer? Así fue, negro. Mi padre murió con el estómago a la miseria, carcomido por la rabia de tanto andar quejándose del mundo. Se sentía estafado, abusado, nunca entendió cómo ni por qué lo habían despojado de sus ilusiones. Con la muerte de mi padre, desapareció todo; él fue mi única familia. Y eso ocurrió porque, cuando yo era niño, mi madre viajó a los Estados Unidos y nunca volvió. Nos escribió unas pocas cartas, que luego mi padre rompió, y nunca más supimos de su paradero.

Conservo una fotografía de ella, en la que estamos juntos, sentados en la banca de un parque de Lima. Yo debía de tener unos tres años. Los dos miramos a la cámara, sonriendo.

Y un día, Rosa, mi mujer, viendo conmigo esa fotografía, se burló de mí. Dijo que yo era engañoso, como los perros chuscos.

—¿Por qué son engañosos los chuscos? —le pregunté.

Y entonces, riéndose, contestó:

—De chiquitos parecen bonitos, pero cuando crecen se ponen feos.

CAPÍTULO VIII

Carlos era quien había dado el dato del huarique —Cebichería Normita, en Chorrillos—, en un área perdida y polvorienta. Quedaba cerca de la salida del túnel de La Herradura, a mitad de una de esas callejuelas desangeladas, sin nada de vegetación, donde el color del cemento y la humedad implantan una viscosa melancolía. La calle olía a ajos, cebolla y pescado fresco.

Junto a la acera, vigilados por los niños del barrio, se veía estacionada una larga fila de Mercedes-Benz, Audi, BMW, entre otros carros de lujo. El contraste de tanta pompa locomotriz en aquel escenario era una señal inequívoca que garantizaba la calidad de la concurrida cebichería. Allí, integrados por el buen diente, ricos y pobres comían de lo mejor y a precios razonables.

Los taxistas atacaban una jalea y un pulpito al olivo, celebrando el primer mes como dueños de su hueco. Estaban todos, incluyendo a Alí, de quien ese día Alberto se enteró de su afición por aderezar la comida con abundante ají. Sus platos ardían de sabor. Enfrentaba cada bocado como un reto a su hombría. Juancho y Carlos, por imitarlo, acabaron con la lengua abrasada; y necesitaron media docena de cervezas frías para apagar el incendio.

Con esas cervezas, en todo caso, comenzó el desarreglo.

Y así las cosas, al dejar la cebichería, todos se fueron a seguirla a un bar de Los Olivos. Viendo los ánimos caldeados, Alberto declaró asueto. Pasaron

el día charlando y chupando, y, como en cualquier barra de amigos, comentando lo bien que les iba. Pero hubo un momento en que el bar estuvo lleno de borrachos y Carlos se amoscó.

—¡Son las diez de la noche, carajo! —dijo—. ¡Yo me quito, periquito! — y en el acto pidió la cuenta. Cuando esta llegó, la pagaron entre todos.

Juancho y Alí fueron de la misma idea, y se despidieron.

—¿Están mamados, chiquillos? —rió Raimundo, expandiendo una mirada plena de sarcasmo—. No tomen taxis, ni se duerman. Mejor váyanse en combi.

Los taxistas festejaron la broma, reticentes. El grupo había viajado a la cebichería y al bar en el carro de Alberto, y este no podía regresar a todo el mundo.

En el bar, reían, bebían y hablaban a los gritos unos veinte parroquianos, pero del grupo de taxistas solo quedaban Raimundo y Alberto. Previamente, al encontrarlo en el baño, Raimundo le había dicho que antes de partir quería conversar con él en privado.

—¿Qué querías decirme? —preguntó entonces Alberto.

Mirando a uno y otro lado, como si las paredes oyeran, Raimundo contestó:

—Algo no va bien, hermano. La verdad, no sé qué está ocurriendo.

—¿Hablas de la chamba?

Raimundo asintió, y Alberto imaginó de inmediato por dónde iban los tiros.

—¿Es Alí, no?

Volviendo a asentir, Raimundo bebió su cerveza.

—¿Qué pasa, negro?

—Mira esto —Raimundo entregó a Alberto un comprobante de retiro bancario—. Es el comprobante de la tarjeta de nuestro último borracho con

billetón. La cantidad corresponde al dinero que Alí me entregó al retornar del cajero, pero aquí hay un problema... Este comprobante no pertenece al borracho que limpiamos.

—¿Cómo es eso?

—Primero revisa el comprobante —dijo. Alberto miró el papelito—. ¿No es fácil de leer, no? Los comprobantes salen casi siempre desteñidos, ya que el banco demora en cambiar la tinta de la impresora... Así que, por lo común, yo solo veo lo que me interesa. Es decir, verifico la cantidad del retiro, que es la cifra que he de asentar en el libro, nunca miro el número de la tarjeta. ¿Para qué lo haría? Ni siquiera miramos los saldos disponibles.

En algún momento todos habían discutido si convenía o no retener unos días a un borracho con mucho saldo disponible. Sin vacilar un segundo, Alberto se negó. No solo adujo que aquello sería secuestro, sino también una estupidez, pues generalmente al darse una desaparición los familiares solían alertar a los bancos para que congelaran las cuentas.

—Pensamos en otros números —continuó Raimundo—. Los cuatro números de la clave, y luego, en el hueco, la cantidad del retiro, ya que así puedo cotejar el dinero que me entregan con el monto del retiro... Sin embargo, en la última semana me estuve fijando en otros detalles... En números difíciles de memorizar.

—¿Por qué? ¿Hubo algo raro?

—No. Sucede que a veces tengo tiempo libre y a uno se le da por hacer tonterías.

—Sigue.

—Apunté los números de las tarjetas. Lo hice a espaldas de Alí. Son cifras largas, dieciséis números, aunque en el comprobante solo figuran los primeros doce. Lo hice con dos borrachos, como jugando, y no pasó nada. Pero anoche, con el tercero, saltó el conejo.

Alberto empequeñeció los ojos.

—¿Alí te entregó un comprobante que coincidía con la cantidad que te daba, pero no con el número de la tarjeta?

—¡Exacto! —exclamó Raimundo, furioso, asestando un puñetazo en la mesa—. ¡Esa rata nos hace el avión!

Las botellas vacías de cerveza tintinearón con la remecida.

—¡Conchasumadre! —dijo Alberto con los dientes cerrados.

—Eso digo yo.

La indignación transfiguró sus rostros. Por un instante ambos parecían a punto de lanzar alaridos. Pero luego Alberto se controló y fijó una vidriosa mirada en la barra.

—Mejor vayamos con calma —dijo.

—¿Con calma? —se extrañó Raimundo.

—Existe la posibilidad de que sea una confusión —absorto en sus razonamientos, Alberto seguía mirando hacia la barra, con dureza—. Pero, claro, no podemos bajar un segundo la guardia. Vigílalo. Chequea bien los números de las cuentas... Si esto se repite, hay pendejada de por medio. Conseguir comprobantes de retiro es fácil. A muchos tipos apresurados se les caen al suelo y cualquiera incluso puede encontrarlos en los basureros de los cajeros automáticos. Alí ha podido recogerlos y luego hacernos el cambiazo.

—¡Qué me miras, carajo! —le increpó abruptamente un borracho. Era un individuo robusto y mal encarado, con aspecto de no haberse pasado un peine en varios días.

Alberto advirtió que la cosa era contra él.

El borracho, acodado en la barra, adoptaba una actitud desafiante. Al parecer, este creía que Alberto lo estaba contemplando con hostilidad.

—No, no te miro —se disculpó Alberto—. Estaba distraído.

—¿Distraído?

—Distraído, sí.

—¿Y siempre te distraes con esa cara de culo?

Alberto sonrió. El borracho se acercó a la mesa con arrogancia.

—Entonces no te debo nada.

—No —dijo Alberto.

—De acuerdo —arrugó la nariz, resoplando—. Pero ya que es así, ahora podemos hablar, ser amigos. Vale decir, no me opongo a que me invites una chelita.

Alberto le señaló una silla.

—Mira, nosotros ya estábamos por irnos, pero por supuesto que te invitamos una chela —y le sirvió un vaso de la última botella llena. El borracho se sentó y levantó su vaso:

—¿Un brindis?

—¿Por qué quieres brindar?

—¡Por mis cojones! —replicó el borracho solemnemente.

—¡Pues bien, brindamos por tus cojones! —Alberto estaba en plan de seguirle la cuerda y largarse en cuanto pudiera—. ¡Salud!

—¡Salud! —exclamó también Raimundo como si estuviera en un cumpleaños.

Los tres chocaron sus vasos y bebieron. El borracho quiso dar explicaciones.

—Miren, muchachos, yo no soy mala persona... —dijo—. Soy solo un habitante de la noche. Pero soy también un hombre solitario, por culpa de algunos huevones con mala cabeza... ¡Me han dejado! ¡Tengo unos amigos que no saben chupar! ¡Siempre me dejan!

—Bueno, es que ya es tarde —arguyó Alberto.

—¿Tarde? —tronó el borracho, despectivo—. Están locos. ¡Para mí la noche recién empieza! ¡A mí me vale chupar toda la noche!

—Pero en algún momento tendrás que pararla, ¿no? —dijo Raimundo—. ¿Qué haces cuando te cierran el bar?

—Me llevo las cervezas a la calle y allí sigo chupando, como los machos. Así se portan los hombres. Yo acabo siempre solo, chupando en la calle... ¡Chupo solo, en la calle, esperando el amanecer! ¡Chupo... hasta que me orinen los perros!

Raimundo gorjeó. Intuía que esa mentalidad era la base de su negocio.

En un descuido del borracho, Alberto miró a Raimundo, indicándole con una seña que era hora de irse. Un minuto después se libraron afablemente del borracho.

La pelea empezó porque dos combis se disputaban pasajeros. Una combi cerró a la otra, y al instante dos muchachos, los llenadores de cada vehículo, intercambiaron insultos y se trenzaron a golpes. Los choferes de las combis bajaron a separarlos, pero de pronto acabaron también repartiendo golpes y lisuras. Se hizo un tumulto y llegó un policía.

—¡Viene un toambo! —vociferó un transeúnte a los pleitistas.

Pero nadie escuchaba. Llovían parejos los puntapiés y los puñetes, y los pasajeros de las combis, sin moverse de sus asientos, miraban desde las ventanillas. El tránsito se detuvo en parte. Un corro de vendedores ambulantes azuzaba la gresca como si estuviera en las tribunas de un coliseo de cachascán. Los curiosos reían o miraban con seriedad.

Cuando el policía quiso intervenir, no le hicieron caso. De modo que pidió refuerzos por su móvil, y dos minutos después, con las rojas circulinas parpadeando y haciendo sonar las estrepitosas sirenas, aparecieron dos motorizados. En una de esas motos se encontraba Rosa, quien bajó soplando su pito y blandiendo su vara.

La apabullante presencia de la autoridad sosegó a los microbuseros, aunque hubo un enardecido chofer de combi al que Rosa necesitó amenazar con la vara.

Ese fue justamente el momento, en el conato por apaciguarlo, cuando ella sintió una punzada en el vientre. Fue una sensación de calor y molestia, no de dolor.

Afortunadamente los pleitistas se calmaron y la calle volvió a la normalidad. No les pusieron papeletas, porque ya las bocinas de los carros detenidos inflamaban el aire.

—¡Muévanse de una vez! —ordenó el motorizado que hacía pareja con Rosa.

Ella ya estaba repuesta, pero de súbito se sobó el vientre unos segundos, mientras colaboraba con su compañero pidiendo a la gente arremolinada que circulara.

Los noticieros de las radios hablaban del clima cambiante.

Decían que el Perú atravesaba el invierno más frío de las últimas décadas. Todo se debía a los vientos antárticos, que azotaban Sudamérica, y se hablaba de regiones andinas donde había vuelto a nevar después de ochenta años. Las bufandas y los abrigos volvían a las calles, y, cosa rara, los limeños renunciaban a tomar en broma la palabra invierno.

Así las cosas, las tiendas de electrodomésticos vendían gran cantidad de estufas y deshumecedores. Alberto había comprado una estufa para el hueco, un armatoste alto y pintado de blanco, tipo radiador, que Raimundo decidió instalar cerca de la mesa, donde se sentaba a esperar a los taxistas, ya fuese leyendo los diarios o el libro de las cuentas.

Habían pasado cuatro noches desde que Raimundo le contara a Alberto sobre la presunta trampa de Alí con los comprobantes. Y tres desde que el

resto de taxistas fuese puesto al corriente de las sospechas. En esa desazón, Raimundo retomó el taxi, utilizando un carro de alquiler. Por lo tanto, la vigilancia sobre Alí, en el riguroso tren de turnos del hueco, debió ser también responsabilidad durante las noches pasadas de Carlos, Alberto y Raimundo. El turno de la cuarta noche le correspondía a Juancho.

Tres borrachos era el buen saldo en lo que iba del turno. Luego, como sucedía a menudo, sobrevino un parón. Eran las dos de la mañana y llevaban una hora de bostezos.

Esperando la llamada de los taxistas, Juancho y Alí se entretenían como podían.

Juancho, calculando ingresos, repasaba el flujo de la contabilidad a la luz de un lamparín (otra reciente adquisición comunitaria, pues las luces altas del galpón iluminaban mal). Alí, a escasos metros, sobre un petate, hacía planchas. Ya pasaba la plancha número cincuenta, y los músculos de la cara y los brazos se le tensaban en cada flexión.

—Este mes nos irá mejor —dijo Juancho.

Alí no se inmutó. Seguía en sus flexiones, sin soltar un jadeo.

Ante ello, Juancho dejó de manosear el libro y acometió uno de sus más febriles pasatiempos: admirar el baúl. Largo y profundo como un arcón, el baúl estaba al lado de la mesa. El mismo Juancho lo había traído de Las Malvinas, tan pronto comenzaron con lo del hueco propio, canjeándolo por una vieja gata hidráulica. El baúl servía de asiento, pero guardaba en su interior las joyas y adminículos de los borrachos. Allí, como en un cofre de bucaneros, amontonaban oros y lujos: anillos, relojes, cadenas, esclavas, así como encendedores, celulares y hasta computadoras de mano. Un tesoro prohibido, tal como decían al unísono Raimundo y Alberto; un tesoro maldito, capaz de hundirles el barco.

Acercando la luz del lamparín, Juancho tentaba al diablo. Abría la tapa del baúl y, hurgando en su interior, dejaba que el dorado brillo del tesoro iluminara su rostro.

Ese trance de vértigo y de ciega codicia le daba paz. Él, en algún momento, le había confesado a Carlos que algo similar a esa paz —una calma plena, que solo había visto en los vástagos de la gente rica: una suerte de reposo indolente, pero arrogante, como ufanado de una superioridad absoluta— debían de sentir los gerentes y cajeros principales del Banco Central de Reserva al recorrer las bóvedas llenas de billetes y lingotes de oro.

—¡Uf! —se desplomó Alí sobre el petate.

—¿Cuántas hiciste? —preguntó Juancho.

—Noventa —dijo Alí.

—No quisiera ser la cara que reciba tus puñetes.

Alí ignoró su lisonjero comentario. Sudoroso, dirigiéndose a un lavatorio, refrescó su rostro y su pecho, y se colgó una toalla al cuello.

—El Rolex de oro —dijo Juancho, alzando un reloj a la altura de sus ojos—. Esta es la joya de la familia. Así la llama Alberto. Pertenece a un turista, un gringo bastante mayor. Seguramente se lo regalaron por su jubilación, en premio a cuarenta años de servicio.

—¡Cuándo venderemos estas huevadas! —chistó Alí.

Con expresión prudente, Juancho repuso:

—Aguanta, hermanito. Ya llegará el momento.

Y en ese instante timbró el celular de Juancho.

—Aló... ¿Raimundo?... Sí... Sí, compadre... Ya, claro... Está bien...

Alí, oyendo que venía carga, se puso a monitorear la calle por el espejo.

Media hora más tarde, cuando ya habían desplumado al borracho y Alí tardaba en el cajero automático, Juancho comenzó a imaginar cada uno de sus movimientos.

Imaginó a Alí saliendo de las sombras y deteniéndose bajo la lívida luz de algún cajero, o bien haciendo el retiro de la tarjeta, pero dividiendo el dinero en dos fajos, los cuales guardaría en bolsillos diferentes, uno de la casaca y otro del pantalón.

Luego, pasó a la realidad. Tras recibir el comprobante de retiro, Juancho completó el cuadro: detectó la misma triquiñuela que Raimundo advirtiera. El monto del dinero concordaba con el comprobante, pero no el número de cuenta de la tarjeta.

«Qué cagada —pensó Alberto iracundo, tan pronto le informaron por el celular que Alí se había hecho otra vez el vivo con todos—. Este cojudo nos subestima».

Ahora, lo sé, estamos en pindingas. Quizá porque todos sabemos que, aunque nos joda, tendremos que afrontar pronto un momento difícil. Cuidando los detalles, dominando nuestras emociones. Todos sentimos miedo e inseguridad, y eso está bien. El miedo es un buen compañero, un protector, un cómplice. Y es mejor tenerlo de nuestro lado, bajo control. Lo que más bien resulta peligroso es lo opuesto: que alguien tenga miedo de nosotros. Ahí podría pasar cualquier cosa.

CAPÍTULO IX

Ya había menguado la hora punta. Rosa estaba cansada, pero animosa, porque se acercaba el fin de su turno. Las calles, como de costumbre, eran ríos de autos con los faros encendidos, yendo al centro o viniendo, luces rojas los que se iban, amarillas los que venían, o centellando en los puentes de la Vía Expresa.

Rosa estaba detenida en el puente Bausate y Meza, en la orilla derecha del estadio. Tenía hambre, quería hablar con Alberto y el cansancio la agobiaba. Pasar tantas horas en la calle, mirando los autos, exigía concentración: no era cosa fácil mantener la fluidez del tránsito, cuando uno andaba pensando en problemas caseros. Y ella tenía problemas. Alberto era su problema.

Al llegar su reemplazo, Rosa arrancó la moto y tomó por una adyacente de la Vía Expresa, rumbo al Cercado, y en eso, repentinamente, un auto aceleró y se aproximó a alta velocidad. Un tapabarro rozó la moto. El accidente se produjo en la intersección de la avenida Grau y la Vía Expresa, cuando el auto quería adelantarse, para ganar la luz verde. ¿Resultado? La moto de Rosa patinó en el suelo, el auto se estrelló contra una combi.

Fue una caída aparatosa. Lo último que advirtió Rosa antes de perder el sentido era que estaba tirada en el asfalto mirando hacia el cielo y que en ese momento caía sobre ella una fina llovizna.

Alberto llamó al celular de Rosa y no obtuvo respuesta. En cosa de seis horas hizo diez llamadas con los mismos resultados negativos, por lo que supuso que estaría ocupada, pero, atendiendo a un palpito, no se resignó. Obstinado en comunicarse, llamó entonces a Mercedes, policía del escuadrón de Rosa y de quien tenía el teléfono porque su mujer lo había guardado circunstancialmente en la memoria de su móvil. Por eso se enteró.

—Estaba por llamarte —oyó la compungida voz de Mercedes—. Atropellaron a Rosa. Se encuentra en el Hospital de Policía, en el cuarto 257. Ya recuperó la consciencia.

—¿Cómo está?

—Daños de consideración, pero reparables —repuso con su moroso lenguaje de parte policial—. Tiene contusiones y una pierna rota.

Alberto voló hacia el hospital. Se identificó rápidamente en recepción, franqueó varios pasillos llenos de enfermeras con batas blancas. Al entrar al cuarto 257, vio a un médico de espaldas, hablando con Rosa. Carraspeó para hacer notable su presencia.

—Están prohibidas las visitas —dijo el médico girando sobre sus talones.

—Es mi marido, doctor —murmuró Rosa.

El médico le recomendó que fuera breve. Necesita descanso, dijo. Cuando este se retiró, Alberto besó a Rosa en la frente. Ella tenía las mejillas arrasadas de lágrimas.

—Rosita... ¿Te duele mucho?

Ella sollozó, no sabía cómo mirarlo.

—Lo perdí —dijo.

—¿Qué?

—Perdí al bebé.

—¿Te lo ha dicho el doctor? —se fastidió él. De inmediato pensó que, de ser así, el médico era una bestia que había elegido el peor momento para

revelárselo.

—No, pero yo sé que estoy vacía.

—Hay que esperar los análisis —dijo, abrazándola con delicadeza.

—No necesito análisis. Yo sé que lo perdí.

—No seas tan pesimista.

—Lo perdí —repitió sorbiendo su llanto—. Puedo sentirlo en todo el cuerpo.

—¡No, por Dios! ¡Estás hablando tonteras!

Pero tenía razón. Dos días después, hallándose Rosa más calmada, le confirmarían la mala nueva. Había sufrido un aborto por la caída.

En ese momento, en todo caso, sorteando esa frustración premonitoria, él no la dejó continuar con el tema. Y comenzó a interrogarla. ¿A qué hora fue? ¿En qué esquina? Cosas puntuales. La pierna herida, contó ella, era la izquierda. La moto le había caído encima. El médico acababa de asegurarle que se curaría y que no iba a cojear.

—Pero cuéntame cómo pasó —demandó él.

—Me topó un imbécil.

—¿Se te cruzó?

—Pasó a mi lado, quiso adelantarme... El tipo corría como loco.

—¿Dónde te chocó?

—Por detrás. Me hizo perder el equilibrio

—¿Pero pudieron agarrarlo?

—Sí —resopló, entornando los ojos—. Me dijeron que sí. El tipo acabó estrellándose contra otro vehículo.

Elevando apenas el mentón, Rosa hizo ahora un gesto de dolor.

—Ya no hablemos más. Tienes que relajarte.

—Tengo sueño. Me han dado algo que me tiene mareada.

—Duerme, amor —dijo Alberto volviendo a besar su frente.

Tres horas después, Mercedes llamó a su celular. Alberto estaba en la cafetería del hospital, haciendo tiempo, a la espera de que el médico de su mujer terminara su ronda de pacientes. Quería informarse bien de la situación y de su futura convalecencia.

—Alberto, estoy en el Cercado, en la comisaría —Mercedes hablaba con un tono muy irritado—. Ya salió el dosaje etílico. El desgraciado estaba borrachísimo...

La mandíbula de Alberto se descolgó un centímetro.

—¿Alberto?

No sabía qué decir. Era penoso que le pasara eso a él. Justamente a él, que, cuando iba al cine, no soportaba esas historias con inverosímiles rasgos de simetría.

Le jodían las coincidencias, las burdas ironías del destino.

—¿Alberto? —insistió Mercedes por el celular.

Alberto cortó la comunicación y bebió su taza de café, despacio.

El último en llegar al hueco fue Raimundo, que se excusó contando que su mujer lo estaba molestando con la vecina. Habían tenido una pelea con alaridos y algunos platos rotos. Según Irma, dijo Raimundo, yo le coqueteo a Sonia, que vive a dos casas de la nuestra, una chica bien apachurrable.

—¿Y qué hay de cierto? —indagó Juancho—. ¿Le coqueteas?

—No —dijo Raimundo tajantemente—. Me la he tirado solo un par de veces, pero cuando nos cruzamos nunca le sonrío.

Los taxistas rompieron a reír.

Estaban todos. Alberto los había convocado para discutir el asunto de las joyas y relojes y demás pertenencias que guardaban celosamente. Tenía un comprador. Era un colombiano, dedicado a la compra y venta de oro, y con buenos contactos en su país.

—Si se trata de un comprador de oro, va a castigar los precios —dijo Carlos.

—Así es —dijo Alberto—. Por eso los he reunido. Quiero que tomemos una decisión en conjunto. Para mí, el tipo es seguro. Lleva años en el comercio de joyas y sabe cómo sacar la merca fuera del país. Además, creo que si negociáramos con un reducidor local, cosa que está descartada, por supuesto, nos pagaría menos.

—¿Cuánto crees que podremos sacar? —preguntó Carlos.

—Un treinta por ciento del valor.

—¿Y eso cuánto es en dólares? —intervino Alí.

—Diez mil dólares, más o menos —repuso Alberto—. Dos mil para cada uno.

Raimundo se frotó las manos, arrancando a dar vueltas por la estancia.

—¡Listo, Calixto! —exclamó.

La alegría de Raimundo contagió al resto.

Carlos, exaltado, dijo que ya veía lo que anhelaba comprar: una nueva computadora para su hijo; y Juancho, menos edificante, formuló su deseo de volver un fin de semana a su tierra, Iquitos, y meterse en la cama con cinco putitas a la vez durante toda una noche.

Alberto no dijo nada, ni tampoco Alí. Pero en algún momento, en una fracción de segundo, este percibió que Alberto lo miraba como si él no tuviera derecho a ser feliz.

Fue en esa fría vaguedad cuando Alí sintió que aporreaban su cabeza. Le sacudieron la base del cráneo con un golpe seco, utilizando una llave de ruedas.

Alí cayó a tierra, y Raimundo, quien lo había sorprendido atacándolo por detrás, lo ató fuertemente de pies y manos. La sangre humedeció el suelo.

—Pónganle una mordaza —dijo Alberto.

Carlos le introdujo un trapo apelotonado en la boca y lo sujetó con una ancha cinta adhesiva, a la que dio dos apretadas vueltas.

Así, de pronto, se acabó la mirada fija y penetrante de Alí. Ahora solo era un ser indefenso, patético. Un individuo suciamente culpable, alguien que había malgastado su tiempo, un mamarracho. Forcejeaba con sus ataduras, desorbitaba los ojos.

A cerrar y abrir los ojos vivamente se reducía toda su gestualidad. No tenía más posibilidades de expresión. Y nadie, por cierto, le pedía otra cosa.

Nadie reclamaba explicaciones. Ya sabían lo que pasaba. Los taxistas sabían cuál había sido el grave error de Alí: no respetar las reglas de juego. Con eso, dado que ellos no desconocían que eran fichas de un juego peligroso, bastaba y sobraba.

—Huevón —le dijo Raimundo mirándolo en el suelo.

Alí tenía dificultades para respirar.

—Hay que guardarlo de una vez —habló Alberto—. Metámoslo en la maletera.

Dentro del hueco había un solo auto, que era un taxi de alquiler. Aduciendo que el suyo necesitaba reparaciones, Carlos lo había alquilado. Era otra medida de seguridad.

Entre Juancho y Carlos cargaron a Alí y lo metieron en la maletera, arrojándolo como un paquete. Habían dado las diez de la noche. Charlando y comiendo pollo a la brasa con papas (que Alberto salió a comprar), esperaron hasta que dieron las tres de la mañana, la hora más silenciosa y terrible, la hora en que la ciudad duerme profundamente.

Luego, todos subieron al auto y abandonaron el hueco.

Hacía frío y caía una niebla baja a orillas del río Rímac.

Arribaron a un basural de Gambetta, que ya tenían estudiado. Allí, sombreado en la maleza, había un botadero de cadáveres. La mayoría de los nuevos asentamientos humanos del cono norte, en las lomas altas, no contaba con policía —los diarios calculaban un policía por cada doscientas mil personas—, de manera que, para deshacerse de los ladrones y violadores, los vecinos debían arreglárselas. Era gente humilde y de trabajo, pero aguerrida. Organizaban rondas por manzanas. Empuñaban garrotes, soplaban pitos y encendían linternas. Cada cierto tiempo, previa flagelación pública, linchaban a alguien. Lo amarraban a postes del alumbrado y lo apedreaban hasta matarlo. Cuando la policía llegaba a tiempo, que era lo menos frecuente, hallaban a un hombre desnudo y moribundo, bañado en sangre, semienterrado en la arena. Las más de las veces, por cierto, la policía no acudía, ni tenía noticia del hecho, y los vecinos se deshacían del cuerpo sin dejar huellas.

Juancho y Alberto habían visitado dos veces la zona. Constataron que tarde en las noches no había un alma en los alrededores, a excepción de perros callejeros y los infaltables drogadictos que asomaban bajo los puentes con sus asiáticas miradas de insomnes. A estos últimos bastaba apuntarles con una pistola para espantarlos.

Alberto y Raimundo consiguieron dos pistolas con silenciador.

Aferrando estas armas, dos Taurus ligeras, el grupo de taxistas internó el carro en el basural y alcanzó pronto la orilla. El río, a cinco metros bajo la superficie, corría débil, pero con la fuerza suficiente como para llevar desperdicios hasta el mar. El aire, lleno de humaredas, hedía a infiernos, a miasmas y a basura quemada.

Alí fue sacado de la maletera y arrojado a tierra. Carlos le cortó las ropas con unas tijeras de sastre, dejándolo desnudo en cosa de segundos. El cuerpo de Alí temblaba y se agitaba. Atado de pies y manos, convulsionaba como

una lombriz. Alberto y Raimundo no lo miraban a la cara. Solo escrutaban el entorno, cuidando que no aparecieran extraños. Y en cuanto a sus emociones, solo sentían frío y prisa. Ganas de acabar pronto. No había forma de que en sus rostros se abriera paso un gesto de compasión. Ese lujo no contaba.

Entre Carlos y Juancho arrastraron a Alí hacia una especie de trampolín por donde caería directo a un codo de aguas torrentosas. Acto seguido, cargándolo de las axilas y los pies, lo hamacaron un par de veces, a fin de ganar viada, y lo lanzaron al río.

Su cadáver, sin duda, se destrozaría contra las rocas y los diarios no darían cuenta de su desaparición.

Alí no era nadie; como ellos, como muchísima gente.

Antes de lanzarlo, le habían arrancado la mordaza, en la idea de que así se ahogaría de inmediato, y aplicaron en su boca y nariz un pañuelo empapado de cloroformo, a fin de atontarlo, temiendo que pudiera cortar sus ataduras con el filo de una roca. Además, sin que ninguno pronunciara palabra, juntaron luego sus ropas y documentos en un montoncito, los rociaron con gasolina y los quemaron. Aquella fue una humareda más en el basural.

No gastaron una bala. Todo fue rápido y tal como lo habían planeado.

Raimundo, eso sí, esperaba que Alberto comentara algo al momento en que todos se retiraban del basural. Se quedó con las ganas. Alberto siguió sin hablar. Todos subieron al taxi alquilado y Carlos tomó el volante. Durante un par de minutos, sentado en el asiento del copiloto, Alberto concentró su atención en las calles vacías. Al mirarlo, los taxistas intuían lo que pensaba. Ese pensamiento era una firme certeza compartida. Si Raimundo hubiera podido expresarla, habría soltado tres frases escuetas: «En este trabajo no hay despedidos. Es por cuestión de seguridad. Los que trabajan mal no se van, se mueren».

Cuando a las pocas cuabras el auto enrumbó hacia Los Olivos, donde cada uno había dejado su respectivo auto, Alberto finalmente rompió el silencio:

—Tenemos que buscar un nuevo socio —dijo—. Alguien con condiciones.

Alí ya estaba olvidado.

—Yo tengo un sobrino —dijo Juancho—. Selvático, como yo —y bromeó, esbozando una mueca feroz—. Es bien duro y parece honrado. Lo puedo sondear.

—¿Cómo es? —preguntó Carlos.

—Grandazo.

—¿Está sin chamba? —sonsacó Raimundo.

—Tiene chambitas, cachuelos que no dan nada. Siempre anda arrancado y, cuando nos encontramos, me pregunta si puedo conseguirle una pega.

Alberto lo pensó tres segundos:

—Llámalo —dijo.

La ciudad dormía. Todo estaba tranquilo. Ninguna persona, salvo los interesados, sabía que un nuevo cadáver desnudo e indocumentado flotaba río abajo.

Los días fueron pasando sin grandes novedades y volvió la normalidad.

El grueso de los taxistas lo tuvo fácil. Simplemente reanudaron su tarea de cargar borrachos y, tan pronto incorporaron al sobrino de Juancho, recuperaron el ritmo. La merma que Alí les infligía se hizo humo, y el libro contable reflejó pronto una mejora del índice de ingresos. Raimundo pensaba que tenían un trabajo con enorme porvenir. «Los borrachos nunca escarmientan —decía—. Son orgullosos, se sienten la gran cosa».

Se refería a esa estúpida mitificación que algunos hacen de la borrachera.

—¿No te gusta el trago? —preguntó Carlos una noche.

Raimundo se encrespó:

—¡Quién dice que no! No hay nada mejor que un buen pisco. Me gusta tomar dos, tres tragos. Cinco, si quieres. Lo que no me gusta es que se me caiga la baba.

Alberto, en cambio, anduvo retraído. Funcionaba bien en el trabajo, pero dormía mal. No veía las horas de que Rosa dejara el hospital para tenerla a su lado. Quería besarla, cuidarla, consentirla. Cuando terminaba las noches a las cinco de la madrugada, estando aún oscuro, se metía en la cama y contemplaba el techo. Permanecía con los ojos abiertos en la penumbra y hasta se imaginaba que Rosa, en el hospital, estaría haciendo lo mismo.

Mirar el techo en la penumbra de un cuarto mitiga las tristezas.

En las dos semanas que Rosa estuvo en el hospital, Alberto la visitó diariamente por las tardes. Cuando estaban solos, la pasaban bien, hablando y viendo tele. Pero cuando caían sus hermanas, ella se deprimía. Estas ignoraban el embarazo y el aborto. La visitaban con sus hijos menores, chicos alegres y traviosos, lo que la hacía pensar en los hijos que ella deseaba. Los niños siempre la picaban. «Tía tombo», le decían. Haciéndose la ofendida, Rosa gruñía con aquel apodo, pero en ocasiones, su mirada, al cruzarse con la de Alberto, la delataba intempestivamente. Sus pupilas traslucían un atroz desaliento.

Alguna vez, para consolarse, él había dicho: «Rosa, es absurdo traer niños a este mundo de mierda». Pero no lo pensaba en serio. Él, tanto como ella, quería criar niños en este mundo de mierda. Quería jugar con ellos en los parques de este mundo de mierda.

En suma, así son las cosas, negro. Ni tú eres un malvado —no eres un forajido, quiero decir—, ni tampoco lo soy yo, pero a veces, ante una amenaza, hay que serlo: nos obligan a dar un paso adelante. Y si bien tienes

que tomar las cosas con calma, no puedes quedarte quieto. Debes hacer lo que se necesita...

Y, por cierto, no es tu culpa. Tampoco es mi culpa.

Creo que la culpa la tiene esta ciudad. Lima hace con nosotros lo que quiere. No se puede parar...

CAPÍTULO X

Y luego, otra vez juntos. Otra vez la calle, la noche, el grifo de Los Olivos. Un grupo compacto y cada vez más afianzado, que se sabía al dedillo qué terreno convenía pisar.

A primeras horas de la noche, se reunieron los cinco, contando ya con Miguelón, el sobrino de Juancho, y, tras repartir las zonas de levante, cada cual partió a lo suyo. Y las cosas, en fin, marcharon tranquilas y ordenadas, aunque por ahí les sobrevenía una que otra inquietud. Estas acarreaban una suspicacia compartida. La buena fortuna, y el mantenimiento de una feliz coexistencia, dependía de la vigilancia mutua, un sólido axioma entre los taxistas.

Una noche, en que a Raimundo le tocó ir a Barranco, este jaló a Miguelón, pues el hueco le quedaba de camino. Alberto, el primero en arrancar, había zarpado hacia la juerga de La Marina. Y Carlos y Juancho, que al cabo peinarían alternadamente las discotecas de Los Olivos y del Centro de Lima, quedaron rezagados. Carlos se demoró al revisar el aceite, y Juancho, como en sus pobres tiempos de colegial —limpiaba parabrisas en los semáforos a cambio de propinas—, estuvo fregando con un trapo las ventanillas de su taxi.

Con aparente aire de despreocupación, Carlos comentó:
—Raimundo ya separó carro nuevo.

—Sí —repuso Juancho—. Pagaré la mitad en efectivo y el resto en cuotas.

—¿Ha juntado plata tan rápido?

La mirada de Juancho no se alteró en lo más mínimo.

—Mira, si piensa pagar la mitad, hablamos de dos mil dólares. Y al negro, tú sabes, le han ligado dos huachos premiados.

—Es cierto.

—No te pongas saltón, hermano.

—Nadie está saltón, caray. Solo preguntaba.

Sacudiendo el trapo, Juancho sonrió. Pero luego llevó la inquietud a su terreno.

—Oye, pero ya que hablamos de carro nuevo, ¿qué opinas de mi sobrino?... Le ha picado la angurria, me parece. También dice que quiere carro.

Carlos, que estaba al tanto, enarcó ambas cejas y asintió.

—Quiere su carrindanga, sí.

—Todos se avivan al tiro —insistió Juancho.

—Así son las personas. Hay que pedirle paciencia.

—Ya, pues, Carlos... Suelta lo que opinas.

—¿Qué te puedo decir?

—Dime solo lo que opinas.

—No sé... Parece buen pata.

—Y es recio, ¿no? Tal como dije.

—Infunde miedo.

—No me equivoqué.

—Además, según Alberto, nada lo achica —Carlos cerró el capó de su auto—. Y dice que chamea parejo... ¿Pero has hablado bien con él, no?

—¿A qué te refieres?

—¿Le has contado lo que pasó con Alí?

—Ya sabe cómo es la cosa.

—Repíteselo —aconsejó Carlos—. Los tipos fuertes a veces se engañan. Creen que pueden sacar ventaja.

—Miguelón no es cojudo —dijo Juancho—. Ya sabe cómo es la cosa.

Estas pláticas, con leves variaciones, se harían rutinarias.

Ni siquiera Alberto y Raimundo escaparían de ellas. Por el contrario, a veces las propiciaban. Veían en esto un estímulo común de garantía, no de deterioro. Como decía Raimundo, ni tú me comes ni yo te como. Aquí, viejito, todos comemos juntos.

—¡Quién se atreve a cagarnos! —gritaba a veces Raimundo, enérgico, como un sargento arengando a su tropa.

—¡Nadie! —contestaban todos. Esa jovial cohesión los fortalecía.

Entonces llegó el día en que a Rosa la dieron de alta. Fue un lunes, temprano, jornada suave para Alberto. Este la recogió en el hospital. Rosa salió vestida con buzo y en silla de ruedas, pero de mejor ánimo. Es decir, no lucía melancólica, sino altiva. La boca fruncida, los pómulos tensos. Y algo también había cambiado en su mirada. Miraba ahora los autos que circulaban por la calle como si fueran proyectiles, balas perdidas.

Tras subirla en brazos a su taxi, Alberto la trasladó a la casa. El barrio estaba más apacible que nunca. Allí, con el tiempo, se curaría. Allí, por las mañanas, una enfermera acudiría para hacerle rehabilitación. Todo estaba arreglado. Alberto había conseguido los ungüentos necesarios, el andador para los ejercicios y hasta una camilla especial.

—El médico asegura que en menos de dos meses estarás caminando —dijo Alberto.

Rosa asintió. Y ese mismo día, a la hora del almuerzo, Alberto fue a comprar comida china para celebrar. Comieron y, tal como hacían en el hospital, miraron juntos la tele. Pero esta vez, y esa era la gran diferencia, ahora descansaban en su propia cama.

Adaptarse a su nueva situación no le costó mucho. O Alberto le dejaba todo hecho, o una vecina la ayudaba, o caían de visita las hermanas de Rosa. Como la enfermera llegaba cerca del mediodía, aprovechaba para que esta le calentara sus alimentos. A todo ello, Alberto había cambiado la disposición de los muebles de la casa con el fin de que ella pudiera desplazarse en su silla sin problemas, cosa que dominó en muy pocas horas.

En sus ratos libres leía revistas o se acercaba en su silla de ruedas a la ventana de la sala. Se entretenía mirando la calle, en actitud de espera, o en plan de discernir cómo era la vida diurna de todos los días en su barrio. Observaba a los perros, a las vecinas que regaban con mangueritas los jardines delanteros de sus casas, a los vendedores y cobradores.

Otras veces se dedicaba a lustrar con betún sus botas altas de policía motorizada y a cepillar el uniforme. Esas prendas, así como su casco y correa, colgaban de un perchero de madera con parantes, que alguna gente llamaba «hombre de la calle».

«Eso soy yo —pensaba Rosa—. Ahora me toca vivir sentada, pero cuando me sane y pueda estar de pie, volveré a ser un “hombre de la calle”, o una “mujer de la calle”, que es lo mismo. Y en eso también anda Alberto, de alguna manera. Es otro hombre de la calle».

Aquel exceso de horas libres, en todo caso, cambiaba su humor. De la curiosidad pasaba a la meditación, y de esta a la indiferencia, el aburrimiento y hasta la cólera. Pero, tan pronto regresaba Alberto a la casa, daba un vuelco. Luminosamente, sonreía.

Tales sonrisas las preparaba con tiempo. Se lavaba y peinaba para recibirlo. La confortaba verlo, pues él, como si fuera el esposo más enamorado, aparecía siempre con una sorpresa para alegrarla, un alfajor o una película de DVD, cualquier tontería. Alberto no ignoraba que la mayoría de mujeres adora esos gestos. No se fijan en el valor del obsequio, sino en el simple hecho de que en su ausencia hubieran estado pensando en ellas.

Alberto, sin embargo, no se engañaba. Sopesaba en la actitud de su mujer una rara mezcla de dulzura y carácter. Rosa era una policía, con bien ganada fama de ruda, que a su vez, si se lo proponía, sabía ser una mujer tierna. Por eso mismo, percibió que, conforme pasaban los días, ella tenía que lidiar más que nunca con su propia amargura.

Un viernes por la noche, hallándose ambos tumbados en la cama, Rosa comenzó a acariciar el vientre y el pene de Alberto.

—¿Quieres una chupadita? —le preguntó entonces, mirándolo a los ojos.

Eso era todo lo que en esos días ella podía hacer en la cama.

—No —sonrió él—. Más bien quiero yo meterte la lengua.

Y eso hizo. Se deslizó de pronto en la cama y abrió sus muslos, besándolos con delicadeza, subiendo al cabo lenta y suavemente por ellos hasta alcanzar la vagina.

Cuando la lengua de Alberto lamió su clítoris y penetró en su vagina, Rosa, en el tibio y húmedo temblor de una agitación contenida, solo pudo coger con sus manos la cabeza de su marido, entrelazando los dedos en sus cabellos y deshaciéndose en gemidos.

Por más de quince minutos él la estuvo besando y lamiendo, dándole un placer intenso y satisfactorio, pero ella al cabo, ya muy excitada, reclamó lo suyo.

—Déjame chupártela —susurró.

—No —dijo Alberto—. Es viernes.

Con ello aludía a que le aguardaba una noche de trabajo.

—Por eso mismo. Te irás relajado.

—No. Necesito estar atento.

—No te voy a dejar sin fuerzas.

—A veces lo haces.

—¡Por favor, Alberto! Después te tomas un café cargado y estarás bien atento.

Alberto sonrió y aproximó su pene a los labios de Rosa. Ella lo mimó desde la base del vientre hasta el glande, endureciéndolo con su lengua, y luego, una vez que lo tuvo dentro de su boca, lo lamió y chupó larga e incansablemente, entrecerrando los ojos.

Él sintió que la boca de Rosa era una cueva y un abismo.

Después, Alberto tomó una ducha rápida y se vistió. Rosa no hacía más que mirarlo, callada. Lo vio peinarse y apagar la luz del baño. Lo vio abotonarse la camisa y elegir una casaca y una bufanda. Él, intrigado, reaccionó ante la seriedad de su silencio.

—¿Qué pasa, china? —indagó.

—Te vas temprano —repuso ella.

No habían dado aún las ocho de la noche.

—Más o menos —dijo—. Pasaré primero por el grifo.

—¿No era que se reunían los martes y jueves?

—Sí. Pero no es una regla. Quedamos también en vernos hoy.

—Ya veo.

—Carlos tiene una novedad.

—¿Qué?

—Algo que quiere discutir. Un listado de fiestas públicas y conciertos. Cree que es una veta que todavía no hemos explotado.

Se abrió otro silencio y Rosa cogió un vaso de agua del velador. Bebió un sorbo.

—No corras riesgos, Alberto —recomendó—. Ten cuidado.

—Siempre lo tengo.

Finalmente, Alberto se puso una casaca y se acercó a darle un beso de despedida. La besó en la frente. Pero en ese afán vio que ella tenía el rostro demudado.

—No te preocupes, Rosa... —dijo.

Advirtió sus ojos enrojecidos y una cierta palidez en sus labios.

—... Son solo borrachos —sentenció.

—Sí, tienes razón —dijo ella, tomando aliento—. Borrachos —y de pronto, con un tono visiblemente rabioso, añadió—: ¡Jode a esos malditos!

LIMA, SETIEMBRE DE 2007

Este breve volumen, que se define técnicamente como una nouvelle o novela corta (aunque su autor lo considera un cuento largo), consta de un preámbulo situacional y seis capítulos. Y en cuanto a su contenido, informo a los lectores que se trata de una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es una sangrienta coincidencia.

*Para mi otra pandilla:
Camila, Adhara, Denisse y Santiago*

*Quizá sus pobres vidas rudimentarias
no poseían otro bien que su odio
y por eso lo fueron acumulando.*

JORGE LUIS BORGES, EL OTRO DUELO.

VISTA DEL CAMPO DE BATALLA

Un día alegre y soleado en una calle fea. Unos lejanos cordeles con ropa colgada. Un aire denso, salobre, que alguna gente respira y transforma en candentes bocanadas de ira.

El barrio, a lo largo de las doce cuadras del jirón Loreto, sucumbe a la monotonía del deterioro: suciedad, paredes agrietadas, baches y desagües abiertos, pintas y grafitis, muros carcomidos por la humedad, cielos con cables enmarañados. En algunos tramos se perfilan casas, bodegas, cantinas, pequeños garitos; en otros, callejones viejísimos atiborrados de cuartos mugrosos, que conviven con casuchas de cartón y podridos tablones de botes, todo maloliente, todo hacinado como en las cárceles.

Por las noches, las calles lucen mejor; las tinieblas encubren la fealdad. Hay algunas ventanas que se recortan en los muros con luces azulinas y parpadeantes, de grandes televisores y pantallas con cable e Internet: la modernidad enchufada a la miseria. Y hay, además, los faroles de las esquinas que iluminan débilmente a grupos de muchachos. En Loreto sobrevive la esquina, esa ágora habitada por patas bravos, esa asamblea insigne de la pendejada, esa flor y nata de los rufianes que, entre el tintinear de botellas y las rizadas volutas de humo de cigarros, afianza su rencoroso orgullo.

CAPÍTULO I

Silverio tenía catorce años cuando vio por primera vez que un chico del barrio detenía a un muchacho en la calle y le disparaba un balazo en la cabeza.

El chico que había disparado tenía diecisiete, vestía un bividí del Boys y, antes de marcharse, contempló por tres segundos a su víctima, descalabrada y con los ojos abiertos como juguete roto, muerta de forma instantánea. Esos tres segundos le bastaron para escupir sobre el cadáver y guardarse el arma en la espalda, sujeta al cinturón.

Silverio constató que al asesino no le importaba que hubiera testigos, como él mismo, o como un par de vendedores ambulantes de fritangas. La sangre, entretanto, inundaba el cemento de la vereda y poco después goteaba hacia el asfalto de la calzada.

No había pasado nada, nadie había visto nada.

Pero los vendedores ambulantes, igualmente hinchas del Boys, sabían la causa de ese incidente y la divulgaron por los alrededores del chalaco jirón Loreto.

«Miraba mucho a la hermanita del Chito», dijeron. «Una chiquilla de quince años».

Chito le había advertido a ese muchacho que no pensara en ella. El muchacho obedeció a medias, ya que cuando Chito no estaba presente seguía

mirándola de reojo, y en una de esas alguien le informó que este aún la tenía «entre ceja y ceja».

Así que Chito le encajó un balazo en la frente.

—Ya no pensarás más en Laurita —dijo—; ya no puedes. ¡Ahora tienes entre ceja y ceja el plomo que yo te he metido, mirón de mierda!

Sin embargo, el problema no se arregló. El problema, en realidad, era Laurita; o mejor dicho, las caderas pulposas de Laurita, la cintura de avispa de Laurita, y también su altivo cuello de garza, sus pechos y su culo florecientes, todo resaltado con una ropa bien apretadita, todo bamboleándose por sus adormilados andares de pantera.

Laurita tenía quince años, pero aparentaba diecinueve. Eso no lo comprendía mucho su hermano, o tal vez lo comprendía mal, sin espíritu deportivo.

—¿Por qué la miran? —gritó un día, colérico—. ¡No la miren! —y no tuvo que repetir lo que dijo.

Desde ese día, Laurita se convirtió en la chiquilla que nadie osaba mirar, o que en todo caso solo era mirada con esos ojos invisibles que muchos hombres asustados llevan en la nuca; con la pura imaginación. Ella salía a pasear a la calle y de pronto todo el mundo miraba en otras direcciones: al cielo, a las paredes, al asfalto.

Altiva y coqueta, Laurita caminaba con meneos, como una diosa intocable. Se deslizaba por un callejón de hombres que le daban la espalda. Ninguno de ellos tenía idea de si la chica sonreía o si los miraba con desprecio. No había noticias de su paso.

Hasta que a mitad del verano, en una soleada mañana, sucedió algo inesperado. Silverio salió de su casa a comprar a la bodega y, en un momento de distracción, regresó por la vereda de la casa de Chito y su hermana, dándose de narices con Laurita. Necesitó entonces bajar la cabeza con

precipitación y fijar la vista en el suelo. Y ahí, en ese instante, sorprendido e inquieto, vio algo que lo fascinó: la sombra de Laurita. Una sombra de sinuosidades temblorosas, nítidamente definida en sus contornos; una masa de mujer bella que fluía en la vereda con la suavidad de una nube.

Silverio se enamoró de esa sombra.

Durante una semana el chico observó con disimulo la sombra de la hermanita del Chito, la cual, según las horas del día, podía encogerse, adoptando la forma de un paquete con bultos, o bien estilizarse, transformada en una silueta gigantesca.

Las miradas de Silverio, al parecer, pasaban desapercibidas.

No hubo curioso que lo pescara en falta, o que lo reprendiera, e incluso la dueña de la sombra, Laurita, nunca detuvo su marcha dándose por aludida.

Así las cosas, Chito y su banda se sintieron tranquilos, y pronto volvieron a concentrarse en las disputas con sus rivales del jirón Castilla, que solían acechar su territorio para arrebatarles el negocio de la venta de drogas y el cobro de cupos por los obreros que conseguían empleo en las construcciones del puerto del Callao.

El barrio de Loreto había vuelto a lo suyo. Atrás quedaba el muertito al paso.

—No, jefe —seguían jurando los testigos a la policía—, no vimos ni michi —y los vecinos, aliviados, recuperaban su rutina y olvidaban el balazo; pasaban la página.

Pero entretanto, en su vida personal, Laurita penaba. Comenzó a sentirse como un fantasma: nadie la miraba ni la deseaba, y ella, tanto de mañana como de noche, conforme corrían los días, descubría que el cuerpo le reventaba de apetitos.

Fue entonces cuando un vaivén de intuiciones alegraría su vida. Varias veces se le cruzaba en su camino un chiquillo de pelo revuelto y cara inocente, quien tenía una ropa demasiado grande y suelta. Se trataba de Silverio, en efecto, y la ropa grande que usaba pertenecía a Juancho, su hermano mayor, alejado hacía mucho del barrio, pues se había embarcado a Europa en una nave de carga y permanecía como ilegal en Italia.

Vagamente, Laurita percibió que el chiquillo miraba su sombra.

Para comprobarlo a cabalidad, un día decidió caminar con lentitud cuando pasaba a su lado, y otro día, a fin de darle más cuerda, giró sobre sus talones, como si alguien de improvisto la hubiera llamado desde su casa, pidiéndole que regresara.

En ambas ocasiones, conmovido, Silverio había suspirado.

Y ella, más curiosa que conmovida, suspiró igual, diciéndose ¡sí, carajo!, ¡me *mira la sombra!*, y estuvo a punto de hablarle y sonreírle, pero había gente parada y transeúntes por la calle, todos de espaldas, pero todos alertas, con sus atentos ojos en la nuca, y en consecuencia Laurita concluyó que si hablaba con él lo pondría en peligro.

Habrá que esperar una ocasión ideal, pensó sin saber bien por qué.

Y se armó de paciencia, con resignación, creyendo que el calor y el aburrimiento la instigaban. Sin embargo, tal cosa no impidió que ella también jugara a cruzársele, aunque cuidando de no provocar sospechas, para mirar a su vez la sombra de Silverio.

Tres días más tarde, a las once y cincuenta y ocho de la mañana, hora en que las sombras se reducen a aureolas en el suelo, Silverio y Laurita se encontraron a pocas cuadras de Loreto, en la avenida Buenos Aires. Ambos, casualmente, habían acudido al paradero de las combis. Él se dirigía hacia Lima, a las oficinas de la Prefectura para solicitar un certificado de buena

conducta, pues quería tentar un empleo en un locutorio de Internet durante las horas libres que le dejaba el colegio; ella tenía que visitar a unas tías.

Laurita y Silverio miraron mutuamente sus ínfimas sombras, pero poco después, al dar las doce en punto, las sombras se esfumaron, y acto seguido Silverio, como si repentinamente le faltara el aire, levantó la mirada y puso su cara más atrevida.

—No puedo vivir sin ti, Laurita —murmuró—. Perdona que te lo diga.

Hubo un breve silencio.

—¿Laurita? —insistió él, esta vez con voz clara y normal.

—¿Qué? —dijo ella.

—¿Me has oído?

—Claro, huevón.

—¿Y qué piensas?

—¡Que eres un chibolo, pues!... ¿Qué quieres que piense?

Ella apretó el monedero entre sus manos.

—No soy chibolo, Laurita —aclaró Silverio—. No tengo sentimientos de niño. Siento como hombre, te lo juro.

—Ya lo sé, huevón —sonrió ella, mirando pasar los carros.

—Además, solo soy seis meses menor que tú. No es mucho.

Laurita no comentó esa noticia, pero admitió para sí misma que el chiquillo era gracioso de cara y tenía un pelo ensortijado donde le provocaba hundir las manos.

Silverio, por su parte, olió un aroma de canela que emanaba de ella y tomó viada, cayendo en una vibrante elocuencia: habló de esto y de lo otro, lo cual se reducía a hablar del Chito y sus amenazas, o del serio peligro que suponía mirarla, o de que él y los chicos del barrio temblaban de pánico. Y, sobre todo, habló (bajito y acelerado) de la locura que significaba detenerla y

dirigirle la palabra, y, ¡mierda!, decirle que no podía vivir sin su sombra, en la esperanza de que ella algún día pudiera amarlo en secreto.

También le dijo que en su casa alzaba pesas a diario y que pronto sería más alto y más fuerte, y que si ella estaba de acuerdo podían irse juntos a recorrer mundo.

—¡Tienes pico de oro! —rió Laurita, sorprendida—. Hablas sin parar, como una radio.

Silverio se calló de improviso.

Pasaron luego dos combis casi vacías, sin que ninguno las viera, y durante esos momentos Laurita y Silverio se limitaron a mirarse en silencio.

—¡Suben, suben! —se entrometió a los gritos un cobrador, descolgándose por la puerta de su vehículo, en tanto la carrocería gruñía con un brusco frenazo.

—¡Esta es la mía! —dijo entonces Laurita y trepó a la combi de un salto, ocupando un asiento con ventanilla. Desde allí continuó sonriendo y mirándolo.

—Creceré rápido —murmuró Silverio en la vereda, mientras Laurita se alejaba.

Y esto fue una profecía.

Silverio creció enseguida, al menos en sus experiencias de vida. A doce horas de aquel encuentro, creció como la hierba mala. Y es que, hacia la medianoche —en tanto que ambos evocaban y atesoraban ensueños palpitantes de sombras desvanecidas e intensas miradas—, estalló un pandemonio en el dormido jirón Loreto, que repentinamente se llenó de atronadores ecos de detonaciones y alaridos.

La batería del Chito, Los Feroces de Loreto, se había agarrado a balazos con Los Malditos de Castilla, dejando un saldo de cinco muertos. Chito y El

Tramboyo, su lugarteniente, contaron las bajas, que no los favorecían, y, tras arengar a sus puntas para que aguantaran el ataque, ambos regresaron a su barrio en busca de refuerzos.

—¡Voluntarios! —gritó entonces El Tramboyo. Corría de un lado a otro, y tocaba puertas y ventanas de las casas—. Quienes puedan disparar, salgan al fresco. Las ratas de Castilla nos atacan de nuevo y vendrán a quemarnos las jatos.

El vecindario asomó temeroso, estremecido por el estrépito y los disparos, y observó que Chito y El Tramboyo estaban heridos. Chito sangraba de una oreja, rozada por una bala, y su compañero tenía la camisa desgarrada y manchada de sangre a la altura del hombro. Luego, con paso apurado, alguna gente decidió salir a la calle. La mayoría vestía ropa de dormir: calzoncillos, polos viejos, camisones.

De una casa donde había un muro pintado con espray, que reproducía la gran cara del cantante Héctor Lavoe, una señora despeinada sacó una caja de leche Gloria.

—Aquí hay más fierros —dijo.

Chito miró al interior y vio una docena de revólveres cargados.

—¡Voluntarios, carajo! —reclamó.

Cinco jóvenes acudieron al llamado y recibieron su arma.

—¿Nadie más? —insistió Chito.

Y entonces surgió Silverio, en zapatillas y jeans, subiéndose el cierre de la bragueta.

Dubitativo, Chito lo miró como se mira a un inepto.

—¿Sabes disparar? —preguntó.

—Nunca lo he hecho —repuso Silverio—, pero no será difícil, ¿no? Solo hay que apuntar adonde quiera darle y mover un dedo.

Agitado y resoplando, El Tramboyo los interrumpió:

—¡Vamos ya, que están muy cerca!

—Un toque —dijo Chito—. No sé si este chiquillo nos sirve.

Mucha gente miraba la escena: la madre de Silverio, que lloraba con hipos y rezaba de rodillas, diez vecinos aterrados ante el posible ataque de la calle enemiga, y, junto a la tía Sara (la madrina del Chito), Laurita, también llorando y en pijama.

Justamente en ese momento cruzó por la calle un perro viejo. Chito lo vio y en el acto le ordenó perentoriamente a Silverio:

—Mátalo.

Sin vacilar un segundo, el chiquillo tomó un arma de la caja de leche Gloria y disparó a la cabeza del animal.

Un charco de sangre se abrió en el suelo como una flor.

—Buena, chiquillo —aprobó Chito, dándole una palmada en la espalda—. Si puedes matar a un perro, podrás matar a cualquier Maldito. ¡Vamos!

Y con Chito y El Tramboyo a la cabeza, los flamantes refuerzos de Loreto, unos seis muchachos primerizos pero armados, salieron a batirse en el frente de guerra.

En cosa de quince o veinte minutos, Silverio dejó de ser el chiquillo del barrio.

Dejó de serlo para la banda de Loreto, que pronto lo vería llenar de plomo a tres puntas que acorralaban al Chito, y dejó de serlo para los vecinos del barrio, ajenos a la batalla y que no sabían qué sucedía, si sus chicos iban ganando o perdiendo.

Loreto ganó. Murieron en total cuatro de sus puntas, mientras los de Castilla perdieron a seis. Pero la fiera pandilla de Chito marcó a sangre y fuego su territorio, tras hacer huir a sus adversarios, y esto se hizo evidente

antes de que empezaran a ulular las sirenas policiales y todo el mundo se dispersara.

Cojeando, cargando a sus heridos, Chito y su gente volvieron a casa con gestos soberbios, aunque Silverio no llegó entre ellos. Los familiares de los muertos rompieron en llanto, como ocurría siempre, a excepción de la madre del chiquillo. Y es que lo primero que hizo El Tramboyo al pisar el barrio fue buscarla y decirle al oído:

—Está vivo, doña Rosa. Pero su hijo tiene que fondearse. Muchos han visto cómo se bajó a los principales de Castilla. No se preocupe. Está en un lugar seguro.

La actitud de la madre de Silverio consoló a Laurita, que estaba hecha un atado de nervios, aunque con capacidad de leer correctamente los gestos de aquella tragedia.

Si su vieja no llora —pensaba ella—, significa que está vivo.

CAPÍTULO II

Durante casi dos años Silverio desapareció del barrio.

Primero, a lo largo de tres semanas, lo escondieron unos socios del Chito en la trastienda de un chifa situado en La Perla, y luego, a instancias de su madre, lo mudaron al interior de una quinta de Lince, la casita de unas tías mayores, parientes por el lado paterno, que le dieron techo y comida, y hasta lo matricularon en la Gran Unidad Escolar Melitón Carvajal, donde concluyó a trompicones el tercero de secundaria.

Su desaparición fue total. No dejó rastros suyos de curaciones en el Daniel Alcides Carrión, el hospital más cercano, ni nada que pudiera permitir su identificación. Y como era bien chiquillo y carecía de prontuario, tampoco figuraba como «no habido» en las comisarías, de manera que los deudos de Castilla, que husmeaban en esas calles con intenso olor a mar, no sabían a quién debían perseguir para vengar sus muertes tan sentidas.

—Es un claverito bajito —hablaban entre ellos, extrañados, recordando que este se movía como una luz y que todos sus cuetes daban en el blanco. Claverito se le decía al ladrón de casas, y de ese modo despectivo trataban en Castilla a los de Loreto, pues los primeros, sintiéndose de un rango más elevado, le negaban derechos a los segundos en los negocios de cupos, drogas y protección—. Un conchasumadre que nunca habíamos visto.

Y a la policía, por si fuera poco, se le dio por especular que el clavero sin nombre era una invención o una alucinación. Cuando fueron a interrogar a los vecinos de Loreto y sus alrededores, nadie sabía del asunto. Ni sus soplones bien pagados aflojaban la lengua.

El enigma, por consiguiente, alzó vuelo.

Brotaron grafitis en los muros de las calles con los misteriosos retratos de un chiquillo cuya capucha caída le tapaba los ojos. Sombreaban su rostro, excepto la boca, que apenas se veía; esa boca, de labios finos, componía una sonrisa cruel. Y en vez de lemas y apodos malosos, como era habitual, nomás ponían a sus pies un número grandazo: el 3. Dibujado en color verde fosforescente, como en los afiches de conciertos chicha, el 3 aludía obviamente a sus fiambres de Castilla.

Paralelamente, en el Hi5, la red social que para ellos estaba de moda, los retratos eran más explícitos. Allí, pegado al pecho, el chiquillo sostenía un pistolón negro. Y acompañaban esta imagen con fotografías borrosas y decoloradas de otros chicos encapuchados, apuntando sus pistolas al lente, mientras resonaba música de reguetón que repetía un gutural estribillo:

«¡Morirán todos, cabrones, morirán!».

En suma, el enigma crispaba a los enemigos y beneficiaba a Loreto, y en ese trance Chito no decía ni pío, ni tampoco la madre de Silverio. Y si por ahí algún vivo del barrio averiguaba algo sobre la remota existencia del chiquillo, fingía no saberlo.

Las tías viejas de Silverio eran costureras, especialistas en atuendos de fiestas y vestidos largos de bodas, y este, agradecido a ellas por haberlo acogido, solía corresponder a tan desinteresada generosidad dándoles una mano en sus labores: entregaba los trabajos terminados en la casa de los clientes que

solicitaban vestidos, la mayoría señoras o jovencitas que residían en los elegantes alrededores del Lince aspirante y de San Isidro.

Esa faena, a decir de Silverio, le envenenaba la sangre y la manera de ser, ya que en tales visitas podía comparar todo lo que no tenía y todo lo que a otros les sobraba. En cada día de entrega conocía calles nuevas y casas lujosas, con jardines y piscinas, y podía observar con despecho las vidas risueñas y despreocupadas de otros chicos de su edad, ataviados siempre con ropas de marca y paseando en relucientes automóviles de último modelo.

—¡Cuidado! —decía por esos días Silverio a sus compañeros del Melitón. Y también a sus circunstanciales conocidos en los barrios elegantes, gansos de colegios de paga—. ¡Yo soy un resentido y tengo mis razones! ¡O sea que tranqui conmigo!

Lo decía por cualquier cosa, sin motivo aparente, y nadie lo objetaba.

—¿Qué tipo de resentido eres? —preguntó una vez un despistado.

—¡Resentido hijoeputa! —exclamó—. ¡De los que odian que tú respires a mi lado! ¡De los que prefieren morir a vivir como basura!

Sus compañeros de aula, chicos de colegio estatal y de clase emergente, comprendían el mensaje y procedían con cautela. Era como si Silverio les hubiera dicho: *No se engañen, patitas. Yo vengo de más abajo, de la cochina calle. Soy del Llauca feroz y tengo huevos y fierros pa' enfriarlos a todos.*

Así que, desde un principio, no tuvo importancia el aspecto poco intimidante de Silverio. Lo remediaba con su agresividad latente. Sus ademanes eran serenos y pausados, pero su mirada, fanáticamente dura a la hora de achorarse, podía derretir el acero. Desde su primer choque, se las arregló para enfrentar a los manganzones abusivos de años superiores, como si tal cosa. Lo abollaban, claro está, pero él también les pegaba, incansablemente y con violencia frenética, y en ningún momento se amilanaba, sino al contrario: los retaba siempre. Y, de yapa, encabezó luego

las broncas contra el Alfonso Ugarte, el colegio rival del Melitón. Por eso mismo, cuando el muchacho dio su estirón de adolescente y se volvió alto y musculoso, el colegio en pleno se esmeró en no fastidiarlo y le rindió respeto, haciendo que la leyenda de Silverio creciera día a día. Y ya entonces ningún alumno se le ponía insolente.

Todo aquel que lo había visto y oído tenía algo que decir.

Se decía, por ejemplo, que estaba medio loco porque soñaba seguido con perros que agonizaban, o con aullidos de jaurías callejeras durante sus pesadillas.

Se decía que se acostaba con empleadas domésticas bonitas, e incluso hasta con una que otra hija de las refinadas clientas de sus tías, pero pensando en todo momento en que estaba besando a una desconocida chica que vivía en el Callao.

Se decía que fantaseaba con haber matado a unos maleantes bravucones, cuyas ánimas en pena se le aparecían a reclamarle.

Se decía, y este rumor provenía de estudiantes con información de primera mano, que había desaprobado el curso de biología y que, para aprobar el año, cuadró al severo profesor que lo impartía con las siguientes palabras:

—Profe, usted me enseñó ayer el dicho de un tal Darwin: «Si no te adaptas, mueres» —con una mano (se decía), Silverio tomó bruscamente al profesor de la solapa y con la otra le encajó la afilada punta de un lápiz bajo el cuello—. Bueno, profe, esta vez usted tiene que adaptarse. No quiero que me ponga veinte en la libreta de notas. Me contentaré con un quince.

Obtuvo un dieciocho, decían, y agregaban que el maestro había comentado en voz baja: «Este es uno de mis mejores alumnos. Aprende justo lo que hace falta».

Rumor indiscutible. Silverio era resentido, y se diría que hasta muy resentido, pero no estúpido. Aprendía con endiablada celeridad lo que necesitaba saber, como todo buen sobreviviente.

«¿Qué diablos le ha pasado al chiquillo?», se preguntarían años después quienes habían conocido a Silverio de niño. «¿Qué comió? ¿Cómo pudo cambiar tanto?».

Sus allegados de Loreto lo recordaban como un chico delgado e inofensivo. A sus catorce años, no peleaba, ni buscaba atarantar a su prójimo. Era observador y sagaz, aunque sin ser metiche. Y en cuanto a su carácter, hablaba poco, rara vez sonreía, y, en los últimos tiempos, justo antes de su partida, se le había dado por caminar concentrado en el suelo, gacha la cabeza.

«¿Se te perdió algo?», se burlaban sus vecinos de vereda.

Silverio no se inmutaba. Tal actitud, de reserva recurrente, le venía desde muy atrás, desde su infancia. Y de aquella época, cuando estaba de humor, él desenterraba un único recuerdo grato: tendría nueve años y volvía de estudiar de casa de un amigo, cuando en plan de vacilón lo detuvo uno de esos chicos mayores, de veinte años, que su madre solía llamar vagos de la esquina.

—¿Qué llevas ahí, lacra? —increpó el vago, señalando su mochila.

—Mis libros —repuso.

—¿Libros de qué?

—De Historia.

—¿De Historia? ¿Para qué sirve eso?

El niño lo miró a los ojos.

—Sirve para aplastar moscas —contestó fríamente, y tras sacar un libro y golpearse fuertemente con él la palma de una mano, paf, siguió su camino.

Aquel tipo, Klever, no era un vago, sino un vigía. Y sería el primero en reconocerlo de grande, a sus dieciséis años, cuando Silverio encontró la ocasión de regresar a Loreto.

«¿Qué pasó con Silverio?», se preguntarían también, incansables, las sorprendidas vecinas de doña Rosa, la madre de Silverio. «¿De dónde sacó tanto coraje?». Y a ratos, en el pico febril del chismorreo, las viejas más memoriosas evocaban al padre del chico, un apocado y silencioso funcionario de aduanas, fallecido en un accidente de tránsito. «De ese pobre tonto, no ha podido ser», secreteaban entre ellas. «Era un bueno para nada».

—¿Qué le pasó entonces?

—Le pasó la vida —respondió su madre—. Y cuando un chico solitario se queja de eso, el corazón empieza a silbarle como tetera hirviendo.

Su madre no tardó en presentir su retorno. Dos señales habían ido anunciando ese sentimiento: mucha gente en la última semana la miraba fijamente, como si supieran algo que ella no sabía. Y luego, lo más obvio: los retratos de Silverio. Estos estaban y no estaban: un día, socorridos por las redadas policiales, los empleados del municipio borraban los grafitis de los muros, echándoles baldazos de pintura, y al día siguiente, en nuevos muros, reaparecían con más tamaño y añadiendo el mencionado pistolón del Hi5 en la mano.

Hasta que en un atardecer nublado alguien le dio la mala noticia:

—Doña Rosa, El Tramboyo ha muerto.

—¿Cómo? —preguntó.

—A balazos, cuarenta y dos balazos. Desde un carro gris le descargaron ráfagas de Uzis. Quedó el pobre como colador, botando sangre por cada agujero.

La muerte había ocurrido ese mismo día. El Tramboyo cobraba cupos de una nueva obra. Por eso mismo, a la hora en que Chito acudió a la casa de

doña Rosa y la saludó con una lenta reverencia, ella tenía una idea clara de lo que venía a decirle.

—Su hijo tiene que volver, señor. Hay trabajo para él.

—Mi hijo está en el colegio, Chito.

—Ya está grande para eso.

—Solo tiene dieciséis.

—Le daremos trabajo bien pagado, aquí, con su gente. Sé que usted habla con él por teléfono, de modo que dele mi encargo. Dígale que es urgente.

—Chito —rogó doña Rosa, entre la angustia y el orgullo.

—Ya lo sé, señor —asintió Chito—. La calle duele —y dejando en sus manos un grueso fajo de billetes, agregó—: Tome esto; es parte de sus ganancias. Y entiéndalo, por favor. Necesitamos a Silverio. Usted lo sabe, y él también. Llámelo esta noche.

El teléfono timbró en la casa de sus tías, y al levantar desganadamente el fono Silverio oyó el llanto de su madre. La reconoció enseguida.

—¿Mamá?

—Hijito —dijo ella con un sollozo. Doña Rosa advirtió esa vez que su niño tenía una voz diferente, que sonaba más ronca—. Hijito lindo.

¡Ya está!, se exaltó entonces el muchacho, con el alma erizada y dando un brinco. Adivinaba la razón de esa llamada. La presentía, la estaba esperando.

Doña Rosa transmitió el mensaje de Chito, y Silverio cerró fuertemente los ojos.

Querían que volviera, sí. Lo necesitaban. Mañana mismo. El día siguiente era sábado, y por la mañana él tenía que estar allá, a eso de las once. Saludaría a todos de igual a igual, pues ya medía su metro ochenta. Y, por supuesto, miraría a Laurita —no con la nuca, sino con los ojos de su cacharro—. La miraría de frente, sin temor, después de dos años de no verla: ella

tendría diecisiete y estaría más bonita, de seguro. Su hermano no se lo podría negar, pues él ¡ya era familia!, era del cogollo reclamado por su barrio, Loreto, esa calle que olía a pólvora y a nostalgias de jungla, a selva salvaje, donde las fieras de colmillos afilados eran justamente ellos, Los Feroces de Loreto.

Demoró en agarrar sueño aquella noche. Pensaba en toda el agua pasada y, para su asombro, en lo mucho que extrañaba. En algún momento recordó que había querido huir de ese barrio peligroso, llevar otra vida, pero cuando ya no estuvo allí, notó que la adrenalina del barrio bullía en sus venas y en sus fantasías, sobre todo cuando sentía una cólera incontenible por todo, o cuando veía en sueños a Laurita gimiendo entre sus brazos.

Sentía gran ansiedad por ver de nuevo el jirón Loreto, y por saber a ciencia cierta lo que realmente estaba sucediendo y lo que había cambiado en el barrio. ¿Era verdad lo que decía la tele? ¿La bandita de Los Cutos enfrentaba a la de Castilla? Le parecía raro. Silverio conocía a Los Cutos, que eran compadres del Chito, pero no los recordaba como una mancha que pisara fuerte. Esos reporteros, en realidad, rascaban apenas la superficie cuando escribían sobre las pandillas del puerto. Se dejaban llevar por cuentos y mentiras, sin profundizar en la materia. Petete, Charly y Los Cutos, forajidos superpluma, no eran más que una de tantas manchas de la zona. Las pandillas bravas, como la que encabezaba Chito, estaban en la categoría pesados, moviendo plata grande, y eran tan peligrosas que nadie hablaba de ellas, ni siquiera con muecas. Nada de fama chismosa, que se conociera más allá de las fronteras chalacas. Más bien prestigio solapa.

Chito peleaba con los de Castilla, igual que Los Cutos, o Los Batos Locos, pero los trabajos de veras aguerridos los exigían otras bandas periféricas y con más tradición belicosa, como La Siberia, Los Provincianos,

Los Chalacos, Los Pistoleros, La del Cholo Cruz, Los Faites, Los Peperos, La del Caballazo, La de Puerto Nuevo y La del Che Carlitos.

Esas gentes, en plan de expansión, querían invadirlos, pero él no cedía: apostaba al todo vale, en un anárquico todos contra todos. Y para las emergencias, cuando la fusión de manchas de Loreto la tenían difícil, Chito proponía que Loreto y Castilla, al fin y al cabo vecinos aledaños, situados a pocas cuadras de distancia, pactaran alianzas temporales (para confusión de los lejanos intrusos) y pelearan juntos contra el enemigo común.

Las treguas, eso sí, no duraban. Esas grescas entre Castilla y Loreto provenían de varias décadas atrás, a causa de ardores banales de otras generaciones: apasionadas rivalidades por partidos de fútbol. Aunque ahora, en vez de pugnas entre barras, competían por los negocios, trocando en letales comandos de guerra a hinchas y jugadores. Empero, viéndolo de otro modo, importaba más la voluntad de mantener viva la llama de múltiples confrontaciones que se prolongaban año tras año, como una herencia maldita. ¿Y ello por qué? ¿Por alguna recompensa? La única recompensa, aparte de la plata fácil, era una sensación de dignidad y suficiencia, o una satisfacción de vivir bajo reglas propias.

Chito, además, tenía comprada a media policía, que puntualmente se hacía la sorda cuando a Loreto le convenía, y por eso llegaba siempre tarde a las refriegas y las balaceras, a pesar de que la comisaría podía encontrarse a cinco minutos del conflicto.

—¿Dónde están los tombos? —se desconcertaban algunos transeúntes de la periferia—. Nunca están donde se los necesita.

«Son guerras tribales», escribió un reportero con ambición de editorialista. «Todavía esos chicos no han descubierto la repartición de territorios. Pero cuando lo hagan, cuando se organicen todas las bandas, o al menos buena parte de ellas, podría desarrollarse una gran mafia compacta, y

los problemas del Callao, y hasta de Lima, serán más serios que los de ahora: habrá menos balas, pero imperará el crimen organizado».

Silverio había leído esto en el diario *La República* y quedó un rato pensativo.

—Le diré que estás enfermo, hijito —sollozó doña Rosa.

—No, mamá. Dile que soy calle. Que cuente conmigo.

El taimado vigía de Loreto, Klever, tomó su celular y avisó que Silverio, o alguien que podía ser él, estaba en la calle. Chito salió despacio de su casa y lo divisó desde lejos: *Ya no es un chiquillo, pensó. Es más bien un patín con su buena talla, fuerte, que camina decidido, pero sin apuros.* Silverio llevaba una holgada polera azul marino con capucha y anteojos negros.

Cuando finalmente se dio el encuentro, el recién llegado se quitó los anteojos. Y ahí, en el instante en que ambas miradas se cruzaron, hubo un relámpago de certezas y entendimiento. Chito quedó libre de dudas: el chico mantenía su rabia intacta.

Se estrecharon en un abrazo y caminaron un rato en silencio.

Laurita no andaba cerca; ni siquiera tenía noticias de su regreso. A esa hora, como todos los sábados, ensayaba su número de baile con la barra del Boys, donde era porrista.

Luego, tras hablar de asuntos previsibles acerca del tiempo que había pasado o sobre lo mucho que la gente del barrio lo recordaba con admiración, Chito habló de los cupos:

—La Siberia quiere robarse dos obras.

Una frase breve, pero que condensaba el sentido y la ética de sus vidas: el amor propio del barrio, los negocios, la revancha inevitable.

—¿Ellos mataron al Tramboyo?

Chito asintió.

—¿Cuántos son?

—Treinta, más o menos. Con fierros de 9 milímetros.

—¿Podremos con ellos?

—Siempre y cuando junte a manchas de todas las cuabras. También habrá que alquilar Uzis y tres carros blindados.

—O sea que vamos a entrar.

—Sí, pero llevando la ventaja.

—¿Qué ventaja?

—La sorpresa. Los cagaremos durante alguna de sus juergas, cuando estén borrachos. Y además no iremos a ciegas. Tengo mapas de sus calles, techos y callejones solapas.

—¿Y cuándo entramos?

—En dos semanas, tal vez. Hay que esperar la ocasión.

A la mañana siguiente, sentados en el interior de un auto patrullero, Chito y Silverio bordearon los límites de La Siberia dando una vuelta de reconocimiento. Iban disfrazados de guardias uniformados, en plan de cumplir su ronda. No entraron, ni locos. Allí, en ese barrio de choros y sicarios, nadie entraba, y eso incluía a los bomberos. Y si la policía hacía batidas, ingresaba con cascos y armada de bazucas, en varios camiones portatropas.

De la borrachosa animación de una cantina atrincherada con altas torres de jabs de cerveza, salía la música de la canción *Les van a disparar*, una salsa dura que dos niños tarareaban.

CAPÍTULO III

¿Me has olvidado? ¿Te acuerdas de mí, Laurita? Los pensamientos de Silverio, trepidantes, a galope tendido, percutían en su cerebro. *Laurita, voltéate, camino hacia ti; mírame.*

La tarde del mismo sábado en que llegara, una tarde fría, Silverio se dirigió otra vez a la casa de Chito y Laurita, y ahí, en la vereda, la vio a unos diez metros, pero ella estaba de espaldas y hablaba entretenida con su tía Sara, sin darse vuelta. ¡Laurita, al fin!, pensó Silverio con toda la fuerza de su mente, como si pudiera alertarla de su cercanía. ¡Qué buena que estás, mi *jerma!* ¡Qué gran hembra te has vuelto!... ¡Fíjate quién está aquí! ¡Estoy a cinco metros de ti... a cuatro... a tres...! No logró alertarla con su pensamiento, pero sí con el resuelto sonido de sus pasos.

Laurita tensó levemente el cuerpo, como toda persona que detecta que está siendo observada y, al girar con rapidez sobre sus talones, miró a quien creía que era un desconocido. Pero al cabo de un segundo sus ojos se agrandaron.

—¿Quién eres? —preguntó, boquiabierta.

—Yo.

—¿Tú?

El muchacho que ella veía tenía la cara del templado chiquillo que había conocido ayer nomás, o tal vez una eternidad atrás, aunque no estaba segura.

Desde los catorce años hasta los dieciséis, se habían producido en su cara y su cuerpo cambios rotundos. Tenía los rasgos más tensos, los huesos más grandes, la boca más fina.

—Sí. El que te miraba la sombra.

Y el que te sigue mirando ahora, Laurita, insistía con sus mensajes mentales.

—¡Putá, eres el chibolo! —casi sonrió.

—Soy Silverio.

—¡Pero cómo has crecido!

—Tú también.

—¿Cuándo has vuelto?

—Hoy.

—¿Estás de visita?

—No —dijo él—. He vuelto al barrio... —y no hubo tiempo para más palabras, porque en ese instante llegó un Nissan chillando de nuevo y de ahí bajó un tío mayor.

Treinta años, camisa blanquísima y saco negro, sonrisa dominadora. Ella se acobardó un momento y no supo qué hacer.

No quería herir a nadie; ni al hombre mayor, su novio, que era el amigo de su hermano y con quien iba a casarse en cinco meses, ni al chiquillo que en la época más infeliz de su vida, en los días en que Chito era un cavernícola de los celos, osara desafiarlo, mirándola y hablándole. Ni tampoco quería reconocer, con la muda sabiduría de la piel joven, que el chiquillo ya no lo era más, pero que seguía como antes, ávido y codicioso, con todas las ganas locas de saltar encima de ella para desarreglarle el alma.

Por un instante, culposa, recordó que su hermano nunca había sabido nada.

—Bueno, me voy —dijo ella atolondradamente, fingiendo una familiaridad con el chiquillo que jamás habían compartido—. Saluda a tu mami —y subió al auto.

—Hola, mi amor —saludó Kike, jovial—. ¿Quién es el chico?

—Un amigo de la infancia.

—Te miraba fuerte —comentó—. ¿Estaban discutiendo?

—No. Así es él... Mira con hambre.

En resumen, el problema seguía siendo Laurita. Y es que ella, a esas alturas, no se esperaba la sorpresa de aquel reencuentro y, menos aun, su reacción de asombro y excitación, con decenas de culebritas calientes que recorrían su cuerpo. Antes, cuando Silverio era un niño, se había sentido halagada; ahora, en cambio, descubría en él, a causa de su asedio, el exigente tumulto de la sangre.

Laurita vio claramente lo que había vivido años atrás. Durante la ausencia de Silverio, en las primeras semanas, ella había paseado por Loreto recordando al chiquillo tal como creía que era: un mocoso audaz que, al haberse enamorado intempestivamente de ella, desdeñaba el peligro. Dos pruebas de valor avalaban el recuerdo. Una, la que su memoria atesoraba en secreto, y dos, la que el barrio enaltecía. Después, forjada la leyenda por el runrún de las calles bravas, el chiquillo terminó en el cielo de los grafitis, en compañía de célebres músicos y hombres de coraje. Ya entonces, eso sí, Laurita estaba hecha una mujer y había decidido seguir con su vida. Nada le costó sepultar las cenizas de sus recuerdos: era lo natural, considerando que apenas se conocían. Así que comenzó a pensar en el chiquillo (las pocas veces que pensaba en él) como un personaje de fábula, un ser irreal, casi de tira cómica: una especie de Batman, digamos.

El asunto, en fin, era que ahora Batman había regresado y le abría su capa.

Silverio estaba encaprichado con Laurita, sin caer en lánguidos retraimientos ni en sentimentalismos. El amor, como él lo conocía, era otra forma de envalentonarse.

¡Ella tá que pide!, pensaba. Pide apachurre con ganas, por todos sus rincones, por su cuellito, por su pancita, pues así me lo dicen sus ojos y hasta su manera de relamerse los labios... ¡Y nada importa el tío ficho del carrazo! Eso es pura ñanga; de lo contrario, ella no me habría mirado como lo hizo y no habría disimulado, como saben hacerlo las mujeres...

Así que se lanzó a averiguar lo que pasaba.

—No te diré nada —se inquietó su madre. La pobre sabía lo que el hijo buscaba y, como vivía de presentimiento en presentimiento, temía lo peor.

—Entonces preguntaré en la calle.

Su madre se aterró.

—No —dijo—. Es muy peligroso.

—Ya lo sé. Por eso te pregunto a ti.

—¿Pero qué quieres saber? —lo observó con ojos líquidos.

—Lo que sepas de él.

Resignada a su destino, doña Rosa dio cuenta de la situación:

—Se llama Kike —dijo—, y es un hombre poderoso y rompón, según dicen. Se ha hecho querer por el billete. Tres fiestas del barrio las ha pagado de su bolsillo. Pero como pareja, ¡quién sabe! —agregó, mientras le servía de desayuno su tamalito con chicharrón que tanto añoraba—. Llevan un año juntos, parecen contentos, y las vecinas, que de todo se enteran, aseguran que Kike está enamorado y quiere casarse.

—¿Casarse? ¿Acaso ella no está en el colegio?

—Ya lo dejó —sacudió la cabeza doña Rosa—. Como tú.

¿Y qué pasó con los celos de Chito?

El tal Kike, le explicó luego, revienta en negocios e influencias, y, para colmo, cuenta con la venia de su convenido hermano. Hasta apodo se maneja: El Chucha, lo llaman. Él es el vínculo de Loreto con la legalidad, con las autoridades del Callao. Trabaja en la Región, en un cargo bastante alto, y facilita licencias sindicales y mucha información.

—Ya entendí.

—¿Y entiendes que deberías zafar?

Silverio meneó la cabeza.

—No —dijo.

—Por favor —imploró su madre—, no te cruces.

¡Qué tal concha! El que se ha cruzado es el tipo ese, ¿no es cierto, Laurita?... ¿Quién te vio primero? ¿Quién tuvo los cojones de mirarte con ganas? Eso también vale lo suyo. Vale más que ser un Kike cualquiera, compinche en el Gobierno, pues de esa manga de pendejos hay a montones: están por todos lados.

Por eso mismo, simulando que iba a comprar a la bodega de la esquina, Silverio salió a dar unas vueltas. Algunos muchachos, que lo conocían de oídas, se acercaban a veces a saludarlo, como si fuera un futbolista famoso. Él conversaba un rato, relajado, y luego volvía a pasear solo, pasteando la casa de Chito y Laurita. Gracias a Klever, el ubicuo vigía, se enteró de que la tía Sara, que vivía con ellos, había salido al mercado, y que el Chito se encontraba por los muelles, en reuniones de chamba. Arreglaba, le dijeron después, la participación de su gente en un robo de camiones con *containers*.

El único que lo miraba era Klever, pero Silverio le espetó:

—No me tases, bróder.

—¿Qué?

—Tú estás ciego.

—¿Ciego?

—Sí —le clavó una mirada fría—. No ves lo que hago.

Tras pensarlo unos segundos, Klever repuso:

—Así es, chiquillo. Para ti estoy ciego —y se dio media vuelta, camino a un quiosco de remiendo de zapatos.

Silverio no tardó en avanzar hacia la casa de Laurita y empujó la puerta, que desde siempre acostumbraban dejar entreabierta. Como oyó un ruido de platos, se encaminó a la cocina y allí la encontró, sola, exprimiendo un secador. Sin mediar palabra, el chiquillo avanzó hacia ella con largas zancadas, la arrinconó contra el lavadero y, mirándola fijamente a los ojos, le enterró una mano en la entrepierna.

—¡Suéltame, carajo! —se alborotó Laurita, con furia afónica, agitando brazos y piernas para liberarse—. ¿Te has vuelto loco?... ¡Suéltame!

Los ojos de ambos eran llamaradas.

—¡No lo haré! ¡Tu cuerpo me habla!

—¿Qué dices?

—Me habla, Laurita.

—¿Qué te pasa? ¡No puedes hacer esto!

—Tú lo quieres —murmuró Silverio.

Y entonces vino el temblor. Ella arrancó a temblar de pies a cabeza.

—¡Imbécil! —alcanzó a decir en aquella tembladera, a duras penas. Tenía la voz quebrada y lágrimas en las mejillas—. ¡Suéltame! —incurrió una vez más, pero enseguida se calmó, como se aquietan las presas atrapadas, y bruscamente lo miró. Parecía otra persona, o bien parecía ella misma, pero en otra dimensión, libre de ataduras, dispuesta a desnudar sus más ocultos sentimientos y pulsiones, y así, en ese ahogo, acometida por un desbocado arrebató, se lanzó a sus brazos: lo abrazó y besó con desenfreno mientras permitía que las manos de él se deslizaran por sus caderas, bajándole el calzón.

Más tarde, cuando ya descansaban, sudorosos y semidesnudos, sentados en una banca de la cocina, ella descubrió un tatuaje en el pecho de Silverio.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Una “L” —dijo él, tomando las manos de ella entre las suyas. Era una letra “L” pequeña, pero bastante pretenciosa, ornamentada como en libro antiguo—. Me hice tatuar esa “L” por las dos cosas que más quiero en la vida: Laurita y Loreto.

Ella bajó la cabeza, pesarosa, y permaneció un rato callada. Luego, dijo:

—Tienes que olvidar lo que ha pasado, Silverio... Estoy comprometida, y si Chito se entera de lo que hemos hecho, no te va a perdonar. Te matará.

—Lo dudo.

—¿Lo dudas? ¿De qué hablas?

—Es más difícil encontrar a gente como yo. Kikes hay muchos.

—Te equivocas.

—¿Lo crees de veras?

—¡Claro que sí! Chito es yunta de Kike. Tienes que olvidarlo.

—No, Laura. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque tú tampoco vas a olvidarlo.

El adornado Kike, entretanto, sonreía con la inocencia de tantos maridos engañados. Procedente de otra extracción social, él pertenecía a una clase media inescrupulosa pero no segregada de la comunidad como lo estaba Loreto, y de alguna manera se veía en una esfera superior que buscaba bajar al llano. «Si en el Perú de hoy la gente pretende hacer negocios», pensaba, «tiene que ir a trabajar en los conos o, como yo, en las zonas pobres más necesitadas y los barrios marginales, que siempre son mayoría».

—¡Nos vamos a forrar, Chito! —le decía al cabecilla de Loreto, cuando conversaban sobre los beneficios de un nuevo asunto.

Chito lucía bastante contento. Y hasta le ilusionaba que su hermanita hiciera un buen matrimonio. Haciéndose el hombre reflexivo, le decía a Laurita: «Los lazos económicos y los lazos familiares tienen que andar juntos». Kike, a su manera, estaba de acuerdo. Pero ni él ni Chito sabían de los apremios de Silverio.

Una noche de domingo la mancha de Chito se fue a la playa más desierta de Ventanilla. Iban a probar unas metracas, todas pistolas ametralladoras Uzis. Silverio tocó esos fierros, uno por uno, y sintió que sus músculos encontraban un acoplamiento perfecto.

Poco después le dieron una y, tras oír las instrucciones del tipo que las alquilaba, disparó con la destreza que se veía en las películas de Hollywood: la primera ráfaga hizo volar más de la mitad de una fila de latas vacías.

—¿Habías disparado con esto? —indagó el instructor, intrigado.

—Solo en mi imaginación —dijo Silverio—. Pero allí no fallaba una.

Talento natural, confirmó Chito en su fuero interno, complacido.

El ataque estaba planeado para dentro de cinco días, hacia la madrugada del sábado entrante, porque desde la tarde del viernes iban a celebrar el cumpleaños de Pichuzo, un bravo de La Siberia que había salido de Lurigancho, unas semanas atrás. Zambo malencarado y nervioso, Pichuzo llevaba la distribución de quetes con coca y pasta, dando trabajo a cientos de paqueteros, pero últimamente había estado sacando más tajada de lo debido.

Los paqueteros no eran tropa de nadie. Ellos operaban a destajo y, ajenos a toda lealtad, cambiaban de proveedor tan pronto el control del negocio pasaba al poder de una nueva pandilla. Conformaban un gremio cerrado que trabajaba en la sombra por su mesada y, en muchas ocasiones, para

salvaguardar su consumo. Si eran discretos y cumplían correctamente con sus pagos, no tenían molestias. Pero si por ahí cedían a la codicia o a la tentación de irse de boca, ya fuera ante la policía enemiga (a fin de evitar un canazo), o ante las bandas rivales (por simples coimas), acababan degollados en una zanja de los muelles o en un terreno baldío de los Barracones, como pitanza de gallinazos.

El tío Burunga, un cholón de cuarenta años, era el paquetero que informaba a Chito. Él había dibujado los planos y señalado el lugar donde celebrarían la fiesta de Pichuzo. La veracidad de tales planos pudo ratificarse cuando un espía de Chito entró como basurero en un camión de recolección, al que revisaban en cada ingreso pero no negaban el paso.

La noche del ataque a La Siberia, Burunga sería el primer muerto. Un minuto antes de que la cautelosa mancha de Loreto avanzara por esquinas diferentes, unos a pie, con el fin de tumbarse a los vigías, y el resto en carros blindados, Chito le pidió a Burunga que bajara de la camioneta para que huelga el ambiente. Cuando el hombre bajó, Chito lo atenazó rápidamente por la espalda, con una recia llave de cachascanista, y le tapó la boca con una mano, en tanto que con la otra, que sostenía una fina navaja, le cortaba el cuello de un solo tajo, de lado a lado.

—¿Qué haces, bróder? —se alarmó Rogelio, primo de Chito.

—Prevención —dijo este, limpiándose las manos manchadas de sangre en la camisa del muerto—. Empiezo por las ratas. Si esta mierda hoy los traiciona a ellos, mañana nos traicionará a nosotros. Mejor nos adelantamos.

Alguna gente resopló, inquieta. Silverio no abrió la boca, pero un momento después, en un aparte, le dijo a Chito:

—¡Buena navaja! ¿Es de barbero, no?

Con la Uzi colgada del hombro, Chito ajustó primero las correas flojas de su chaleco antibalas, y luego, con expresión seria, asintió varias veces con la

cabeza, como esos perros de cuello articulado que los taxistas ponen en el tablero de sus autos.

Laurita daba vueltas en la cama. No podía dormir porque, contagiada por Silverio, la ansiedad y los pensamientos corrían del mismo modo por su mente como una estampida de caballos.

Sentía todavía el aliento de Silverio en su cuello. *Chibolo maldito*, lloraba sofocada y lastimera, *vienes a cruzarte; vienes a moverme el suelo*.

Ella no quería admitir los vientos que soplaban en su pecho y zarandeaban su corazón, pero la tarde de aquel mismo lunes, al ver una telenovela, oyó a un personaje decir una frase grandilocuente que, por donde se la viera, le caía de perillas:

«¡La pasión es un torrente de aguas revueltas que ni Dios sabe detener!».

—¡Tonterías! —masculló Laurita, procurando conjurar la alusión de esa mentora de su vida, la tele de las tardes aburridas, rebosantes de melodramas, que a ella y su tía las hacían sufrir y rabiar, pero también soñar con la felicidad que creían merecer.

Cerca de la medianoche, sin embargo, la tele estaba apagada, la tía Sara dormía con unos ronquidos menopáusicos y su hermano, como de costumbre, había salido sin decir nada, salvo que no regresaría temprano, pero ella, insomne, agitada, seguía dando vueltas en su cama, tapándose y destapándose, y mirando absorta el blancuzco techo de su cuarto en penumbra. Allí, una y otra vez, su pensamiento componía otra telenovela.

No voy a pensar en ti, Silverio; no voy a recordar tu boca, ni tus manos... ¿Por qué has vuelto? ¿Por qué has venido a sacarme de cuadro?

Y luego, al despertar, Laurita se puso hiperactiva.

Vidente cuando se trataba de su sobrina, la tía Sara, catando aquella desusada inquietud, olió repentinamente la humedad del pecado. Y, en los

dos días siguientes, cambió su rutina: decía que iba a tal o cual sitio, pero a menudo mentía; se dedicaba solo a vigilar su propia casa desde una casa vecina, donde vivía una amiga que nada sospechaba, y así descubrió por fin que cuando el inocente Kike se despedía tras hacerle una visita, llegaba al rato Silverio con cara de gato contento, y Laurita lo hacía entrar.

La tía Sara, espantada, se cubrió la cara con las manos, pero no lloró. En tales situaciones, lo sabía bien, había que ser fuerte. Fuerte para estar del lado de su sobrina; para librarla de todo mal; para apañarla y defenderla, que eran sus obligaciones de gorda tía querendona, aunque no pudo evitar un momento de congoja y preocupación. Y de pronto, hablando para sí misma pero cuidando de que nadie la oyera, murmuró:

—¡Ay, pobrecita mi Laurita! ¡Le ha tocado un novio cornudo!

Detenido en un recodo oscuro, Chito, con polo y jeans negros, era una sombra más entre las sombras. Sombra medio encorvada en las calles desiertas, mientras una ligera llovizna humedecía el cemento. Todo estaba quieto y callado; todo se veía brumosamente solitario, excepto dos casas cercanas en penumbra, rodeadas de vigías, a una cuadra de donde ellos se hallaban.

Chito esperaba que otras sombras, dispuestas a quitar estorbos, treparan por las paredes. Esas sombras fantasmales, sigilosas, camuflándose en la oscuridad conforme avanzaban, debían saltar sobre las sombras de los vigías de La Siberia y las doblegarían unas tras otra, como en una coreografía de desmayos.

Burunga había dicho que la casa con música estridente era una trampa. Allí solo había gente armada para recibir a posibles invasores, y que la fiesta estaría en la otra, la casa menos iluminada, igualmente musical, pero con el volumen bajito.

El plan de Chito consistía en golpear simultáneamente ambas casas: el primer grupo atacaría a la casa con la música alta, y el segundo a la fiesta. Y lo que en ese momento detenía el asalto era el hecho de que aún no se produjera la eliminación de las líneas de vigías, una acción conjunta que debía hacerse en forma sincronizada, a fin de impedir que alguno de ellos notara la caída de un compañero y diera la voz de alarma.

Con veinte años, avisado y calculador, Chito ya era un capo de los negocios, pero sobre todo un buen estratega. También él, como Silverio, había cambiado. No se parecía al chico enjuto e impulsivo de sus diecisiete años, que le disparó a un infeliz por el error de haber quedado prendado de su hermana. Chito, ahora, era robusto y, mal que bien, controlaba sus malas pulgas, aunque mantenía una furia que congelaba la sangre. En su alma, que era una guarida hedionda, tronaban olas de odio y paranoia, que lo hacían capaz de cualquier cosa por el resguardo de unos palmos de terreno, de unas calles miserables, del barrio de toda su vida.

«¿Quiénes me enseñaron a defender estas calles?», preguntaba Chito con vozarrón de político plazuelero. Y, tras un silencio, respondía para sí mismo: «¡Los muertos! ¡Los muertos que he visto en las esquinas mientras crecía...! Esos muertos, conocidos o desconocidos, que se amontonan en mi memoria. Ellos me dieron clases».

Igual debían de haber sentido varios de los muchachos. Pero alguien, sin duda, tenía que ser el jefe y él supo un día que era bueno para gruñir, asustar a la gente y dar órdenes. Estaba siempre listo para matar y para que lo maten. Ese era su secreto.

—¡Protegeremos estas calles feas! —dijo Chito aquella noche en Loreto, durante el trayecto a La Siberia—. ¡Protegeremos el derecho a respirar libremente!

Calles feas, sí, pero nuestras, le dio la razón Silverio. *Con eso basta y sobra.*

Allí, en Loreto, no había avenidas con veredas limpias, ni farolitos en los portales de las casas, ni jardines cuidados por jardineros, como en las bonitas calles de San Isidro. Eso estaba lejos. Se necesitaba más de una hora sudando en el micro para admirar paisajes tan idílicos. Allí, a lo sumo, pululaban la vida dura, el ladrillo pelado y la precariedad, aunque, pese a todo, allí también se asentaban el terruño y los afectos, las calles de la niñez donde habían aprendido a jugar, a ganar y a perder, y el rastro de sus peleas, de sus amores y de sus muertes.

Y la noche del ataque, mientras algunos tragaban saliva y otros entornillaban silenciadores a sus armas, hubo suerte: ocurrió lo que el Chito había planeado.

—Mira —dijo repentinamente un tal Miki—. Ya están cayendo —y señaló un techo donde las sombras de dos vigías de La Siberia se derrumbaban y fundían con la noche. Todos miraban, mientras Silverio aprovechaba para levantar a la altura de su boca una botellita de plástico, que contenía agua. Chito lo vio beber un sorbo.

Unos minutos después, Los Feroces de Loreto ingresaron en dos grupos.

La orden de Chito era achicar el calendario.

—Disparen a matar —dijo—. Si no pueden, den tiros de gracia. No quiero heridos.

Fiel al libreto, y yendo por delante, Silverio irrumpió en la casa que tenía el volumen bajo y disparó dos ráfagas; ambas certeras, pues de entrada mató al tal Pichuzo y al Yony, otro capo de La Siberia. Como a casi todos, los encontró bailando salsa, borrachos y drogados, bajo un techo adornado con colgajos de multicolores cadenas de papel. Fue un trabajo fácil y rápido:

¡ratatatá!, tronaron las ráfagas, ¡ratatatá!, saltaron vasos y botellas, ¡ratatatá!, corría la sangre. Siete Uzis vomitaron plomo en un confuso concierto de gritos salvajes y disparos con zumbidos tartamudos, hasta que en cosa de segundos, en vez de conversaciones, brindis y risotadas, solo se oía la música de un estéreo, milagrosamente indemne. Silverio lo apagó de un tirón de los cables, mientras que afuera, en la calle, junto a la otra casa, todos oían un carnaval de balazos entrecruzados.

Después, caminando y pateando cuerpos exánimes y despatarrados, Chito sacó la cuenta. «Siete hombres y tres mujeres», dijo. Una de ellas encaramada en la cintura de su pareja; esa chica soltó un quejido y él la acalló. Zuck, zuck, disparó. Fin de fiesta. No hubo bajas en el bando de Loreto, pero sí heridos, aunque ninguno de gravedad. Algunos de los juegueros alcanzaron a responder con sus armas, hiriendo hombros y brazos.

Ante las piernas abiertas de la recién rematada, Rogelio bromeó:

—¡Toavía tá caliente! ¿Hay tiempo pa'un violín?

—¡No, huevón! —gruñó Chito. Y continuó de inmediato con su tarea—. Tomen fotos. Solo caras, ya saben.

Rogelio, Miki y Carcocha sacaron sus celulares y tomaron fotos de todos los muertos, mientras Silverio y Chito vigilaban.

A dos de ellos, agujereados en el cuello y la frente, hubo que limpiarles la sangre. El registro de retratos ayudaría luego a identificar qué parientes iban a buscar venganza. Dos minutos gastaron en las fotos. Luego todos salieron corriendo por los techos y bajaron a una calle trasera, donde aguardaba una camioneta, la misma en la que habían llegado. Tan pronto subieron, Miki, el piloto, tocó un bocinazo, que sonó a estrepitoso claxon de camión, y aplastó a full el acelerador. Aquella era la señal para que el otro grupo emprendiera también la retirada.

CAPÍTULO IV

Una hora más tarde Silverio entró a la casa de Chito. Se sentaron a oscuras en el sofá de la sala, frente al televisor apagado, y cerca de la ventana, para aguaitar la calle. Chito quería conversar en privado con el chiquillo. «No dejaré que pase otro día sin que tú y yo nos digamos las cosas que tenemos que decirnos», le dijo. Ambos habían puesto sus Uzis sobre la mesita de centro, junto a un florero sin flores. Luego Chito se encaminó a la estancia contigua, la cocina, y sacó cervezas de la refrigeradora.

Silverio sintió en ese momento el bulto de su billetera en el bolsillo trasero del pantalón. Allí llevaba algún dinero, un retrato de su madre y un recorte de periódico.

Guerras tribales, pensaba Silverio recordando la nota periodística que unos años atrás había leído en *La República*. Esa nota, en la que daban cuenta de las peleas de Loreto con otros barrios, revelaba, pese a los equívocos, su lugar en el mundo.

A los dos días de haber regresado a Loreto, y mientras comentaban la mala fama del barrio, Silverio le mostró a su madre el recorte. Creía que traía novedades, y por eso sentenció: «La mala fama de la que hablan es buena fama para nosotros». La madre, apenada, le dijo que ya sabía de esas vergüenzas. Sus amigas del barrio le habían mostrado otras cinco notas similares. Las guardaban para jactarse, como si fuera el archivo oficial de la

historia vindicadora del barrio. Una de ellas, además, incluía fotografías de varias esquinas de Loreto, con chicos engorilados de zapatillas llamativas y facha reguetonera posando ante unos muros pintados. Todos vestían poleras de tallas enormes y pañuelos en la cabeza. Silverio confirmaría entonces la importancia de su leyenda: vio ahí el grafiti misterioso que lo ensalzaba como héroe, tras el sangriento choque contra Castilla.

Ese grafiti estaba borrado, pero ahora el héroe del muro cuidaba sus calles.

Ernesto Larrea era el periodista que escribía tales notas. Había publicado, en realidad, una docena de reportajes sobre los crímenes y reyertas de las pandillas chalacas, cuya información provenía de partes policiales, aunque de vez en cuando sus lectores, que se contaban por miles, se sorprendían ante datos que solo podían atribuirse a infiltrados, o bien a soplos de pandillas rivales caídas en desgracia. Larrea, ex estudiante de Sociología con la carrera abandonada, tenía treinta años. Le asignaban las comisiones de los bajos fondos porque conocía el tema, era vecino del Callao y chalaco de nacimiento, y, por si fuera poco, contaba con los más secretos contactos municipales y callejeros.

Silverio memorizó las notas que tenían recuadros con datos diversos. Entre ellos, estadísticas de abaleados recientes clasificados por edades. Eran muy pocos los que llegaban a la mayoría de edad. Se hablaba de miles de muertos al año, concentrados en las calles de los alrededores del puerto. Otro recuadro, que incluía fotos, refería el incremento de mujeres pandilleras; otro mostraba a chicos con caras y cuerpos tatuados a la manera de los truchas salvadoreños; otro hablaba de las dos formas de morir en el Callao: por sicarios a bordo de motos lineales o por balaceras en batallas campales; otro señalaba el tráfico de armas compradas en Nueva York, en el Bronx, y

trasladadas al muelle en falsos fondos de grandes *containers*... Pero el que más le interesó a Silverio tenía que ver con la etimología y los avatares de la historia universal.

El recuadro en cuestión decía lo siguiente:

«Loreto es el departamento más extenso del Perú, y en tiempos de la conquista española lo habitaban cerca de ochocientas tribus nómadas que, al entrar en contacto con exploradores y misioneros, empezaron a morir hasta casi extinguirse. La viruela, la malaria, la fiebre amarilla y la tos ferina, entre otras enfermedades que los intrusos les contagiaron, diezmaron a los más feroces, que dieron guerra, y a los más pacíficos, tras haberse rendido a la catequesis, en tanto se salvaron aquellos que optaron por internarse en la jungla. Los primeros misioneros, al parecer, bautizaron así a nuestra selva norte, porque Loreto, aparte de ser una palabra del latín antiguo, que viene de *lauretum* y que significa “poblado de laureles”, es asimismo el nombre de una virgen, Nuestra Señora de Loreto, a quien se le ha levantado un gran santuario en la localidad de Loreto, Italia. Dicho templo, según una tradición del siglo XIII, tuvo su construcción original en Tierra Santa, en Nazaret, y aseguraban que estaba situado en el lugar donde había nacido la Virgen María, y donde vivieran San José y Jesús. Años después, durante las cruzadas y a fin de preservarlo del fanatismo de los mamelucos, fue trasladado piedra por piedra hacia Dalmacia, Croacia. Y desde allí, gracias a la acaudalada familia Angeli, lo trasladaron de nuevo a través de los mares Mediterráneo y Adriático hasta su sede actual, Italia, aunque la versión popular sostiene que fueron los ángeles, no los Angeli, los verdaderos responsables de la mudanza. A causa de tan prodigiosos vuelos celestiales, la Virgen de Loreto, en el credo cristiano, es hoy la patrona de la aviación».

Laurita, laureles, Loreto, rumiaba Silverio. De ahí vendrá tu nombre.

La tía Sara sintió ruidos de botellas que se destapaban y le extrañó que Chito bebiera cerveza a tales horas. Sus juergas, por lo común, eran en otras casas del barrio. Pronto la tía Sara oyó también que farfullaban. No entendía lo que decían y por eso, curiosa, caminando de puntillas, se acercó a espiar.

—Te llevas bien con las Uzis, chiquillo —dijo Chito, resoplando satisfecho—. Las manejas con mucha serenidad.

Silverio meneó la cabeza

—Parezco sereno, pero no lo estoy —replicó—. Solo sé controlarme.

—¿Ah, sí? No lo creo. Es algo más.

Sin saber qué decir, el muchacho se limitó a mirar su arma en la mesita.

—¿De dónde te sale tanta calma? ¿No tienes miedo?

—Claro que sí —murmuró—. Tanto miedo como todos.

—A mí no me parece. Veo más bien frialdad y cálculo.

—Se los debo al agua, a mi botellita de agua.

—No te entiendo.

—Antes de ponerme bravo, yo tomo agua. Tú me has visto. Los demás se atiborran con coquita o con pisco.

Chito miró por la ventana. Una leve garúa caía sobre la calle desierta.

—El ruido viene de adentro —señaló Silverio hacia el pasillo en tinieblas.

Oído de tísico, pensó Chito, y levantándose ágilmente de un salto, gritó:

—¿Quién está ahí?

Se oyeron jadeos y pasos precipitados en el fondo de la casa y de pronto una puerta se cerró. Chito se asomó al pasillo, sin lograr adivinar nada entre las sombras, y volvió a sentarse. Silverio, acalorado, levantó su botella y se la aplicó a la frente como una compresa, frotándosela, aliviándose con el vidrio frío. Luego preguntó:

—¿De qué querías hablarme?

—En La Siberia tú viste que te apunté en algún momento.

—Creí que había alguien detrás de mí, pero no era eso. Me estabas apuntando.

—Te podía haber matado en medio de la confusión.

—Es posible, aunque hubiera sido un mal negocio, ¿no?

Asintiendo en silencio, Chito destapó otra botella y chasqueó la lengua.

—Un mal negocio —repitió, agrio, como si estuviera atrapado en una jaula—. ¿Y qué importa eso? ¡Qué mierda importa eso! ¡No siempre se puede ganar!... Mira, no te disparé por otro motivo... Esta noche me has confirmado que eres de la familia.

—¿De la familia?

—De la familia, como si fueras de mi sangre. Actúas como si no esperaras nada malo de mí. Y creo por eso que tú ayudarás a proteger a la gente de esta casa.

—¿Qué me quieres decir, Chito?

—Que desde ahora puedes acostarte con Laurita, pero con mi permiso.

Silverio supo que Klever, el vigía, había ido con el soplo y se sintió tonto, como tanta gente demasiado confiada. Empezó entonces a respetar a Klever.

—¿La quieres de veras?

—Te lo he demostrado. Me la juego por ella.

—Tienes razón —contestó Chito, entrecerrando los ojos—. Sin embargo, nadie debe saberlo. En especial su novio, Kike, ¿me entiendes?

—Asuntos pendientes —dedujo Silverio.

—Tú lo has dicho, chiquillo —Chito sonrió y acercó su botella para entrechocarla con la botella de Silverio—. Asuntos pendientes y muy lucrativos... Más adelante veremos cómo arreglamos las cosas.

Chito se levantó de un brinco y se dirigió nuevamente a la cocina, pero esta vez encendió la luz. Silverio pensó que iba por algo de comer. Se

equivocó. Al pasar un minuto, regresó a la sala con un fajo de billetes de cien soles, atados con una liga.

—Hablando de asuntos lucrativos, aquí tienes diez mil. Es parte de tu mesada.

El fajo de billetes cayó sobre la mesita de centro, al lado de su Uzi.

Las cosas se arreglaron pronto, y hasta parecían haberse arreglado solas. Sucedió a eso de tres semanas de la conversación que Chito y Silverio sostuvieran. Kike recibió una llamada a su celular en la que le comunicaron que su madre había sufrido un grave accidente, un atropello de combi. Con tono serio y preocupado, una voz de hombre dijo que ella necesitaba hospitalización inmediata, y que se hallaba en la enfermería de un colegio a la vuelta de su casa, a la espera de una ambulancia. Por un instante, Kike vaciló. Lima y el Callao estaban llenos de llamadas falsas con voces llorosas que pedían dinero urgente para solucionar supuestos problemas. La mayoría, distorsionadas por el llanto, sorprendían a los familiares que las recibían, ya que casi siempre se trataba de fingidos secuestros al paso o detenciones de policías corruptos que pedían una coima para liberar al hijo pescado en falta. Pero esto no encajaba en el cuadro. Además, la voz era clara, sin ese apresuramiento típico de las llamadas falsas, y no mencionaba nada de plata.

Lo primero que hizo Kike fue llamar al celular de su madre. Una contestadora automática le reportó que el teléfono estaba fuera de servicio o en un área sin señal, y Kike imaginó que, si el accidente era verdadero, se habría dañado o podía haber sido robado. *Robado no*, se dijo, más bien dañado, *pues de ahí habrán averiguado mi fono*. De todos modos salió presuroso de su casa y buscó a su guardaespaldas. Como no era la hora habitual para salir a sus diligencias de rutina, el guardaespaldas estaba tomando una ducha en el ala de servicio de la casa. Kike se desesperó y le

habló a través de la puerta del baño, diciéndole que se dirigía al colegio que estaba a la vuelta de la casa, y salió desprotegido. Sacó el auto del garaje y voló hacia el lugar que lo reclamaba.

Nunca se supo de dónde salió la bolsa de tela negra. Cuando bajó del auto, en una vía de pocos transeúntes, alguien le puso una bolsa en la cabeza, la ató rápidamente con un cordón y, sin mayor trámite, llegaron los palazos. Todo ocurrió en dos minutos, o quizá menos. Lo apalearon en la cabeza, las piernas, el torso y las manos. Kike se desmayó y, unos días más tarde, despertó en la clínica Ricardo Palma, con las manos y las piernas enyesadas. Tenía varias costillas y huesos rotos, pero su cerebro funcionaba.

Chito y Laurita fueron a visitarlo, cosa que alegró a Kike. Pero luego, cuando hablaron con su médico, descubrieron que se requerían más análisis y varias semanas de internamiento. Ello le traería problemas a Chito para llevar adelante los negocios, y por eso mismo pidió a Kike que delegara facultades a un encargado de confianza, y así fue como Chito conoció a Victoriano Reyes, su brazo derecho en los asuntos turbios en los que estaban involucrados. Kike, de otro lado, tenía a menudo terribles dolores de cabeza y, si bien sus huesos comenzaban a sanar, empezó a fallarle la memoria. Su madre, de otro lado, gozaba de perfecta salud: no había sufrido atropello alguno, pero el día de la paliza, mientras caminaba hacia el supermercado, le arrebataron la cartera, robándole documentos, dinero y el celular que Kike le había regalado. El robo se había producido unos veinte minutos antes del ataque. La madre de Kike lo visitaba a diario, llevándole dulces y revistas, pero él, enfadado, acabaría mirándola con resentimiento.

En Loreto, entretanto, Laurita y Silverio disfrutaban una feliz luna de miel.

Los negocios continuaron su rumbo exitoso y Victoriano Reyes, que asimismo era funcionario de la Región, resultó para Chito un operario eficiente y cuidadoso. Ni él ni los muchachos de Loreto extrañaban a El Chucha. Victoriano, eso sí, no era tan rompón para celebrar con sus socios ni llevaba regalos al barrio, pero cumplía con entregar puntualmente la información y los suministros que se precisaban. Ni siquiera Laurita, que iba menos a alentar al Sport Boys por visitar a su novio, lo extrañaba mucho.

Y fue durante esos días, consciente de que su hermanita y el chiquillo ardían de pasión, que Chito se puso a pensar en el chiquillo, o más bien en la curiosa ironía de que, siendo él ahora un muchacho alto y rudo, la gente del barrio, e incluso él mismo, siguieran llamándolo chiquillo. No era porque quisieran darle un trato displicente. Era más bien una costumbre del barrio, o quizá una forma de celebrar su arrojada precocidad con las armas.

Luego, de súbito, Chito se demudó. Las sospechas acerca de los últimos acontecimientos comenzaron a abrumarlo. Le venían dudas reiterativas. ¿No tendrá la *gomeada a Kike alguna conexión con el chiquillo?*, se preguntaba. Era como haber caído en arenas movedizas, pues cuanto más pensaba en ello, más se hundía. Hasta que una tarde en que Chito y Silverio salieron juntos a cobrar cupos a un edificio en construcción, el primero encendió un cigarrillo y permaneció un rato con expresión pensativa. Para esperar a los ingenieros, sin llamar la atención más de la cuenta, Chito había estacionado su camioneta a pocos metros de la obra.

—Tengo a gente tratando de averiguar qué pasó con el Kike —dijo Chito—. Pero nadie sabe nada. No hubo amenazas recientes, y todo es muy raro.

—¿Por qué? —preguntó Silverio.

—Esa gomeada no ha sido una venganza, sino una advertencia, ¿no? De lo contrario, no lo habrían dejado vivo... O tal vez... no sea ni lo uno ni lo otro.

—¿Entonces qué?

—Una manera de sacarlo del camino.

—¿A quién le interesaría eso?

—A un competidor suyo en la Región, tratando de robarle el negocio; o a un enemigo nuestro que ha llegado a saber que trabajamos con él.

El chiquillo no fumaba y le molestaba el humo. Bajó la luna de la ventanilla.

—¿Qué piensas? —insistió Chito, observando la calle.

—Nada.

—¿No imaginas que ha podido haber otro tipo de competidor?

—¿Cómo quién? ¿Cómo Victoriano estás pensando? Ese huevón podría querer el puesto de su jefe. Lo vemos todos los días.

—Victoriano es derecho. Le cuida las espaldas a Kike y me lo hace saber.

—Pero al mismo tiempo te demuestra que Kike no es necesario.

—Es verdad. Sin embargo, Kike tiene más vuelo, más relaciones.

—¿Entonces como quién?

—Como tú, por ejemplo —le espetó Chito fríamente—. Espero que no tengas que ver con esto.

—¡Ja! —rió Silverio, muy tranquilo—. No, Chito; no.

—¿Estás seguro?

—Claro que estoy seguro. No tengo que ver con esto.

Pero indudablemente tenía que ver. En un descuido de Laurita, Silverio había tomado su celular para averiguar el número de Kike y luego, tras planear la emboscada, todo había consistido en robarle el teléfono a la madre poco antes del ataque, hacer la llamada engañosa a Kike y finalmente esperar y caerle encima en un lugar aparente, lleno de escondrijos, a fin de escapar a la carrera. Las calles del Callao son seguras para los delincuentes: no hay

testigos que hablen, y si hablan todos tienen mala memoria o dicen puras mentiras.

Silverio también era un buen estratega.

—No tiene sentido tremenda cojudez —comentó—. Cuento con tu consentimiento para estar con Laurita, Chito. ¿Por qué lo habría hecho?

—Por celos —especuló Chito—. O por apurar las cosas.

—Piensas pésimo de mí.

—Conozco la buena mierda que somos las personas.

—No necesito apurar nada, Chito. Estamos jóvenes.

—Los jóvenes viven apurados.

—Yo no.

—¿No me mientes?

—¡Claro que no! Y sabrás que digo la verdad cuando Kike se recupere y vuelva al trabajo, y yo lo reciba con los brazos abiertos. Todo seguirá igual.

El asunto es que Kike nunca se recuperó. El pobre dormía con sedantes que lo noqueaban y los dolores de cabeza se le volvieron aún más terribles, y un mal día, húmedo y feo, amaneció muerto. «Paro cardíaco, fulminante», dijo su médico. En la recepción de la clínica nadie sabía que pasada la medianoche había recibido una visita. Ni se sabía tampoco que Silverio una semana antes se había puesto a *googlear* en una cabina pública hasta encontrar una página web con recomendaciones diversas para matar a la gente sin dejar rastro. Al chiquillo le gustó el método de la inyección de aire en las venas. Se dejaba apenas la huella de un huequito ínfimo en el brazo de la víctima, que podía confundirse con otros pinchazos, o sencillamente pasar del todo inadvertido.

CAPÍTULO V

Laurita no podía creer lo que pasaba en su vida. Su hermano, el cabecilla violento, el energúmeno de los celos y su más estrecho familiar consanguíneo (que en algún momento, cuando se dio el vertiginoso abultamiento de sus senos y caderas, la había mirado, para su desconcierto, como se mira a una mujer y no de modo fraterno), ahora le sonreía a Silverio, consintiendo de pronto que la visitara, o bien exigiéndole que se quedara a dormir en su casa cuando él debía ausentarse por unas noches. «¿Qué ha sucedido?», interrogaba Laurita a la tía Sara. «¿Por qué Chito ha cambiado tanto?».

Kike todavía estaba vivo, aunque internado en la clínica. Y ella, confundida, se debatía entre los irritantes aguijones de la culpa y la compasión. Sentía gratitud y apego por Kike, por haber sosegado a su hermano con su advenimiento, pero la irrupción de Silverio, «mi chibolo» como decía ella, había puesto las cosas en otra perspectiva. Kike representaba el primer amor, el romance en libertad y un futuro de estabilidad económica; Silverio, en cambio, le ofrecía un torbellino de aventura, fuerza, admiración e ignoto erizamiento de la piel, al que solía seguir un avasallante incendio forestal.

—Chito sabe que tienes algo con el chiquillo y no le importa —concluyó la tía Sara, tan sorprendida como su sobrina—. Me lo ha dado a entender.

—¿Cómo?

—Pidiéndome que invite a doña Rosa a tomar lonche.

—¿La conoces?

—De hola y chau, nada más; pero parece simpática.

—¿Por qué lo dices?

—Por nada. Es algo que me tinca.

—Podríamos ver juntas la tele, ¿no?

—Claro.

A la tarde siguiente la invitaron. Doña Rosa llegó con una fuente de galletas caseras recién sacadas del horno, a juzgar por el delicioso aroma que despedían.

—¿Las hizo usted, doña Rosa? —indagó con un mohín la tía Sara.

—Así es, doña Sara. Y me han salido bien, creo yo, gracias a que por fin tengo horno grande y moderno. Mi hijo me regaló una cocina.

«Navidad anticipada», diría Silverio, que también le regaló vestidos y zapatos, y él se regaló a sí mismo cuatro pares de Adidas, así como polos y poleras. Y a Laurita le regaló perfumes y cueritos, que ella adoraba, y a la tía Sara su gran caja de chocolates.

Era fácil vivir como una familia cuando la plata sobraba. Pero no lo era cuando las balas volvían a silbar. No era fácil la incertidumbre, ni pasársela recelando de todo.

¿Qué fue, *bróder*? ¿Le soplaron a La Siberia que hemos sido nosotros los que desbaratamos su fiesta? ¿Alguien los vio? Klever los había visto; eran dos tipos en moto y cubiertos con pasamontañas. ¿Quiénes eran? La incógnita se despejó pronto, pues pasados dos días Kike murió y, tan pronto la noticia de su muerte se propaló por las calles, comenzaron los esclarecimientos. La primera luz sobrevino a la tarde siguiente, durante el entierro de Kike.

Dos taitas de Los Cutos se aparecieron con flores, y Chito, frunciendo la nariz, comprendió que su socio, el novio de Laurita, comía a dos cachetes.

—Tenemos que cuadrar a Victoriano —masculló Chito, pensando en un futuro a corto plazo—. Esos huevoncitos de Los Cutos siguen creciendo. Y ya voy entendiendo la puta razón. A los chuchas de la Región les gusta la pelea de pulpos.

Y una hora más tarde, mientras comían un cebiche en un nuevo restaurante cercano a Loreto, Silverio barruntó:

—Esos pendejos tienen su propio juego. Cada uno va por la suya.

—Eso es cierto.

—¿Cuántos Victorianos hay en el puerto?

—Un huevo, pero los grandes no pasan de tres o cuatro.

—¿Son como tramitadores, no?

—Algo así. Lobistas les dicen ahora.

—A Victoriano ya no lo sentiremos confiable.

—Lo sé.

—No sabemos si nos dará preferencia.

—Exacto.

—¿Y si le damos vuelta?

—Perdemos. Nos quedaríamos sin sogá ni cabra.

Silverio remató su cebiche con un vasito de leche de tigre. Lo bebió al instante, de un solo envión, y luego preguntó:

—¿Crees que los disparos de la moto venían de su parte?

—Es posible. Cualquiera de los chiquillos que trabajan a sus órdenes le pudo haber hecho el favor. Y gratis. Esos disparos parecen una maniobra de distracción. Victoriano sabe en qué entripado se encuentra cada barrio.

—Las calles chocan unas contra otras, y él saca la suya.

—Pero a costa de engañar a sus clientes.

—Yo creo que hay que darle un susto.

Chito pidió la cuenta.

—¿Qué tipo de susto?

—Quemarle el auto, por ejemplo. Algo delicado, pero que duela.

—¿Eso te parece delicado, chiquillo? —sonrió Chito. Las sonrisas tampoco eran habituales en su jefe, como en su caso, o al menos Silverio rara vez veía en él señales tan benignas.

—Sí —enarcó las cejas—. No le vamos a cortar un dedo, ni nada por el estilo.

Algunos mozos cuchichearon con el dueño del local, un tío grandote y de bigotes poblados que era nuevo en el Callao, y al cabo de un rato, con aire decidido, este se acercó a la mesa de Chito y Silverio y rompió ante ellos el papel de la cuenta.

—Ustedes no pagan, señores —les dijo—. Cortesía de la casa.

¡Vamos, *Boys!*, alentaba una multitud en la tele y Laurita, que hacía piruetas, alzaba sus fuertes y bien torneadas piernas de vedette. Ensayaba en su casa, viendo un DVD que mostraba a otras porristas como ella, todas ataviadas de rosado, desde las medias futboleras hasta el sostén y la minifalda cortita. Absorto, Silverio la contemplaba. Le encantaba lo sensual que lucía con su uniforme de hinchas. Y hasta se le removían los conchos cuando, tras agitar ella su larga cabellera enrulada, levantaba ambos brazos como si festejara un gol de media cancha mientras coreaba el estribillo de la pegajosa polca ¡Vamos, *Boys!*, himno del más tradicional club chalaco de fútbol. ¡Vamos, *Boys!*, quiero ver/ otro gol/ en tu score/ Y sentir/ el rugir/ del viril *Chimpún Callao!*. El rosado, paradójicamente, no era por esos lares un color femenino ni cosa de maricones. El rosado era más bien un sentimiento desbordado y un grito de guerra chaveta en mano.

Aquella noche de domingo transcurría sin mayor novedad. Laurita y el chiquillo estaban solos en la sala; la tía Sara, instruida por su sobrina, permanecía encerrada en su cuarto; y Chito no volvería a la casa: estaría fuera otro par de noches. Chito ya había autorizado al chiquillo que durmiera en su casa, porque así la sentía más protegida. En cuanto a la calle, Klever, temeroso de revanchas, triplicó la guardia en esquinas y callejones, e incluso, a imitación de la tecnología imperante en todas las tiendas y locales de la ciudad, había instalado cámaras de video en lugares neurálgicos que le permitían monitorear en simultáneo, desde el interior de tres callejones, los puntos vulnerables de Loreto.

El chiquillo subió dos líneas el volumen con el control remoto y acto seguido enlazó a Laurita por la cintura. Ella, risueña, entendió lo que quería. Y un momento después, sentada a horcajadas y empalada, correspondió con golpes de cadera a sus ansias. Pero aquel trajín se vería interrumpido, impidiéndoles a ambos culminar, cuando el DVD de las porristas se terminó y volvió la tele. Las imágenes eran de *Panorama*, el noticiario dominical que esa noche trataba sobre las pandillas de Loreto y Castilla, a propósito de la matanza en un barrio cercano, La Siberia. Súbitamente, el chiquillo se concentró en la pantalla.

La matanza en cuestión había salido en los diarios *La República* y el *Trome*, pero no en la tele. No le habían dado espacio en esos días porque la prensa se interesaba más en las mafias que extorsionaban en provincias, Chiclayo y Trujillo, y que dejaban asimismo su estela de muertos. El locutor, custodiado por policías de civil en calles aledañas a Loreto, especulaba sobre las broncas fraticidas del Callao, pero a prudente distancia, encargando la incursión en el barrio al *zoom in* del camarógrafo. Aquellas imágenes lejanas, registradas a cosa de cincuenta metros, eran el preámbulo para entrevistar a un tal Ernesto Larrea, periodista especializado en el tema. Este soltó al aire

varios lugares comunes que nada aportaban, tales como que «se trata al parecer de un ataque sorpresa», y «probablemente de una disputa más por los negocios ilícitos, o bien por la jerarquía de una pandilla amenazada que ha querido imponerse sobre otra».

—¡Qué noticia! —se mofó Laurita, mientras se ponía nuevamente el calzón.

Silverio, en cambio, cruzaba las manos detrás de su nuca y miraba todo en silencio. El reportero combinaba las declaraciones de Larrea, que aparecía sentado en su oficina del diario, con breves entrevistas en la calle, a los familiares de las víctimas.

—Este barrio está lleno de viejos —tronaba una mujer canosa y barrigona, con los ojos enrojecidos por la ira y el llanto—. Mire nomás las calles. Casi no hay jóvenes; a todos los matan. Pero una cosa le puedo asegurar: ¡esto no se va a quedar así! ¡Lo juro por mi madrecita! ¡Los pocos jóvenes que nos quedan se van a vengar, carajo!

Y luego, reaparecía Larrea, apoyando una mano en el brazo de cuero negro de su butaca, mientras se esforzaba en sintetizar la naturaleza de las «guerras tribales», expresión que el chiquillo mantenía fresca en su memoria como si la hubiera oído ayer.

—Muerte y lágrimas —Larrea incurría en un engolado tono editorial—. Esa es la consecuencia de la nula educación en los jóvenes y la falta de oportunidades. Son chicos que viven en una sociedad dividida en tres sectores, que menciono por orden de desembolso: los informales, los formales y los delincuentes. Los informales pagan sus impuestos a la delincuencia; los formales tienen que pagar el doble: al Estado y a la delincuencia; y los delincuentes, quizá los más desesperados, pagan con su libertad o con su vida. Y además, claro, hay otros sistemas paralelos y

secretos, manejados por mandos policiales y militares, junto a corruptas autoridades que sangran a cualquiera que se le cruce.

—¿Quién mierda es este? —preguntó Laurita, fastidiada—. ¿Un congresista?

Chito regresó el día asignado para repartir plata. Las mensualidades que Loreto pagaba iban envueltas en bolsas del supermercado Plaza Vea, y se entregaban a tres destinos: la Región, la comisaría y la cárcel. «Vea usted, compadre», bromeaban con cachita los vecinos de Loreto, «Vea, vea», cuando Chito y sus feroces, entre ellos Silverio, subían a sus camionetas armados hasta los dientes. La plata más grande iba hacia el penal Sarita Colonia. Allí, como cada fin de mes, recalaba Chito para visitar al Taita de todos los taitas, don Pepito Jordán Poma, su tío y el más grande hijo de puta del hampa chalaca que, celular en mano, dirigía buena parte de la rapiña en el puerto.

Esa tarde Chito adoptó un tono confidencial y por primera vez le contó a Silverio que se hacía necesario pensar en «inversiones, asegurar la pelota». Pensaba en el futuro, como si fuera el nombre extravagante que le daba a la esperanza. No hablaba de dejar Loreto, que era su sitio y su fuente de ingresos, pero sí consideraba que gastar dinero en adquirir una buena propiedad no estaría mal. «Las casas de los buenos barrios se revalorizan, Silverio; dan ganancias, y además sirven de refugio».

—¿Son consejos de don Pepito?

—Sí, claro. Él ya tiene varias residencias en San Borja, a nombre de testaferros, entre ellos una exburrier de El Chapo de Sinaloa, su compadre, y dos putas que lo visitan cuatro veces al mes: hembras de la farándula, con coartadas de ingresos, pero gente segura. No podrían traicionarlo; saben a lo que se exponen.

—¿Existe la gente segura? ¿No era que todos teníamos precio?

Chito lo miró con su mirada glacial.

—¿Tú qué piensas?

—Pienso que yo nunca vendería a Loreto. Esta es mi calle, esta es mi vida.

—Entonces si hay gente como tú, existe la gente segura —concluyó Chito.

Dos días después de esa charla, las pesadillas volvieron. Parecían un augurio de algo, y de hecho lo eran. Una noche, hacia las tres de la mañana, Silverio despertó dando un grito, que hizo saltar de la cama a Laurita y la tía Sara, y que llevó a Chito a irrumpir en la penumbra de la sala, calato y despeinado, con una Browning 9 milímetros en cada mano.

—¿Qué pasó, chiquillo? —le preguntó luego, no bien se cercioró de que nadie los estaba atacando y que las sombrías calles del barrio dormían la mar de tranquilas.

—Un mal sueño —dijo Silverio, aturdido—. Me perseguía una jauría de perros, entre ellos ese perro negro.

—¿Qué perro negro?

—Ese perro viejo conchasumadre que me pediste que matara, ¿te acuerdas? Fue la primera vez en que hablamos, cuando querías probar si servía.

—¡Mierda! —exclamó Chito—. Ese sueño está feo, muy feo... ¡No me gusta nada, carajo! ¡Nada! ¡Tenemos que redoblar la vigilancia!

Al día siguiente de la pesadilla, volvieron también los taxis. El sistema de taxis, un hábito que los barrios se prestaban de Lurigancho, exigía que nadie

camina por las calles de Loreto si no iba «acompañado» por su taxi: alguien del barrio que garantizaba su seguridad. La medida protegía a los extraños, pero ciertamente también a los vecinos.

Los extraños caminaban pegados a su taxi, mientras este, que miraba a uno y otro lado de la pista, asentía con la cabeza a cada vecino para asegurarle que todo estaba en orden.

Con uno de tales taxis llegó un emisario de Victoriano que quería hablar con Chito.

—Cuídense —le dijo secamente—. Hay rumores de que vendrán a cagarlos —y no dijo más. Tomó enseguida su taxi de regreso y salió calladito de Loreto.

Klever y parte de sus resguardos alistaron en extremo las defensas, y pronto se empezaron a limpiar y cargar las armas por todos los callejones. «Va a llover», corría la bola.

Pero no sabían de dónde llegarían los tiros. Pensaban que de La Siberia, o de Los Chacales del Terminal, a quienes habían atrasado en un embarque, aunque carecían de certezas y andaban con los nervios de punta. Incluso Chito colocó al sordomudo de su cuadra para que observara a la gente que hablaba en las fronteras de Loreto y en las cercanías de la avenida Buenos Aires. El tipo fingía ser vendedor ambulante, pero lo que hacía era observar las bocas de la gente. Podía leer los labios.

Así de inquietos pasaron unas semanas, hasta que el verano les llegó con fuerza. Alguna gente ponía sus sillas en la calle y salía con sombrillas a tomar el fresco, pero con sus armas ocultas, tapadas con servilletas o pañuelos, al alcance de la mano.

CAPÍTULO VI

No podía entrar nadie a ese fortín, pero entraron. Un carro viejo y lleno de abolladuras, aunque con el motor en forma, cruzó súbitamente y a velocidad enloquecida la frontera de Loreto. Solo penetró unos veinte metros, «al estilo kamikaze», como se decía en la zona, y luego, tras dar una brusca y chirriante media vuelta, escapó con su buena quemada de llantas, llevándose por su osadía varias ráfagas de plomo que hicieron añicos sus parabrisas. La invasión le tomó unos segundos, breves o largos segundos, nadie supo de veras cuántos, pero aquel tiempo fue suficiente para que algún ocupante del carro lanzara una molotov sobre una casucha cubierta de inflamables: plásticos, cartones y maderas. El objetivo había sido estudiado acuciosamente, y el incendio, como bien calculaban los atacantes, se desató fragoroso y al instante.

Loreto, sin embargo, fue igualmente «Nescafé instantáneo», según palabras de Klever, responsable de su blindaje. La mitad de la gente acudió por baldes de agua para apagar el fuego, ante el peligro de que se extendiera, mientras la otra mitad, la mayoría portando Uzis, gatillaba parejo a los intrusos desde los techos o desde la misma calle, apostados detrás de barriles rellenos con cemento. Esa gente contuvo a otros tres carros que intentaron entrar a disparos después de que huyera el carro de la bomba incendiaria. Fue

inútil el empeño. La cortina de plomo que Chito y Klever habían planificado para tales eventos funcionó perfecta.

—¿Quiénes eran? —preguntó Silverio.

Rogelio y Miki creyeron reconocer a dos puntas de Castilla, aunque sin mucha convicción, y Carcocha pensaba que podían ser de La Siberia. Pero nadie estaba seguro, debido a la espesa humareda. Y tampoco, por supuesto, sirvió apuntar los números de las placas: en los ataques diurnos se usaban carros robados.

La táctica de los intrusos no era nueva. La habían utilizado Los Batos Locos en Sáenz Peña, con buenos resultados, y un año después la repitieron en los Barracones, donde la cosa salió cuadrada, al igual que les había salido a los desconocidos atacantes de Loreto. Se conocía tal ataque masivo como «huaico de verano», porque aprovechaban la temporada caliente, propicia para los incendios destructivos, ya que en esos meses se consumía mucha agua y se producían frecuentes cortes del servicio. Era, a todas luces, otra «maniobra de distracción», como solía definir Chito a ese tipo de ofensiva. Muchos de sus criterios y giros de lenguaje venían de la tombería que el cabecilla de Loreto tenía bien aceitada.

—No bajen la guardia —indicó Klever a su gente—. Podrían intentarlo de nuevo, en cualquier momento.

La mejor manera de desgastar al enemigo es tenerlo en pindingas. Eso decía Chito, con altiva actitud de maestro mítico en el arte de la guerrilla urbana. Nos tienen ahora en pindingas, y nuestro deber es mantenernos unidos y fuertes. Todo Loreto lo oía con seriedad, y todos sabían que estaba en lo cierto. Había que administrar la espera y la incertidumbre; vigilar, hilar fino, no perder la paciencia. Lo ideal hubiera sido saber quiénes los habían atacado, a fin de pasar ellos al ataque, pero no lo sabían.

Chito llamó a Victoriano, sin sacar nada en claro.

—Solo conozco el milagro, no el santo —dijo este.

Y en esa espera hormiguearon los cotorreos. Se empezó, como de costumbre, a hablar de la muerte o las desapariciones.

La gente desaparecía del barrio, cada uno a su manera. Unos se alejaban del país, de un día para otro, como Juancho, el hermano de Silverio, que se había embarcado a Europa sin decirle nada a nadie. Luego envió una postal desde Florencia. «Estoy bien, con trabajo, y los extraño, pero no volveré», recordaba siempre Silverio el texto de puño y letra de aquella postal. Otros, pretextando que habían conseguido empleo en distritos fichos de Lima, la mayoría como guachimanes o porteros de bancos, se cambiaban a un domicilio más próximo al trabajo. Otros se perdían de vista y reaparecían en morgues o en alguna acequia.

Unos años antes se oiría también hablar de formas distintas de desapariciones. Vecinos que se perdían por diez años y de quienes luego se sabía a través de los periódicos, gracias a la Dircote, que entregaba a la prensa sus fotografías al acusarlos de terrorismo. Reinaldo Chang, el camarada Saúl, era uno de estos, cuyas oscuras hazañas sorprendieron a Loreto y acabaron siendo la comidilla en los callejones. «¡Terrorista había sido el chino Reinaldo!», decían desdeñosamente los ancianos y las madres de familia, gente que no le veía utilidad a esa violencia de matar por doctrina y joder con apagones. O bien, se hablaba de vecinos más raros, tipos que una vez lejos del barrio se habían convertido en triunfadores. Entre ellos, el hijo de don Giovanni, un tano de Chucuito que se mudó a Loreto a pedido del finado Sandro, cabecilla de Loreto en el pasado. Se llamaba Gianni, lucía desde niño muy buena pinta y, contradictoriamente, se decía de él que era amante de un famoso peluquero de San Isidro y de una viuda rica que le regalaba todo. O, finalmente, se hablaba de gente que desaparecía sin

moverse del barrio, los paralíticos y los locos. El más célebre quizá era Javier Noriega, a quien apodaban El Soldado Ryan. El pobre Javier había enloquecido a los quince años cuando en menos de un mes mataron a sus tres hermanos.

La forma más habitual de desaparecer, sin embargo, era por muerte a balazos. Te podían matar por soplón, por borracho o por idiota, o por desear a la mujer del prójimo, como condenaba la Sagrada Biblia. Esos fiambres, a veces, se clasificaban como accidentes, o sencillamente no se reportaban a la comisaría y el muertito terminaba en su cementerio clandestino en la punta de un cerro.

Morir por bala, a pesar de todo, era una muerte rápida y digna, ajena a las penurias de las enfermedades. Pero valía más, eso sí, la muerte gloriosa a balazos: morir en combate al defender las calles del barrio, o por venganza atribuida a acciones de guerra, tras haber despachado a algún enemigo importante.

Esta última muerte la tendría Silverio. El chiquillo era un símbolo que respetaban hasta los postes, y tenían que bajárselo.

Alguna gente dijo más tarde que nunca se le había pasado por la cabeza que moriría. Que pensaba, y hasta salía a caminar, como un inmortal, o más precisamente como alguien que se cree inmortal, al igual que tantos imberbes que piensan que la suerte es infinita y que el morir es asunto que le sucede a otra gente. No, no era verdad. Silverio sabía que cada día que se levantaba podía ser el último, y por eso vivía siempre alerta y con gran intensidad.

—¿Dónde está el chiquillo? —preguntó Chito una tarde, en que volvía acalorado de una visita a los muelles, seguido por media docena de guardias que no lo dejaba ni a sol ni a sombra.

—Salió con tu hermana —le dijo un vigía.

—¿Qué?

—Salió con Laurita, Chito.

—¡Pero si estamos con orden de inamovilidad! —gritó a voz en cuello, apelando a otra de sus jergas de uso militar.

—Klever los quiso detener. Pero tu hermana dijo que iban a salir solamente por un ratito, que no se tardaban.

—¡Por la puta madre, qué huevones! —estalló Chito, consternado, y enseguida marcó el número del celular de Silverio.

Y mientras aguardaba a que contestara, no tardó en enterarse de que Laurita estuvo pidiéndole al chiquillo que la llevara a un bazar de Sáenz Peña para hacer unas compras urgentes. Así se lo informó la tía Sara, que lloriqueaba de miedo. La tía Sara pretendió salir en vez de su sobrina. Pero Laurita no aceptó; ella quería escoger la calidad de la tela para su vestido de carnaval.

—¿De carnaval?

—Habrà fiesta de disfraces en la casa de Rogelio.

—¡Por la puta madre, qué huevones! —repitió Chito, desesperándose porque el celular timbraba sin dar respuesta.

Era una tarde soleada y calurosa.

El bazar de Sáenz Peña quedaba a mitad de cuadra, un sitio abierto y de peligro, como todo local de alto tránsito, y no tenía defensa o parapeto donde alguien pudiera escudarse. Eso hizo que Silverio, Juaneco y Miki, que custodiaban a Laurita, estacionaran la camioneta frente a la puerta del local con el fin de proteger su salida. La puerta se hallaba a cosa de cinco metros del vehículo.

A Laurita la compra le tomó unos veinte minutos. Eligió una tela de raso negra y tiras de encajes para un disfraz de vampiresa, como el que había visto en una revista conseguida de reventa en el suelo por una vecina. Luego,

cuando le empaquetaron la compra y todos se preparaban para salir, Juaneco se asomó a la puerta y echó un vistazo. No vio nada anómalo en los flancos, ni nada por la acera del frente que lo inquietara. Silverio se asomó luego y confirmó aquella situación de aparente normalidad, por lo que dirigió su mirada a Miki, que aguardaba sentado al volante de la camioneta. Este vigilaba concienzudamente por los tres espejos retrovisores, así como por el parabrisas delantero, y al cabo le respondió a Silverio con una seña que todos podían pisar la calle.

Entonces salieron. Primero iba Juaneco, tres pasos después Laurita y Silverio a la retaguardia, camino a las puertas de la camioneta que ya estaban sin seguros. Y entonces, en una fracción de segundo, un recuerdo del pasado de ambos se interpuso. Apareció intempestivamente en la vereda la sombra de Laurita, empequeñecida por la cabeza y pródigamente ensanchada por las caderas, y el chiquillo sintió al verla un arrebató de emoción. Y un instante después apareció otra sombra: la alargada sombra de un brazo desnudo que empuñaba una de 9 milímetros. ¿De dónde llegó ese brazo? No hubo testigos, como siempre, pero alguien dio a entender que los asesinos habrían salido con increíble precisión de una puerta contigua. La balacera estalló como mil centellas y, sin pausa, cayeron ensangrentados sobre el cemento Juaneco y Silverio, mientras Laurita lograba abrir la portezuela trasera de la camioneta y zambullirse en el asiento. Miki estaba a punto de partir, pero se detuvo tan pronto se percató de la reacción de Silverio. Mientras le caían los disparos, el chiquillo había conseguido disparar a su vez hacia su asesino y hacia otro muchacho que lo secundaba. «Lo he visto morir matando», diría Miki, quien repetía sin saberlo la copla a la muerte de Manolete, el torero. «Y lo he visto matar muriendo». Luego se oyó el chirriar de un carro que partía raudamente y del que asomaba por una ventanilla un chico descamisado que gritaba a todo pulmón:

«¡Muera Loreto! ¡Viva Castilla!».

Miki y Laurita regresaron al barrio antes de que llegara la policía, para evitarse los interrogatorios. Y le contaron a Chito lo que había sucedido. Laurita no era el objetivo. El objetivo, la gran presa de caza que se anhelaba hacía mucho tiempo, era Silverio.

La policía y sus altoparlantes en los medios de prensa encontraron cuatro cadáveres ante la puerta del bazar y una bolsa abandonada con telas negras, y todos se limitaron a enunciar el típico lugar común: «Otro ajuste de cuentas». Pero el acucioso Ernesto Larrea, el periodista de policiales de *La República*, lo tomó a lo personal y obtuvo una información diferente.

Sucedió que, cuando buscaban la documentación de las víctimas, apareció en la billetera de Silverio el recorte que hablaba de las «guerras tribales». La nota de ese recorte la había escrito Larrea y, gracias a ella, pudo investigar mejor el caso. Alguien, no se sabe quién, refirió la anécdota romántica de la sombra de Laurita, cosa que se difundió días después de que Chito aprobara el romance entre su hermana y Silverio, y por ello la nota que publicó Larrea, tras reiterar efectivamente que se trataba de otro ajuste de cuentas, saldría acompañada por una historia de amor. La nota habló de la rivalidad entre Castilla y Loreto, y de las matanzas que unos y otros se debían. Y se imprimió con el título «Deudas viejas», incluyendo un texto secundario: «El chiquillo que amaba la sombra de Laurita».

También se informaba que el tal Silverio, ausente en su barrio por unos años, había regresado apenas dos meses atrás. La policía, de otro lado, temía una revancha de la gente de Loreto y recogió versiones que señalaban a Silverio como un as de las Uzi.

Esas versiones se corroboraron con nuevos grafitis que lo honraban en tres muros. Larrea escribió un segundo reportaje a partir de dichos homenajes. La imagen lo mostraba con su clásica polera negra y una Uzi

entre las manos, pero esta vez a cara descubierta. También ponía su nombre, SILVERIO, en grandes caracteres. En cuanto a otra información, no había más. Poco después retornó el silencio, nadie hablaba —hubo vecinos que lo negaban todo: la rivalidad de bandas, el romance— y ni siquiera se comentaba que los cabecillas de Loreto ya estaban reclutando nuevos talentos que iban a dejar en claro qué barrio mandaba.

Ante una de las paredes pintadas con la imagen de Silverio, se emplazó un reportero de la tele.

—¿Qué significa el grafiti? —preguntó este a un grupo de chiquillos que se tapaban las caras ante la cámara.

—Significa leyenda, bróder —respondió el muchacho que parecía ligeramente mayor—. Leyenda, pero a nuestra manera. Ustedes tienen sus libros, nosotros tenemos los muros.

—¿Ustedes lo admiraban, o lo admiran?

—Sí.

—¿Por qué?

—¡Porque hizo lo que tenía que hacer! A esta vida se viene a vivir y a morir. Y Silverio hizo lo que tenía que hacer.

La cámara reveló asimismo a una vieja que lloraba y encendía una velita sobre un ladrillo que sobresalía de uno de los muros pintados. Cuando el reportero se acercó con el micrófono en mano, la mujer pareció no oír ni ver y enseguida se marchó.

Y respecto a Laurita, pasados unos meses, se dijo que ella era un ser inventado. Que esa chica nunca existió.

LIMA, MARZO DE 2014

EPÍLOGO

Temo que algunos lectores se preguntarán si las novelas que he reunido en este cuarteto son todas del género negro. Me apresuro a darles una respuesta: pienso que esto es así. Conviene señalar, sin embargo, las claves diferentes con las que dichas novelas han sido concebidas. A saber: dos de ellas —Caramelo verde, Hasta que me orinen los perros— se inscriben en la rica tradición que va de la picaresca española del Siglo de Oro al clásico hard boiled norteamericano; es decir, matices aparte, son novelas negras por donde se las mire. En cambio, las otras dos —Putalinda, Loreto—, tan solo registran personajes del género negro: Noemí, la prostituta vinculada a los generales controlados por el siniestro corruptor Vladimiro Montesinos, y Silverio, el joven y admirado pandillero de las calles bravas chalcas. Además, tales historias, no exentas de lirismo, son novelas de aprendizaje que incorporan una narrativa ajena al género: el tono de divertimento en el caso de Putalinda; el de fábula en Loreto. ¿El policial negro lo consiente todo? ¿Basta con un sesgo? La novela negra, en todo caso, constituye hoy el género más representativo de las sociedades contemporáneas. Y, entre nosotros, la realidad peruana es novela negra a tiempo completo.

(F.A.)

Encuétranos en:



“La realidad peruana es novela negra a tiempo completo”

FERNANDO AMPUERO

Cuarteto de Lima —tetralogía negra de Fernando Ampuero que acontece entre los años noventa y la segunda década del siglo XXI— reúne las novelas *Caramelo verde*, *Putá linda*, *Hasta que me orinen los perros* y *Loreto*, obras que incursionan en la atmósfera violenta de una ciudad en constante transformación. Ampuero nos muestra personajes de la calle: cambistas de dólares, taxistas, prostitutas, pandilleros, gente con serios problemas de supervivencia, pero que, de pronto, asumen una épica travesía. La necesidad y la codicia, sin duda, son sus principales motivaciones, aunque también lo serán las desquiciadas circunstancias sociales y morales que deben afrontar en un país donde el fuerte devora al débil, y donde el corrupto instituye su rango de poder como única ley reconocida. El corazón de Lima palpita en estas cuatro intensas narraciones que no dan tregua al lector. Un volumen de colección.

TUSQUETS
EDITORES



www.planetadelibros.com.pe